ESMERALDA ROMERO

TODO CONTIGO



ESMERALDA ROMERO

TODO CONTIGO

ALFAGUARA

A Estefanía y Alfonso.
Gracias por inspirarme con vuestra historia
de amor y demostrarme que hay veces
que la realidad supera la ficción

Y desnúdate, abre el cajón de tus recuerdos.
Dispararé a todos tus monstruos si les veo.
Y me quedaré aquí, mi amor.
Y no habrá más paradas.

BELÉN AGUILERA, *Tus monstruos*

Tú me has devuelto las ganas.
Yo quiero todo contigo.
Perdidos en una playa.
Hasta que el Sol se vaya.
Y la Luna sea testigo.

ÁLVARO DE LUNA, *Todo contigo*

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

Al estar ambientada en un hospital, en esta novela se mencionan varias enfermedades y se muestran casos concretos de pacientes. Si sufres de hipocondría y sueles evitar las series de médicos por este motivo, quizá este libro no sea para ti.

Me he documentado mucho a la hora de escribir la novela y he tratado todos estos temas con el mayor respeto posible. Espero que, si te animas a leerla, también lo sientas así.

QUERIDX COMPI SANITARIX :

Al igual que en la anterior novela, en esta también he tratado de ser lo más fiel posible a la realidad, aunque me he tomado alguna licencia por exigencias de la trama.

He consultado a muchos profesionales sanitarios que me han ayudado a que la historia sea mejor y también me he valido de mi experiencia personal como fisioterapeuta.

Me despido como en nuestra última carta, recordándote que ser sanitario es el mejor trabajo del mundo. Tienes toda mi admiración.

Un abrazo enorme.

ESMERALDA ROMERO

1
NUEVOS COMIENZOS

ALMA

Siempre me han gustado los comienzos.

El primer día del calendario con los propósitos de Año Nuevo, que días después se olvidan.

El primer día de clase, en el que abrías el cuaderno que te habían comprado tus padres y escribías la fecha con letra bonita en la primera página.

O los lunes.

Sí, como lo oyes: adoro los lunes.

Soy de las personas que, cuando suena el despertador por la mañana, se levanta de un salto y está lista para lo que venga.

Hoy no es lunes, sino jueves, pero estoy muy contenta porque empiezo con las sesiones grupales en el hospital y voy a conocer a los pacientes que las integran.

Desde que me matriculé en Psicología, hace ya más de ocho años, siempre tuve claro que quería dedicarme a la clínica. Actualmente, ya en mi segundo año de PIR, puedo confirmar que me encanta. Poder acompañar a los pacientes y darles las herramientas que

harán que se conozcan mejor y que les ayudarán en su vida diaria es, sin duda, el mejor trabajo del mundo.

—¡El desayuno está listo!

Escucho la voz de Sofía y termino de vestirme antes de salir al salón. Cuando llego, descubro que no está sola; Marcos, su novio, la acompaña.

—Buenos días, chicos. ¿Eso son churros? —Me acerco a la mesa y cojo uno.

—Sí, Marcos ha madrugado y ha bajado a comprarlos —dice mi amiga sin dejar de sonreír.

—¿Te he dicho ya que puedes quedarte a dormir siempre que quieras? —bromeo mirando a mi amigo, que suelta una carcajada.

—Sí, algo has comentado. —Sonríe.

Sofía y yo nos conocimos de pequeñas. Ella vivía en Torrijos, el pueblo de mis abuelos, y los fines de semana siempre jugábamos juntas. Cuando tuvo que elegir universidad para estudiar Medicina, se vino a Madrid y, durante la carrera, acabamos compartiendo piso. Ahora, además de eso, también trabajamos en el mismo hospital.

El año pasado fue muy duro para ella porque empezó la residencia tras una temporada alejada de todo después de la muerte de su hermana. Enfrentarse al estrés del trabajo y al sufrimiento de los pacientes sin haber elaborado su duelo hizo que cayera en una espiral autodestructiva, que la llevó a alejarse de todos los que la queríamos, entre ellos, Marcos.

Al mirarlos, los pillo besándose y aparto la mirada, sonriente. Cuánto me alegro de que se hayan dado una oportunidad. Se los ve tan felices juntos.

—Hoy comienzas las sesiones grupales, ¿no? —me pregunta él.

—Sí, tengo muchas ganas. Mi adjunta ya me ha hablado de las pacientes del grupo de dolor crónico y estoy deseando conocerlas.

—Lo vas a hacer genial —me dice mi amiga, que intuye lo nerviosa que estoy.

—Será mejor que salgamos ya o llegaremos tarde. —Mira el reloj.

Marcos también trabaja en el hospital. Es técnico en enfermería en Urgencias. Fue allí, entre guardias compartidas y viajes en el ascensor, donde surgió su historia de amor con Sofía. Es un hombre increíble que siempre está dispuesto a ayudar a quien lo necesite.

El piso que comparto con Sofía está muy cerca del trabajo, por lo que solemos ir dando un paseo.

Al llegar a la entrada del hospital, me despido de ellos antes de que se encaminen al vestuario para ponerse el pijama y yo me dirijo a la consulta de la doctora Beatriz Fernández para analizar los casos de las pacientes antes de la sesión de grupo.

La primera vez que conocí a mi adjunta estaba bastante asustada. Beatriz tiene fama de ser muy exigente con sus alumnos y me daba miedo no estar a la altura. Me imaginaba a una señora mayor seria y distante, que viste muy formal, pero nada más lejos de la realidad.

Cuando entré el primer día en su despacho me recibió con una sonrisa amable y me ofreció un té. Me llamó la atención su melena rizada difícil de domar y su ropa colorida. Enseguida me hizo sentir cómoda.

Subo por las escaleras hasta la primera planta y camino por el pasillo hasta la penúltima puerta. A esta hora de la mañana, las sillas de la sala de espera ya comienzan a llenarse de pacientes esperando el turno para su consulta.

Golpeo la puerta y espero una respuesta.

—Adelante —dice mi adjunta, invitándome a entrar—. Te presento a Sandra, es residente de Psiquiatría y las dos me ayudaréis con el grupo. Ella ya conoce a algunas de las chicas.

Me acerco y le doy la mano a mi compañera. Me incomodan las presentaciones porque no sé si dar la mano, un abrazo, dos besos… Yo soy mucho de abrazar, pero no quiero parecer poco profesional. Sandra me sonríe y aparta la silla de su lado para invitarme a sentarme.

El grupo está integrado por dieciséis pacientes y comentamos sus casos por encima. La mayoría padece fibromialgia o dolor pélvico

crónico, que son dos patologías muy incapacitantes y suelen ir acompañadas de un cuadro depresivo. También hay integrantes con enfermedades reumáticas y neurológicas. Es un grupo muy diverso.

Cuando terminamos el repaso de los casos, nos encaminamos a la sala para ir preparando el espacio.

—Alma, si quieres puedo pasarte mis apuntes de las anteriores sesiones para que los tengas, por si te pueden ayudar —se ofrece Sandra mientras caminamos.

—Muchísimas gracias.

Sandra debe de tener más o menos mi edad, unos veintisiete, pero es tan dulce y pequeñita que, si no supiera los años que se necesitan para estudiar Medicina, le habría echado muchos menos. No es que yo sea muy alta, pero sí lo suficiente como para sacarle casi una cabeza.

Me excuso para ir al baño antes de que comience la terapia. Hace un calor insoportable para ser ya septiembre y quiero asearme un poco.

Al salir, consulto los papeles donde tenía anotado el número de la sala. Sé que es en este pasillo, pero me da miedo equivocarme e interrumpir otra sesión. En cuanto lo confirmo, empiezo con la búsqueda.

—Almita de mi corazón —escucho tras de mí, y de inmediato reconozco su voz. Es Jaime, otro de los miembros de mi grupo de amigos. Es celador en Urgencias.

—¿Qué haces por aquí? —pregunto y me acerco a darle un abrazo.

—He subido un ingreso desde Urgencias y justo me he cruzado con la psicóloga más guapa del hospital. Hoy empezabas el grupo de terapia, ¿no?

—Sí, justo voy hacia allí. Deséame suerte.

—Mucha suerte. Esta noche nos vemos en el Henry’s y nos cuentas. Voy a avisar al resto.

Segundos después, noto que el móvil me vibra en el bolsillo y compruebo que son notificaciones de nuestro grupo «Anatomía de Jamie», en el que nos convoca a todos a las nueve en el bar. El nombre, si te lo preguntas, lo eligió él porque dice que hay tantos líos amorosos que parecemos miembros de la famosa serie de médicos de Shonda Rhimes.

Guardo el teléfono y pongo rumbo a la sala donde tendrá lugar la terapia de grupo. Percibo que alguien me mira y cruzo la vista con un chico que parece sacado de un catálogo de pijamas sanitarios. Si no es modelo, las marcas deberían plantearse contratarlo porque es imposible que a alguien le quede tan bien el uniforme. Pelo rubio, ojos claros como el océano y unos labios que invitan a besar. Deslizo la vista por su cuerpo y me fijo en cómo el pijama destaca una silueta musculada. Será mejor que deje de mirarlo, que me estoy poniendo en evidencia.

Cuando se da cuenta de que lo estoy observando, me ignora y sigue avanzando, dándome un primer plano de su trasero, que no está nada mal. ¿Es cosa mía o hace mucho calor de repente?

Por su uniforme de color naranja, diría que trabaja en el quirófano. Así que no entiendo qué se le ha perdido en Psiquiatría.

Dudo unos segundos entre si saludar o no. No lo conozco de nada, pero soy de las que piensan que no cuesta nada saludar por cortesía. Aunque no me da tiempo porque enseguida desaparece de mi vista.

Ya en la sala, compruebo que las sillas estén dispuestas en círculo, de manera que todas podamos vernos. Han llegado las primeras integrantes. Encuentro a Sandra charlando con algunas de ellas y me pide que me acerque para presentármelas.

Tras los minutos de cortesía para que se incorporen las más rezagadas, Beatriz comienza con la sesión. Como ella ya me había advertido, veo en los rostros de las pacientes que algunas están más convencidas que otras de estar allí, pero si han venido es porque están dispuestas a intentarlo.

La doctora nos presenta a mí y a una paciente que también es nueva y recuerda las normas del grupo: respetar todas las opiniones, escuchar sin juzgar y mantener el secreto de lo que se diga en el grupo, ya que este es un espacio seguro.

El tema de la sesión de hoy es la autocompasión y llevamos a la práctica algo denominado «la respiración afectuosa». Tengo que reconocer que hasta el momento no había probado a meditar y creo que me va a venir muy bien. Especialmente ahora, que llevo varias semanas con algo en la cabeza que me quita el sueño.

Al terminar la sesión, Sandra les recuerda que toda la información sobre las sesiones será enviada por e-mail para que puedan practicar por sí mismas durante la semana.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Beatriz mientras recogemos las sillas para despejar la habitación.

—Creo que puede ayudarles mucho. A ellas y a cualquiera, porque yo he terminado muy relajada después de practicar la respiración —confieso, y ella y Sandra se ríen.

—Estoy convencida de que sí. El *mindfulness* nos puede ayudar a todos. —Sonríe—. Mañana tengo sesión individual con Mayte, la mujer que se ha incorporado al grupo esta tarde. No estaba segura de si acudiría hoy porque depende de que algún familiar la acompañe, pero ha habido suerte. Creo que puede ser un caso interesante para empezar, Alma.

—¿Para mí? ¿La voy a ver sola? —Me pongo nerviosa solo de pensarlo.

—No te preocupes, que estaré yo contigo en las primeras sesiones hasta que sientas que puedes desenvolverte bien. Eres más que capaz de hacerlo. Confía en tus habilidades. —Asiento y echa un vistazo a su reloj—. ¡Mirad qué hora es! Teníais que haber salido hace media hora. Idos a casa y aprovechad la tarde libre.

Levanto la mano cuando Júnior, el camarero de Henry's, pregunta para quién es el refresco de naranja.

—¡Qué sana, la niña! —indica Natalia antes de beber de su cerveza.

—Tampoco te creas, que eso es todo azúcar —añade Jaime, picándome.

—¿Tú qué vas a beber, un vaso de agua? —bromea Esther desde el otro lado de la mesa.

—Yo, un cubata como Marquitos, que hemos tenido una mañana de mierda en Urgencias.

Natalia es residente de Interna como Sofía, solo que ella está en cuarto, dos cursos por encima. Esther, en cambio, es enfermera, no trabaja en una planta en concreto porque es lo que se conoce en el hospital como «correturnos»: va cambiando en función de las necesidades de los diferentes servicios. En su caso, estudió para ser matrona y está a la espera de que haya alguna plaza disponible para poder solicitarla.

Nosotras cuatro junto a Marcos y Jaime nos unimos el año pasado y, desde entonces, somos inseparables. La última incorporación ha sido Carlos, el novio de Jaime. Es residente en Dermatología, pero está estudiando de nuevo el MIR para entrar en Ginecología. Se podría decir que encontró su verdadera vocación tras el embarazo fantasma de una mujer de más de sesenta años y un parto de trillizos. Es una larga historia…

—¿Qué ha pasado? —pregunta Sofía mientras agarra la mano de su chico.

—La operación salida, ya os podéis imaginar. Había varios niños implicados… —confiesa con pesar—. Prefiero no hablar de ello, la verdad. Necesito distraerme.

—Sí, yo también. —Jaime suspira antes de cambiar de tema—. Alma, cuéntanos qué tal tu primer día con el grupo —pide mientras me pasa el cuenco de patatas fritas.

—Pues la verdad es que estoy muy contenta. Me han asignado el caso de una paciente y mañana tengo la primera sesión con ella. Además, he conocido a una compañera residente en Psiquiatría que es majísima. Me está ayudando mucho. —Miro a mi alrededor—. ¿Qué tal Carlos? ¿No ha venido?

—Está estudiando. Aprovecha cada hora libre para prepararse el MIR —explica el celador.

—¿Y no puede cambiarse de especialidad, teniendo en cuenta que con su nota podría haber elegido Ginecología? —pregunta Esther.

—Solo se puede en el caso de que haya plazas libres y se tengan motivos excepcionales que expliquen el cambio de especialidad. Darse cuenta de que no le gusta no es argumento suficiente.

—Seguro que lo consigue —apunta Marcos, apretándole el hombro a su amigo—. El año que viene lo tendremos por aquí. Ya lo verás.

Jaime sonríe, pero veo que está preocupado. Aunque él y Carlos no llevan mucho tiempo juntos, ambos están muy enamorados.

—Y si no le llega para Gine, que se meta a Interna y así nos ayuda a aguantar al Trajes, ¡que menudos mesecitos llevo! Cuento las horas para que llegue octubre y cambiar de rotación, y eso que me toca UCI. Pero nada será peor que ese señor —protesta Natalia mientras esconde el rostro entre las manos.

«El Trajes» es el apodo por el que conocemos al doctor Saavedra: el máximo responsable de la unidad de Medicina Interna. No hace falta ser muy listo para deducir el motivo del mote. Resulta que el doctor siempre lleva traje, ya sea para pasar consulta o para rotar por Urgencias, que digamos no es el sitio más limpio que hay y conviene vestir pijama.

Además de por su vestimenta, también es conocido por ser muy estricto con los residentes. Este no sería un problema si no fuera tan desagradable a la hora de dirigirse a ellos, llegando incluso a faltarles el respeto.

Es el tutor de residencia de Sofía y el año pasado mi amiga lo pasó francamente mal por varios encontronazos que tuvieron. En la

actualidad, por suerte, ella rota en otras especialidades y solo tiene que verlo en reuniones y sesiones clínicas.

—¿Ya no estás con la doctora Pérez? —le pregunta Sofía a Natalia.

—Sí, pero ya sabes que, cuando está saliente de guardia y no coincido con ella al día siguiente, me toca aguantarlo. No es muy a menudo, pero el desgraciado tiene el poder de hacer que los turnos que comparto con él sean memorables.

—Doy fe —apuntilla Esther—. El lunes me tocó Interna y se pasó la mañana criticando el trabajo del equipo de Enfermería. Yo directamente lo ignoro y hago como que no lo oigo. Paso de discutir.

—Yo es que no puedo callarme. Es superior a mí —confiesa Marcos, que, después de los malos momentos que le hizo pasar a su novia, no lo puede ni ver.

Seguimos charlando sobre temas triviales, y durante un par de horas consigo apagar el ruido de mi cabeza. Aunque sé que después, cuando esté sola, volverá la tensión y no podré deshacerme de ella. Y es que tengo que tomar una decisión y no debería retrasarlo más, pero estoy muy asustada y no sé qué hacer.

Sonrío a mis amigos y finjo que todo va bien.

Me estoy convirtiendo en toda una experta en el arte de disimular.

2
ESTAR BIEN

ALMA

Esther deja su bandeja de desayuno delante de la mía y se sienta. Hemos quedado en una cafetería cerca del hospital antes de empezar el turno.

—Debajo de esas tres capas de corrector, soy capaz de seguir viendo tus ojeras —indica preocupada—. ¿Estás durmiendo mal?

—Sí, hay algo que tengo que hacer, pero no me decido. No te preocupes. Es una tontería. —Hago un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Si necesitas hablar aquí estoy. No soy psicóloga, pero no se me da mal.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cómo estás? ¿Qué tal todo?

Conocí a Esther gracias a Marcos, ya que son amigos de la infancia, y, poco a poco, nuestra relación se ha hecho más estrecha.

—Pues si te soy sincera…, bastante harta. Me digo a mí misma que lo de rotar por todo el hospital es algo temporal y que pronto podré ejercer como matrona, pero van pasando los meses y nunca llega.

—Marcos me comentó los rumores sobre la jubilación de dos compañeras, ¿no?

—Sí, yo también los he oído, pero no quiero hacerme ilusiones. No después del año que he tenido —confiesa, moviendo el hombro de manera involuntaria.

Hace unos meses sufrió una agresión por parte de un familiar de un paciente en Urgencias. La empujó en una discusión y, en la caída, se le luxó el hombro. Pero, tras su rehabilitación, pudo reincorporarse con normalidad al trabajo.

—¿Te duele?

—A veces se me carga un poco.

—Igual deberías comentárselo a Andrés —sugiero y ella se sonroja.

Sofía me contó que pudo asistir a una de las sesiones de rehabilitación y notó cierta conexión entre nuestra amiga y el fisio.

—No quiero molestar. Bastante ha hecho ya y ahora estoy más liada. Ya sabes.

—¿Qué tal vas con la terapia?

Tras la agresión, Esther no estaba bien porque esa situación removió cosas de su pasado que creía tener solucionadas y le recomendé que visitara a una amiga mía de la universidad que es especialista en casos como el suyo.

—Marta es genial. Siento que hemos conectado.

—Me alegro de que hayas tomado la decisión de empezar la terapia. No es fácil y eso te hace muy valiente, Esther. —Le aprieto la mano.

—Es duro, pero necesario para poder estar bien. Eso es lo más importante.

—Cierto… —susurro para mí, y me doy cuenta de que no puedo postergarlo más.

Debo actuar. Cuanto antes.

—¿Estás bien?

—Sí, pero he recordado que tengo que hacer algo antes de volver a la consulta. ¿Te importa…?

—Ve —me interrumpe—. Luego hablamos.

Busco en mi agenda el teléfono y tras varios tonos alguien me contesta.

—Consulta de la doctora Luna.

—Soy Alma Portela, paciente de la doctora. Necesito hablar con…

—Soy yo, Alma, cuéntame.

—Verá, doctora…

Beatriz se despide de la paciente y cierra la puerta. Llevamos toda la mañana pasando consulta juntas y me ha animado a hacer todas las preguntas que quiera cuando estemos a solas.

—La siguiente es Mayte. Voy a decirle que pase. Mientras tanto, puedes sentarte en mi silla para que estés más cómoda. Tranquila, que lo vas a hacer genial y yo voy a estar aquí a tu lado por si te pones nerviosa, pero se trata de que hagas como si yo no estuviera. Tú eres la psicóloga, ¿de acuerdo?

Sale del despacho y me quedo sola. Aprovecho para coger aire y tratar de tranquilizarme. Estoy muy emocionada. No me puedo creer que por fin haya llegado el momento que llevo deseando tanto tiempo. ¡Voy a tener a mi primera paciente!

Antes de que me dé cuenta, mi adjunta vuelve junto con Mayte, que camina despacio apoyándose en una muleta. Por su historia clínica sé que tiene cincuenta y cinco años, aunque aparenta muchos menos. Viene perfectamente vestida y maquillada. Se nota que le gusta cuidar su apariencia física.

—Adelante —la anima la doctora Fernández, y la paciente se sienta frente a mí—. Ya conoces a Alma. Es psicóloga y está haciendo su residencia aquí con nosotros. Ella va a ser tu terapeuta, aunque hoy, con vuestro permiso, voy a quedarme, ya que al ser tu

primera sesión necesito conocer algunos detalles. Si tienes alguna duda, dinos.

—Encantada, Alma. Estoy segura de que vamos a llevarnos muy bien. —Me dedica una sonrisa dulce, que me recuerda a mi madre. Noto un pinchacito en el pecho y respiro profundamente.

Es increíble que unos pequeños detalles como una sonrisa, un perfume o los acordes de una canción puedan recordarnos a alguien especial que ya no está con nosotros.

—Lo primero de todo, Mayte, ¿cómo estás? —le pregunto, evitando dejarme llevar por la nostalgia.

—Un poco nerviosa porque es la primera vez que hago terapia. Cuando el año pasado me diagnosticaron la esclerosis múltiple me hundí. El médico de familia me recetó unas pastillas que me sirvieron un tiempo, me ayudaron a seguir adelante poco a poco. Pero no sabía que la terapia me beneficiaría hasta que me lo planteó mi neuróloga. —Según comienza a hablar, noto en su postura cómo se relaja.

—¿Y cómo te encuentras actualmente?

—Decaída. Ahora no tomo nada. Solo el tratamiento de la enfermedad. Me está costando acostumbrarme a la muleta. —Se le rompe la voz al hablar de ello.

—No está siendo fácil, ¿verdad? —pregunto mientras le paso la caja de clínex que me ofrece Beatriz.

—No, la muleta me lo recuerda constantemente. Es una tontería porque no es que se me olvide lo que me pasa, ojalá fuera tan fácil, pero ni siquiera puedo distraerme un instante. Además, ahora, cuando quedo con mis amigas, siento que no puedo seguirles el ritmo. Y con el calor, al aumentar la fatiga, mucho menos.

—No es ninguna tontería, Mayte. Es normal que te cueste adaptarte a los cambios. ¿Qué te han dicho tus especialistas sobre la muleta? ¿Es permanente?

—Mi hijo confía en que la rehabilitación me pueda ayudar, pero no sé… —Noto miedo y desesperanza en su tono de voz. Teme hacerse

ilusiones y luego volver a empeorar.

—Háblame de tu hijo. ¿Vives con él?

—No, él está independizado: comparte piso con unos amigos. Yo vivo con Beltrán, mi esposo. Y, cuando no está por trabajo, se queda a dormir María, la mujer que nos ayuda en casa, o viene mi hijo. Él siempre está pendiente de mí, pero no me gusta molestarlo. Tiene su vida. Veo cómo se preocupa cuando estoy mal y no puede hacer nada…

Estas palabras me transportan a mi infancia y recuerdo la impotencia de ver a mi madre en su cama cada día más cansada. Pese a que mi hermano mayor y mi padre intentaban ocultarme la realidad para protegerme, yo era una niña de nueve años que se daba cuenta de todo. Meses después, el cáncer se la llevó.

—Estoy segura de que tu hijo está encantado de ayudarte. Muchas veces tenemos que dejar que las personas que nos quieren nos cuiden porque ellas también necesitan sentirse útiles. Aunque eso no quita que les marquemos unos límites.

Continuamos hablando y le pregunto por sus rutinas, por su grupo de apoyo y por las cosas que le hacen feliz. Cuando me quiero dar cuenta, la media hora de la sesión ha terminado y la acompaño a la puerta.

—Muchas gracias, Alma. Y a ti también, Beatriz.

—Lo mismo digo, Mayte. Nos vemos la semana que viene en el grupo de terapia. No olvides practicar la respiración afectuosa —responde mi tutora.

Nos quedamos a solas en la consulta y aprovecho para preguntarle todas mis dudas.

—¿Me he alargado mucho? —pregunto preocupada mirando mi reloj.

—No te preocupes. Para las primeras sesiones siempre reservo más tiempo en la agenda. Lo has hecho muy bien. —Me coloca la mano en el brazo y me sonríe—. Te felicito. En la próxima visita sería interesante que profundizaras sobre lo que ha comentado acerca de

lo que siente al quedarse atrás con respecto a sus amigas. Llevar muleta puede estar afectando a su autoestima y sería bueno ayudarla a reforzar la imagen que tiene de sí misma.

—Sí, creo que es buena idea. También he pensado en tratar el tema de la dependencia. Creo que le cuesta mucho recibir ayuda y que sería bueno empezar a trabajar en ello, ya que, por su enfermedad, va a necesitar apoyo.

—Estoy de acuerdo contigo, Alma. En la consulta que tiene en dos semanas la verás tú sola.

—¿De verdad?

—Estás más que preparada. Aunque, si notaras algún síntoma ansioso-depresivo que consideraras que sería interesante que valoráramos juntas, me dices. —Asiento.

Media hora antes de que termine la jornada nos despedimos de la última paciente. Es una mujer cuidadora de su hijo con discapacidad y le hemos recalcado la importancia de cuidarse también ella misma, reservando un ratito a la semana para hacer algo que la haga sentir bien.

—Ya te puedes ir si quieres —me comenta Beatriz—. Así te da tiempo a comer tranquilamente antes del grupo de la tarde.

Hoy me uno como coterapeuta, por primera vez, a la terapia grupal de pacientes con trastorno de la conducta alimentaria (TCA) y llevo desde ayer bastante nerviosa.

—Muchas gracias —respondo recogiendo mis cosas.

—Y no te preocupes por nada. He hablado con Fernando, el psicólogo responsable. Seguro que lo harás muy bien.

Mi tutora ha interpretado que mis nervios son debidos a una falta de confianza en mí misma, pero no es el caso. Ojalá fuera ese el motivo.

Desde que supe que esta terapia tenía lugar en el hospital pensé en Paula, la hermana de Sofía, que padecía un TCA, y en lo mucho

que le habría ayudado asistir a un lugar como este. Quizá, de haberlo hecho, las cosas ahora serían diferentes.

La tarde no va a ser fácil porque ver a esos chicos pasando por lo mismo que ella hará que la eche de menos.

Ella no recibió la ayuda que necesitaba por más que todos movimos cielo y tierra para conseguirlo. No puedo cambiar eso, pero sí puedo ayudar a que otros pacientes en su situación la tengan.

Sé que ella, desde donde esté, se sentirá orgullosa de mí.

3
TIENES MUCHO QUE MEJORAR

GUZMÁN

Me despierto de golpe y veo que no estoy en mi casa. De inmediato, miro la hora en el móvil. Son las siete y media. ¡Mierda! No ha sonado el despertador justo hoy, que tengo mi primera cirugía. Bajo a la cocina y poco después aparece mi madre por la puerta.

—Buenos días —saludo, acercándome a la cafetera mientras estiro el cuello.

—Buenos días, hijo. ¿Dolorido? —Encojo los hombros como respuesta—. Igual deberías hacerme caso y dejarme comprar una cama más grande para tu habitación si vas a pasar aquí varias noches —me dice cariñosamente—. La que tienes ahora se te ha quedado pequeña.

—No hace falta. Me apaño.

—Entonces, de traerte ropa ni hablamos, ¿no? —comenta, ofreciéndome un plato con tostadas.

—Tengo prisa —respondo, rechazando la comida—. Tengo una cirugía…

Subo a mi dormitorio y encuentro una camiseta un poco arrugada en el armario. Tendrá que servir porque no me da tiempo a pasar

por mi casa. Me visto corriendo y en cinco minutos ya estoy en el coche camino del hospital.

No pierdo el tiempo al llegar y voy directo al vestuario, donde me pongo el pijama a toda prisa. Compruebo que tengo todo lo necesario mientras sostengo en los brazos la carpeta que contiene toda la información sobre la intervención.

En menos de tres horas llevaré a cabo una cirugía de la pared abdominal y, a pesar de haber asistido a esta misma intervención en numerosas ocasiones y haber practicado con el instrumental de laparoscopia con muy buenos resultados, estoy acojonado. Mi mente no para de repetirme que no he descansado lo suficiente y que podría cometer algún fallo.

Tener la vida de un paciente en tus manos es mucha responsabilidad y cualquier pequeño error puede desembocar en una consecuencia fatal. Yo lo sé bien.

Salgo del vestuario y, frente al ascensor, me encuentro con Sofía, una residente de Interna con la que coincidí el año pasado. Cuando ve que me acerco, aparta la vista y yo decido que lo mejor es subir por las escaleras.

—Buenos días a ti también —le escucho decir justo antes de que se cierren las puertas.

Sofía y yo nos conocimos pasando consulta con el doctor Saavedra. Tras nuestra primera guardia juntos en Urgencias, supe que no íbamos a llevarnos bien. Su falta de respeto a la autoridad y su manía de no ceñirse a lo verdaderamente importante, el motivo de consulta, me sacaban de mis casillas.

Se empeñaba en hablar de más con los pacientes. No entendía que esto no es una cafetería, joder, sino un hospital. Si alargas una exploración más de lo necesario, también estás alargando la espera de los pacientes que están en la sala esperando para triaje. Hay que hacer lo que hay que hacer y punto. Si todos llevásemos a cabo nuestro trabajo de manera óptima, no habría problemas.

De pronto, me vibra el móvil en el bolsillo y compruebo que es un mensaje.

Mamá:

Gracias por venir anoche.
Mucha suerte en la operación de hoy,
aunque no la necesitas.
Luego me llamas y me cuentas.
Te quiero

Guzmán:

Gracias, mamá

Siempre he estado muy unido a mi madre y me ha apoyado mucho en mi carrera.

Mi padre y ella se conocieron cuando él era residente de Cirugía. Él estaba centrado en su carrera y no entraba en sus planes conocer a nadie hasta que, un día, un amigo del hospital le presentó a su prima que estaba de visita en la ciudad. La prima era mi madre y, según cuenta ella, lo suyo fue amor a primera vista. La verdad es que me resulta difícil imaginarme a mi padre enamorado o mostrando cualquier tipo de emoción. Es el típico ejemplo de hombre serio y exigente que solo sabe hablar de trabajo.

Cuando supo que yo también quería estudiar Medicina, insistió en que me especializara en Cirugía Plástica como él e hiciera la residencia en su hospital. Finalmente, elegí Cirugía General y en otro hospital para dejar claro que soy yo quien tiene que decidir sobre mi vida. Aunque eso no le ha impedido que me tenga controlado, ya que tiene al mejor aliado, que le informa de cada uno de mis movimientos. La persona que más veces me ha llevado al límite. Un gilipollas insufrible conocido por todos como el Trajes.

Sí, así es. El jodido doctor Saavedra.

No solo es el primo de mi madre y el mejor amigo de mi padre; si alguien descubre que también es mi padrino, tendré que añadir algo más a la lista de cosas que la gente odia de mí.

Me coloco frente a la puerta de la sala de descanso y cojo aire antes de entrar. No quiero que nadie note que estoy nervioso. Lo tengo todo bajo control.

—Buenos días, Guzmán —me saluda mi adjunto.

—Buenos días, doctor Pascual —respondo, acercándome a la mesa y él niega con la cabeza. Ha insistido en numerosas ocasiones en que lo llame Pablo, pero soy incapaz. Es mi jefe y le debo un respeto.

—¿Qué traes ahí? —pregunta, señalando mi carpeta.

—He estado repasando un poco —confieso, sonrojándome. Debería haber dejado la carpeta en la taquilla. Ahora va a pensar que no estoy listo.

—Estás más que preparado. Has realizado todos los pasos en diferentes intervenciones. La única diferencia es que ahora lo harás de principio a fin. Yo voy a estar supervisando y el equipo de Enfermería también te echará una mano si es necesario. No te preocupes —me tranquiliza, dándome un apretón en el hombro.

Asiento a modo de agradecimiento sin saber qué más decir. No estoy acostumbrado a estos gestos de afecto en el trabajo.

Después de comentar otros casos clínicos que han pasado por cirugía esta misma semana, abandonamos la sala y vamos al quirófano.

—Lo primero es lo primero —indica el doctor Pascual y nos acercamos a saludar a la paciente.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra? —pregunto.

—Nerviosa, doctor. Quiero que pase ya. —Me quedo bloqueado y no sé qué más decir.

—No se preocupe —interviene mi adjunto—. Cuando quiera darse cuenta, ya estará operada. Es una intervención muy sencilla.

—Muchas gracias, doctores —responde con una sonrisa.

El trato con los pacientes es algo que siempre me ha costado y nunca ha sido un problema hasta que empecé a rotar con Pablo. Otros cirujanos con los que he trabajado se limitaban a hablar lo justo y necesario, y pensé que eso era lo correcto, lo profesional. Pero en estas semanas que he compartido con mi adjunto me ha mostrado cómo lo hace él y la notable diferencia de ánimo en los pacientes previa a su entrada en quirófano.

«Lo que para ti es una intervención más para él es uno de los momentos más aterradores de su vida», me dijo la primera vez que operamos juntos.

En cuanto nos alejamos un poco, soy consciente del enfado que siento contra mí mismo.

—Lo he hecho fatal —me lamento.

—Guzmán, los pacientes son personas, solo debes decirles lo que te gustaría que te dijeran a ti si estuvieras en su situación, sin darles falsas esperanzas ni hacer promesas. No es algo que puedas memorizar o estudiar. Solo tienes que empatizar —me aconseja mi adjunto mientras el celador se lleva a la paciente a quirófano—. Vamos a lavarnos.

La cirugía tiene lugar sin complicaciones.

Una vez que empiezo, consigo relajarme y el tiempo se me pasa volando. En el quirófano es donde me siento cómodo. Controlo la situación y si sigo todos los pasos necesarios, sé que el resultado será óptimo.

Aquí no hay llamadas de madrugada ni dramas familiares.

Aquí somos mi bisturí y yo.

—Listo —anuncio cuando termino de cerrar las incisiones.

—Muy bien. Llevemos a la paciente a reanimación —indica mi adjunto al equipo de Enfermería para que avise al celador.

Suspiro hondo para liberarme de la tensión que he acumulado a la par que muevo el cuello para destensarlo. Siento los músculos

doloridos por culpa de la posición de los brazos durante la intervención y el maldito colchón donde he dormido esta noche.

—Ve a cambiarte y descansa un poco. Te veo en un par de horas en la REA. La paciente tardará un poco en despertarse —me aconseja el doctor Pascual, y yo obedezco.

Aprovecho el tiempo libre para revisar otros casos y prepararme otras intervenciones programadas por si me piden asistir. Así que descansar no descanso mucho.

Cuando llega la hora, me reúno de nuevo con mi superior.

—Recuerda que tras preguntarle cómo está, debes explicarle las recomendaciones del posoperatorio y la medicación que tiene pautada —me remarca.

—¿Eso no es trabajo de las enfermeras?

—Eres cirujano, pero no estás por encima de nadie. La soberbia no te va a ayudar en el hospital —me reprende, endureciendo el tono. Por su ceño fruncido puedo ver que no le ha sentado bien mi comentario—. Tu trabajo no termina hasta que hablas con la paciente. Ahora, haz lo que te he dicho. Roberta te está esperando.

Apenas he dormido cinco horas después de un turno muy complicado, he llevado a cabo una intervención a la perfección, logrando reparar la hernia inguinal de la paciente, y al parecer todo eso no es suficiente.

Frustrado, me dirijo hacia la camilla y hago lo que me ha pedido mi adjunto, aunque sigo pensando que este no es mi trabajo.

Cuando termino, me acerco al doctor Pascual, que me está esperando en la puerta.

—Felicidades, Guzmán. Has realizado tu primera cirugía.

—Gracias.

—Eres un gran médico, pero no dejes que se te suba a la cabeza. Todavía tienes mucho que mejorar. —Me da un apretón en el hombro.

A continuación, me dirijo de vuelta a mi planta con el enfado bullendo en mi interior. «Tienes mucho que mejorar». ¿En serio? He

realizado una cirugía perfecta y nadie ha sido capaz de ponerle una maldita pega a mi técnica, pero ¿tengo que mejorar porque debo hablar con la paciente y hacer tareas que no me corresponden?

No creo que haya reprendido a las enfermeras que estaban en el quirófano por no haber colocado la malla a la paciente o no haber hecho correctamente las incisiones. Porque ese no es su maldito trabajo.

Y encima hoy me toca guardia.

Joder, lo que me faltaba.

4
SOY PSICÓLOGA

ALMA

Me acerco a la camilla y comienzo a desvestirme como me han indicado. Las manos me tiemblan y no consigo desabrocharme los botones de la camisa. ¿En qué estaba pensando al ponerme algo así precisamente hoy, que tenía que hacerme una ecografía?

—Estate tranquila, Alma —me alienta mi ginecóloga, acercándose a mí—. Ahora vamos a explorarlo todo bien. No te pongas en lo peor.

Trato de coger aire y de soltarlo, pero la respiración se me acelera. Intento decirme que la doctora Luna tiene razón, que no va a ser nada. Pero me vienen a la mente las imágenes de mi madre con el pecho vendado después de la cirugía, sus pañuelos de colores siempre en la cabeza y esas letras que me acompañan desde hace cinco años: «BRCA2 positivo».

Cuando mi madre falleció yo solo tenía diez años. En mi familia no había antecedentes de cáncer de mama, por lo que no vieron necesario hacerme un test genético, a pesar de la juventud de mi progenitora. Pero, años después, una de mis tías tuvo cáncer de ovario, que afortunadamente detectaron a tiempo, y la citaron en la unidad de cáncer familiar para valorar si presentaba la mutación de

los genes que predisponen a esta enfermedad. Los resultados confirmaron que la mutación del gen BRCA2 era positiva. Mi hermano y yo decidimos hacernos las pruebas y, afortunadamente, él no lo había heredado. Mi familia piensa que yo tampoco.

Pero mentí.

Sí, mentí.

Porque, aunque era una niña cuando todo pasó, recuerdo a la perfección la preocupación de mi padre cuando los tratamientos no funcionaban y cómo nos quedamos todos cuando mamá se fue.

Las semanas previas a mis resultados estábamos todos nerviosos y vi el dolor en el rostro de mi padre. Así que cuando me llamó lo dije sin pensar: negativo.

Él lloró de alegría.

La única que conoce el resultado real es Sofía. Me ha acompañado en las revisiones rutinarias desde entonces, pero esta vez he preferido no avisarla.

Me tumbo en la camilla sin dejar de temblar. Estoy a solo una prueba de que pueda confirmarse mi mayor miedo: tener el cáncer que se llevó a mi madre.

—Sube los brazos. Ya sabes que el gel está frío.

La doctora comienza a mover el ecógrafo, primero por el pecho izquierdo y después por el derecho, que es donde yo me he notado el bultito hace unos días. Se detiene justo en la zona y captura imágenes desde el aparato.

—¿Todo bien?

—Nada de qué preocuparse. Mira. —Gira la pantalla y me lo muestra—. Es el mismo quiste de grasa que punzamos hace ocho meses y vimos que era benigno. Incluso me atrevería a decir que se ha reducido unos milímetros.

Suelto todo el aire que tengo en los pulmones y me llevo las manos a la cara para intentar serenarme.

—No puedo seguir así… —confieso mientras me limpio las lágrimas que no he podido contener.

—Es normal que te asustes, Alma, y haces bien en estar atenta. ¿Cogiste cita con la doctora Cruz?

—Sí, la tengo el mes que viene.

—Piénsatelo bien, ya sabes que hay alternativas.

—Lo sé. —Asiento. La conmoción me cierra la garganta—. Muchas gracias, doctora.

Me vuelvo a vestir tratando de serenarme. Esta vez ha sido una falsa alarma, pero puede que algún día no tenga esa suerte.

En cuanto abandono la consulta, compruebo la hora. Dispongo de cuarenta y cinco minutos para comer antes de comenzar el turno.

Me vibra el móvil y veo que es una llamada de Sofía.

—Buenas, ¿qué tal la mañana? —pregunta a modo de saludo.

—Bien, todo bien —respondo, omitiendo la cita médica. No ha sido nada y no quiero preocuparla—. Voy de camino a la cafetería para comer algo antes de volver a trabajar.

—Ay, es verdad que hoy te toca en Urgencias. Creo que Jaime se ha cambiado al turno de tarde porque a Carlos le tocaba guardia —comenta e inmediatamente me siento mejor al pensar que voy a ver a mis amigos.

—Ahora les escribo por si ya están por aquí. ¿Y cómo es que estás despierta? Ayer tuviste guardia.

—Puri, la vecina, que me ha visto en la escalera y ya sabes cómo habla esa mujer. Por más que le decía que acababa de salir de trabajar y estaba deseando dormir, no se daba por aludida.

—¿Sus gatos bien? —pregunto divertida.

—¿Cuál de los seis? Te interesará saber que Bigotitos se ha hecho daño en una pata —comenta seria y oigo cómo bosteza.

—Rezaremos por él —bromeo—. Vete a dormir, que estás muerta de cansancio. Hablamos en la cena.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa. En los últimos meses, he visto cómo poco a poco mi amiga está volviendo a ser la de siempre.

No está siendo fácil para ella enfrentarse a la muerte de su hermana y aceptar que no es culpa suya.

Tras mucho insistir en que necesitaba terapia, finalmente aceptó y desde hace cuatro meses acude a consulta una vez a la semana. Ahora dice que es la mejor decisión que ha tomado.

En cuanto llego al hospital, me encamino directamente a la cafetería. No veo a Jaime por ninguna parte y decido escribir en el grupo que compartimos. Me cuenta que han salido a comer fuera, pero a mí me queda solo media hora libre y no me dará tiempo. Así que decido quedarme y me pido una ensalada de atún, que tiene muy buena pinta.

A unas mesas de distancia, me parece reconocer al atractivo chico rubio con el que me crucé la semana pasada. Está sentado con un grupo de residentes, pero me parece bastante ausente. Mientras sus compañeros charlan y se ríen, él permanece ajeno a la conversación, concentrado en su plato y en lo que sea que esté pensando.

De pronto, levanta la cabeza y nuestras miradas conectan. Solo son unos pocos segundos, pero me bastan para ponerme nerviosa. Enseguida desvío la vista, y él devuelve la atención a su plato.

Me tienta mirar de nuevo, lo hago de reojo y creo divisar una leve sonrisa en su boca, que antes no estaba.

No sé por qué yo también sonrío.

Acelero el paso para no perderle la pista al psiquiatra que tengo de adjunto en Urgencias, Matías. Me ha pedido que lo tutee.

—Cuando tenemos una interconsulta en Urgencias, debemos valorar, en primer lugar, si los síntomas psiquiátricos que manifiesta el paciente son consecuencia de una enfermedad orgánica. También debemos tener en cuenta que la presencia de un trastorno psiquiátrico, en ocasiones, provoca síntomas físicos. Y, por último, ambas opciones pueden coexistir. Por ejemplo, un cuadro de amnesia puede deberse a un traumatismo craneal o a un cuadro de ansiedad agudo. La valoración es muy importante.

Por su edad, se podría decir que Matías es un médico de la vieja escuela e incluso creer que posiblemente está desactualizado, pero nada más lejos de la realidad. En las tres horas que llevo rotando con él, me ha demostrado que está al tanto de las últimas investigaciones y me ha encantado que sea un defensor de la utilidad de la psicoterapia por encima de la medicación. Eso no quita, y ambos estamos de acuerdo, que los fármacos puedan ser muy útiles en algunos cuadros médicos.

—El paciente que vamos a valorar ha sufrido un accidente de coche. Tras realizarle un TAC, se ha descartado la presencia de hemorragias y cualquier tipo de daño cerebral, pero no habla. Su médico quiere saber si se debe a una afasia provocada por una pequeña lesión en el área del lenguaje que quizá se les ha escapado o si el origen es psicosomático. Ya han descartado el consumo de estupefacientes. ¿Qué información necesitamos, Alma?

—Para saber cómo de traumático ha sido para él, me gustaría conocer si iba solo en el vehículo, si ha habido víctimas…

—Para esa información lo mejor es preguntar a las enfermeras. Quizá puedan decirnos algo más —me interrumpe.

Tras consultar con las compañeras, nos confirman que ha sido un choque frontal contra otro vehículo, que se ha saltado un *stop,* e iba solo en el coche.

A continuación, Matías y yo nos dirigimos a valorar al paciente. Miguel es un joven de treinta y dos años y, tal y como nos han informado los facultativos, responde a órdenes verbales, pero no habla.

—Matías —reclama Gloria, interceptándonos en el pasillo—, una madre acaba de sufrir una crisis de ansiedad cuando le han comunicado el estado de su hijo y he pensado…

—Y estás en lo cierto, Gloria —la interrumpe mi adjunto con afecto —. Ahora mismo voy. —La enfermera asiente antes de volver a su puesto, y él me indica que me acerque—. Vamos a tener que

dividirnos, yo me encargo de la madre y tú vas a valorar a Miguel. ¿Alguna duda?

—No, todo claro —respondo convencida.

—Apostaría lo que fuera a que simplemente está traumatizado. El ruido y el ajetreo continuo de Urgencias no ayudan. Voy a pedir que lo trasladen a una zona más tranquila. Luego me cuentas.

Me dirijo a la sala en la que está el paciente y hago lo que me pide.

—Buenas tardes, Miguel. —Acerco la silla que está al lado de la camilla para colocarme frente a él—. Mi nombre es Alma, soy residente de Psicología y he venido a valorar tu estado de…

—¿Dónde está el neurólogo? —pregunta una voz masculina, irrumpiendo en el pequeño box.

Me giro y veo que se trata del médico rubio de la cafetería. Me devuelve la mirada y sé que él también me ha reconocido. Nos quedamos en silencio durante unos segundos, olvidándonos del paciente. Silencio que él interrumpe mostrando su mal humor…

—¿Me has oído? —insiste.

—Sí, perfectamente. No soy neuróloga, sino psicóloga, y he venido a… —respondo, levantándome de la silla.

—Sí, te he oído cuando he entrado. Pero, por si no te han informado, el paciente no habla. Tiene que examinarlo un especialista cuanto antes por si fuera una hemorragia. Puede que se les haya escapado algo en radiología.

De pronto, saca una linterna de su bolsillo, se acerca al paciente y comienza a explorarle las pupilas; el joven intenta esquivar el reflejo luminoso.

—¿Tu nombre? —pregunto.

—Doctor De la Vega —responde con altivez.

Soy plenamente consciente de su presencia porque, debido a este pequeño habitáculo y a su gran tamaño, nuestros cuerpos se rozan en un par de ocasiones.

—Doctor —hago hincapié en la palabra—, como ya sabrá, la afasia puede no ser orgánica. Muchos pacientes con estrés postraumático también presentan afectación del lenguaje e incluso dilatación pupilar…

—Tú no eres médico. —Se detiene un momento y me mira desafiante a un solo palmo de la cara—. Este paciente lo que necesita son más pruebas. Déjanos a nosotros que hagamos nuestro trabajo, ya que esto no es algo que se pueda solucionar con un ratito de charla. Algo se nos está escapando y puede correr peligro…

—Doctor, ¿me permite un momento? —Lo cojo del brazo con delicadeza y tiro de él hacia la puerta para alejarlo del paciente.

Cuando me aseguro de que este ya no puede oírnos, comienzo a hablar:

—Baja la voz. Miguel ya está bastante asustado como para que nos vea discutir sobre su posible diagnóstico —espeto en voz baja—. Una cosa es que no hable ahora mismo y otra muy distinta es que no escuche. Mi adjunto, que es psiquiatra, va a pedir que lo trasladen a una zona más tranquila, ya que todo este ruido no ayuda a su estado.

—¡Esto es alucinante! —exclama.

—Entiendo que estés preocupado, pero mi adjunto ha valorado…

—No me psicoanalices —me recrimina. Clava su mirada en la mía antes de acercarse un poco más a mí—. Solo trato de salvarle la vida. Si tengo razón y no lo llevamos a la UCI, morirá y será culpa tuya. Tú verás lo que haces.

Sale de la habitación antes de que pueda replicar y yo solo observo cómo se aleja por el pasillo.

¿Qué acaba de pasar?

5
SOMOS HUMANAS

ALMA

«Tú no eres médico».

No dejo de darle vueltas a las palabras del residente con el que ayer coincidí en Urgencias. Como si, solo con eso, él tuviera la razón absoluta. ¿Se puede ser más prepotente?

Si pretendía usar mi profesión en mi contra, se ha equivocado por completo. No escogí ser psicóloga porque no tuviera la capacidad para ser médico. Soy psicóloga porque siempre lo he deseado. Punto. Además, son dos disciplinas totalmente distintas y yo estoy muy orgullosa de la mía.

Hay personas que creen que las técnicas son enfermeras frustradas o que las enfermeras eran aspirantes a ser doctoras y no pudieron conseguirlo. Es como si hubiera una escala dentro de la sanidad, un *top ten.* Puede que haya casos de profesionales cuya formación actual fuera una segunda opción, pero eso no quita que estén orgullosos de lo que son. También hay estudiantes que empiezan en Medicina y finalmente deciden cambiarse a Enfermería porque les llena más.

No se debería prejuzgar a nadie y mucho menos sacar conclusiones por la labor que desempeña la gente.

En mi caso, fue Estefanía la que me hizo adorar la psicología. Cuando mi madre estaba enferma, papá me contó que solía hablar con una chica muy maja que le estaba ayudando a encontrarse mejor. Quería presentármela, y así fue como la conocí.

Estefanía era la psicooncóloga infantil de una asociación para pacientes con cáncer y ofrecía apoyo a las familias. Con ella me preparé para la despedida de mi madre y me acompañó en todo el proceso.

La psicología cumple una función importantísima tanto en la sanidad como en el día a día. Por eso no me saco de la cabeza la expresión con la que me observó el residente al que me enfrenté.

El doctor De la Vega.

Cuando irrumpió en la sala, lo detecté enfadado y frustrado. Pero, a medida que se caldeó nuestra conversación, también descubrí preocupación y miedo. Estaba convencido de que el paciente podía morir, a pesar de que el TAC era normal. Quizá el paciente no era el único con un trauma.

—Tierra llamando a Alma. —Natalia me extrae de mis pensamientos.

Hemos quedado Sofía, ella y yo para desayunar en la cafetería del hospital ahora que tenemos un descanso.

—Estás en las nubes. ¿Qué te tiene tan distraída? —pregunta mi mejor amiga mientras me roba un trocito de cruasán de mi plato.

—Nada, estaba pensando en algo que me pasó ayer en Urgencias con un residente de medicina.

—¿Algo en plan médico o…? —pregunta Natalia, alzando las cejas —. ¿Cómo se llama?

—Eres incorregible. —Sonrío—. No me dijo su nombre.

Aunque recuerdo su apellido, prefiero no mencionarlo para no crear mal rollo en el hospital, ya que es muy posible que en algún momento coincidan con él.

Les hago un resumen de lo sucedido.

—¡Tú ni caso! Lo hiciste bien —me anima Sofía.

—No sé… Estaba muy agobiado. Igual necesitaba desahogarse con alguien.

—Alma, cariño. El que no hablaba era el paciente. De ahí la consulta —apuntilla Natalia—. Que ese residente sea un cretino no es tu responsabilidad, y menos después de cómo te trató.

—No creo que fuera su intención. Estaba nervioso y lo pagó conmigo.

—Entiendo que tú siempre tiendes a ver lo bueno de la gente —comenta Sofía—. Es una de las cosas que más me gustan de ti. Pero no dejes que nadie te falte el respeto, ¿entendido?

Asiento un poquito consternada.

—Hay mucho desgraciado suelto y ser tan buena puede hacer que se aprovechen —añade la otra.

—Pero si estás en lo cierto y simplemente tenía un mal día, seguro que os volvéis a cruzar y puedes hablar con él —me tranquiliza Sofía.

—Fíjate en tu compañera de piso. Si no recuerdo mal, en su primera guardia de Urgencias también tuvo un enfrentamiento con un técnico en enfermería —bromea Natalia—. Y míralos ahora. Da repelús ver lo mucho que se quieren. Nunca se sabe…

Mi amiga la empuja mientras sonríe.

—¡Yo no estoy buscando nada! —exclamo algo nerviosa—. Y menos en mi lugar de trabajo.

—Es que no lo entiendes, Natalia. —Solo por el tono que usa Sofía y ese brillito travieso con el que me mira, ya sé que se está cachondeando de mí—. Seguro que ese tío no es su tipo. Es más, a lo mejor es horrible…

—Un adefesio… —le sigue el rollo nuestra compañera.

Me están picando, las conozco bien. Y yo caigo estrepitosamente en la trampa.

—No es feo, para nada —respondo espontánea, y ellas se carcajean.

—¿Quién no es feo? —pregunta Jaime mientras desliza la silla que hay enfrente de mí y se sienta.

—Resulta que hay un médico buenorro que… —comienza Natalia a narrar.

—Yo no he dicho que estuviera bueno —interrumpo y Sofía suelta una carcajada.

—Tampoco lo has negado y te estás poniendo roja —apunta nuestra compañera.

Me llevo las manos a las mejillas y noto que, efectivamente, están calientes.

—¿Te gusta un doctor macizo? —me pregunta Jaime mientras me roba un trocito de tostada.

—¿Otra vez viendo *Anatomía de Grey*? —pregunta Sofía divertida.

—Por supuesto, la serie no acaba nunca —responde orgulloso—. No has respondido, Almita.

—No me gusta, no lo conozco de nada. Solo coincidimos en Urgencias y tuvimos un encontronazo, así que, aunque me gustara, no hemos empezado con muy buen pie.

—Igual fue la tensión del momento, las Urgencias pueden ser muy estresantes —comenta Jaime.

—Sí, tenéis razón, seguro que si coincidimos de nuevo será diferente.

Y, por alguna razón que ni yo misma entiendo, me sorprendo deseando que ocurra pronto.

6
UN DÍA DE MIERDA

GUZMÁN

Estoy en la barra esperando a que el camarero me sirva un café. Hoy también he dormido en casa de mi madre y no me ha dado tiempo a desayunar. ¿Resultado? Me he comido una hora de atasco viniendo hacia el hospital. No he pasado ni por el vestuario para ponerme el pijama, he venido directamente a la cafetería. Necesito un chute de cafeína.

Me llevo la mano al bolsillo trasero del pantalón para sacar la cartera y, al comprobar el de delante, me doy cuenta de que he olvidado las llaves de casa. ¡Mierda! Ayer, cuando salí de casa por la tarde para ir a dormir a la de mi madre, justo entraba uno de mis compañeros de piso, por lo que no tuve que echar la llave y no me di ni cuenta.

Compruebo el reloj y veo que no me da tiempo a ir a por ellas y hoy tengo guardia, por lo que, cuando salga del hospital por la mañana, mis compañeros ya estarán trabajando y no habrá nadie en casa. ¡Cómo he podido ser tan torpe!

No me queda otra que buscar a Andrés y ver si a él se le ocurre una solución.

Tras cambiarme, me dirijo al gimnasio de fisioterapia para hablar con mi compañero de piso. Lo localizo en una de las camillas, movilizando el hombro de una paciente que, por cómo va vestida, es enfermera del hospital. Al acercarme, creo reconocerla; me suena haberla visto en Urgencias.

—Andrés —lo llamo cuando estoy a pocos metros, y él se disculpa con la chica y viene a mi encuentro.

—¿Qué pasa, tío? ¿Necesitas algo?

—Me he dejado las llaves en casa y no sé qué hacer —confieso, avergonzado—. No tengo otra copia y no voy a llegar a casa hasta mañana a las diez, y César y tú ya estaréis en el hospital. —Me llevo las manos a la cabeza, angustiado.

—No te preocupes, que nos puede pasar a cualquiera —me anima con una sonrisa—. ¿Sabes dónde las has dejado?

—Sí, en el mueble de la entrada.

—Pues las cojo yo mañana y te pasas de nuevo por aquí cuando salgas de la guardia, que, como yo ya estaré trabajando, puedo dártelas. Solucionado.

Me siento un poco tonto tras su respuesta; la solución era más fácil de lo que pensaba y me he agobiado sin necesidad. No dormir bien me tiene muy estresado.

—Perdona. No sé qué me pasa últimamente. No suelo cometer estos errores.

—¿No eres humano entonces? —bromea.

—Sí, ya me entiendes. Muchas gracias de verdad. Te debo una.

—Te diría que no hace falta, pero nunca rechazo una cerveza.

—Eso está hecho.

Salgo del gimnasio de fisioterapia mucho más tranquilo, pero sintiéndome un gilipollas. Odio cometer errores. Lo detesto con todas mis fuerzas.

Comparto piso con Andrés y César desde hace dos años. Ellos ya vivían juntos de antes, muy cerca del hospital, pero tuvieron que

abandonar la vivienda porque la propietaria la necesitaba para su hija.

Durante la búsqueda de un nuevo hogar, descubrieron que los alquileres de la zona se habían disparado y que, si querían seguir pagando lo mismo, no les quedaba más remedio que alejarse del barrio. Al final, encontraron un piso que les gustó, pero disponía de tres habitaciones y eso los obligó a buscar a un compañero más.

En mi caso, por entonces estaba muy interesado en independizarme. Me convenía vivir más cerca del hospital. Y es que mis padres residen a las afueras de Madrid y eso me costaba una hora de trayecto cada día con atascos incluidos.

Durante el primer año de residencia, había conseguido ahorrar y sentía que había llegado el momento de vivir solo. Pero, cuando vi los precios de los alquileres, me di cuenta de que, con el sueldo de un residente de segundo año, iba a ser imposible y deseché la idea.

Un día durante una guardia, lo comenté con un residente y me mencionó que un amigo suyo alquilaba una habitación. Nos puso en contacto y el resto es historia.

Al principio, no me atraía mucho eso de compartir. Siempre he sido muy celoso de mi intimidad y no se me da bien relacionarme con la gente. Pero hasta ahora la experiencia ha sido buena. Cada uno respeta el espacio de los demás y no hemos tenido ningún tipo de problema.

Sin embargo, por sorprendente que parezca, en todo este tiempo compartiendo piso con Andrés, esta ha sido la conversación más larga que hemos tenido.

Los primeros meses conviviendo, ellos intentaron conocerme e incluso me invitaron a salir con sus amigos. Pero yo siempre ponía una excusa para darles esquinazo y, al final, dejaron de insistir.

Me he centrado tanto en mi carrera que mi vida social es prácticamente inexistente. Voy de casa al hospital y del hospital a casa y, cuando tengo tiempo libre, lo aprovecho para estudiar o

prepararme algún caso. Antes, al menos, iba al gimnasio, para desconectar después del trabajo. Pero ahora ya ni eso.

Me dirijo a la zona de quirófanos. Saber que dentro de nada estaré operando hace que el estrés de la mañana abandone mi cuerpo.

—Guzmán, ¿qué haces aquí? —pregunta el doctor Pascual cuando me ve mientras se prepara para la cirugía.

—Ayer vi en el ordenador que tenías programada una colecistectomía a las once —explico confuso.

—¿No te han llamado de planta?

—No, ¿qué pasa?

—El doctor Hernán ha tenido que ausentarse por motivos familiares. Te toca consulta.

—No me jodas, Pablo —protesto enfadado, olvidándome de las formalidades.

—No te jodo, Guzmán. Solo te informo de lo que hay. Como residente de cuarto año no necesitas supervisión para pasar consulta. Sube a planta y cálmate, muchacho.

—Perdona, he empezado el día torcido. —Suspiro y me froto la frente.

—Pues intenta que los pacientes no lo noten porque ellos no tienen la culpa de tu mal día, ¿de acuerdo? Date prisa, que las consultas empezaban hace veinte minutos.

Miro el reloj y veo que son ya menos diez. Perfecto. Hoy, que necesito distraerme, me toca pasar toda la mañana sentado detrás de una mesa.

Me encamino aprisa hacia los ascensores. Detesto llegar tarde.

—Tú debes de ser Guzmán —comenta una enfermera cuando alcanzo el control minutos después—. Mi nombre es Alicia. Las consultas empezaron hace media hora.

—Me acabo de enterar de que tenía que venir. Parece que alguien ha olvidado avisarme —respondo, malhumorado.

—Estamos hasta arriba. A la compañera encargada de hacerlo seguramente se le ha pasado. Lo importante es que estás aquí.

—La próxima vez, que se ponga un recordatorio. No creo que sea tan difícil hacer una llamada. Pero no perdamos más el tiempo. Dime cuál es mi consulta y pásame el listado —le pido a la enfermera, que parece que va a decir algo, pero se lo piensa mejor y obedece.

Echo un vistazo a la planilla y compruebo que son todo revisiones de cirugías ya realizadas. No hay ninguna nueva consulta ni preoperatorio.

La mañana transcurre muy despacio y, aunque trato de subir el ritmo para no acumular más retraso, a las doce y media ya llevo casi una hora de demora.

Hablar con los pacientes es la parte que menos me gusta de mi profesión, pero no por soberbia, como muchos piensan, o porque no me agrade la gente, sino porque no me siento seguro y creo que puedo cometer un error. Trato de ser muy minucioso con mis preguntas e intento no distraerme con la charla informal. Puedo parecer borde, no niego que lo sea a veces, pero me gusta hacer bien mi trabajo, que es lo que ellos esperan de mí cuando se ponen en mis manos.

Elegí Cirugía General frente a otras especialidades médicas porque me atraía la idea de ser capaz de salvarle la vida a alguien utilizando mis propias manos. No puedo comparar con nada la adrenalina que se siente cuando se cierra a un paciente en quirófano y se sabe que ha sido curado.

Pero, como suele decirse, «un gran poder conlleva una gran responsabilidad» y, así como la sensación de salvar una vida es indescriptible, la de que se me escape de las manos es devastadora. A veces, por mucho que se intente controlar la situación y evitar contratiempos, ocurre y es algo que no se olvida. Siempre quedará la duda de qué se podría haber hecho mejor; de si aquel chico que ingresó en Urgencias habría sobrevivido si se hubiera pedido el TAC a tiempo.

7
ENCANTADA DE CONOCERTE

ALMA

Hago pasar a Mayte a la sala que me ha asignado Beatriz.

—Adelante. —La animo a entrar.

Veo que cojea más que la última vez que la vi y parece bastante dolorida mientras avanza con la ayuda de una mujer.

—Gracias, María. Nos vemos en un rato —comenta agradecida a su acompañante, que se queda fuera.

—Puedes sentarte en uno de los sillones —le indico dejándole espacio—. Si necesitas ayuda, dímelo.

—Puedo sola. Gracias. —Toma asiento y me sitúo en una silla frente a ella—. ¿Hoy estamos solas? —pregunta amablemente.

—Sí, pero, como te comentó la doctora Fernández, veremos tu caso en conjunto, aunque las sesiones las tengamos tú y yo. —Ella asiente y yo le regalo una sonrisa amable—. ¿Cómo has pasado estas dos semanas?

—Estos últimos días han sido complicados. He tenido muchos dolores y he necesitado bastante ayuda. La pierna no me responde bien y por las noches, últimamente, tengo que levantarme a menudo para ir al baño.

—¿Lo has comentado con tus doctores?

—Sí. Van a probar a cambiarme una de las pastillas.

—Espero que funcione. Me da la sensación de que lo que más te molesta de todo es el hecho de necesitar ayuda. Me comentaste que vivías con tu marido y que, cuando él no estaba, María se quedaba contigo por la noche, ¿no es así? —inquiero, repasando mis notas.

—Sí, es la mujer que me ha acompañado hoy. Desde hace unos días, mi hijo también duerme en casa porque ella sola no puede conmigo. —En su gesto noto que esto le preocupa mucho.

—Mencionaste en la primera sesión que te costaba mucho pedir ayuda a tu hijo. Por lo que has hablado de él, veo que estáis muy unidos. Cuéntame más sobre él.

—Desde pequeño siempre ha sido un niño muy bueno, que se preocupaba por los demás y quería ayudar. Cuando me diagnosticaron el año pasado, fue un gran palo para todos, pero especialmente para él. Le gusta tener todo bajo control y saber que no puede hacer nada, que no hay una cura, le afecta mucho. Ahora que ya han pasado unos meses, todos lo llevamos mejor, pero él no termina de aceptar que mi estado de salud va a empeorar con el tiempo. Cuando tengo un brote, no puedo evitar sentirme culpable por interferir en su vida.

—Tu enfermedad no es culpa tuya, ni los brotes ni nada relacionado con la esclerosis.

—Lo sé, pero le hago la vida más difícil. Yo debería cuidar de él y no al revés —confiesa emocionada y una lágrima le atraviesa la cara.

—Y lo sigues haciendo, pero ahora tú también necesitas ayuda. —Le paso la caja de pañuelos.

—Lo siento —se disculpa mientras coge uno.

—No se pide perdón por llorar. Además, es justo lo que necesitas ahora mismo. Permítete expresar cómo te sientes. Reprimirte no te hace ningún bien.

Cuando se tranquiliza, le ofrezco un vaso de agua, que ella acepta de inmediato.

—Con respecto a lo que has comentado de tu hijo, quizá sería buena idea que tu médico pudiera explicarle bien en qué consiste la enfermedad. Igual…

—Ay, pensé que te lo había dicho —me interrumpe—. Mi hijo es médico, residente de Cirugía. Conoce toda la información. Lo que lleva mal es no poder abrirme en canal y solucionar el problema.

—Lo entiendo. —Suspiro—. Si quieres, puedes invitarlo a venir a una de nuestras sesiones. Sería bueno que ambos pudierais compartir entre vosotros cómo os sentís.

—Él no va a querer…

—Igual te sorprende si sabe que es importante para ti.

—No es eso. Verás, es que… mi hijo no cree en la psicología.

«No cree en la psicología».

Han pasado varias horas desde que Mayte dijo esas palabras y no consigo olvidarlas. No estamos hablando de un señor de setenta años que vive en un pueblo perdido y sigue llamando «practicantes» a los enfermeros. Ese chico debe de tener aproximadamente mi edad y es residente de Cirugía.

Dice que no cree en la psicología como si estuviera hablando del Ratoncito Pérez o de Papá Noel. A nadie se le ocurriría desconfiar de la cirugía cuando le dicen que tiene que ser operado de apendicitis. Prestamos más atención al dolor físico que al emocional, cuando este último puede llegar a ser mucho más incapacitante.

—¿Y esa cara que me traes? —pregunta Gloria, la jefa de las enfermeras, cuando paso por el control.

—Estaba pensando en una cosa que me ha dicho una paciente y me he distraído. ¿Cómo lo lleváis?

—Te lo diría, pero da mala suerte. Ya sabes. —Me guiña un ojo.

Hay una superstición entre los trabajadores de Urgencias: decir en voz alta que el día está tranquilo lo gafa todo.

El móvil vibra en el bolsillo de mi bata y compruebo que es Jaime.

Jaime:

Quién se viene esta noche al Henry's?
He tenido un día de mierda

Alma:

Me apunto.
Voy directamente y ceno allí

Natalia:

Me uno a la cena. No tengo nada en la nevera

El resto no contesta. Seguro que las enfermeras saben dónde están.

—¿Está Sofía por aquí?

—La he visto pasar hace un momento a la sala 2. Marcos y Esther vienen por allí —comenta Gloria, adivinando mi siguiente pregunta.

—¿Qué tal la mañana? —pregunta Esther cuando llega a nuestra posición.

—Bien, he pasado consulta sola.

—¡Felicidades! —exclama Marcos.

—Muchas gracias, chicos. —Sonrío—. ¿Habéis visto el mensaje de Jaime? Esta noche vamos al Henry's.

—En cuanto salga de aquí, voy para allá. Te vienes, ¿no? —le pregunta él a la enfermera.

—Esta vez voy a pasar. Llevo varias noches durmiendo fatal y quiero meterme pronto en la cama.

—¿Va todo bien? —preguntamos Marcos y yo a la vez.

—Sí, sí, tranquilos, chicos. Una semana complicada. Nada más. Os dejo, que tengo que seguir.

Marcos me mira y, como ya sé lo que va a decirme, me adelanto.

—No te preocupes, hablaré con ella.

—Gracias. —Me aprieta el hombro con cariño—. Te veo esta noche.

No es la primera vez que Esther rechaza uno de nuestros planes y últimamente la veo más cansada de lo normal. Hay veces que la terapia puede ser dura cuando se remueven cosas del pasado y, en su caso, no debe de ser fácil.

Descubro a Matías, mi adjunto, al final del pasillo y decido acercarme a él.

—Alma, te estaba buscando. ¿Cómo llevas la semana? ¿Algún caso interesante?

Le hablo del grupo de terapia y del programa de depresión postparto.

—No sabía que había tantos programas en el hospital —comento.

—Sí, Beatriz insistió mucho para crear este y, tras hacer una valoración, lo aprobaron. Siempre estamos abiertos a nuevas ideas. Aunque nos cuesta bastante convencer a la administración, somos muy pesados.

—¿Qué pasó con Miguel, el paciente de la semana pasada que no hablaba? Cuando terminó mi turno acababan de trasladarlo a una habitación.

—Tras el shock inicial, comenzó a hablar al día siguiente y pudimos darle el alta con una cita en nuestro servicio.

—Me alegro de que no fuera nada más grave.

Recuerdo mi conversación con el residente que creía estar ante un problema mayor. Ojalá haya sabido que yo tenía razón y empiece a darle más importancia a la salud mental.

De pronto, aparece Esther junto a una compañera, las dos en una actitud bastante precipitada.

—Doctor —dice mi amiga—, hay dos urgencias de Psiquiatría: una paciente muy nerviosa a la que no pueden explorar y el desvanecimiento de una madre a la que acaban de comunicar el fallecimiento de su hijo.

—Alma, encárgate tú de la primera; puedes hacerlo sola sin problema. Yo me encargo de la madre. Cualquier cosa que necesites, pide que me busquen.

—Te acompaño —indica la compañera de Esther, y mi amiga se marcha con mi adjunto.

La enfermera viene conmigo hasta la puerta del box y me deja a solas para que pueda hablar con el médico que ha pedido la interconsulta.

—Buenas tardes. Vengo por la interconsulta de Psiquiatría —comento entrando en la sala.

Lo que no espero es toparme con el residente del otro día. Lo miro a él y después a las dos enfermeras que intentan tranquilizar a la paciente. Esta no deja de moverse y gritar.

—Sí. —Me ojea de arriba abajo—. Y si no recuerdo mal, tú no lo eres.

—Pues es lo que hay. Lo tomas o lo dejas —espeto—. ¿Me quedo o me voy?

Me observa fijamente sin decir ni una palabra mientras se cruza de brazos. Yo imito su gesto, mostrando mi descontento, y esto parece hacerle gracia porque disimula una sonrisa mientras niega con la cabeza.

—Está bien. Ayúdame.

—¿Cómo se llama?

—Andrea, o eso pone en su colgante. No hemos conseguido hablar con ella ni acceder a su historia clínica. La ha traído una ambulancia. Debe de tener unos dieciséis años y, según nos han dicho, la han atropellado, pero es imposible explorarla. Cuando tratamos de tocarla, se pone peor.

—Yo me encargo. Creo que se está agobiando con tanta gente aquí dentro. Chicas, muchas gracias por ayudarnos, ya seguimos nosotros. Si os necesitamos os avisamos —digo a las enfermeras, que asienten y se marchan.

En cuanto nos quedamos los tres solos, me acerco a la paciente.

—Hola, Andrea. Mi nombre es Alma. ¿Cómo te encuentras, cielo?

La paciente parece más tranquila, pero no responde.

—Hemos intentado hacerle una valoración neurológica —me explica—, pero se ha puesto muy nerviosa cuando le hemos enfocado con la linterna. La fotosensibilidad puede ser debida a un traumatismo craneoencefálico…

—Entre otras muchas cosas —le interrumpo—. ¿Se puede apagar esta luz?

—¿Me puedes explicar qué pretendes? ¿Vamos a jugar a tinieblas? —El residente está perdiendo la paciencia.

En vista de su escepticismo, decido hacerlo yo misma. Así que me levanto, apago la luz y abro la puerta para que entre la iluminación del pasillo. La joven deja de moverse.

—La paciente está en el espectro autista. Por eso le molesta que la toquen y los estímulos fuertes. Quitémonos la bata. Estará más cómoda. —Para mi sorpresa, el doctor obedece—. ¿Dónde están sus cosas?

—Solo tiene esa mochila —la señala— y libros del colegio. Ni móvil ni identificación. Quizá los perdió en el accidente.

—Comprueba sus libros de texto y examina la mochila. Es frecuente que las familias de los niños con este trastorno graben su número de teléfono por si se pierden.

—Aquí está. —Sale al pasillo y se lo entrega a una de las enfermeras—. ¿Cómo has sabido lo del autismo?

—Mi trabajo consiste en darme cuenta de estas cosas, doctor. —Lo miro y sonrío con suficiencia—. Voy a ver si las enfermeras tienen pictogramas para que nos pueda señalar dónde le duele mientras esperamos a su madre. Ahora vuelvo.

Cuando regreso a la habitación, me encuentro al doctor completando la historia clínica de la paciente en el ordenador con una actitud más relajada y conciliadora.

Juntos la valoramos con la ayuda de las imágenes y descubrimos que le duele la zona de las costillas.

—Aunque no parece tener nada grave, no quiero arriesgarme a pasar por alto otras posibles lesiones. Voy a pedirle un TAC —me informa—. ¿Crees que será necesario sedarla?

—Como tenemos que esperar a la madre para que nos dé su autorización, creo que lo mejor es que le preguntemos a ella.

—Bien pensado. ¿Te importa avisar a una de las enfermeras para que se quede con ella mientras viene la madre? —pregunta, dubitativo.

—Claro, voy.

Cuando llega la enfermera abandonamos la habitación.

—Parece que la paciente va a estar bien —comenta, rascándose la nuca.

—Sí, hemos hecho un buen trabajo. —Le sonrío.

Esta vez no disimula la sonrisa y asiente mientras me mira a los ojos.

—Gracias por tu ayuda. Yo solo no habría sido capaz.

—¿Así que no eres perfecto? —Me hago la sorprendida, y él niega con la cabeza—. ¿Es cosa mía o no estás muy acostumbrado a dar las gracias?

—¿Tanto se me nota?

Me dedica una nueva sonrisa, que me desarma. Qué guapo es.

—Solo un poco, doctor…

—De la Vega.

—Cierto, recordaba que era algo pijo —pienso en voz alta.

—¿Pijo? —Se ríe.

—Quería decir ilustre, en plan marqués.

—No lo estás arreglando. Puedes llamarme Guzmán.

Frunzo el ceño.

—¿Guzmán?

«¡No puede ser!».

Claro, todo tiene sentido: residente de Cirugía, engreído, modales que, a veces, brillan por su ausencia. Es el mismo Guzmán con el

que Sofía tuvo problemas en sus guardias y al que se enfrentaron Marcos y Jaime.

Reconozco que puede ser bastante impertinente, pero me lo imaginaba como un ser despreciable después de los comentarios de mis amigos, aunque, para ser justa, mi primera impresión tampoco fue buena. Sin embargo, hace un momento, he podido ver lo profundamente preocupado que estaba por la chica.

La sonrisa le desaparece del rostro. Algo ha hecho clic también en él.

—Veo que ya has oído hablar de mí y por tu cara diría que no muy bien —comenta, y percibo en su lenguaje corporal que está avergonzado.

—Por suerte para ti, no me gusta dejarme llevar por las opiniones de los demás. Prefiero formarme la mía propia. —Le tiendo la mano —. Encantada de conocerte, Guzmán.

—Lo mismo digo, Alma. —Sonríe y acepta el apretón.

Me estremezco cuando nuestras palmas se tocan y subo la mirada a sus ojos para comprobar su reacción. Sostiene mi mano más tiempo del necesario sin dejar de observarme. Me fijo en sus labios e imagino cómo sería besarlos.

El sonido de una ambulancia a lo lejos me recuerda que estoy en el trabajo y me trae al presente.

—Me te-tengo que ir ya. —Se me traba la voz.

—Claro. —Me libera la mano—. *Ciao*.

Camino por el pasillo con la respiración acelerada.

Hace unos días estaba preocupada por nuestro encontronazo y ahora no puedo dejar de pensar en la manera en que me ha mirado.

Yo no soy así. No sé qué me pasa.

Y, por si fuera poco, he descubierto su identidad. A ver cómo le explico yo ahora a mis amigos que me siento atraída por Guzmán, el residente al que ellos normalmente se refieren como «el Gilipollas».

8
¿HAS VUELTO A VER AL DOCTOR MACIZO?

ALMA

Júnior me tiende el plato con mi hamburguesa y yo le doy las gracias. ¡Tiene una pinta deliciosa!

—¿Carlos no viene? —pregunta Natalia antes de darle un bocado a la suya, mirando a Jaime, que está sentado frente a nosotras.

—¡Qué va!, sigue a tope con el estudio.

—Aunque lo echemos de menos, eso es bueno, ¿no? Así tendrá más posibilidades de conseguir plaza aquí —dice mi amiga.

—Sí, lo sé, pero… ¿y si no consigue quedarse y tiene que irse a otra ciudad? ¿O elige irse? —inquiere el celador, angustiado—. Llevamos solo tres meses saliendo, es muy poco tiempo, y no sé qué papel juego yo en sus decisiones.

—¿Le has dicho ya lo que sientes?

—Alma, sabe perfectamente que me gusta…

—Pero no sabe que estás enamorado de él. Si tenéis una conversación acerca de vuestros sentimientos, desaparecerá el

miedo que tienes a que se vaya y se olvide de ti —lo tranquilizo.

—¿Y si él no siente lo mismo? —Se lleva las manos a la cabeza.

—¿Estás de coña? —pregunta Natalia—. ¿Tú has visto cómo te mira? —Nuestro amigo sonríe—. Ese chico está enamorado de ti y estoy segura de que también tiene miedo a decírtelo. No seas cobarde y échale huevos. A veces, damos algo por sentado y la otra persona puede pensar justo lo contrario.

—Con lo bonita que te había quedado la primera parte —lamento, conteniendo la risa—. Pero Natalia tiene razón. Habla con él, Jaime.

—Exacto, y estaría muy bien también que aquí nuestra amiga nos contara si ha vuelto a coincidir con el residente gilipollas.

—Gilipollas, pero macizo, no te olvides de eso —apunta Jaime—. ¿De qué especialidad es? Igual lo conocemos…

—Hoy hemos coincidido de nuevo y la cosa ha ido… bien. Me ha dado las gracias por haberlo ayudado. Me ha parecido un buen chico. No sé… Quizá tuvo un mal día la primera vez…

Les cuento el caso de la niña y me felicitan por la actuación. Pero omito la parte final, en la que me desvela quién es. Prefiero guardarme ese dato para mí porque sé que, si no lo hago, ellos me contarán malas experiencias o cosas que han oído sobre él y, como le he dicho a Guzmán, prefiero formarme mi propia opinión.

Un rato más tarde aparece por la puerta Marcos. Sofía tiene guardia de veinticuatro horas, por lo que hasta mañana por la mañana no saldrá.

—No había mucho movimiento al final del turno, ¿no? Cuando me he ido estaba bastante tranquilo —pregunto en cuanto Marcos toma asiento junto a Jaime.

—No, ha sido una buena tarde —nos cuenta—. Por cierto, Jaime. ¡No te lo vas a creer! ¿A que no sabes quién ha sido amable conmigo?

—¿El Trajes?

—Eso sería un milagro… Me refería a Guzmán.

—¡¿En serio?! ¿Qué te ha dicho?

—Estaba valorando a una paciente y se le ha caído la carpeta. Entonces, me he agachado a recogerla, como haría con cualquiera. Lo que no esperaba es que me diera las gracias.

—Te lo estás inventando —le recrimina el celador.

—¡Te lo juro! Me ha dicho: «Gracias, Marcos» —lo imita—. El muy cabrón se sabe mi nombre y lleva meses llamándome «auxiliar».

—Mira que sois exagerados —comento cuando paramos de reírnos de la imitación—. No será para tanto. Igual ha pasado por una mala época y ha decidido ser más amable a partir de ahora.

—Será eso… —apunta Natalia, llevándose su cerveza a los labios sin quitarme ojo.

No creo que yo haya tenido nada que ver en el cambio de actitud de Guzmán. Aunque sí que es verdad que, cuando me he ido de su consulta, parecía de mejor humor que al verme entrar.

Natalia sigue mirándome, es demasiado avispada. Así que decido cambiar de tema.

—Por cierto, Marcos, me comentó mi hermano que, el finde que estuvieron en Cullera Lucía y Carol pasando el día, esta iba acompañada…

Carol es la hermana de Marcos, se quedó embarazada a los diecisiete años y, a pesar de que el padre desapareció, decidió seguir adelante con el embarazo con ayuda de su familia. Lucía ya tiene siete años y es una niña maravillosa que adora jugar con mis sobrinas.

—Sí, de Tomás, un compañero de su trabajo. Bueno, y ahora su pareja. Es un buen tipo.

—Debe de serlo si el tío Marcos ha dado su visto bueno —bromea Natalia. Sabe cuán protector es el técnico con su familia.

—Se lleva muy bien con Lucía y hace feliz a mi hermana. No puedo pedir más.

—Cuánto me alegro por ella. Se lo merece.

Al ver tantas parejas felices a mi alrededor, se me hace inevitable envidiarlas.

Nunca me he enamorado. Nunca he sentido las mariposas en el estómago ni he contado las horas para ver a esa persona especial.

A veces, me pregunto si tal vez yo no lo percibiré como otras personas lo describen.

En bachillerato, estuve dos años saliendo con un chico. Compartí con él mis primeras veces. Podría decirse que fue mi primer amor, pero, honestamente, yo no lo considero así. Me gustaba pasar tiempo con él, me hacía sentir especial, pero nada más. Cuando terminaron las clases, tuvo que trasladarse de ciudad porque no había conseguido plaza en Madrid para estudiar la carrera que él quería. Y esa realidad no supuso ningún drama para mí. A él le afectó bastante más que a mí, y sentí que algo estaba mal conmigo.

Años más tarde, ya en la universidad, me pasó algo parecido. Un compañero de la facultad me invitó a cenar y acepté. Estuvimos quedando durante varios meses. Él parecía muy ilusionado. En cambio, yo no me sentía del mismo modo. Pero no fui capaz de ser sincera y dejarlo porque no quería herir sus sentimientos. Y eso complicó la situación. Cuando todo explotó, me echó en cara ser una cobarde y haber jugado con sus sentimientos. Y no le faltó razón. No hacer nada también es una decisión y, muchas veces, resulta más dolorosa.

Por una parte, envidio el amor, y por otra, me aterroriza.

En cierta manera, enamorarse de alguien es entregarle la capacidad de destruirte. Fui testigo de lo mal que lo pasó mi padre cuando mi madre falleció.

Al pensar en mi madre, recuerdo que solo faltan dos semanas para mi consulta con la doctora Cruz, y todavía no le he hablado a nadie sobre ello.

—Ey, ¿todo bien? —pregunta Marcos mientras nuestros amigos parlotean sobre un programa de televisión.

—Sí, solo pensaba. —Fuerzo una sonrisa—. ¿Vienes a dormir a casa esta noche y esperas a Sofía?

—Pensaba ir mañana para desayunar con ella, pero si no molesto me quedo y así me ahorro el viaje.

—¡Qué tonto eres! —Niego con la cabeza—. Mira que te tengo dicho que no molestas. Tienes una copia de la llave. Puedes usarla.

—Está bien. Te haré caso.

Continuamos charlando un par de horas hasta que el reloj marca la una y damos por terminada la noche. Nos despedimos de Natalia y Jaime, que se encaminan hacia el metro mientras Marcos y yo damos un paseo a casa.

—Me ha comentado Sofía que el sábado que viene iréis al pueblo —digo cuando entramos en la vivienda.

—Sí, ¿tú también vienes?

—Claro, tendré que aprovechar que bajáis en coche y me ahorro el billete de tren —bromeo—. Tengo ganas de ver a mi padre. Llevo varias semanas sin poder ir.

—Seguro que se alegra mucho de verte.

—No tanto como tu suegro cuando te vea —le vacilo.

—¡Oye! Antonio y yo nos llevamos estupendamente. Solo que él, a veces, no sabe demostrarlo —confiesa, divertido.

—Ten paciencia. Es un encanto, solo que un poquito protector. Mira, una cosa que tenéis en común —bromeo.

—Qué graciosa. —Me da un empujoncito.

—Me voy ya a la cama, que mañana algunos madrugan.

—Nos vemos en el desayuno. Descansa.

Abro la puerta de mi dormitorio y enciendo la luz. Mientras me pongo el pijama recuerdo mi conversación con Guzmán. El corazón se me acelera solo de rememorar cómo me ha mirado cuando nos hemos dado la mano. ¿Habrá sentido él algo parecido?

9
QUIZÁ NO ES TARDE PARA CAMBIAR

GUZMÁN

Esta semana ha sido agotadora. Primero, la guardia del miércoles y, ayer, sábado, que me tocaba trabajar de mañana para revisar un par de posoperatorios, tuve que quedarme por una cirugía de urgencia. En realidad, siendo sincero, nadie me obligó, pero, al ser residente de cuarto año, no puedo rechazar la oportunidad de entrar en quirófano siempre que se me presenta.

Cuando quise llegar a casa, eran las siete de la tarde y estaba tan cansado que me comí un sándwich y me metí en la cama.

Y aquí estoy, en mi día libre, con los ojos abiertos como un búho a las siete de la mañana, notando una presión en el pecho y dificultad para respirar. Trato de relajarme para hacer que desaparezca. El cansancio va a acabar conmigo.

Últimamente, me pasa a menudo. A pesar del estrés y del agotamiento que supone trabajar en el hospital, los problemas aprovechan la oscuridad de la noche para invadir mi cabeza y

dificultarme conciliar el sueño. Y, para qué engañarme, he pensado más de lo que me gustaría en Alma, la residente de Psicología.

Trato de restarle importancia. Después de todo, no era la primera vez que coincidíamos, pero durante nuestro último encuentro no la traté bien que digamos. Y es que, cuando el estrés se apodera de mí, puedo llegar a ser muy desagradable. Es como si tuviera visión túnel y solo pensara en trabajar eficientemente para conseguir el mejor resultado posible. En ese momento, lo único que me importa es la salud de los pacientes.

Cuando vi que la niña no paraba de gritar y moverse, me puse en lo peor y pedí que avisaran a un psiquiatra, ya que nada funcionaba para tranquilizarla. Pensé que una psicóloga solo nos retrasaría. Si yo, que soy residente de Cirugía, no podía dar con el problema, qué demonios iba a saber ella.

Soy un gilipollas, lo sé. Tuve que tragarme mis palabras al ver cómo Alma consiguió dar con la causa de inmediato y manejó la situación a la perfección. Para colmo, no reaccionó de mala manera, justo como me merecía, sino que me explicó con paciencia cómo podía ayudar a la joven. Al despedirnos, me miró a los ojos y tuve la sensación de que me veía de verdad, como si no pudiera esconderme de ella.

Sé que puede parecer una tontería, pero, después de eso, me sentí realmente mal por cómo le había hablado. Y me pasé el resto de la tarde buscándola con la mirada. La veía atendiendo a otros pacientes y todos ellos terminaban con una sonrisa en la cara.

Eso me hizo observar a mi alrededor. Descubrí que mis compañeros charlaban y bromeaban entre sí cuando tenían un descanso entre paciente y paciente. Y me di cuenta de que yo estaba solo y era culpa mía.

Me lo he buscado. Pero, quizá, no es tarde para cambiar. O eso creo.

Tras veinte minutos dando vueltas en la cama, no consigo volver a dormirme, así que decido levantarme.

Al salir de mi habitación, oigo ruido en la cocina. Debe de ser Andrés, que siempre es el primero en levantarse para salir a correr.

—Menuda cara me llevas. ¿No has pegado ojo? —pregunta el fisio en cuanto entro en la estancia.

—Últimamente me cuesta dormir —confieso. Tengo la guardia baja.

—¿Sabes qué es lo mejor para eso?

—¿Un hipnótico? —bromeo.

Sí, le he hecho una broma a mi compañero de piso.

—Antes de recurrir a las drogas, yo probaría con el deporte. Vístete, que te espero y salimos juntos.

—No sé yo si es muy buena idea…

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? —Ve la duda en mi cara e insiste—. Si lo que te da miedo es no poder seguirme el ritmo, no te preocupes, que tendré piedad por ser el primer día.

Quizá este es un primer paso para ser un nuevo Guzmán.

—Dame cinco minutos.

Apenas tardo en cambiarme y me reúno con él en el vestíbulo. En cuanto abandonamos el edificio, ponemos rumbo hacia el parque de El Retiro, que queda a pocos minutos de casa. Se nota que ya ha comenzado el otoño porque han bajado las temperaturas y se hace más soportable practicar deporte.

Tras llegar a Mariano de Cavia, subimos por Menéndez Pelayo y entramos por la Puerta de Granada en dirección al Paseo de Coches. Todavía no hay mucha gente, pero a media mañana estará lleno de familias que quieren aprovechar el buen tiempo.

En esta zona es normal cruzarte con patinadores que desafían las leyes de la gravedad haciendo giros imposibles. Y durante los meses de mayo y junio tiene lugar la conocida Feria del Libro, en la que los lectores se reúnen con sus autores favoritos para llevarse sus obras firmadas.

Es un lugar precioso y lleno de vida.

—¿Descansamos un poco? —pregunta Andrés después de un buen rato corriendo.

—Creía que no ibas a decirlo nunca —respondo fatigado, cogiendo la botella de agua que llevo en la espalda.

—¿El cirujano está en baja forma? —ironiza.

—Llevo bastante tiempo sin hacer ejercicio. Últimamente voy del hospital a casa y de casa al hospital.

—Todo es organizarse. Antes ibas al gimnasio, ¿no?

—Sí, aunque ya hace dos años de eso. Supongo que lo fui dejando y siempre tengo una excusa para no ir.

—Si me permites el consejo, te vendría bien volver a hacer deporte. Se te ve muy estresado y si dices que te cuesta dormir…

—Demasiadas preocupaciones.

—Sé de lo que hablas. Tengo una hermana adolescente que ha comenzado a salir por la noche de fiesta —bromea, y me hace reír—. Entiéndeme, no lo digo en plan machista ni nada de eso, ya tiene dieciséis años. Es solo que, cuando pienso en cómo era yo a su edad…

—¿Eras? Tus hazañas llegan hasta la planta de Cirugía, «fisio de los *tattoos*». —Sonrío al utilizar el apodo que le escuché decir a una compañera.

—No te creas todo lo que escuchas. Además, la gente cambia. Ya no soy el mismo que cuando llegué hace cinco años al hospital.

—Supongo que sí, solo necesitamos un buen motivo —indico, y por alguna razón me acuerdo de Alma.

Su rostro me inunda la mente. Por un instante, solo puedo pensar en ella. En su preciosa boca y en esos ojos, que parece que pueden tocarme. No estaba preparado para que una mujer se colara en mis pensamientos.

—¿Preparado para volver a casa? —La voz de Andrés me devuelve a la realidad.

—Te echo una carrera hasta la salida. —Lo reto, aunque sé que voy a perder.

Andrés me regala una sonrisa pícara. Creo que está igual de sorprendido que yo de mi cambio de actitud. La mañana ha ido mucho mejor de lo que esperaba y me ha gustado conocer a mi compañero de piso un poco más. Quién sabe, quizá podríamos llegar a ser amigos.

Cuando echamos a correr, por un momento, lo disfruto tanto que me tienta sonreír. Eso sí, llego con varios segundos de diferencia y noto que los pulmones van a salírseme del pecho, pero sorprendentemente me encuentro muy bien conmigo mismo.

—Pensé que ya no venías. —Se ríe, y me pasa su botella cuando ve que la mía ya se ha terminado.

—Gracias. —Nos miramos—. De verdad, gracias por esto.

—No hay de qué. ¿Te aviso la próxima vez?

—Sí, me tengo que poner de nuevo en forma.

—¿Y eso? ¿Hay alguien a quien quieras impresionar?

Me carcajeo. En realidad, no dejo de hacerlo mientras volvemos a casa compartiendo bromas. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto hablando con alguien. Andrés hace que todo sea fácil: da tiempo y respeta los silencios. Es como si dijera: «Me lo puedes contar cuando estés preparado». Espero no estropearlo y poder compartir más momentos como este.

—Entonces ¿no conoces el Henry's? —pregunta cuando cruzamos la puerta de casa.

Me encojo de hombros y niego con la cabeza.

—No, ni siquiera he oído hablar de él.

—Es un bar que está cerca del hospital y es genial. Van muchos compañeros. Yo antes de mudarme a esta zona, como vivía muy cerca, iba bastante con unos amigos, pero llevo tiempo sin acercarme. La próxima vez que vaya, te aviso si quieres, y te los presento.

Veo por su rostro que duda sobre si voy a aceptar. Es normal. En estos dos años que llevamos viviendo juntos he rechazado

sistemáticamente cada una de sus propuestas. Pero, si pretendo cambiar cosas en mi vida, mi asociabilidad podría ser una de ellas.

—Si no tengo guardia, me apunto.

—¡Genial! —Me da un golpecito en el pecho—. Me pido «primero» para la ducha. —Sale corriendo hacia el baño y yo solo puedo reírme como un crío.

10
LA SALUD MENTAL TAMBIÉN ES IMPORTANTE

ALMA

A medida que se acerca el día de la visita con la doctora Cruz, me siento más nerviosa. Creía que tenía muy clara la decisión que he tomado, pero cada día me surgen más dudas. ¿Y si me arrepiento? ¿Y si no estoy preparada?

Trato de desechar todas esas incertidumbres y centrarme en el día a día. El *mindfulness* me está ayudando mucho con ello. Tengo que ceñirme al presente.

Cojo aire y me centro de nuevo en actualizar las historias clínicas de los pacientes que he visto estos últimos días.

—Alma, necesito que me hagas un favor —me pide Sandra, la residente de Psiquiatría, acercándose a mí desde la otra punta de la sala de descanso.

En media hora comienza el grupo de terapia y está bastante angustiada.

—Claro, dime.

—Nos han pedido una interconsulta urgente desde Cirugía, pero Beatriz entra una hora más tarde y el resto de los psiquiatras están en consulta. —Puedo percibir su nerviosismo en la manera en que se toca el pelo—. Es por un tema de fobia a las agujas y tengo que confesarte que a mí también me dan miedo. —Se sonroja.

—¿Dónde hay que ir?

—¿De verdad? ¿No te importa? —Parece aliviada—. Sé que las interconsultas tiene que supervisarlas un adjunto en los primeros años…

—No te preocupes. Si me ponen algún problema, explicaré la situación y que ellos decidan si quieren que vea a la paciente.

—Mil gracias, de verdad. Es en la -1, en la Unidad de Cirugía sin ingreso. Pregunta por Carmen en el mostrador: es la anestesista.

Pongo rumbo al lugar mientras recuerdo todo lo que sé sobre fobias. En la universidad, tuvimos que hacer un trabajo sobre ellas y exponer a un sujeto a su fobia. Yo elegí a mi hermano, Rober, que tenía miedo a las alturas y no debí de hacerlo mal porque, a día de hoy, se monta con sus hijas en la noria.

A cada paso que doy, me pongo más nerviosa porque no sé cómo presentarme. He pensado en decir: «Hola, soy Alma, residente de Psicología y la única opción disponible del departamento», pero no creo que eso sea empezar con buen pie. Trato de serenarme y me digo que cuando llegue el momento sabré qué decir.

—Buenos días. Vengo de Psiquiatría, nos ha llegado una petición de una interconsulta. Me han dicho que pregunte por Carmen —digo en cuanto llego al mostrador.

A continuación, me hacen pasar a la zona de quirófanos.

—¿Eres la psiquiatra? —pregunta una mujer muy amable—. Soy Carmen, la anestesista.

—Encantada. —Le estrecho la mano que me ofrece—. Soy Alma, residente de Psicología. Me han avisado de que teníais un problema con una paciente con fobia a las agujas.

—Sí, cuando le hemos dicho a la paciente que teníamos que ponerle una vía se ha puesto muy nerviosa. Ella creía que no hacía falta que la pincháramos y que la sedaríamos con gas. La enfermera le ha pedido que piense en otra cosa y ha tratado de distraerla, pero no hay forma. Tiene las pulsaciones disparadas y no podemos dormirla así —me explica.

—¿Puedo verla?

—Claro, pasa al quirófano: el cirujano está hablando con ella, a ver si consigue convencerla.

Abro la puerta y escucho cómo el especialista, que está de espaldas a mí, le habla a la paciente.

—Llevas mucho tiempo en la lista de espera para la cirugía. Si no extraemos hoy la vesícula, volverás a tener cólicos… —le explica en tono conciliador.

Observo que lleva el uniforme de quirófano y que este se le ciñe al cuerpo como si fuera una segunda piel. No puedo evitarlo, me recreo contemplando esa espalda y la curva de sus caderas. Sé perfectamente a quién pertenece, y eso me tensa, pero, por extraño que parezca, también me emociona.

Debe de haberme escuchado entrar porque, de pronto, enmudece y se gira a mirarme.

—Buenos días, doctor De la Vega. —Prefiero dirigirme a él por el apellido estando en compañía de una paciente—. ¿Podemos hablar un momento?

Se aparta de la camilla para acercarse a mí.

—Hola, Alma. ¿Te han mandado a ti para que la convenzas? —me pregunta mientras se rasca la nuca. Parece inquieto—. Está muy nerviosa y no sé qué más decirle.

—La empatía es lo que más me ayuda en estos casos —susurro para que la paciente no me oiga—. Ella no está acostumbrada a estar en un quirófano. Para colmo, no te conoce de nada y su fobia le hace sentir muy vulnerable. Que le recuerdes sus cólicos no es

muy buena idea en este momento. Te aseguro que ella es la más interesada en operarse.

—Mejor encárgate tú e intenta no demorarte mucho, por favor, que la cirugía debería haber comenzado hace diez minutos y necesitan el quirófano.

—De acuerdo, voy a hablar con ella. —Me acerco y Guzmán permanece un poco alejado para darnos algo más de intimidad—. Buenas. —Sonrío a la mujer—. Mi nombre es Alma. Me han llamado para ver si puedo ayudarte. ¿Cómo te llamas?

—Remedios.

—Y cuéntame, Remedios, ¿te dan miedo las agujas?

—Sí, me pasa desde pequeña —confiesa avergonzada mientras varias lágrimas se le escapan de los ojos—. Yo quiero operarme. Lo necesito, pero es que es superior a mí. —Tiene el pulso disparado. Está muy asustada.

Le apoyo una mano en el brazo para transmitirle tranquilidad y hacerla sentir protegida.

—Tranquila, lo entiendo. Nadie va a obligarte a hacer nada que no quieras, ¿vale? —le explico con delicadeza y ella asiente—. Trata de respirar más despacio.

—Creía que estaba preparada, pero no puedo. —Jadea con la voz entrecortada por la ansiedad—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya. El miedo a las agujas es algo que se puede solucionar con terapia y podemos ayudarte. Voy a hablar con el cirujano y ahora vuelvo.

Me acerco a Guzmán, que está de pie cerca de la puerta.

—¿Ya está? ¿Aviso al equipo?

—Hoy no va a poder operarse. Está aterrada. No es buena idea. Si la forzamos, recordará esta experiencia como algo traumático y eso dificultará las cosas cuando tenga que relacionarse con el entorno sanitario. Convendría retrasar la intervención…

—¿Cómo que no va a operarse? —Se quita el gorro de quirófano y lo aprieta, nervioso—. Se suponía que tenías que convencerla. ¿De

qué habéis estado hablando entonces? —pregunta levantando un poco la voz.

—Habla más bajo, no es bueno que nos escuche. —Lo agarro del brazo y nos alejo un poco más de la paciente—. Siento que esto altere tu horario de quirófano, pero la paciente no está preparada. Intento hacer mi trabajo, pero no puedo curar una fobia en diez minutos, Guzmán. Lo mejor para la paciente es retrasar la intervención.

—Lo mejor para la paciente es operarse —espeta bastante estricto y avanza un poco más hacia mí.

Ahora solo nos separan unos pocos centímetros y me es imposible no mirarle la boca un segundo. Sé que no es el momento, pero no puedo evitarlo.

—Si retrasamos la cirugía podría sufrir otro cólico.

—La salud mental también es importante, aunque tú no lo creas. Ahora mismo Remedios lo está pasando francamente mal y tu actitud no ayuda nada. Tienes dos opciones: aceptar la situación o enfadarte. La segunda no la ayudará a ella en nada. —Nos miramos el uno al otro un instante. Me gustaría poder saber qué piensa ahora mismo porque, por el gesto de su cara, no soy capaz de deducir si siente rabia o admiración—. Voy a hablar con Remedios para explicarle que hemos decidido retrasar la intervención. Puedes acompañarme si quieres.

No dice nada, pero me sigue.

—Siento las molestias —dice Remedios en cuanto nos acercamos.

—No tienes que disculparte. —Le coloco mi mano sobre el brazo —. Me estaba diciendo el doctor De la Vega que no hay inconveniente en retrasar la intervención si ahora no estás preparada. Eso ayudará a que tú y yo trabajemos en consulta tu miedo a las agujas.

Miro a Guzmán para que sea él quien hable ahora.

Carraspea y se pone tieso. Es tan arrogante que me hace gracia.

—Sí, lo importante es que te sientas segura cuando entres a quirófano —añade secamente.

Lo dice de una manera tan mecánica que es hasta cómico. Me centro en la paciente y le froto el brazo para aliviarla.

—Bien, en cuanto estés lista, sube a las consultas de Psiquiatría. Están en la primera planta. Pregunta por Alma en el mostrador y miramos juntas qué cita te viene mejor.

—Muchas gracias a los dos, de verdad —responde más tranquila.

Guzmán le explica que ahora vendrá una enfermera a acompañarla al cuarto donde ha dejado su ropa.

Salimos del quirófano y veo que tiene una sonrisa en la cara mientras niega con la cabeza.

—¿Siempre te sales con la tuya? —pregunta mientras me mira.

—Solo cuando tengo razón…

—¿Y eso suele pasar mucho? —Me mira divertido.

—Por el momento hemos visto dos pacientes juntos y no me ha ido nada mal… —Lo miro desafiante ocultando mi sonrisa.

—Vaya tela, Alma —responde y ambos comenzamos a reír.

11
ERES DEMASIADO BUENA

ALMA

No puedo sacarme de la cabeza la sesión de esta mañana con Mayte.

«No llevo bien la sensación de que merece algo mejor que yo». Esa confesión me ha marcado especialmente.

Me estaba contando que su hijo, el médico que no cree en los psicólogos, ya tiene su vida encaminada y siente que, cuando le pide ayuda, le está robando un trocito de su independencia. Ha trabajado mucho para llegar donde está y ahora, que le queda poco para terminar su residencia, se le rompe el corazón al pensar que tiene que estar pendiente de ella.

Mayte cree que él se merece a una madre sana y fuerte, que no sea una carga.

Durante la consulta hemos trabajado sobre el concepto que tiene de sí misma y que la enfermedad no la define. Pero, en cierta manera, me he sentido un poco hipócrita porque este es uno de los motivos por el que no le conté a mi familia que probablemente desarrollaré la misma enfermedad que se llevó a mi madre.

Ellos habían sufrido muchísimo con la enfermedad. Si yo les contaba que tenía probabilidades de sufrir lo mismo, revivirían la angustia que padecieron en su momento y añadiría una duda constante a sus vidas sobre mi salud. No quería que vivieran con ese miedo. No si podía evitarlo.

Y es por esta razón por la que tengo la consulta con la doctora Cruz en tres días. Creo que ha llegado el momento de tomar algunas decisiones.

Eso me tiene con los nervios a flor de piel y, como siempre que algo me preocupa, decido refugiarme en mi familia porque un abrazo de mi hermano consigue que todo lo malo desaparezca.

Los primeros meses tras la muerte de mi madre, mi padre estaba ausente. No sabía cómo gestionar el dolor por la pérdida de su esposa. Durante ese tiempo fue mi hermano quien se ocupó de cuidarme y que no me faltara de nada. Por entonces, él solo tenía dieciséis años, pero le tocó madurar de golpe.

Y es que, tras el diagnóstico, todo cambió. Como mi padre intentaba mantenerme al margen, solo me decía: «Mamá está malita, pero se va a poner bien». Aunque yo lo veía cada vez más consumido, apenas dormía. Y mi hermano estaba cada vez más triste. La incertidumbre pudo conmigo. Yo solo sentía que la vida ya no era como antes y no sabía por qué.

Un año después, cuando los tratamientos dejaron de funcionar, recurrieron a Estefanía, la psicooncóloga, para contarme lo que pasaba y confesarme que era cuestión de tiempo que mamá nos dejara para siempre. A ese terrible dolor se le unió la rabia por las mentiras y una soledad desgarradora.

En la actualidad, y con la sabiduría que me ha dado mi profesión, puedo decir que no le guardo rencor a mi padre por tomar esa decisión, aunque sepa que no fue la correcta. Hizo lo que creyó que era lo mejor para mí. Tuvo que ser muy complicado fingir que todo iba bien delante de su hija para evitar que sufriera. A fin de cuentas,

es lo mismo que hice yo al enterarme de que tenía la mutación: mentir para protegerlos.

—Algo te preocupa —comenta Mamen, mi cuñada, sentada a mi lado en el sofá.

Podría decirle que se equivoca. Pero lleva más de la mitad de mi vida conmigo. Mi hermano y ella comenzaron a salir a los dieciocho, cuando yo tenía doce. Es inútil negarle lo evidente a una persona que te conoce tan bien.

—Prefiero no hablar de ello. —Frunce el ceño, preocupada por mi respuesta—. Por ahora —añado para tranquilizarla.

—Está bien. Sabes que no soy de las que presionan, pero me tienes aquí para lo que sea. Y a tu hermano también.

—Lo sé —le aseguro, y me acerco a ella para dejarme abrazar.

—¿Van bien las cosas en el hospital?

—Sí, mi adjunta es un amor y estoy aprendiendo mucho de ella. Esta mañana he llevado sola la sesión grupal. Le estoy cogiendo el gusto al *mindfulness*. Si quieres, un día quedamos y te enseño. Seguro que te vendrá muy bien con estas dos —comento, señalando a mis dos sobrinas.

—No creo que la meditación esté hecha para mí, pero puedo intentarlo. —Sonríe—. ¿Y qué tal con ese residente del que me hablaste? ¿Ha pasado algo más?

La puse al tanto de la situación durante una de nuestras habituales llamadas.

—Pues volví a verlo hace unos días… —Recuerdo su risa cuando nos despedimos en la puerta del quirófano.

—¿Yyy? —pregunta curiosa.

—Hay veces que me da la sensación de que es dos personas diferentes.

—Dos personas diferentes viviendo en un cuerpo que está tremendo —apuntilla mi cuñada.

—No debí contarte nada —lamento entre risas.

—Sigue, que te he interrumpido.

—De primeras puede ser borde y estar a la defensiva, pero cuando se relaja…

Me llevo la mano al cuello y recuerdo su mirada, su cuerpo y la manera en que el corazón se me acelera cuando acorta la distancia entre los dos.

—Cuando se relaja te gusta. —Asiento.

—No puedo guardarte secretos, me conoces demasiado bien. No sé qué hacer porque, cuando coincidimos, no sé a qué Guzmán me encontraré.

—Deberías hablar con él y, si te habla mal en algún momento, decírselo, Alma.

—Ya sabes que yo no valgo para eso, Mamen. No me gustan los enfrentamientos. Prefiero hacer como que no pasa nada…

—Pero tienes que poner límites, cariño. Una relación sana se basa en eso, ya sea familiar, de amistad, romántica…, lo que sea. Eres psicóloga, lo sabes mejor que nadie. Como dijo Sartre: «Mi libertad termina donde empieza la de los demás» —me aconseja—. Si de verdad crees que no lo hace con mala intención, te recomiendo que se lo digas.

—Me encanta cuando te pones en modo filósofa.

—No puedo evitarlo, es deformación profesional.

Mi hermano y ella son profesores. Se conocieron en la universidad durante el primer año. Mamen estudiaba Filosofía, y Rober, Historia. Hoy en día, trabajan en el mismo instituto dando clase a los alumnos de Bachillerato.

—Gracias por tus consejos, Mamen. De verdad.

—Para eso estamos. —Sonríe—. Pero, insisto, no tengas miedo de hacer daño a la gente, Alma. Piensa en qué te dirías si fueras tu propia paciente. Igual así te resulta más fácil.

—Me daría por perdida. —Ambas nos echamos a reír.

—Voy a hacer el relevo a tu hermano con Cloe y así habláis un poquito, ¿vale? —Me guiña un ojo y se levanta.

Sabe que me vendrá genial pasar un rato con mi hermano. Y es que mi conexión con Rober es muy especial. Solo él consigue que me sienta a salvo.

—¿Todo bien, enana?

Me revuelve el pelo y yo le sonrío.

—Sí, os echaba de menos y quería estar un rato con vosotros. Te noto cansado.

—Así que, cambiando de tema, ¿eh? —bromea, levantando la ceja —. Voy a hacer como que no me ocultas nada.

—Te lo agradezco.

—Pues yo estoy hasta arriba de trabajo y solo llevamos dos meses de curso. Como ha cambiado el plan de estudios, no puedo reciclar el material de los cursos anteriores y tengo que preparar nuevo temario. Y, por si fuera poco, tu sobrina está de un adolescente que no veas…

—Tiene trece años —le digo—. Ya deberías estar curado de espanto. Si sobreviviste a la mía…

—Era diferente. Acababa de fallecer mamá…

Veo el dolor en su rostro. Ese dolor que siempre lo acompañaba en aquella época y que yo, por mi juventud, nunca entendí ni supe arreglar.

—Pero era un poco cabrona, ¿eh?

—Y ahora demasiado buena…

Entrecierro los ojos.

—¿Te ha dado tiempo a hablar con tu mujer en el pasillo o es que os comunicáis por telepatía? —bromeo mientras lo golpeo con un cojín.

—¿Algo que deba saber? Si alguien te ha hecho algo, dímelo y mando a Mamen para que lo solucione.

Nos carcajeamos. Ambos sabemos que, de los dos, mi cuñada es la que tiene peor genio.

—No tiene importancia, de verdad. —Le quito hierro al asunto, y Rober lo acepta.

—¿Te quedas a cenar? Cuando las niñas se duerman, podríamos aprovechar los tres para ver alguna peli de *Harry Potter*.

Oigo pasos en el pasillo y una cabeza se asoma.

—¿He oído *Harry Potter*? —Astrid entra en el salón y se sienta a mi lado.

—¿Has terminado los deberes? —pregunta mi hermano tratando de hacerse el duro. Conozco muy bien esa cara, conmigo también lo intentaba y siempre fracasaba.

—Sí, papá. ¿Puedo ver la peli? —pide poniendo carita de buena y juntando las palmas—. Por favor.

—Estás castigada sin tele. Tienes que recoger tu habitación.

Para sorpresa de nadie, mi sobrina termina convenciendo a su padre, sin mucho esfuerzo, de ordenar mañana su cuarto y ver con nosotros la tercera película de la saga.

Cuando llegan las diez, Mamen y Astrid se van a la cama y yo me quedo con mi hermano viendo el final de la película.

Me pasa el cuenco de palomitas y sonríe. Esa sonrisa que es casa y que tanto miedo me da que desaparezca.

Sé que en algún momento explotará la burbuja y todo se sabrá, pero, mientras tanto, haré todo lo que esté en mi mano para que esa curva no se vaya de su rostro.

12
NO VOY A SALTARME LAS NORMAS

GUZMÁN

La vida es lo que sucede entre la salida de una guardia y la entrada a la siguiente. Y, según parece, la mía es muy corta.

Hoy estoy especialmente cansado, y eso que duermo mucho mejor desde que salgo a correr con Andrés.

Intento animarme pensando que hoy es viernes y que tengo el fin de semana libre, pero entonces recuerdo que tengo guardia de nuevo. Después de mi jornada normal, ahora me esperan otras diecisiete horas.

Lo bueno es que no tengo que estar todo el turno en Urgencias, solo tengo que estar localizable, por lo que puedo estar en la sala de médicos adelantando trabajo y solo acercarme si me llaman de alguna urgencia.

Suena mi teléfono personal y veo que es mi padre. Salgo de la sala para no molestar al resto de los médicos.

—¿Mamá está bien? —pregunto al descolgar.

—Sí, sí, todo bien. No te llamaba por eso. —Suspiro, por su tono de voz sé que no me va a gustar lo que me va a pedir—. Necesito que me hagas un favor.

—Estoy de guardia ahora mismo.

—Lo sé, por eso te llamo. Necesito que recojas unos documentos que Ignacio tiene que darme. Ayer me dijo que estaría en su despacho.

—¿No jugáis este domingo al golf? Que te los lleve él. Yo estoy muy liado.

—No te cuesta nada, hijo. Es solo un momento. Este fin de semana tengo congreso y no podré encontrarme con él. Aprovechando que vienes a quedarte con tu madre, me los acercas a casa. Sabes que estoy muy ocupado, si pudiera…

—Está bien —lo interrumpo—. Voy a por ellos. Avísale de que subo en unos minutos para que los tenga preparados.

—Gracias, hijo. El miércoles nos ponemos al día durante la cena y me cuentas qué tal te va. Te dejo, que estoy hasta arriba de trabajo.

—Hasta luego, papá —respondo tras escuchar que ha colgado sin despedirse. Miro al móvil con hastío y lo guardo en el bolsillo.

Entro en la sala y me dirijo al residente de primer año que tiene guardia hoy conmigo.

—Samuel, tengo que salir un momento a hacer un recado. Llevo el móvil encima. Si hay cualquier urgencia, avísame, aunque no tardaré mucho.

—Vale.

Me encamino hacia los ascensores y pulso el botón de la cuarta planta.

Al llegar, recorro todo el pasillo hasta la última puerta. Leo la placa: «Doctor Ignacio Saavedra. Jefe de servicio de Medicina Interna». Y cojo aire antes de golpear la madera.

—Espero que esta vez sea importante —espeta estricto.

Accedo al despacho antes de que él levante la vista del escritorio.

—Ah, Guzmán. Creía que eras el inútil de mi nuevo residente. Cada año llegan peor preparados.

—Buenas tardes, Ignacio. —Se me hace rarísimo referirme a él por su nombre estando en el hospital—. ¿Te ha llamado mi padre?

—Sí, acaba de colgar. Voy a buscarte los documentos que necesita. Dame un momento.

—Sin problema —respondo y compruebo que mi móvil no esté en silencio.

—¿Qué tal vas con la residencia? Me he fijado en que este año no has hecho mucho trabajo de investigación. Tienes que ponerte las pilas si no quieres ser un médico mediocre. Aprovecha que ahora tienes tiempo.

—Gracias por el consejo. Han sido unos meses complicados, ya lo sabes. He hecho lo que he podido, teniendo en cuenta las circunstancias —comento a la defensiva.

—Las excusas no valen de nada, Guzmán. Tienes que esforzarte mucho más —me advierte y me clava la mirada—. Tu padre ha luchado mucho para que tú estés aquí hoy. Se lo debes.

Aprieto los puños tratando de no saltar. Siempre sabe qué palabras utilizar para hacerme sentir pequeño.

Si cualquiera lo oye decir que mi padre ha luchado mucho para que yo trabaje en un hospital, pensará que soy un enchufado y que no me he pasado estudiando seis años para graduarme como uno de los mejores de mi promoción. Además, conseguir plaza en Cirugía General en Madrid no es ningún camino de rosas, joder.

Es cierto que mis padres han hecho cosas por mí y les estoy muy agradecido por ello, pero no me han regalado la titulación ni mucho menos mis logros hasta el momento. Eso ha sido un esfuerzo mío y de nadie más.

Mi móvil comienza a sonar y no puedo estar más satisfecho.

—Voy para allá. Nos vemos en Urgencias —informo a Samuel antes de que empiece a hablar. Es la excusa perfecta para salir de aquí cuanto antes—. Tengo que bajar, Ignacio.

—Toma. —Me entrega los documentos—. Saluda a tu madre de mi parte y dile que tiene que animarse y ser positiva.

Me muerdo la lengua y decido no responder. Bastante tiene ella como para aguantar gilipolleces.

Abandono el despacho con un cabreo de narices. No solo ha hablado como si yo fuera un crío desobediente y vago, sino que ha puesto en duda mi profesionalidad y mi compromiso.

Ese cabrón sabe perfectamente cuál es la situación en mi casa. Y mi padre no deja de viajar a todos los congresos que hay en España sobre su especialidad. Yo no puedo hacer lo mismo porque eso supondría que mi madre se quedaría sola.

Sé perfectamente que el año que viene tendré que darme una paliza si aspiro a cumplir con los objetivos que me he propuesto, pero debo cuidar de mamá.

Trato de calmarme cuando llego a Urgencias y busco a Samuel. Lo encuentro al lado de la recepción hablando con la jefa de Enfermería. Cojo aire y me obligo a olvidar la conversación con Saavedra. Tengo que centrarme en mi objetivo de ser más amable con mis compañeros y ellos no deben pagar el mosqueo que siento ahora.

—Buenas tardes, Gloria. —Me apoyo en el mostrador—. ¿Sabes quién ha pedido la…?

—Guzmán, llevo diez minutos esperándote —me interrumpe Pascual—. Le he dicho a tu compañero que era urgente. Necesito que me asistas en quirófano. ¡Vamos! —Camina deprisa por el pasillo.

Miro a Samuel un poco indignado.

—No sabía que era tan urgente. Creí… —se excusa, nervioso.

—Luego hablamos tú y yo. Espérame en la sala de médicos —le ordeno, tajante.

—¡Guzmán! —insiste mi adjunto y me apresuro a alcanzarlo.

—Actualízame.

—Mujer de treinta y seis años con cáncer de pulmón. Está en tratamiento con quimioterapia. Hematemesis en el domicilio, ha perdido el conocimiento. Su hija pequeña ha sido la que ha llamado a la ambulancia. Nos están esperando en quirófano. Tenemos que

encontrar el foco de la hemorragia —me explica mientras nos dirigimos hacia el quirófano a toda prisa.

Pobre niña. Ha tenido que ser muy impactante encontrarse a su madre así. Ojalá podamos ayudarla para que pueda seguir viéndola crecer.

Tras lavarnos, comenzamos la cirugía, no hay tiempo que perder. Pascual nos indica que extrememos las precauciones, ya que, debido a su tratamiento, hay más riesgo de hemorragias. Sigo sus indicaciones y, nada más abrir, nos damos cuenta de que el cáncer está muy extendido. Es un milagro que siga con vida.

Frenamos la hemorragia, pero es cuestión de tiempo que otra vuelva a aparecer.

—¡Joder! —exclamo sin poder evitarlo.

—Efectivamente. No podemos hacer nada. Vamos a cerrarla y a hablar con los familiares —indica Pascual.

No puedo quitarme de la cabeza a su hija. No sé la edad que tendrá, pero, por lo que han dicho, es pequeña y va a quedarse sin madre.

Miro a mi adjunto, que está lavándose las manos a mi lado, y veo en su rostro la misma desolación que en el mío por no haber podido ayudar a esta pobre mujer.

—Voy a hablar con la familia —suspiro consternado.

Pascual se detiene a mirarme un instante.

—¿Estás seguro? Si quieres, puedo acompañarte…

—No, deja que yo me encargue —le digo realmente convencido.

En cuanto termino de cambiarme, me dirijo al mostrador donde está Gloria. Esa mujer es bastante perspicaz y, con solo echarme un vistazo, no tarda en comprender que las cosas no han ido bien.

—Hemos tenido que cerrar. No creemos que pase de esta noche —le confieso con un suspiro—. ¿Dónde está la familia?

Gloria cierra un instante los ojos. Me da a entender que está reuniendo fuerzas. Momentos como este son muy duros de afrontar.

—Su hija nos ha comentado que el padre está de viaje. Lo hemos llamado y nos ha informado que va a coger el primer vuelo disponible.

—Además de la hija, ¿no hay nadie más con quien podamos hablar?

—Una vecina. Está con ella. Si quieres, te acompaño.

—Sí… Gracias.

Rodea el mostrador y me frota un brazo para darme ánimos.

—Vamos, cielo.

Ambos nos encaminamos a una pequeña sala. Allí se encuentra una niña que debe de tener unos ocho años. Está con la vecina. Y Alma.

Alma.

Me detengo a observar cómo habla con la niña, que asiente toda calmada a lo que ella le dice.

Desde que conozco a esa mujer, no he podido evitar observarla cuando está en Urgencias. Me transmite mucha paz ver cómo trata a los pacientes y sus muestras de agradecimiento. No me cabe duda de lo buena que es en su trabajo, y creo que es una persona muy especial.

Al parecer, la intensidad con la que la miro llama su atención porque sus ojos dan con los míos y decide abandonar la sala para hablar conmigo.

Gloria se marcha y nos deja solos.

—¿Está bien la niña? —le pregunto.

—Todavía sigue bastante asustada. —Le echa un vistazo rápido—. Gloria me contó la situación y, como no tenía ningún paciente, me he acercado a verla. ¿Has operado tú a su madre? ¿Cómo ha ido?

Cojo aire y frunzo los labios.

—No pasará de esta noche —digo y suspira apesadumbrada—. Me han dicho que el marido está de camino. ¿Desde dónde viaja?

—Desde Lima —lamenta, consciente de todo lo que eso significa —. Coge el vuelo dentro de una hora. Quizá podrían hablar por

teléfono y despedirse.

Niego con la cabeza.

—La paciente está en la UCI. Tardará un tiempo en despertar y para entonces él ya habrá embarcado.

Se mueve incómoda y se muerde el labio, pensativa, mientras trata de dar con una solución. Me gustaría poder decirle que la hay, pero, por más que lo pienso, no se me ocurre ninguna.

—Pobrecilla, no tiene más familia que su marido y su hija —suspira apenada—. Por lo menos, la niña está aquí y puede despedirse. ¿Quieres que te acompañe a decírselo a la vecina?

—¿De verdad crees que es adecuado que su hija la vea en ese estado? ¿Que esa sea la última imagen que tenga de su madre?

—Guzmán, yo le explicaría la situación. Tiene ocho años y, a esa edad, los niños se enteran de todo. Ella sabe que su madre está muy enferma.

—No creo que sea una buena idea —insisto—. La vecina no es un familiar. Aunque debemos informarla, como allegada que es, no puede tomar esa decisión sobre la niña.

—Guzmán, confía en mí. —Me pone su mano sobre el antebrazo —. Sé de lo que hablo, es beneficioso para los niños darles la oportunidad de decir adiós a sus seres queridos. Si se les impide, luego es perjudicial para su duelo…

Entiendo que Alma, como psicóloga, se preocupe de las emociones y futuras repercusiones psicológicas de la niña, pero tengo que centrarme en las normas del hospital y no puedo enfrentar a una menor a esa situación sin el consentimiento paterno.

—No pongo en duda tus conocimientos —la interrumpo—. Pero esa niña está sola y su padre no puede autorizarnos. En estos casos, nuestra obligación es cumplir con el protocolo. No podemos tomar decisiones sobre una menor.

Da un paso atrás, frustrada. Y se muerde el labio, nerviosa.

—Guzmán, por favor —suplica y la mueca de tristeza en su rostro me provoca un escalofrío—. Yo se lo explicaré al padre cuando

venga, cargaré con las represalias, si las hubiera. Pero, confía en mí, te aseguro que ese hombre agradecerá que su hija haya podido decirle adiós a su madre —me explica con los ojos empañados—. Ayúdame con esto. Asumo toda la responsabilidad.

Ni se imagina lo que me duele tener que decirle que no y más viendo cuánto le afecta esta situación, pero no soy nadie para tomar esa decisión. Tiene que entenderlo.

Doy un paso hacia ella y la miro a los ojos.

—No puedo saltarme las normas, Alma. Mucho menos cuando no estoy seguro de que sea una buena idea.

Puedo ver en su mirada cómo la esperanza se torna decepción. Baja la cabeza y me da la espalda.

—¿Puedes decirle a la vecina que salga y quedarte con la niña? —pregunto.

Tarda un instante en reaccionar. Pero al final asiente y hace lo que le he pedido.

Me va a costar mucho olvidar la forma en que me ha mirado.

13
NO PUEDO HACER ESTO

ALMA

Estoy sentada en la sala de espera de la consulta de la doctora Cruz.

No he pegado ojo en toda la noche. Los nervios se me han metido en el estómago.

Trato de respirar tal y como les digo a mis pacientes: coger aire durante cuatro segundos, retenerlo siete y expulsarlo lentamente en ocho segundos.

Quizá debería haberle contado todo a Sofía y pedirle que me acompañara. Pero es que no quiero preocuparla. Ahora que la terapia le está ayudando con el duelo de su hermana y que las cosas con Marcos le van tan bien, prefiero no ser un motivo de estrés para ella.

Creo que he tomado la mejor decisión.

Sí, yo puedo sola.

De pronto, se abre la puerta y aparece una mujer que, por la bata y el listado que lleva en la mano, debe de ser la doctora.

—Alma Portela —me nombra.

Me pongo en pie y cojo aire hondamente. La tensión se me ha disparado y ahora el pulso me va a mil.

—Sí.

—Adelante. —Me invita a pasar a su consulta—. Toma asiento.

—Gracias.

Cierra la puerta y se sienta frente a mí al otro lado de la mesa. No puedo evitar mover la pierna rítmicamente, es la única forma que se me ocurre de controlar los nervios. La mujer me mira un instante, es muy consciente de mi estado, y yo me clavo los dedos en el muslo para disimular.

—¿Te encuentras bien, Alma? —me pregunta—. Este tipo de consultas puede ser un poco abrumador y es normal que estés nerviosa.

Asiento y trago saliva. Noto el corazón en la garganta. No quiero asumir que no estoy bien.

—He echado un vistazo a tu historial y me gustaría verificar los datos contigo. —Estoy de acuerdo—. Antecedentes maternos de cáncer de mama metastásico. Diagnóstico a los treinta y ocho años y fallecimiento ocho meses después. —Me mira—. Lo lamento mucho.

—Gracias… —respondo con un hilo de voz.

La respiración se me acelera y me esfuerzo en contener la ansiedad y evitar que crezca más de lo que puedo soportar.

—Por lo que veo, el de tu madre ha sido el primer caso en tu familia. ¿Te hicieron las pruebas genéticas entonces? La mutación BRCA2 aumenta las posibilidades de padecer cáncer de mama y de ovario. En tu caso, con los antecedentes familiares…

La voz de la doctora se convierte en un rumor lejano. Soy incapaz de prestarle atención. Cada vez me cuesta más respirar y noto cómo se me nubla la vista. Todo a mi alrededor parece un borrón, y miles de imágenes de mi madre se me vienen a la mente: los pañuelos, el ruido de las máquinas, los susurros, los secretos, el miedo…

—Alma, ¿estás bien? —me pregunta de nuevo, preocupada.

Empiezo a creer que desmayarme es una posibilidad. Y si eso sucede, será como si le diera la oportunidad de destruirme a todo

ese miedo que habita dentro de mí y que tanto me empeño en ocultar.

—No puedo hacer esto, lo siento.

Me levanto de la silla y salgo de la consulta.

Tengo el pulso disparado y los pulmones tan cerrados que no me entra el oxígeno.

Pacientes y familiares se agolpan en los pasillos mientras yo acelero los pasos buscando una salida. Ese es mi único objetivo: salir de aquí.

Miro a un lado y a otro en la búsqueda de la puerta que da a las escaleras. La encuentro a unos metros de distancia y me precipito hacia ella. Cuando se cierra tras de mí, el ruido desaparece y yo me vengo abajo. Me deslizo hasta sentarme en el suelo y me centro en serenarme.

Sé que no debería ser tan dura conmigo misma, pero no puedo evitar la decepción que siento por no haber sido capaz de terminar la consulta.

«Tienes que ser fuerte, Alma. No te queda otra».

Me tomo mi tiempo, el pulso poco a poco se calma, pero sigo notando la presión en el pecho. No creo que esto se me vaya a pasar tan rápido como deseo. De repente, oigo unos pasos que provienen del piso superior y me levanto de golpe. No quiero que nadie me vea así.

Me giro hacia la pared y compruebo mi aspecto usando mi móvil a modo de espejo. A continuación, bajo las escaleras y me dirijo hacia el área de Psicología. Todavía me queda media hora para empezar a trabajar, pero necesito mantenerme ocupada.

Son las siete y media de la tarde y llevo todo el día en el hospital.

Esta mañana estaba tan centrada en la consulta que olvidé por completo que hoy tenía grupo con Fernando y los pacientes de TCA.

Al terminar, el psicólogo me ha preguntado si podía quedarme unos minutos para ver juntos algunos casos y decidir el enfoque de las siguientes sesiones. Y lo que iban a ser unos minutos se ha convertido en una hora y media.

La verdad es que mi objetivo de mantenerme ocupada para no pensar en la consulta lo he cumplido con creces. Pero, ahora que ha terminado mi jornada laboral, todas las emociones quieren salir a flote.

El miedo, la vergüenza, la culpa.

Lo último que me apetece es volver a casa. De hecho, me aterroriza la soledad en este momento. Sofía está de guardia y mi única compañía serán mis propios pensamientos. Lo que ahora mismo es una malísima idea.

Camino por la calle, no tengo prisa, mis pasos avanzan lentos y un poco reticentes. Al llegar a la boca de metro, mi cabeza activa el modo automático y bajo las escaleras por inercia. Veinte minutos después estoy en Pacífico, el barrio de mi hermano.

Estoy a una calle de su edificio cuando de pronto me detengo. ¿Qué demonios estoy haciendo? No puedo presentarme un día cualquiera en su casa sin tan siquiera avisar y soltarle la bomba que llevo ocultándole desde hace dos años. Lo destrozaría y es lo último que quiero.

Me quedo muy quieta, clavándome los dedos en las palmas de las manos, cuando noto cómo me salpican unas gotas de agua. Miro al cielo. Está empezando a llover, así que me giro y emprendo el camino de regreso al metro. Pero la lluvia se intensifica y no me deja muchas opciones. Pienso en refugiarme debajo de una marquesina, aunque, teniendo en cuenta la que está cayendo, será mejor que me ponga a cubierto.

Miro a mi alrededor y doy con un bar a unos pocos metros, al que me dirijo a toda prisa. Cuando entro, evito mirar a nadie y simplemente tomo asiento en uno de los taburetes libres de la barra.

—¿Qué te pongo? —me pregunta el camarero.

—Una cerveza sin alcohol —suspiro.

El hombre se me queda mirando un instante, curioso.

—¿Un mal día?

—No tienes ni idea.

Va a ser verdad eso que dicen: que los camareros son un poco psicólogos.

14
QUIERO CONOCERTE DE VERDAD

GUZMÁN

Cuando el doctor Pascual me preguntó esta tarde si me interesaba asistirle en una cirugía, no lo pensé y acepté de inmediato.

Ahora, que son las ocho de la tarde y estoy saliendo del hospital después de un turno larguísimo, mi cuerpo protesta por el cansancio. Y, para colmo, está lloviendo.

Echo a correr hacia el metro con cuidado de no escurrirme, no vaya a ser que, por evitar mojarme, termine estampándome contra la calzada. Con un poco de suerte, la lluvia habrá amainado cuando llegue a casa. Mi tren ya está en el andén más que listo para salir, así que aprieto un poco el paso y salto dentro del vagón.

Unas paradas después, ya estoy en mi zona y, al subir las escaleras que me llevan a la calle, descubro que ha dejado de llover. Eso me da la oportunidad de caminar con tranquilidad hasta mi casa.

Me faltan unas pocas calles para llegar cuando me vibra el móvil. Es un mensaje de Andrés.

Andrés:

Vienes a cenar?

Desde que salimos a correr, hemos establecido una especie de rutina en la que, además de hacer deporte, nos turnamos para hacer la cena.

Empezó como algo casual, un: «He hecho pollo de más, ¿quieres un poco?». Eso sucedió una noche que volví agotado del hospital y Andrés me puso un plato en la mesa. Días después, le devolví el favor y así creamos una dinámica de lo más agradable entre los dos.

Nuestro tercer compañero, César, apenas pasa por casa. Suele quedarse con su novia. Así que podría decirse que, prácticamente, Andrés y yo vivimos solos.

Me dispongo a responder al mensaje, avisándole de que estoy de camino cuando, de pronto, algo me llama la atención.

A través de la cristalera del bar, veo a una chica sentada en la barra. Está sola y bebe con calma de su cerveza con un aire triste y pensativo. Frunzo el ceño. Desde aquí solo puedo ver su delicado perfil, pero me basta para reconocerla.

Guzmán:

No me esperes
Llegaré tarde

O eso creo porque no sé lo que me depara la noche. Y no voy a mentirme, estoy un poco emocionado.

Entro en el establecimiento sin dejar de observar a Alma. Lleva su larga melena castaña recogida en una coleta despeinada como si se la hubiera hecho sin prestar mucha atención a su aspecto. Aun así, está preciosa, tanto que no puedo apartar los ojos de ella. No se ha quitado la chaqueta a pesar de la agradable temperatura del bar. También observo que se muerde el labio, diría que parece nerviosa.

Pienso en cómo sería tocar su boca con la mía. Noto un escalofrío, ese pensamiento me hace bajar la guardia. Y, de pronto, Alma se

gira y me caza mirándola.

—¿Guzmán? —pregunta sorprendida, y tengo que sujetarla para que no se caiga de la banqueta.

—Cuidado.

—Gracias. —Se sonroja—. ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo —respondo—. ¿Te importa si me siento contigo?

—No, adelante.

Ahora que estoy más cerca percibo su cara de cansancio y el rímel un poco corrido en uno de sus ojos. ¿Ha estado llorando?

La última vez que nos vimos fue en Urgencias y discutimos, ya que no conseguimos ponernos de acuerdo con lo que era mejor para la hija de la paciente.

Ahora mismo debo de estar el último en la lista de sus personas favoritas.

—La verdad es que no sé muy bien qué hago aquí. —Comienza a levantarse y la cojo delicadamente del brazo para evitar que se vaya.

—No te vayas. Salta a la vista que has tenido un mal día y a mí tampoco me apetece volver a casa. Podemos beber los dos solos. No hace falta que me hables si no quieres. A estas alturas, ya debo de caerte mal como al resto del hospital.

Vuelve a acomodarse sobre la banqueta y me mira. Estamos girados en nuestros asientos para poder observarnos el uno al otro y nuestras rodillas están a pocos centímetros de distancia.

Lleva un pantalón vaquero oscuro y una blusa de color negro, que se adhiere a su figura. Tengo que recordarme mentalmente que sus ojos están más arriba para que no me pille mirando a donde no debo.

—¿Eso piensas? —pregunta sorprendida, frunciendo el ceño.

Se acerca el camarero y ella le pide dos cervezas tras preguntarme si me parece bien.

—Puedo ser un auténtico tocapelotas y cuando me pongo la bata de médico mis modales suelen pasar a un segundo plano y solo me

centro en mi trabajo —me excuso sin dejar de mirarla a los ojos. Se le ha escapado un mechón de pelo de la coleta y me hormiguean las manos de las ganas de tocarlo y comprobar si es tan suave como parece.

—Tienes que tratar de relajarte en el hospital y darte cuenta de que todos somos un equipo y queremos lo mismo. Si dejaras que el resto de los compañeros te conocieran, opinarían igual. ¿Sabes que puedes ser un buen cirujano y no ser tan…? —Se detiene y yo me río.

—Eres incapaz de decir una palabrota, ¿verdad?

—No me gusta hablar mal —se excusa sonrojándose.

—¿Qué ibas a decir? —Niega y se lleva las manos a la cara—. Gilipollas, cretino, insoportable, maleducado…

—¡Para! Sabes a lo que me refiero.

Ahora soy yo el que sonríe.

—Todavía estoy intentando encontrar el término medio. No se me escapa que no has negado que te caiga mal… —Me llevo la cerveza a los labios y ella me imita. Puedo ver cómo se fija en mí cuando cree que no me doy cuenta.

—No te conozco lo suficiente como para poder responder.

—Eso tiene fácil solución, ¿no? —digo, y ella se encoge de hombros—. Hagamos un trato: esta noche no somos el doctor Guzmán de la Vega y la psicóloga Alma Portela…

—Yo no te he dicho mi apellido —comenta confusa y yo trato de pensar en una excusa que suene veraz.

—¿Seguro? Lo habré escuchado en Urgencias —respondo para salir del apuro porque reconocer que he preguntado por ella es demasiado bochornoso—. Como decía antes de que me interrumpieras… —Elevo las cejas desafiante y ella sonríe divertida —. Hoy solo somos dos personas que han quedado en un bar y está prohibido hablar de pacientes y adjuntos. ¿Serás capaz?

—¿Yo? Por supuesto, vas a perder esta apuesta.

—Nadie dijo que fuera una competición.

—Así es más divertido. ¿Qué nos jugamos? —Sonríe.

—Quien pierda paga la cena.

—¿Es que vamos a cenar? —pregunta divertida.

—A ver si piensas que voy a quedar con una chica guapa en un bar y solo voy a invitarla a una cerveza. Soy un caballero.

Suelta una carcajada y se baja de la banqueta.

—Entonces será mejor que nos sentemos en una mesa —me anima y puedo ver cómo las dudas iniciales se han disipado y poco a poco se siente más cómoda en mi compañía.

Me dirijo a la mesa más apartada; no voy a desaprovechar la ocasión de buscar el rincón más íntimo del bar.

Antes de sentarse se quita la chaqueta y yo hago lo mismo.

—No me has dicho todavía qué haces aquí. ¿Vienes mucho? —pregunta y se sonroja al darse cuenta de que ha usado una frase muy manida para ligar.

—Vivo en la zona y al pasar te he visto. Es la primera vez que entro aquí —respondo ojeando la carta—. Y te adelanto, por si va a ser tu próxima pregunta, que estudio y trabajo.

—Qué tonto eres. —Me da un empujoncito, que me hace reír.

—No sé qué pedir. ¿Qué te apetece?

—He echado un vistazo a las raciones mientras estaba en la barra y tienen buena pinta. ¿Compartimos? —propone.

—Buena idea.

El camarero nos toma nota y, cuando se va, observo que Alma está pensativa. Comienza a decir algo, pero se detiene.

—Puedes preguntar lo que quieras. Decía en serio lo de que quiero conocerte.

—¿Qué fue lo primero que pensaste de mí cuando nos conocimos? —Sonrío de manera traviesa mientras le echo un vistazo y ella se sonroja.

—Que eras preciosa.

—No me lo creo.

—¿Tan sorprendente te parece? Tengo ojos en la cara.

—Fuiste muy borde al descubrir que estaba yo y no un neurólogo. Si te hubieras fijado en mí, me habría dado cuenta.

—Has preguntado por lo primero y fue eso… Luego comprobé que, además de ser preciosa, eras una psicóloga increíble. —Vuelve a sonrojarse—. ¿Y tú?

—Yo pensé que algo te debía de haber pasado para que estuvieras tan enfadado —confiesa y algo se mueve en mi interior al sentirme descubierto. Claramente tiene talento para leer a la gente.

—¿Eso fue en el box o cuando no me quitabas ojo en la cafetería?

—No vas a parar hasta que te diga que pienso que eres guapo, ¿verdad? Como si no tuvieras espejos en casa… —Sonríe mientras niega con la cabeza—. Me toca preguntar. ¿Por qué cirugía?

—Al contrario de lo que la gente piensa, no me hice cirujano por mi padre. De pequeño siempre me gustó arreglar cosas: cuando algo se estropeaba intentaba arreglarlo con mis propias manos, me hacía sentir bien darle una segunda oportunidad a ese objeto. Hubo un tiempo en que me planteé estudiar una ingeniería, pero la opción de poder reparar un cuerpo humano me atrajo más. ¿Y tú?

—Durante mi infancia necesité ir a la psicóloga y me ayudó tanto que decidí que yo también quería ser esa persona que les diera herramientas a los demás para enfrentarse a sus problemas y seguir adelante.

—Si no hubieras sido psicóloga, ¿qué habrías estudiado?

—Terapia ocupacional. Me parece un trabajo precioso y que muchas veces queda un poco olvidado. Juegan un papel muy importante en la rehabilitación de los pacientes.

—Estoy de acuerdo. Yo no tenía muy claro cuáles eran sus funciones hasta que me lo explicó uno de mis compañeros de piso que es fisio —confieso.

—¿Compartes piso?

—Sí, intenté vivir solo, pero los alquileres están por las nubes. ¿Tú vives sola?

—Lo mío es un poco trampa porque el piso es de mi padre y no tengo que pagar alquiler. Vivo con una amiga que es residente de Medicina. Compartimos los gastos.

—Otra doctora, igual hemos coincidido alguna vez…

—Es Sofía, residente de segundo de Interna, por eso me sonaba tu nombre cuando me lo dijiste…

—Mierda, debes de pensar que soy un gilipollas —lamento sin saber qué más decir.

El año pasado fue complicado para mí por el diagnóstico de mi madre y no me comporté siempre como debía. Recuerdo perfectamente ser muy duro con Sofía en más de una ocasión.

—Guzmán —me pone una mano sobre el antebrazo—, te dije que no tenías de qué preocuparte, me gusta formarme mi propia opinión sobre la gente. Y, por lo que voy averiguando de ti, no creo que seas un gilipollas.

—Gracias. —Le coloco mi mano sobre la suya para evitar que la quite—. Como te dije, cuando estoy en el hospital hay veces que me cuesta relacionarme con los compañeros…

—No pasa nada. Cambiemos de tema. Si sigues hablando del hospital tendrás que pagar la cena —bromea, tratando de hacerme sentir mejor.

—Los dos sabemos que cuando acabe la noche voy a insistir en pagar —la miro fijamente y me sostiene la mirada—, independientemente de cuál sea el resultado, porque de este modo tú te ofrecerás a pagar la próxima y así me aseguro de que volveremos a vernos de nuevo.

—Trabajamos juntos, Guzmán. Es poco probable que no nos veamos.

—Lo sé, pero yo no quiero solo cruzarme contigo en los pasillos del hospital. Quiero conocerte de verdad, Alma.

15
NO ELIGES DE QUIÉN TE ENAMORAS

ALMA

Ha pasado una semana desde la consulta y todavía me avergüenza cómo salí corriendo sin darle ninguna explicación a la doctora Cruz. Sé que tengo que llamarla, pero lo he ido posponiendo.

Mi mente ha decidido guardar la cirugía en un cajón y centrarse en un residente de pelo rubio y ojos claros.

No he vuelto a hablar con él desde la semana pasada. Lo he visto en la cafetería un par de veces, pero siempre iba acompañado y yo también.

—¿Y este despliegue? —pregunto cuando entro en el salón y veo que Sofía ha preparado un gran desayuno.

—Hace mucho que no desayunamos y hablamos tranquilamente. He querido aprovechar que hoy entramos las dos más tarde.

—Es verdad. Nos tenemos muy abandonadas. —Cojo una tostada que me ofrece—. Hace mucho que no te pregunto por la terapia.

—Estoy muy contenta con la psicóloga. Poco a poco noto cambios. Siento que voy perdonándome a mí y perdonando a Paula por lo que hizo.

—¿Y con tu padre qué tal?

—Estamos recuperando nuestra relación. Cuando vamos al pueblo siempre nos vemos. Vuelve a ser el padre cercano y protector de cuando era pequeña…

—Algo me ha comentado Marcos —bromeo y ella se ríe.

—¿Tú qué tal todo? ¿Algo que confesar?

Dejo caer todos mis filtros y decido dejar salir lo que me preocupa.

—¿Crees que la gente puede cambiar? —Me mira confusa—. Siempre me dices que veo lo bueno de la gente incluso cuando ellos no se lo merecen.

—¿Lo preguntas por el residente ese del que nos hablaste? —Asiento—. Me muero por saber quién es.

Mi amiga debe de leer las dudas en mi rostro porque decide no presionarme.

—¿Qué es lo que te preocupa? —pregunta de nuevo.

—Equivocarme. Estar agarrándome a un clavo ardiendo y darme cuenta de que era un espejismo.

—Si tú te has fijado en él, no tengo duda de que será una buena persona. ¿Te gusta? —Me mira fijamente evaluando mi reacción—. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—No ha pasado nada. Solo hemos hablado…

—¿Te gusta? —insiste.

—No sé si me gusta él realmente o la versión que yo me he creado de él y que quizá no existe —confieso a mi amiga—. De todas formas, da igual.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero empezar nada con nadie, ya sabes que a mí los líos informales no me van, y menos en el trabajo.

—¿Sigues convencida de que no puedes enamorarte?

—Es un hecho, Sofía. Intenté que saliera bien y fue imposible.

—El amor no es una cuestión de empeño. Tú no eliges de quién te enamoras. No hay nada que esté mal en ti.

—Aun así, lo mejor es que seamos amigos. Ni siquiera sé si yo le gusto, por mucho que dijera que soy preciosa —divago en voz alta, olvidándome de que estoy acompañada.

—Así que ha dicho eso, ¿eh? Ese chico ya me cae bien. Tienes que presentármelo. —Me atraganto con el zumo al oír sus palabras. Si ella supiera…

—¿Tú qué tal con Marcos? —Cambio de tema.

—Genial. —Una sonrisa enorme le aparece en la cara—. Cuando estoy con él, me siento en casa, en paz. Es como si supiera que estoy donde tengo que estar. Supongo que, cuando encuentras a la persona adecuada, el miedo desaparece y sabes que estás haciendo lo correcto.

—Me alegro muchísimo por los dos. Tenéis mucha suerte de teneros.

—Mi suerte comenzó cuando, a los seis años, me crucé con una niña con trenzas en la plaza del pueblo. —Sonríe y yo también.

—Siempre convencía a mi madre de que me las hiciera.

—Y yo me dejé crecer el pelo porque también quería llevarlas. ¿Te acuerdas?

—Sí, parecíamos gemelas. Y aquí estamos. ¿Quién nos lo iba a decir?

—Tu madre. —Me agarra la mano—. Cuando le decíamos que viviríamos juntas, ella respondía…

—«No me cabe duda, conejitas».

—Era genial y estaría muy orgullosa de ti, Alma. —Se levanta y me abraza—. ¿Crees que estará con Paula?

—Seguro que sí.

Nunca he sido una persona muy creyente, pero me gusta pensar que hay un sitio al que vamos cuando morimos y que desde allí mi madre me está mirando, sonriente.

Terminamos de desayunar y vamos juntas al hospital.

Hoy tengo reunión en el departamento y por eso he entrado una hora más tarde.

Cuando accedo a la sala, Sandra ya ha llegado, pero nuestra tutora no.

—¿Sabes de qué va todo esto? —le pregunto preocupada. Me da miedo que se trate de una evaluación sorpresa y no estar preparada.

—A esta altura del año se proponen nuevos talleres y se decide quién va a impartirlos. Lo único que te tiene que preocupar es que saldrás de esta sala con mucha más carga de trabajo.

—Buenas, chicas —indica Beatriz entrando por la puerta—. Acercaos a la mesa, que estaremos más cómodas.

Abre una carpeta y saca varios folios que extiende frente a nosotras.

—¿Es el calendario de los grupos? —pregunta Sandra.

—Sí, ahora que lleváis dos meses con el grupo de dolor crónico y os desenvolvéis perfectamente, ha llegado el momento de daros más responsabilidad. He organizado los horarios en función de vuestro tiempo y habilidades. Coged una copia cada una. Como cada año, vamos a hacer talleres para el personal sanitario sobre la comunicación con el paciente. Una edición para residentes de Enfermería y otra para los de Medicina. De estos talleres te encargarás tú, Alma. —Asiento preocupada al pensar que tengo que hablar delante de tanta gente. Con los pacientes me siento más cómoda, pero con compañeros me pongo nerviosa.

—Yo impartí el taller el año pasado, si quieres puedo ayudarte —comenta Sandra.

—Gracias. —Le sonrío.

—En los programas de TCA quiero que participéis las dos, ya lo sabéis. Por lo que, en el horario, veréis que os vais turnando. Al igual que en el de «Prevención de la conducta suicida». Sandra, tú participarás en el grupo de «Intervención de la psicosis temprana». —Voy pasando las páginas del dosier y compruebo que voy a estar muy ocupada en los próximos meses.

—¿Cuándo tengo que presentar mi sesión clínica? —pregunto viendo que no aparece fecha en el horario. Los residentes tenemos

que presentar una o dos cada año.

—Como estarás rotando conmigo hasta finales de enero, yo creo que antes de Navidad sería una buena fecha. En cuanto sepas sobre qué quieres hacerlo, dímelo y lo vemos juntas. No os entretengo más, que solo queda media hora para que empiecen las sesiones de vuestros compañeros. Nos vemos allí.

Todos los miércoles tenemos actividades de docencia. Empezamos con sesiones clínicas por la mañana y luego por la tarde acudimos a cursos formativos de diferentes temáticas.

No sé cómo voy a organizarme estos meses para poder llegar a todo. Voy a tener que volver a las doce horas de trabajo de cuando estudiaba el examen PIR.

Aunque, siendo sincera, eso no es lo que más me preocupa, sino el taller de los sanitarios. Me da miedo que no se tomen bien que una residente de Psicología les diga cómo deben hacer las cosas. No sería la primera vez que me cruzo con un profesional soberbio. Y hay uno en particular que no puedo sacarme de la cabeza.

16
NO TE CONOCEN DE VERDAD

GUZMÁN

Me acerco a la paciente mientras mi adjunto, el doctor Hernán, termina de prepararse. Ya está tumbada en la mesa de quirófano, visiblemente nerviosa. Está hablando con la anestesista, que le está explicando que no va a sentir nada y que, cuando se quiera dar cuenta, ya estará despierta.

—¿Cómo estás, Gabriela? —le pregunto. No nos presentamos porque nos conoce a ambos de la consulta.

—Un poco nerviosa. Por una parte, quiero que me operen ya, pero por otra…

—Es normal. Estás en buenas manos. Todo va a salir bien.

—Muchas gracias, doctor.

Mi adjunto aparece y, tras comprobar con el cirujano plástico que está todo preparado, piden a la anestesista que comience con la sedación.

—Hoy harás la cirugía tú solo, yo te iré guiando. No es la primera colostomía en la que participas. Estás más que preparado. —Mi adjunto señala la bandeja quirúrgica.

Durante las siguientes horas voy siguiendo las instrucciones de mi tutor.

—Lo estás haciendo muy bien, Guzmán.

La pared abdominal tiene más adherencias de las que esperábamos y recibo la ayuda del cirujano plástico, que me va guiando por el proceso.

Una vez fijado el estoma, el cirujano plástico se encarga de cerrar y da por terminada la cirugía. Los celadores se llevan a la paciente a reanimación y el resto del equipo va abandonando el quirófano.

—Doctor De la Vega, sin ninguna duda llevas la cirugía en la sangre. ¿Estás seguro de que no quieres pasarte a la plástica? Tienes mucho talento y harías a tu padre muy feliz —dice el cirujano plástico, al que conozco de las cenas que organiza mi padre.

—Lo mío es la cirugía general, pero gracias por el cumplido.

—Estoy de acuerdo con Manuel. Has hecho un trabajo magnífico para un residente de cuarto año. Tienes un futuro prometedor —indica mi adjunto cuando nos quedamos solos—. Puedes irte a casa a descansar. Yo me ocupo de ver a la paciente en reanimación.

—Gracias, doctor Hernán.

Salgo del hospital con una sonrisa y orgulloso de mí mismo. Para alguien tan exigente como yo, esto no es muy frecuente porque siempre encuentro un pequeño detalle que podría mejorar la próxima vez. Pero hoy no ha ocurrido.

Lo que sí que sucede es que no paro de pensar en Alma. Esto no es algo nuevo; en las últimas semanas, no consigo sacármela de la mente y, tras la cena de hace unos días, ha ido a peor. Necesito volver a verla.

Cuando mis ojos ya no responden, miro la hora en el móvil y compruebo que son las ocho. Llevo cuatro horas sentado en el sofá leyendo artículos e informes y no puedo más. Veo que tengo varios mensajes.

Papá:

Me ha dicho Manuel que has estado increíble
en el quirófano.
Felicidades, hijo

Guzmán:

Gracias, papá
Espero que el congreso fuera bien

Sonrío al leer de nuevo el mensaje. Para mí siempre ha sido muy importante la aprobación de mi padre y saber que está orgulloso. Desde pequeño ha sido muy exigente conmigo en todo lo relacionado con los estudios y eso se refleja hoy en mi relación con el trabajo, que no siempre es muy sana que digamos.

Oigo la puerta de la calle y miro hacia el pasillo para averiguar cuál de mis compañeros ha vuelto a casa.

—Sabes que hoy es viernes, ¿verdad? —pregunta Andrés mientras deja su mochila al lado del sofá.

—Sí, conozco los días de la semana. ¿Cómo es que llegas tan tarde?

—Se ha puesto malo el fisio que imparte el programa de espalda y me ha tocado ocuparme de los dos grupos. ¿Cuál es tu excusa para esto? —Señala los documentos.

—Tengo que preparar una sesión clínica y un póster para un congreso.

—Pero no un viernes por la tarde. ¿No tienes amigos con los que salir?

—No soy muy popular en el hospital. Ya lo sabes —confieso un poco avergonzado.

—Eso es porque te comportas como un gilipollas y no te conocen de verdad. Si lo hicieran, les caerías bien —indica mi compañero con una sonrisa, al igual que me dijo Alma el otro día—. Esta noche te

vienes conmigo, que he quedado con unos amigos en el Henry's, el bar del que te hablé. Ve pidiendo unas pizzas para cenar mientras me doy una ducha, que huelo a esterilla.

Acepto el plan y hago lo que me dice.

—Pues sí que está cerca del hospital —comento cuando nos bajamos en Argüelles.

—Por eso siempre está lleno de sanitarios. Se ha ido corriendo la voz.

—¿A qué hora has quedado?

—Dijeron que se pasarían sobre las diez. Ya deben de estar todos allí. ¿Estás nervioso? —bromea, dándome un empujón.

—Espero caerles bien.

—Tú por eso no te preocupes, que son gente muy maja. Ya he avisado de que venía acompañado —comenta mientras abre la puerta del bar—. ¡Mira! Ahí están.

Sigo su dedo y me encuentro de frente con Sofía y todo el grupo de amigos de Alma. Están colocados en taburetes alrededor de dos mesas altas.

—¡Mierda! —susurro.

—¿Los conoces? —pregunta mientras caminamos hacia allí.

—He rotado con Sofía un par de veces y la cosa no terminó bien. Igual es mejor que me vaya…

—El pasado es pasado. Vamos a saludar.

—¡Por fin te animas a venir! —exclama Marcos, abrazándose a su amigo. Permanezco en un segundo plano sin saber qué decir mientras algunos me observan.

—Chicos, este es Guzmán, mi compañero de piso y amigo. Estos son todos. Os prometo que cuando se quita el pijama del hospital es buena gente. —Me da una palmadita en la espalda y consigue tranquilizarme.

—Entonces eres como Clark Kent, te pones el uniforme y te transformas —bromea un chico risueño con el que he coincidido alguna vez en Urgencias, pero cuyo nombre no recuerdo.

—Se podría decir que sí —respondo un poco temeroso por sus reacciones.

—Yo soy Esther —dice una chica rubia a la que reconozco. Es la enfermera amiga de Marcos que estaba el otro día en la camilla de Andrés. Este le sonríe cuando se acerca a saludarme.

—Encantado.

—Yo soy Jaime, también nos hemos visto por el hospital —se presenta el chico risueño.

—Sí, te he visto alguna vez con Marcos en Urgencias. Eres celador, ¿verdad? —pregunto mientras le doy la mano.

Marcos y Sofía se mantienen en un segundo plano mientras el resto se va presentando. Busco a Alma, pero parece que no ha venido. Qué lástima.

—Yo soy Natalia. ¡Qué bien saber tu nombre! Hasta ahora te conocía como el «médico gilipollas» —comenta la residente. Los demás la miran en silencio y yo me río ante el atrevimiento de la chica.

—Aunque el mote puede ser bastante acertado, sigo prefiriendo que me llamen Guzmán.

—Será Guzmán, entonces.

—Tú eres residente también, ¿no?

—Sí, R4 de Interna. Los que tratamos de curar a los pacientes y evitar que vosotros los abráis, ya sabes —responde haciéndome reír.

—Guzmán, ven —me llama Andrés—. A Sofía y a Marcos ya los conoces, ¿no? —Me quedo en silencio sin saber muy bien qué decir.

17
ME ENCANTARÍA, AMIGA

ALMA

Entro en el Henry's acelerada. He estado trabajando en el caso clínico y se me ha hecho tarde.

—No soy el último en llegar —dice Carlos a mi espalda.

—¿Tú también te has entretenido estudiando?

—Sí, últimamente no hago otra cosa. Solo quedan tres meses.

—Lo vas a hacer genial. Ya lo verás —lo animo mientras caminamos hacia nuestra mesa—. No están donde siempre. ¿Los ves?

El bar está hoy más atestado de gente de lo normal.

—A la derecha, en las mesitas —me indica—. ¿Ese que está con ellos es Guzmán? ¿Qué hace aquí?

Miro hacia la dirección que me señala y lo veo de frente. Va vestido con unos pantalones oscuros y una camisa blanca remangada en los codos. Y yo que pensaba que con el pijama era atractivo. Cuando termino con la inspección me centro en lo verdaderamente importante: ¿qué hace allí con mis amigos? Me fijo en que también hay un chico tatuado que no conozco. Debe de ser Andrés, el fisio; Marcos comentó en el grupo que igual se apuntaba.

Por lo que nos contó, lo conoció al poco de empezar a trabajar en el hospital y antes siempre se unía a Jaime y a él para tomar algo en el Henry's, pero se cambió de casa hace un par de años y dejó de venir.

—Jaime está en la barra —señala Carlos y vamos hacia allá.

—Hola, guapo —saluda el celador cuando lo ve, dándole un beso —. Pero si vienes con Almita. —Me da un abrazo.

—¿Qué hace aquí Guzmán? ¿Y desde cuándo somos todos amigos? —pregunta Carlos.

—Es amigo de Andrés, comparten piso. Por lo poco que hemos hablado, parece majo.

—Es un gilipollas en el hospital, Jaime —protesta su novio.

—Dale una oportunidad, anda, que, si Andrés dice que es buena gente, le creo.

Júnior, el camarero, se acerca con las bebidas y le pedimos dos cervezas más.

Observo cómo Sofía habla con Guzmán y asiente. Parece que están teniendo una conversación normal y, al contrario de lo que cabría esperar, no están discutiendo. No debe de ser fácil enfrentarte el mismo día a varias personas con las que has tenido encontronazos en el pasado.

Mi amiga debe de notar que la miro, y levanta la mano y me indica que me acerque.

—Ve para allá. Ahora vamos nosotros —me pide Carlos e intuyo que quieren estar un rato a solas.

Recorro los metros que me separan de la mesa y la alcanzo.

—Pensaba que no vendrías. Te he llamado hace un rato.

—Tenía el teléfono en silencio, perdona.

—Tú debes de ser Alma —nos interrumpe el chico tatuado—. Yo soy Andrés, el amigo de…

—Esther —lo interrumpo.

—Iba a decir Marcos, pero sí, se podría decir que Esther y yo también somos amigos —añade, sonriendo a la enfermera, y nuestra

amiga le devuelve el gesto tímidamente.

Sofía me da un codazo discreto para ver si he sido testigo de ese intercambio de miradas, y asiento disimuladamente.

—El fisio.

—El mismo, psicóloga —bromea y desde ese momento sé que nos vamos a llevar bien—. ¿Conoces a Guzmán?

Este me mira y mira también a Sofía. No dice nada, esperando a que sea yo la que responda. Como si me diera la oportunidad de negar que nos conocemos. Como si pensase que yo fuera a avergonzarme de ello.

—Sí, nos conocemos. Hemos trabajado juntos con un par de pacientes en Urgencias —respondo y le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Más que juntos, yo diría que te llamé y tú hiciste todo el trabajo.

—Es que soy una psicóloga increíble. —Suelta una carcajada y veo cómo la tensión abandona su cuerpo.

—Alma, ¿me acompañas un momento al lavabo? —pregunta mi amiga y me disculpo con los chicos.

Caminamos hacia el final de la sala y, cuando bajamos las escaleras que dan a los lavabos, comienza a hablar.

—Tenemos diez minutos antes de que nos echen de menos. Cuéntamelo todo. Aunque ya he atado varios cabos.

—¿Recuerdas el residente del que te hablé?

—¿El que al principio era un gilipollas, pero luego parecía buena gente?

—Sí, es Guzmán.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—La primera vez que os hablé de él a Natalia y a ti no sabía su nombre. Insistía en presentarse como doctor De la Vega.

—Lo sé. A mí también me lo ha hecho.

—Pero, poco a poco, coincidíamos y me di cuenta de que no era como pensaba. Y entonces me dijo su nombre. Me habías hablado de tus malas experiencias rotando con él y no quería que pensaras

que las pasaba por alto y no les daba importancia —explico sin saber qué más decir.

—Alma, nunca te habría juzgado. Puedes contarme cualquier cosa.

—Os he visto hablando cuando he llegado.

—Sí, se podría decir que hemos hecho las paces. —Su confesión me llena de alegría y ella lo nota.

—¿Se ha disculpado?

—No exactamente, pero nos ha dicho a Marcos y a mí que le gustaría que dejáramos el pasado atrás y empezáramos de nuevo. Estaba pensándome si aceptar o no, pero si a mi amiga le gusta, debe de tener algo bueno, ¿no? —Sonríe y le doy un abrazo.

—¿Está todo bien? —pregunta Natalia, apareciendo por el pasillo seguida por Esther. Sofía me mira y asiento dándole permiso.

—¿Recuerdas el residente del que nos habló Alma? Pues es Guzmán y han coincidido más veces en Urgencias y ya no es tan gilipollas. Por lo menos con ella.

—La verdad es que no me lo imaginaba así. Llevamos un rato hablando mientras estáis aquí y parece majo. ¿Te gusta?

—Otra igual. Solo me parece guapo y me cae bien. Nada más.

—Para guapo, el de Esther. ¡Menudos antebrazos tatuados! —dice Natalia.

—Andrés no es nada mío —se defiende la enfermera.

—Son «amigos» —bromea Sofía, haciendo el gesto de las comillas con sus dedos.

—Menudas liantas están hechas —comento a Esther, que me coge del brazo.

—Será mejor que volvamos ya, que van a empezar a sospechar —propone la enfermera.

—Rubia, saben perfectamente que estamos hablando de ellos. No es un secreto, pero será mejor que subamos, sí —dice Natalia. Me adelanto con Esther mientras Sofía y Natalia nos siguen—. Sofi, tenemos que intentar que los intereses románticos de las chicas vengan más veces.

—¿Intereses románticos? —Suelto una carcajada.

—Era eso o proyectos de novio —indica la internista y mi compañera de piso se ríe.

—Déjalas, van a hacer lo que quieran —comenta Esther mientras caminamos hacia la mesa.

—La rubia está encantada con ver más al buenorro tatuado. Esa es la actitud.

Llegamos a la mesa entre risas y nos unimos a la conversación.

—¿Y Guzmán? —pregunto a Andrés, que está hablando con Marcos.

—En la barra, ha insistido en invitar a una ronda.

Me acerco hacia donde está y lo veo pensativo mientras espera.

—¿Todo bien? —Me coloco a su lado.

—Sí, mejor de lo que esperaba, dadas las circunstancias.

—Son buena gente y no son rencorosos. —Se lleva la mano al cuello y hace un gesto de dolor—. ¿Qué te pasa en el cuello?

—Nada, ha debido de darme un tirón.

—Igual debería verte un médico. Si no conoces a ninguno, puedo ayudarte —bromeo.

—¿Estás preocupada por mí? —Me pasa un botellín, que acepto. Se lleva el suyo a los labios y me fijo en cómo se le mueve la nuez cuando da un trago a la cerveza. Sonríe al darse cuenta de mi escrutinio.

—Es lo que hacen los amigos, ¿no? —me defiendo.

—Supongo que sí. No tengo muchos amigos para comparar. Tienes mucha suerte de tenerlos. He hablado con Sofía y parece que hemos hecho borrón y cuenta nueva.

—Me alegro de que lo hayáis arreglado. Así puedes venir más veces.

—¿Así que quieres verme más fuera del trabajo?

—Somos amigos, de eso se trata, ¿no? De quedar, pasar tiempo juntos… —comento, esperando que la oscuridad del pub oculte mi sonrojo—. Si tú quieres. No te sientas obligado…

—Me encantaría, amiga. —Hace hincapié en la última palabra mientras se lleva el botellín de nuevo a los labios sin dejar de mirarme a los ojos.

La piel se me eriza ante su mirada. Vienen a mi mente escenas de otras cosas que ahora mismo me encantaría hacer con él y que digamos que no son propias de los amigos.

18
HACES LO QUE PUEDES

GUZMÁN

Corro por los pasillos hasta llegar al ascensor y, al entrar, pulso el botón de la planta baja. Yo, que suelo ser el que regaña a los estudiantes por hacerlo, ahora me salto mis propias normas. Pulso el botón una y otra vez como si así fuera a conseguir que bajara más rápido.

—Lo va a estropear, doctor —comenta una señora mayor, con la que comparto cubículo, y justo se abren las puertas.

Los pasillos están llenos y tengo que ir esquivando sillas y camillas.

—¡Cuidado! —exclama Jaime cuando casi choco contra él.

—Perdona. —Me paro a coger aire.

—¿Estás bien?

—Sí, solo tengo un poco de prisa —respondo antes de desaparecer por la entrada de Urgencias.

Llego al mostrador y pregunto por Gloria, que justo aparece al otro lado del pasillo.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Anoche ingresó una paciente y quiero ver cómo está.

Hace unos minutos he recibido una llamada de María, que me comunicaba que mi madre está en el hospital. Al parecer, de madrugada, la acompañó al baño y no tenía sensibilidad en la pierna mala. Se asustó y llamó a la ambulancia. Mi madre insistió en no decirme nada, ya que yo le había comentado que hoy tenía cirugía y si venía, no iba a dormir. Pero me ha llamado para que le hiciera el relevo y no se quedase sola.

—¿Es paciente tuya? Déjame comprobarlo en el ordenador.

—Es mi madre. —Levanta la cabeza y me mira—. Me acaban de avisar ahora.

—Dime su nombre.

—Mayte Torres.

—Ya sé quién es. Ha estado aquí más veces este último año. Siempre es muy amable con las enfermeras. ¿Por qué no nos habías dicho que era tu madre?

—No quería que…

—No te avergonzarás de que tu madre esté enferma, ¿verdad? —pregunta muy seria.

—No, claro que no. Es solo que no quería que, al presentarse como mi madre, le llegaran malas opiniones sobre mí.

—¡Qué tontería! Ven conmigo. Vamos a verla.

La sigo hacia la zona donde se encuentran los pacientes que están ingresados en observación. Gloria me deja en la puerta y me indica que la avise si necesito cualquier cosa.

Paso al box, que está ocupado por seis camas, y encuentro a mi madre en la segunda.

—Mamá, ¿estás bien? —pregunto, caminando hacia la cama.

—¿Qué haces aquí? Le dije a María que no te avisara. Tienes que centrarte en tu operación, yo estoy bien. Solo ha sido un susto.

—Deberías haberme llamado. No quiero que estés aquí sola.

—No estoy sola. Estoy muy bien acompañada de Alma, mi psicóloga. Ha salido un momento —dice y la susodicha entra en la habitación llevando un vaso de agua, que le tiende a mi madre.

Lleva el pelo recogido en una coleta que deja su cara al descubierto y acentúa su belleza—. Este es mi hijo, Guzmán.

Nos miramos durante un segundo, pero que a mí me parecen horas sin saber qué decir. No hemos coincidido desde la noche en el Henry's hace unos días, y estaba deseando encontrármela, aunque nunca imaginé que sería así.

—¿Así que tú eres el hijo médico? —pregunta y me dedica una preciosa sonrisa—. He oído hablar mucho de ti.

—Espero que bien —respondo un poco receloso.

—Secreto profesional —bromea.

—¿Ya os conocéis? —pregunta mi madre sin entender nada.

—Sí, Guzmán y yo somos amigos, pero, como siempre te refieres a él como tu hijo y nunca has mencionado su nombre, no tenía ni idea de vuestro parentesco.

—Alma es una psicóloga muy buena, cariño. Me está ayudando mucho.

—Lo sé. Es increíble —respondo mirando a Alma, que niega con la cabeza y sonríe.

—Si tienes que volver al trabajo, vete. Yo aquí estoy muy bien. Tus compañeros son todos muy majos.

—Vale, cualquier cosa me avisas. Me paso más tarde, mamá. —Me acerco y le doy un beso.

Salgo de la sala y Alma me sigue.

—Gracias por quedarte con mi madre.

—De nada. Es mi trabajo. Tenía consulta y, al no aparecer, me he preocupado. Me ha dicho que estaba aquí y he bajado a verla.

—¿Tu trabajo incluye desplazarte a Urgencias?

—Realmente no. Pero me gusta cuidar de mis pacientes. —Sonríe —. ¿Cómo está tu espalda?

—Regular. Me quedo con mi madre algunas noches y me he debido de hacer daño al levantarla —confieso agotado mientras muevo el cuello hacia los lados—. Será cuestión de práctica, supongo.

—Necesitas descansar.

—Hago lo que puedo. —Suspiro resignado.

—¿A qué hora es la cirugía? Me ha dicho Gloria que el médico pasa sobre las doce y media.

—Es en una hora. Espero que no se alargue y pueda escaparme. —Cruzo las manos en la nuca y bajo la cabeza, agobiado—. Si fuera una consulta, pediría salir antes, pero una cirugía…

Mi madre no quiere que avise a mi padre cuando está dando clase en la universidad y no puedo pedirle a María que venga para enterarse de lo que dice el médico. Ella, al mediodía, tiene que ir a recoger a sus nietos.

No me puedo creer que mi madre esté ingresada en el hospital en el que trabajo y no vaya a ser capaz de estar para hablar con su médico. ¿Qué dice eso de mí como hijo?

—Mírame —pide, colocándome sus manos en los codos para que relaje los brazos. Lo hago y su mirada me transmite serenidad—. Haces lo que puedes y ella lo sabe. Está muy orgullosa de ti. Seguro que puedes hablar con Gloria y pedirle que, si no llegas a tiempo, su médico te llame.

—Sí, tienes razón. No lo había pensado —respondo soltando el aire. Sus manos siguen apoyadas en mis brazos y no quiero que las aparte.

—Dame tu móvil. —Lo saco de mi bolsillo y, tras desbloquearlo, se lo paso—. Te voy a apuntar mi número por si necesitas algo. Ya me tienes guardada.

La miro en silencio. Ella no es consciente de lo mucho que significa para mí esto. Hace tiempo que nadie se preocupa tanto por mí.

—Gracias. No sé qué decir… —confieso superado por todo.

—No hace falta que digas nada. Ve a hablar con Gloria y luego me cuentas.

La intervención se ha complicado un poco y se ha alargado más de lo esperado. Cuando compruebo el reloj, se ha pasado la hora de visita del médico.

No tengo ninguna llamada perdida, por lo que debe de haberle dejado el recado a Gloria.

Como no encuentro a la jefa de enfermeras, decido ir directamente a la habitación. En el asiento del acompañante está Ignacio, conocido por todos como el doctor Saavedra.

—Buenas, hijo. ¿Qué tal ha ido la operación?

—Se ha complicado un poco, pero ha salido bien. Siento no haber llegado para hablar con el doctor.

—No te preocupes, que Ignacio ha hablado con él y se lo ha explicado todo. Tu padre lo ha avisado. Mira que no me gusta que os molesten cuando trabajáis.

—No es molestia, Mayte. Ya había acabado la ronda. ¿Salimos? —pregunta Saavedra y obedezco.

—¿Está muy mal?

—He hablado con su neurólogo y cree que está teniendo un nuevo brote.

—¡Joder! —lamento.

—Le van a dar cita urgente para hacerle una resonancia magnética. En consulta, con los resultados, valorarán si es necesario un cambio de medicación.

—Disculpad. Necesito pasar para llevar a una paciente a Rayos —indica Jaime, empujando una silla de ruedas.

—¿No ve que estamos ocupados? —le gruñe Saavedra de malas formas.

—Solo intento hacer mi trabajo —comenta este sin inmutarse.

—Gracias por venir. Le diré a mi padre que te avise con los resultados —le digo al doctor a modo de despedida.

—Sí, será mejor que me vaya, que algunos sí que tenemos que trabajar —comenta antes de desaparecer mirando a Jaime.

—¿El Trajes es familiar tuyo?

—Mi padrino, es una historia muy larga…

—Me imagino. Vengo a por Mayte para llevarla a hacerse una radiografía.

—Te acompaño —respondo confuso porque no estaba al tanto de ninguna prueba.

—¿Cómo está la paciente más guapa de todo el hospital? —pregunta, saludando a mi madre y esta se ríe. Deben de conocerse de anteriores ingresos.

—Siempre estás igual. ¿Conoces a mi hijo, Guzmán?

—Claro que sí. El otro día nos tomamos una cerveza juntos —informa Jaime sonriendo.

—Mamá, ¿la radiografía de qué es? —interrumpo.

—Nada, que le he comentado a la doctora que, al agarrarme a María, me hice daño en la muñeca y ha insistido en mandarme una.

—Pero ¿puedes moverla bien? —Comienzo a preocuparme.

—Seguro que no es nada. Yo te veo estupenda, Mayte —indica el celador—. Te voy a levantar para pasarte a la silla. Tienes que hacer lo que yo te diga.

—Está bien.

—Lo primero es acercarte al borde de la cama. Yo te ayudo. Siempre doblando mis rodillas, no me vaya a hacer daño yo. —Asisto a la clase magistral de Jaime, de la que solo yo soy testigo—. Ahora dejamos ambos pies fuera de la cama. Mayte, coloca tus manos sobre el abdomen, que yo voy a ponerte un brazo por debajo del cuello. Voy a estirar mi pierna de atrás para que cuando te gire hacia mí y la doble sea mucho más fácil levantarte. —Me fijo en cómo lo va haciendo y poco a poco me doy cuenta de lo que está pasando—. Aprovechamos la fuerza cinética para atraer al paciente hacia nosotros y con la otra mano bajamos las rodillas. Y ya estamos sentados. ¿Alguna duda? —pregunta mirándome.

—No, creo que me ha quedado bien claro.

—Esperamos unos segunditos por si hay mareos. Con tu madre es muy fácil porque como tiene la otra pierna bien y movilidad en el

tronco solo es cuestión de palancas.

Continúa la trasferencia y me explica cómo pasarla de ahí a la silla de ruedas o sillón.

—Qué bien lo haces —lo felicita mi madre.

—Nadie nace sabiendo y lo importante es que te enseñen bien —responde mirándome.

Los acompaño a Rayos mientras mi madre nos habla de sus compañeros de habitación y familiares. Jaime le pregunta por los cotilleos y ambos los comentan haciéndome reír.

—He de suponer que no es casualidad que justo hoy decidieras dar tu clase magistral de trasferencias —digo al celador cuando estamos solos—. ¿Igual una amiga tuya psicóloga ha tenido algo que ver?

—Almita es así. No puede ver sufrir a la gente que quiere y no hacer nada. Y ahora que sois amigos, tú también perteneces a ese grupo. —Sonríe.

—Es increíble.

—Lo es.

—Muchas gracias por tu ayuda.

—No sigas, no me vaya a creer que mi trabajo vale la pena, a diferencia de lo que opina Saavedra.

—¿Yo soy tan gilipollas? Dime la verdad.

—Has tenido algún que otro momento estelar en el pasado, pero ahora que te conozco pareces buen tío. Espero no equivocarme.

—Gracias.

—No me las des todavía, que la clase no ha acabado. Cuando volvamos a la habitación, vas a levantar a tu madre de la silla y la vas a tumbar siguiendo mis instrucciones.

—Espero aprobar.

19
TU MADRE ERA MUY SABIA

ALMA

Reviso las diapositivas que me ha prestado Sandra de su ponencia del año anterior y voy añadiendo notas con ideas nuevas. Están muy bien, pero quiero darle un toque más participativo. Por experiencia, sé que estos cursos después de una jornada laboral o una semana dura de trabajo se hacen muy pesados y la atención que puedes mantener es mínima.

—¿Cómo vas? —pregunta mi compañera ya con la bata quitada, preparada para irse.

—He pensado meter algún ejercicio de *role playing* en el que uno haga de profesional y otro de paciente para practicar la comunicación. ¿Qué te parece?

—Creo que puede ser muy buena idea. Seguro que a las enfermeras les encanta —me anima.

—¿Y a los médicos? —pregunto dudosa—. Me preocupa que se muestren menos colaboradores.

—A mí no me fue mal el año pasado. No es tanto la profesión como la persona. No tengas miedo. La clave es que te vean segura.

Confía en tus capacidades. Por mucho que sepan de medicina, tú sabes mil veces más de comunicación y habilidades sociales.

—Te haré caso.

—Ya es la hora. Vete a casa y aprovecha la tarde libre.

Tiene razón, con el nuevo horario son pocos los momentos de desconexión que tengo a la semana.

—Termino esta diapositiva y me voy. Te veo mañana.

—Hasta luego.

Vuelvo al ordenador y completo la diapositiva sobre los diferentes tipos de comunicación.

Oigo que alguien golpea la puerta y me giro.

—¿Se puede? —saluda Guzmán desde la puerta.

Va vestido con ropa de calle y me mira divertido. Es entonces cuando caigo en la cuenta de las pintas que debo de tener ahora mismo. Me quito el boli de la cabeza, que me sujeta el pelo en un moño desordenado, y dejo las gafas sobre la mesa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida sin saber qué más decir.

—Acabo de terminar y he pensado en pasar a verte. —Bajo la mirada tratando de parecer indiferente ante sus palabras—. He preguntado por ti en el mostrador y una compañera tuya muy maja me ha dicho que estabas terminando y me ha dejado pasar. ¿Molesto?

—No, claro que no. Pasa. ¿Tu madre está bien? —Cierro el ordenador y comienzo a recoger mis cosas.

—Hace un momento le han hecho una radiografía, Jaime nos ha acompañado.

—Qué bien. Es un encanto, ¿a que sí?

—Y un experto moviendo a los pacientes, añadiría. Además de un buen profesor. —Levanto la vista de mi bandolera, lo miro y veo que está sonriendo—. Muchas gracias de nuevo. Te debo una. Déjame invitarte a comer.

—No hace falta, de verdad —respondo girándome.

—¿No comes? —Da un paso y se queda a pocos centímetros de mí.

—Claro que como. —Sonrío divertida.

—Pues come conmigo.

—No sé yo si es muy buena idea…

—Por favor. ¿No irás a dejarme solo teniendo a mi madre ingresada? —pregunta, poniendo cara de pena cuando me ve dudar mientras me coge de la mano.

—¿Estás intentando hacerle chantaje emocional a una psicóloga? —Suelto una carcajada—. ¿En serio?

—¿Funciona? Tengo que utilizar todas mis armas.

—Un poco.

—Genial. ¿Te apetece algo en particular? —pregunta sin soltarme la mano.

—No tengo ninguna preferencia.

—Pues entonces elijo yo. Conozco un sitio que no está muy lejos.

Salimos del hospital y me conduce hasta su coche. Estoy nerviosa y a la vez emocionada. Si solo es una comida de amigos, ¿por qué siento como si fuera mucho más?

—Creía que habías comentado que venías a trabajar en transporte público —digo mientras entro en el vehículo.

—Sí, cojo el metro todos los días, pero hoy pensaba acercarme a ver a mi madre al salir de aquí y me lo he traído. El sitio no está muy lejos del hospital, pero prefiero ir en coche y así luego te puedo acercar a casa.

—Qué caballeroso. —Sonrío—. Voy a avisar a Sofía para que sepa que no como en casa.

Saco el móvil del bolso y veo que tengo un montón de mensajes de «Anatomía de Jamie» sobre el tema del momento: Guzmán.

Tras contarles a mis amigas que él era el famoso residente del que les había hablado, se lo dije también a los chicos y llevan los últimos cinco días aprovechando cada ocasión para sacarlo a relucir. Son unos cotillas.

Esther:

Me he enterado de que la madre de Guzmán está ingresada. Sabéis algo?

Sofía:

¿Y eso? ¿Qué le ha pasado? Pobrecilla

Esther:

Según he oído le están haciendo pruebas

Jaime:

Sí, yo he estado con ella y con Guzmán. Es una señora maravillosa. Y con su hijo también muy bien.
Al final va a resultar que la psicóloga tiene razón

Natalia:

La psicóloga y el cirujano se están haciendo muy amiguitos

Sofía:

Alma tiene muy buen ojo para esas cosas

Alma:

Mayte está bien. Si me entero de algo, os digo.
Sofía voy a comer fuera. No me esperes, vale?

Natalia:

Lo que yo decía

Sofía:

Vale, pásalo bien.
Esta noche nos vemos

Natalia:

Eso si viene a dormir…

Jaime:

Saluda a Guzmán de nuestra parte

Esther:

Dile que esperamos que su madre se recupere

Niego con la cabeza al darme cuenta de que yo misma me he descubierto. No pensaba ocultarlo, pero tampoco iba a informarles de mis pasos.

Alma:

Está bien. Yo se lo digo

Sonrío al móvil mientras silencio el grupo.

—¿Todo bien?

—Sí, todos te mandan saludos y esperan que tu madre se recupere. Yo no les he dicho nada. Se han debido de enterar.

—Me lo imagino. En este hospital es imposible guardar secretos. Dales las gracias.

Diez minutos después, estamos entrando en el sitio.

—¿Hamburguesas? —pregunto cuando veo el letrero de la puerta.

—¿Eres vegetariana? Si es así, creo que tienen opciones…

—Solo me ha sorprendido para bien. Esperaba un sitio más… —Abro las manos sin encontrar la palabra que busco mientras una camarera muy amable nos conduce a nuestra mesa.

—¿Pijo? ¿Aristocrático? —bromea—. Siento decirte que soy un chico normal al margen del dinero de mi familia. Comparto piso y sigo pagando el préstamo de mi coche.

—Me alegra saberlo.

—Pidamos, entonces. Me lo ha recomendado Andrés y me ha dicho que tenemos que probar los tequeños de entrantes. No

trabajas luego, ¿no?

—No, hoy es mi tarde libre de la semana.

Se acerca el camarero y hacemos nuestro pedido. Tiene todo una pinta buenísima y además es todo sin gluten. Cuando le diga a Carol, la hermana de Marcos, que puede venir y pedir lo que quiera no se lo va a creer.

—¿Tú tienes que volver? —pregunto cuando nos quedamos a solas de nuevo.

—Me acercaré a ver a mi madre un rato después de que te lleve a casa y luego me iré a adelantar trabajo.

—Estáis muy unidos tu madre y tú —afirmo—. Es bonito ver la relación que tenéis.

—Sí, por eso es todavía más difícil verla así.

—Te entiendo.

—¿Tu madre y tú también estáis muy unidas?

—Falleció cuando yo tenía diez años por un cáncer de mama —confieso.

—Lo siento mucho. Ahora entiendo por qué querías que la niña se despidiera de su madre. Fui demasiado estricto —lamenta y puedo ver en su rostro el arrepentimiento.

—Aunque no pasó a verla, pudo despedirse. Le escribimos juntas una carta e hicimos un dibujo mientras esperábamos a su padre.

—Eres increíble.

—Gracias, solo intento hacer mi trabajo lo mejor posible —respondo agradecida por el cumplido.

—Tuvo que ser muy duro vivir la enfermedad de tu madre siendo tan pequeña.

—Sí. Hay muchas cosas que recuerdo, pero otras están borrosas. Es increíble cómo la mente es capaz de borrar muchas de las cosas malas que nos ocurren y centrarse en las buenas. —Sonrío sin poder evitarlo.

—¿Qué recuerdas?

—Le gustaba mucho leer y adoraba la repostería. Hacía el mejor bizcocho de zanahoria del mundo. También recuerdo el sonido de su voz, su risa, su olor a vainilla…

—Seguro que está muy orgullosa de ti y de cómo ayudas a los demás con tu trabajo. —En su mirada puedo ver que lo dice de verdad.

—Yo también lo creo. Cuando ya sabían que le quedaba poco tiempo, me pusieron una psicóloga para que me ayudara a sobrellevarlo. Recuerdo que le dije a mi madre que yo también quería dedicarme a eso.

—¿Y qué te dijo?

—Que sería una psicóloga increíble. —Lo miro cuando lo digo para que entienda lo que significaron para mí sus palabras.

—Tu madre era muy sabia —indica, sosteniéndome la mirada.

—Hablando de madres orgullosas, la tuya está muy orgullosa de ti, pero también está preocupada porque no te cuidas lo suficiente. Cree que todavía no has aceptado su enfermedad. —Se lleva el refresco a la boca para evitar contestar—. No te lo diría si ella no me hubiera dado permiso para hablarlo contigo.

—Lo sé y, al descubrir esta mañana que era tu paciente, imaginaba que este momento llegaría. —Por su gesto no sé si está molesto o no.

—No tenemos que hablar de ello si no quieres. Pensé que podría ayudarte hablarlo con alguien, pero igual me estoy metiendo donde no me llaman. A fin de cuentas, mi paciente es ella y no tú. —Se mantiene en silencio—. Perdona si te he molestado.

—No me has molestado, Alma. Estaba tratando de ordenar mis pensamientos para intentar expresar cómo me siento. No es algo que haga muy a menudo. De hecho, no sé si voy a ser capaz de hacerlo.

—No es un examen. —Le coloco mi mano encima de la suya que está sobre la mesa. Me mira y sonríe—. No te voy a juzgar. Solo te voy a escuchar.

20
TE MERECES QUE TE ESCUCHEN Y TE RESPETEN

GUZMÁN

Siento la mano de Alma sobre la mía y la miro a los ojos. Podría perderme en ellos. Nunca le he hablado a nadie de cómo me sentí en esos momentos, cómo mi vida se derrumbó al descubrir que la persona más importante de mi vida estaba enferma y no podía arreglarlo. Cojo aire antes de comenzar.

—A mi madre la diagnosticaron el año pasado. Comenzó a ver peor y mi padre insistió en ir a la óptica a regularle las gafas, pero no quiso. Decía que sería presbicia por la edad. Una noche, cenando los dos con sus mejores amigos, dejó de ver por uno de sus ojos y la llevaron a Urgencias. Pensaron que podía ser estrés, ya que estaban de obras en casa, pero resultó ser neuritis óptica. Tras hacerle pruebas confirmaron la esclerosis.

—¿Cómo te enteraste del diagnóstico?

—Me lo dijo Ignacio, el doctor Saavedra; es el mejor amigo de mi padre y el primo de mi madre. —Asiente sin juzgar. Cualquier otro

habría hecho un comentario, pero ella está centrada en mí, en apoyarme—. Estaba rotando con él en planta mientras mi madre estaba ingresada en este hospital. Mi padre se había cogido unos días libres por el ingreso, pero estaban de exámenes en la universidad y tenía que ir y venir de la facultad. El neurólogo le escribió cuando tuvo los resultados antes de decírselo a ella para que no estuviera sola cuando le dieran la noticia.

—¿Cómo te lo dijo Saavedra?

—«Ve a estar con tu madre. Me ha escrito su médico, tiene esclerosis múltiple. Yo aviso a tu padre» —respondo, imitando el tono autoritario del doctor.

—Madre mía, qué frío. Tuvo que ser muy impactante.

—Sí, me quedé congelado y estuve unos segundos sin reaccionar hasta que oí mi nombre de nuevo y me fui a su habitación. Mi padre llegó dos horas después y le dimos juntos la noticia. Fue muy difícil elegir las palabras. Ella no es sanitaria y nunca había oído hablar de la enfermedad. Muchas de sus dudas no fuimos capaces de resolvérselas y pedimos ayuda al neurólogo, que la tranquilizó con sus explicaciones.

—¿Y a ti te tranquilizó?

Dudo antes de responder. Llevo demasiado tiempo manteniendo una máscara para que mi madre piense que estoy bien.

—No, estuve semanas tratando de buscar una solución: algún ensayo clínico, una nueva medicación que hubieran descubierto… —Siento cómo Alma me acaricia el dorso de la mano para infundirme ánimo. Observo nuestros dedos y luego la miro. Cada pequeño gesto suyo es pura dulzura y parece no darse ni cuenta de ello.

—Perdona. —Se sonroja y trata de retirar la mano.

—No me molesta. —Se la agarro, reteniéndola—. De alguna manera lo hace más fácil. —Sonríe satisfecha y vuelve a la posición inicial—. ¿Por dónde iba?

—Me contabas que fue difícil aceptar que la esclerosis no tuviera una cura.

—Sí, tardé en aceptarlo. Ella, en cambio, siempre ha sido muy positiva, aunque últimamente la veo más decaída.

—Le está afectando lo de la pierna y sentirse dependiente. Es normal que se sienta así. Tenéis que darle su espacio para que lo asuma.

—Lo sé. Voy a su casa siempre que mi padre no está para quedarme a dormir con ella y ayudarla yo para no tener que contratar a nadie y que se sienta peor.

—Tenéis que hablar sobre cómo os sentís y ser sinceros el uno con el otro. Ella piensa que no quieres contratar ayuda ni comprar productos de apoyo porque crees que se va a recuperar.

—No lo hago por eso; soy médico, sé cómo funciona la enfermedad. Lo hago porque me da miedo que, si cedo en eso, ella piense que ya no hay esperanza de mejorar y se venga abajo.

—Puedes ceder, por ejemplo, en cambiar tu cama para que ella también sienta que te cuida a ti —propone con cautela esperando a ver mi reacción.

—Veo que estás muy bien informada —respondo sonriendo.

—Hemos hablado mucho estas últimas semanas. Tu madre solo quiere que estés bien, igual que tú quieres lo mismo para ella. —Asiento.

—Voy a hacer lo que sea necesario para que así sea. ¿Alguna sugerencia más, psicóloga? —Me sonríe con dulzura.

—También os podría ayudar comprar una cama articulada para ella y un andador. Aunque eso es mejor que lo habléis con un terapeuta ocupacional. Seguro que Andrés te puede recomendar alguno.

—Justo quería hablar con él para que me recomendara algún fisio neurológico. Si ahora está con un brote no pueden tratarla, pero, cuando esté mejor, podría venirle bien.

—Estoy segura de que encontrarán una medicación adecuada para ella. En este hospital hay muy buenos especialistas. Y seguro que la ayuda sentirse arropada por tu padre y por ti.

Terminamos nuestras hamburguesas y pedimos los postres. No quiero que esta comida se acabe. Ojalá durara para siempre.

Con Alma me siento seguro, comprendido y puedo ser yo mismo. Las preocupaciones e inseguridades se quedan fuera.

—¿Seguro que no quieres un poco? —pregunta, cogiendo con la cuchara un trozo de su *brownie* con helado de cacahuete. Se la lleva a la boca y gime de placer. Ese ruidito me está matando.

—Si está tan bueno como parece, voy a tener que probarlo. —Coge otro trozo y me pasa la cuchara.

Le agarro la mano y acerco la boca para probarlo. Mientras lo hago observo cómo me mira los labios y traga saliva. Parece que no soy el único afectado por la situación.

—¿En qué estabas trabajando antes cuando te he interrumpido en el despacho? Se te veía muy concentrada con tus gafas.

—Solo las uso para el ordenador y cuando leo. Normalmente no dejo que nadie me vea con ellas.

—Pues deberías. Estás preciosa con ellas. —Se sonroja de nuevo y hace como que no lo ha oído.

—Tengo que preparar unos talleres para el personal sanitario sobre la comunicación con el paciente. Voy a hacer uno para enfermeras y otro para médicos.

—¿Y cómo lo llevas? —Se muerde el labio, como hace siempre que está nerviosa.

—Las diapositivas ya están casi listas, no es eso lo que me preocupa. No quiero que nadie se sienta juzgado o mal en las actividades.

—Ahora que te voy conociendo, me da la sensación de que siempre te preocupas de los sentimientos de los demás por encima de los tuyos.

—Eso no es verdad —protesta.

—Cuando nos conocimos fui un auténtico gilipollas y, aun así, no me dijiste nada.

—Estabas preocupado por el paciente, pensabas que le podía pasar algo malo. Tus intenciones eran buenas.

—Lo sé, pero tú tenías razón y, aunque no hubiera sido así, te mereces que te escuchen y te respeten.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que discutamos por algún paciente en Urgencias. Te recordaré tus palabras.

—Me parece justo. Aunque no pienso olvidarlo.

Me llega un mensaje y saco el móvil.

Papá:
Mamá está mejor.
Nos ha dicho la enfermera que a las seis
se pasa el doctor a verla

Compruebo el reloj. Son las cinco y media.

—¿Está todo bien?

—Sí, era mi padre para decirme que en un rato pasará el médico.

—Pues vamos a pedir la cuenta entonces. —Levanta la mano, y la camarera asiente y va a por ella. Cuando se la entrega me adelanto y la cojo.

—Con tarjeta, por favor.

—Guzmán —protesta—. Me toca a mí, tú pagaste la cena el otro día.

—Ni hablar, esta no cuenta. Te dije que hoy invitaba yo.

—Está bien, pero la próxima vez pienso pagar yo.

No puedo evitar sonreír mientras abandonamos el establecimiento y caminamos hacia mi coche. Alma quiere que volvamos a quedar los dos solos y yo no puedo esperar para vernos de nuevo.

21
NECESITO QUE TODO ESTO TERMINE

ALMA

Llego a la sala de espera y tomo asiento cerca de la puerta que tiene el cartel de la doctora Cruz. Han pasado tres semanas desde que salí corriendo de su despacho. No he dormido nada y estoy muy nerviosa. He pedido la cita antes de que empiece mi turno y no me he puesto la bata porque me da miedo que alguien me reconozca. No quiero que nadie se entere de que estoy aquí.

Trato de tranquilizarme. Tengo que hacer esto y tengo que hacerlo sola. No puedo preocupar a nadie.

—Alma Portela —me llama la doctora Cruz.

—Sí.

—Adelante —me anima con una sonrisa tranquilizadora.

Al llegar a la mesa encuentro al otro lado a Guzmán, que me mira confuso y preocupado. Yo no sé muy bien cómo reaccionar. Él no debería estar aquí, nadie tiene que saberlo.

La doctora, al ver mi cara de desconcierto, decide intervenir.

—Es el doctor De la Vega. Es residente de Cirugía y está haciendo su rotación en la Unidad de Mama. Al ser un hospital universitario, nuestros residentes…

—Está bien —interrumpo—. No pasa nada. Soy residente de Psicología en el hospital. Lo entiendo.

—Si prefieres que me vaya, Alma —propone Guzmán y detecto en su voz un toque de preocupación.

—No, no pasa nada. Está todo bien, de verdad. Puedes quedarte, Guzmán —respondo tratando de sonar convincente.

—¿Os conocéis?

—Sí, hemos coincidido en el hospital —responde.

No le dice a su adjunta que somos amigos y temo que el motivo sea porque se haya disgustado por haberle ocultado algo tan importante. No he sido sincera.

—Voy a repasar tu caso, para poner al día a Guzmán. Antecedentes de cáncer de mama metastásico por parte de madre, que falleció a los treinta y ocho años. Y de cáncer de ovario por una tía materna. Hace dos años se hizo la prueba genética y salió positiva la mutación BRCA2. —Mi respiración se acelera y trato de controlar la ansiedad. Guzmán me mira comprobando de nuevo cómo estoy.

Creía que sería capaz de hacerlo, de enfrentarme a esta consulta, pero estoy muerta de miedo. Trato de respirar, pero nada funciona.

Me vienen a la cabeza imágenes del pasado y vuelvo a ser esa niña asustada a la que su padre le dijo que su madre tenía un bultito en el pecho que era malo y se lo tenían que quitar.

Meses después falleció y tuve que aprender a vivir sin ella.

Pasaron los años y poco a poco nos recuperamos de la pérdida de mi madre y la alegría volvió a reinar en nuestra casa.

Comencé a ir al ginecólogo cuando empecé a salir con mi primer novio en el instituto para que me recetara anticonceptivos. Sofía estaba también saliendo con alguien desde hacía unos meses y fuimos juntas. La doctora me preguntó por antecedentes familiares y, al hablarle de mi madre, me dijo que era muy importante que me hiciera una revisión cada año y le hice caso.

En cada revisión y cada exploración el miedo me paralizaba al pensar que, si el cáncer regresaba de nuevo a nuestras vidas, las personas a las que más quería volverían a sufrir. Pero yo conseguía acallarlo y me decía que ya habíamos tenido nuestra dosis de sufrimiento y que la vida no puede cebarse tanto con una familia.

Cuando los resultados fueron positivos el mundo se me vino encima y yo solo podía pensar en mi padre y en Rober; esto los destrozaría. Pensé que podría con ello: con el miedo, los nervios, las resonancias, las punciones, pero no ha sido así. No soy tan fuerte como pensaba y necesito que todo esto termine.

—Alma, ¿te encuentras bien? —pregunta la doctora preocupada.

—Solo quiero que me las quiten. —Se me rompe la voz.

—Toma. —Guzmán me tiende un vaso de agua, que no sé de dónde ha salido, y lo acepto. Se sienta a mi lado—. Respira despacio. Todo va a salir bien.

—Este proceso, Alma, puede ser muy duro, tú lo sabes como psicóloga. Te ayudaría mucho venir acompañada a las consultas y tener una red de apoyo.

—Prefiero hacerlo sola. No quiero que… —Las lágrimas acuden a los ojos y dejo de hablar—. Lo siento.

—No pasa nada —me tranquiliza—. Es evidente que esto te está superando y no puedo hacerte firmar el consentimiento sin explicarte bien todo el proceso. Vamos a hacer una cosa. Te voy a dar unas hojas en las que se explica en qué consiste la cirugía para que las puedas leer en casa tranquilamente y vas a coger cita en tres semanas: a primeros de diciembre. Si para entonces estás convencida, te meteré en lista de espera para operarte cuanto antes —me explica la doctora y yo asiento—. Te voy a dar el teléfono de la consulta por si tienes alguna duda, aunque Guzmán también te puede ayudar. ¿La acompañas a la salida?

—Claro —responde él y ambos nos levantamos—. Alma, si necesitas…

—Ahora no, por favor. Necesito salir de aquí. —Lo miro a los ojos y leo en ellos preocupación.

Me alejo de la consulta antes de escuchar su respuesta y entro en el lavabo más cercano. Cierro la puerta y me coloco frente al espejo. Todavía mi respiración está agitada y me embargan la tristeza y el miedo. Y hago justo lo que recomiendo a mis pacientes no hacer: reprimir mis emociones.

Como no me puedo arreglar por dentro, decido hacerlo por fuera y me encargo de mi maquillaje. No parezco un panda, pero el rímel ha hecho de las suyas. Saco el estuche del bolso y me lo retoco. Ahora sí. No se nota que he estado llorando.

Sonrío frente al espejo y, cuando parezco convincente, abandono el aseo.

Tres semanas. En tres semanas volveré y todo acabará.

22
QUE NO SE TE SUBA A LA CABEZA

GUZMÁN

Vuelvo dentro y continuamos con la mañana, que no es para nada fácil. Se suceden las pacientes que vienen a programar sus cirugías o a revisarlas. Puedo ver de primera mano el magnífico trabajo que hace la doctora Cruz y lo agradecidas que están las pacientes con los resultados.

Desde que Alma abandona la consulta, no puedo pensar en otra cosa: ¿por qué no me lo ha contado? Sé que es algo muy personal, pero, ahora que estamos conociéndonos mejor, pensé que le había demostrado que puede confiar en mí. Yo también quiero ayudarla como ella está haciendo conmigo.

Verla sufrir y emocionarse hasta las lágrimas me ha dolido profundamente y solo quería abrazarla.

He sentido el instinto de protegerla y de apartar todo lo malo que hay en su vida.

—Tenemos que dejar claro desde un principio que, por muy buena que sea la prótesis o la reconstrucción, no va a ser como su pecho —me explica trayéndome al presente—. Es muy importante porque si las pacientes entran en quirófano con esa expectativa, cualquier resultado será decepcionante. ¿Es la primera vez que estás en una consulta de este tipo?

—Sí, había visto algún caso en quirófano, pero esto es…

—Es muy duro, pero a la vez muy satisfactorio. Atendemos a pacientes que han pasado o están pasando un infierno y podemos ayudar a que este proceso sea un poco mejor. No solo importa quitar el tumor. Hay que intentar ser conservadores para que el resultado estético sea el mejor posible. La imagen corporal puede afectar mucho psicológicamente y retrasar la recuperación.

—¿Y cuando no hay tumor? Pasar por esto…

—Lo dices por tu amiga Alma. No sabías nada, por lo que veo.

—No, no me lo había contado. Sabía que su madre falleció por cáncer de mama, pero no tenía ni idea de las pruebas genéticas —confieso apesadumbrado.

—La decisión que ha tomado es muy difícil, pero más complicado es vivir con la angustia constante de creer que vas a morir. Si sabes que tus pechos van a ser los causantes, es lógico que quieras que te los quiten. Alma perdió a su madre siendo pequeña, pero lo suficientemente mayor como para enterarse de todo. Intenta si puedes hablar con ella y convencerla de que venga acompañada. —Asiento—. Solo quedan tres pacientes. Puedes irte ya y así comes tranquilamente antes de empezar la guardia. Te veo mañana.

—Gracias, doctora Cruz.

—Puedes llamarme Teresa cuando no haya pacientes delante, Guzmán.

—Lo intentaré. —Sonrío.

—¿Otra vez aquí? —pregunta Gloria cuando me ve salir de una sala tras examinar a un paciente—. ¿No tuviste guardia el viernes?

—Se la cambié a un compañero. Ahora me arrepiento.

Normalmente intento no cambiar las guardias si me obliga a tenerlas tan seguidas, pero un compañero tenía la boda de su hermana este fin de semana y me pidió el favor para poder volverse un día más tarde y acepté.

—Te veo bien —me dice Gloria con una sonrisa—. No sé qué te ha pasado este año, pero estás diferente. Más relajado. Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

—Gracias.

Algo parecido al orgullo se mueve dentro de mí tras el comentario de la jefa de enfermeras. Ha dado en el clavo al decirme que estoy más relajado. Cualquiera que conozca mi vida personal y profesional, en este momento, podría discrepar, pero la clave está en que intento no dejarme llevar por la frustración y separar el trabajo de lo demás.

Salgo de las Urgencias y vuelvo a la sala de médicos. Desde mi conversación con Saavedra, no me he sacado de la cabeza lo que me dijo de la investigación y estoy preparando un artículo sobre una de las intervenciones que tuve en mi última rotación. Y, por si fuera poco, en dos semanas me toca presentar una sesión clínica y todavía no he elegido el tema.

No hace ni media hora que estoy sentado cuando el teléfono suena y tengo que volver a bajar.

Cuando llego, parece ser una falsa alarma. Me habían llamado antes de recibir los resultados de las pruebas de imagen.

Me planteo cantarle las cuarenta al residente de segundo año que ha cometido el error, pero entonces la veo.

Está apartada y parece agotada. El estrés emocional de esta mañana más las horas de trabajo parecen haberle pasado factura. Una enfermera se acerca a preguntarle algo y ella pone su mejor sonrisa y entra con ella a una de las salas.

Hay algo que me lleva a querer seguir conociéndola y saber más de ella.

—Gloria, ¿me puedes hacer un favor?

—Claro, dime.

—Necesito una interconsulta de Psicología. ¿Puedes avisar, por favor? Estaré en el box 3.

Cinco minutos después, aparece Alma por la puerta de la sala y se sorprende cuando me ve dentro.

—¿Y el paciente?

—Soy yo. Entra, por favor. —Obedece confundida y cierra la puerta.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? —pregunta preocupada y una sonrisa aparece en mi cara. No puede evitar preocuparse por los demás incluso cuando ella misma está devastada.

—Estoy preocupado por ti. No tienes buena cara.

—Gracias. Es justo lo que necesitaba escuchar hoy —indica seria.

—Me refiero a que se te ve cansada —me corrijo apurado—. No a que estés fea ni nada por el estilo; de hecho, tu cara está muy bien… —Sonríe.

—Solo bromeaba, tranquilo. ¿Así que te has inventado lo del paciente?

—Sí, quería hablar contigo y saber cómo estabas. —Le tiendo un café y lo acepta. Me siento en la camilla y la animo a colocarse a mi lado.

—Ya mejor… —Se muerde el labio, nerviosa—. ¿Estás molesto?

—¿Cómo? —pregunto confuso—. ¿Por qué debería estarlo?

—Me contaste lo de tu madre y yo…

—Técnicamente no te lo conté, lo averiguaste. —Asiente—. Y nunca me enfadaría contigo por no contarme algo personal, aunque sí me gustaría que lo hubieras hecho para poder ayudarte. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero yo también estoy aquí si me necesitas.

Le cojo la mano y ella acepta el gesto entrelazando nuestros dedos.

—Gracias, lo tendré en cuenta —responde mirándome a los ojos y me dedica una sonrisa preciosa—. Sé que no hace falta que te lo diga, pero… no quiero que nadie se entere.

—No voy a decir nada: es secreto profesional y, aunque no fuera así, tampoco lo haría, pero creo que deberías contárselo a alguien para que te acompañe a la siguiente consulta.

—Estaré preparada para entonces. Ahora me tengo que ir a ver a pacientes de verdad.

—Gracias, psicóloga. Después de nuestra charla me siento mucho mejor —bromeo y ella niega con la cabeza.

Cuando tiene la mano sobre el pomo de la puerta, se lo piensa y se gira de nuevo.

—Guzmán…

—¿Sí?

—¿Lo que has dicho antes iba en serio?

—¿Que quiero ayudarte? —pregunto confuso.

—Que piensas que mi cara está muy bien… —comenta divertida y me hace soltar una carcajada.

—Será mejor que no sigamos con esta conversación en el trabajo… —La miro a los ojos fijamente y ella se sonroja.

—Todavía te debo una invitación a comer —me recuerda.

—Dime fecha y hora, y allí estaré.

Sale del box ella primero y segundos después abandono la habitación.

¿Qué acaba de ocurrir? ¿Estaba coqueteando conmigo o es cosa mía?

23
CLARO QUE ME GUSTA

ALMA

No hay nada como una noche rodeada de amigas para aclararte la cabeza, aunque esté acompañada también de dos niñas y una adolescente.

Aprovechando que es el aniversario de mi hermano y que se quedan mis sobrinas en casa para que puedan salir a cenar, he invitado a Carol y Lucía. Sofía ha cambiado la guardia para estar todas juntas.

Tras cenar, las niñas han insistido en que querían ver una película y se han quedado dormidas cuando no había ni terminado. Astrid, mi sobrina mayor, ha preferido irse a la cama a leer.

—Ya estamos solas —anuncia Carol tras volver al salón—. Cuñada, abre una botella de vino, que Alma tiene cara de querer confesar cosas.

—¿En qué momento la más joven de las tres se ha vuelto la más sabia? —pregunto a mi amiga mientras vuelve con la botella.

—Llevo siete años siendo madre. Esa experiencia te curte. Sé cuándo Lucía me oculta algo o no se ha portado bien.

—¿Te has portado mal, Alma? —me interroga Sofía.

—Necesito beber antes de responder —comento, llevándome la copa a los labios, y ellas se miran impacientes.

—Me da a mí que sé por dónde van los tiros —comenta mi compañera.

—¿Hay un chico? —Carol se muestra emocionada.

—Hay un chico.

—Empieza por el principio, que estoy muy perdida ahora mismo.

Le hago un resumen dando también pie a Sofía a que cuente sus malas experiencias con Guzmán y su posterior reconciliación en el Henry's. Cuando ya sabe lo mismo que mi compañera de piso, me detengo.

—¿Ha pasado algo más? El otro día, cuando te escribimos por el grupo, estabais juntos.

—Sí, estuve viendo a su madre y, cuando acabó mi turno, llamó a la puerta de la sala de descanso.

—¿Os liasteis en la sala? —pregunta Sofía—. Reconozco que en el hospital he hecho cosas, pero hay otros lugares mucho más privados si quieres que no te interrumpan.

—Demasiada información. No quiero imaginarme a mi hermano practicando sexo —protesta Carol.

—No nos hemos liado ni acostado ni nada. Solo me invitó a comer.

—Pero quieres que pase —comenta Sofía. Me sonrojo y me llevo la copa a los labios—. Te gusta.

—Claro que me gusta. Tendrías que verlo… —digo mirando a Carol.

—Está muy bueno, las cosas como son —indica Sofía—. Y, ahora que resulta que ya no es un gilipollas, pues ha ganado puntos.

—Estoy muy confusa porque quiero ser su amiga, me gusta estar con él, pero no puedo negar la atracción que siento cuando lo veo. Y creo que yo a él también le gusto.

—¿Entonces? —pregunta Carol—. ¿Qué duda hay? Lánzate.

—¿Eso hiciste tú con Tomás? —pregunta Sofía.

—Por supuesto. Con lo tímido que es, si esperaba a que él diera el primer paso, igual Lucía empezaba la universidad —bromea—. En nuestro caso fue una relación más pausada porque primero surgió una amistad y, poco a poco, me enamoré de su manera de ser conmigo. No fantaseaba con besarlo siempre que lo veía, como le pasa a Alma.

—Oye, que yo no he dicho eso —protesto dándole un empujón.

—¿Es mentira?

—No es mentira. —Me tapo la cara con las manos y ellas se ríen —. Es que es tan guapo y atento. Y en el hospital, al verlo con el uniforme puesto atendiendo a los pacientes, pues pienso en cosas que no debería pensar trabajando. —Ambas sueltan una carcajada.

—Se llama tensión sexual y ya la noté cuando estabais juntos en el Henry's.

—¿De verdad?

—Sois tan evidentes…

—¿Tan evidentes como dejar pasar los ascensores para coincidir con él o algo más sutil? —bromeo, haciendo referencia a mi amiga y a su chico.

—Peor era mi hermano, llevándole chocolate. Lo que nos hicieron sufrir estos dos con su indecisión.

—Y que lo digas. —Chocamos los puños.

—Centrémonos, que no soy yo la protagonista de esta historia. ¿Qué te frena para no dar el paso?

—Que no es un buen momento. Tengo muchas cosas en las que pensar y no debería tener la mente ocupada con eso. Entre los cursos, los pacientes, estudiar…

Me vibra el móvil y, antes de comprobarlo, ya sé que es él. Hoy tiene guardia y me dijo que me escribiría. Hemos estado mandándonos mensajes desde nuestro último encuentro en Urgencias.

—Parece que tu chico no está de acuerdo —indica Carol.

—No seas tonta y respóndele. Yo voy a llamar a Marcos, que sale ahora.

—Y yo a Tomás para que venga a buscarnos, que ya se está haciendo tarde.

Desbloqueo el móvil y leo sus mensajes.

Guzmán:

¿Qué tal la fiesta de pijamas?
Yo acabo de salir de quirófano.
La tarde está siendo movidita

Alma:

Muy bien. Las niñas se han quedado dormidas muy pronto y las mayores hemos abierto una botella de vino

Guzmán:

Qué peligro tenéis.
¿Cómo llevas la semana?

Alma:

Bien. Con mucho trabajo. Me ayuda a estar distraída y no pensarlo mucho.
Tú qué tal?

Guzmán:

Igual, todo el día sin parar.
Ayer subí a tu planta y me dijo tu compañera que ya te habías ido

Alma:

Entré antes y me fui a y media.
Qué querías?

Guzmán:

No era nada, es solo que como vine
en coche pensé en acercarte a casa

Alma:

Vivo muy cerca del hospital. Habrías tardado
más callejeando que yo caminando

Guzmán:

En realidad, si te soy sincero, era una
excusa… Quería verte y pensaba
perderme por el camino.
Estaba todo planeado

Alma:

Y luego soy yo la que tiene peligro…

Guzmán:

Ja, ja, ja. ¿Cuándo nos vemos?

Sonrío al leer su mensaje. Yo también lo he echado de menos y he pensado en él. Y eso es algo bueno y malo a la vez porque no puedo olvidarme de los próximos meses y de lo que tengo que enfrentar, pero pensar en él me hace sentir que todo es posible.

Alma:

La semana que viene tengo todas las tardes
ocupadas, pero si quieres podemos
desayunar juntos en el descanso
o comer en la cafetería

—Alma, Tomás ya está abajo. Lucía y yo nos vamos ya —se despide Carol y la acompañamos hasta la puerta—. Mantenme

informada de los progresos que haces con tu chico. —Baja la voz para que la niña no la oiga.

—Lo haré.

—Me voy a la cama, que ya es muy tarde, ¿vienes? —pregunta Sofía cuando nos quedamos a solas.

—¿No viene hoy Marcos? Las niñas están en mi cama, pero yo puedo dormir en el sofá.

—No. Hoy es noche de chicas y no es una noche de pijamas si no dormimos juntas. —Sonríe y vamos juntas a su habitación.

Compruebo el móvil de nuevo antes de dejarlo en la mesilla de noche.

Guzmán:
Me parece una buena alternativa
porque también estoy hasta
arriba

Alma:
Hablamos estos días y concretamos.
Me voy a ir a dormir en breve.
Tú también deberías aprovechar
y descansar un ratito

Guzmán:
Lo intentaré.
Que duermas bien

Le enseño el móvil a mi amiga para que vea el último mensaje que me ha enviado.

—Mira que no lo soportaba, pero, como siga viéndote sonreír así, al final va a conseguir que le coja hasta cariño.

24
NECESITO UN ABRAZO

GUZMÁN

Anoche dormí en mi casa aprovechando que mi padre ha cancelado los viajes hasta que mi madre se recupere. Me ha venido bien descansar porque hoy va a ser un día intenso.

Voy a participar en dos cirugías y a asistir como observador a una tercera. Es por ello que he venido antes al hospital. Me da tranquilidad llegar con tiempo y asegurarme de que está todo preparado. Si se lo dijera a Alma, probablemente me diría que eso es exceso de control y no me ayuda.

Otra vez ella me vuelve a la cabeza, como lleva sucediendo a diario desde que comimos juntos hace unas semanas. No puedo olvidar su mirada comprensiva al hablarle de mi madre ni cómo me acariciaba la mano para insuflarme ánimos. Cuando estoy con ella, siento que puedo ser yo mismo y una sensación de tranquilidad me embarga. Dicen que, cuando te gusta alguien, sientes nervios y mariposas en el estómago al pensar en esa persona, que no puedes dormir por las ganas de volver a verla, pero yo solo siento paz. Como si ella fuera justo lo que necesitaba en mi vida.

Con este pensamiento llego a la sala de médicos y, al entrar, me interceptan dos residentes de segundo año que están de guardia.

—Guzmán, el doctor Hernán ha preguntado por ti.

Cuando los conocí, les pedí que me llamaran doctor De la Vega con la idea de marcar la jerarquía, algo que mi padre y Saavedra siempre me habían recomendado, pero hace unas semanas les pedí que mejor me llamaran por mi nombre cuando no hubiera pacientes delante. He notado un cambio en cuanto a nuestra relación. Antes, yo creía que me respetaban, pero me he dado cuenta de que me temían y no es eso lo que quiero inspirar a mis colegas de profesión.

—Empieza mi turno en una hora —respondo confuso.

—Según ha comentado, las operaciones que teníais programadas han sido canceladas. Ha habido un accidente de un autobús en la autopista y se han visto implicados varios turismos; van a mandarnos a algunos de los heridos. Nos ha dicho que te espera en el quirófano.

—¡Mierda! Gracias, chicos —comento antes de salir corriendo hacia allá.

En tiempo récord llego a la antesala y me encuentro a varios de mis tutores de las rotaciones coordinándose y organizando a los residentes.

—Guzmán, aquí estás. Qué bien nos viene hoy que hayas llegado antes de tiempo —comenta la doctora Cruz situada junto al doctor Hernán.

—¿Han llegado ya los heridos?

—No, pero el ejército ha instalado una carpa para el triaje y nos irán avisando del estado de los pacientes que vengan al hospital —me informa Teresa.

—¿De cuántos pacientes estamos hablando?

—El autobús iba hasta arriba, es hora punta. Más de cien, que distribuirán a lo largo de los hospitales cercanos.

—Hemos llamado a todos los anestesistas de guardia y a los cirujanos para poner en funcionamiento todos los quirófanos. Eres

residente de cuarto año, por lo que estarás asistiéndonos en las cirugías —añade el doctor Hernán.

—Guzmán, qué bueno verte —indica el doctor Pascual acercándose a nosotros.

—Igualmente, Pablo. —Sonríe y levanta una ceja confuso al escucharme utilizar su nombre de pila.

—¿Cómo va todo por Urgencias? —pregunta el doctor Hernán.

—Una locura, Ángel. Han debido de decir en las noticias que este va a ser el hospital de referencia porque no paran de llegar familiares preguntando por los pacientes. Me ha comentado Gloria que han cancelado las consultas de Salud Mental para atenderlos.

Pienso en Alma y en que para ella tampoco va a ser una mañana fácil.

Me suena una notificación de mensaje y me doy cuenta de que no lo he puesto en silencio.

—Perdonad —me excuso.

—No te preocupes. Teóricamente todavía no has entrado —bromea el doctor Hernán—. Mientras vienen los pacientes, acércate a Urgencias por si necesitan un par de manos más.

Cojo el ascensor y saco el móvil de mi bolsillo.

Alma:

Mucho ánimo con la mañana.
Yo ya estoy llegando al hospital.
Me ha llamado mi tutora por si podía
echar una mano en Urgencias

A la primera que veo es a Gloria, que está coordinando a las enfermeras.

—¿En qué puedo ayudar? —pregunto acercándome a ella.

—Tú, con nosotros —pide Marcos acompañado de Andrés—. Vamos a mover las sillas de la sala de espera de aquí al lado por si hay que meter camas.

—Voy.

Caminamos hacia allí cuando nos cruzamos de frente con Alma.

—Buenas, chicos. —Por su cara veo que está nerviosa—. ¿Han llegado ya pacientes?

—No, pero me ha parecido oír que están habilitando el salón de actos como sala de espera para familiares —responde Marcos.

—Imagino que allí es donde yo tengo que ir —comenta Alma.

—Chicos, ¿podéis ir yendo para allá? Ahora os alcanzo. —Marcos me mira y algo debe de leer en mi cara porque asiente.

—Claro, sin problema.

Nos quedamos a solas y me acerco a Alma.

—Cuéntame, ¿qué te preocupa?

—Estoy bien, es solo que estoy un poco perdida ahora mismo. —Baja la mirada y yo le doy la mano.

—Yo estoy preocupado porque hoy asistiré a mis adjuntos en muchas cirugías. Tendremos en nuestras manos la vida de muchas personas y posiblemente no podamos salvarlas a todas. Me da miedo no estar a la altura —confieso y ella coge aire y me mira.

—Voy a tener que acompañar a muchos familiares en el fallecimiento de sus seres queridos. Y también me da miedo no estar a la altura.

—Necesito un abrazo, ¿y tú? —Ella asiente.

La envuelvo entre mis brazos e inspiro el olor que desprende su pelo, y vuelvo a estar en paz.

Nos separamos pasados unos segundos y veo en su rostro que ya está más tranquila.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —comento separándome de ella, aunque es lo último que quiero hacer.

—Ve a salvar vidas. —Me toma la mano y la aprieta.

—Eres una psicóloga increíble. No lo olvides.

Camino hasta la sala de espera y busco a Andrés y a Marcos. Están con varios compañeros organizándolo todo y los ayudo a terminar de apartar las bancadas.

—¿Cómo está? —pregunta Marcos mientras cogemos una entre los dos.

—Asustada. Va a tener que comunicar muchas malas noticias hoy.

—Lo hará bien. Es muy buena.

—Eso le he dicho. —Lo miro y asiente.

Terminamos de colocarlo todo, dejando el suficiente espacio por si fuera necesario.

—¿Dónde vamos a conseguir más camas? —inquiere Andrés.

—Jaime y un grupo de celadores van a bajar varias camas de un par de plantas que tienen zonas cerradas por los recortes.

Mi móvil comienza a sonar y me despido de mis compañeros.

La primera cirugía termina con éxito y quedamos muy contentos con el resultado.

No me da tiempo a descansar porque el doctor Hernán me pide que opere con él.

—Es un chico de quince años. Presenta un traumatismo fuerte en el abdomen. Vamos a hacerle una laparoscopia. Tenemos que ir rápido, ha perdido mucha sangre.

La cirugía pasa a cámara rápida. Cuando abrimos al paciente, ambos nos damos cuenta de que es peor de lo que pensábamos. El hígado está dañado, y el bazo, destrozado. Mi tutor se pone con la esplenectomía, ya que no va a ser posible salvar el bazo, mientras yo trato de reparar la contusión hepática.

—Guzmán, para —me pide mi adjunto pasada media hora—. Está en asistolia.

—¡Mierda! —exclamo completamente frustrado.

—No podíamos hacer nada. Las lesiones eran incompatibles con la vida.

—Lo sé, pero eso no lo hace más fácil —lamento.

—Y nunca lo hará. Ve a lavarte y a informar a la familia.

Me quito la bata quirúrgica y los guantes, y tras asearme me dirijo a la sala de espera. ¿Cómo se les dice a unos padres que la persona a la que más quieren se ha ido?

Dar una noticia así no es fácil, y dejar a los familiares destrozados y seguir con tu trabajo tampoco.

Si yo estoy así, no me quiero imaginar cómo estará Alma.

25
NO QUIERO PERDERTE

ALMA

Catorce, quince, dieciséis… He perdido la cuenta de las malas noticias que he tenido que dar hoy. Estoy agotada. No puedo más, pero tampoco puedo parar. Solo oigo gritos, llantos y mi respiración. Siento cómo se acelera.

—¿Alma? —pregunta Beatriz—. Mírame. —Obedezco—. Tómate un descanso.

—No hace falta. —Me tiembla la voz—. Puedo seguir.

—Sé que puedes. —Me coloca una mano sobre el hombro—. Pero para cuidar tenemos que cuidarnos primero. Descansa un par de horas y vuelves. —Asiento.

Salgo del salón de actos y miro al pasillo sin saber adónde ir. Aquí el ritmo es frenético y no es mucho mejor que dentro.

Noto un sollozo que me sale del pecho y trato de controlarlo.

—Tranquila, estoy aquí. —Siento unos brazos que me rodean y reconozco su olor. Respiro lentamente contra su pecho y consigo serenarme—. ¿Qué necesitas?

—Silencio —susurro sin salir de su abrazo.

—Vamos.

Guzmán se separa de mí y me da la mano. Caminamos por los pasillos hasta llegar frente a una puerta y saca una llave del bolsillo.

—Es una de las habitaciones donde descansamos durante las Urgencias, a esta hora están vacías. ¿Cuándo tienes que volver?

—En dos horas. ¿Y tú?

Entramos y me conduce hasta una de las camas. Me invita a que me siente y luego hace lo mismo apoyando la espalda en la pared y cruzando las piernas. Lo imito.

—Tengo libre hasta las tres de la tarde. Dime cómo puedo ayudarte. ¿Quieres hablar? —pregunta mientras me aparta el pelo de la cara de manera dulce.

—Solo quiero que pare el ruido de mi mente —confieso, apoyando la mejilla en una de sus palmas.

Saca el móvil del bolsillo, abre Spotify y me lo pasa.

—Pon la canción que quieras y cierra los ojos. Solo concéntrate en ella. A mí la música me ayuda a desconectar del exterior.

Selecciono una *playlist* y le doy a reproducir. Antes de cerrar los ojos apoyo la cabeza en su hombro y él me abraza. Poco a poco me relajo.

—Alma. —Oigo un susurro y abro los ojos—. Te has quedado dormida. —Me altero y compruebo la hora—. Tranquila, todavía es pronto. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, no sé lo que me ha pasado en el salón de actos. Soy psicóloga, se supone que no me deberían afectar esas cosas —comento avergonzada.

—También eres una persona empática que ha estado rodeada de mucho sufrimiento en pocas horas. No eres mala profesional por eso.

—¿Tú qué tal la mañana?

—He perdido a un niño de quince años en quirófano. Acababa de comunicárselo a sus padres cuando te he visto.

—Lo siento —respondo. Le cojo la mano—. ¿Cómo te sientes?

—Ahora mucho mejor. —Me mira y sonríe—. Te he despertado porque he pensado que querrías comer algo antes de volver.

—Voy a escribir a Marcos y los demás para comer todos juntos. A esta hora deben estar entrando los del turno de tarde y podrán descansar.

—Te acompaño hasta allí.

—¿Tienes que irte? ¿No comes con nosotros?

—No, pero he pensado que igual querrías estar sola con ellos…

—Quiero que vengas. ¿Tú quieres venir?

—Me encantaría.

Por primera vez en mucho tiempo coincidimos todos juntos. Cuando quedamos en el Henry's, siempre suele haber alguno estudiando o de guardia, pero ahora estamos todos. Incluido Andrés, al que Marcos ha avisado para que se nos una.

—¿Qué tal la mañana, chicos? ¿Mucho caos? —pregunta el fisio mientras se acerca a la mesa con su bandeja. Toma asiento a mi lado, frente a Esther.

—A nosotras no nos han dejado quedarnos esta mañana. Nos han mandado a casa a descansar porque, justo cuando ha pasado, salíamos de guardia —responde Natalia señalando a Sofía.

—Nos hemos ido las dos a mi casa para estar cerca del hospital, hemos dormido un par de horas y a las doce hemos vuelto.

—Parece que la cosa ya está más tranquila —informa Esther—. Según me ha contado Gloria, ya han identificado a todos los heridos y fallecidos, y están todas las familias informadas.

—Eso sí que ha tenido que ser complicado, ¿no, Almita? —pregunta Jaime.

—Sí, me he venido un poco abajo hace una hora y Beatriz me ha mandado a descansar —confieso un poco avergonzada. Guzmán me coloca una mano en la pierna para mostrarme su apoyo.

—Es normal. Tiene que ser muy difícil dar una noticia así. Yo la primera vez que tuve que comunicar una muerte me mareé y me caí redondo —comenta Carlos.

Marcos se atraganta con la bebida tras escuchar al residente y comienza a toser.

—¿Te desmayaste delante de la familia? —pregunta el técnico cuando consigue serenarse.

—No, cuando iba de camino por el pasillo, por los nervios. No llegué a poder hacerlo. La siguiente ya fue algo mejor.

—Y ahora el niño va a ser ginecólogo. Dentro de nada estarás comunicando a las familias que el parto ha ido bien —añade Natalia y nuestro amigo sonríe.

—¿Tú no eras dermatólogo? —pregunta Guzmán confuso.

—Sí, pero, tras varios episodios en Urgencias, encontré mi verdadera vocación.

Jaime procede a contarle al residente de cirugía, con toda la gracia que le caracteriza, la vez que su novio le pidió un test de embarazo a una mujer de sesenta y cuatro años que aseguraba estar embarazada. Y su posterior experiencia atendiendo a una embarazada de trillizos, que fue memorable.

—Tiene mucho mérito volver a estudiar el MIR y examinarte de nuevo. Que tengas suerte.

—Muchas gracias —responde Carlos agradecido.

—¿Tú qué tal, Guzmán? —pregunta Natalia—. ¿Has pensado ya si quieres solicitar alguna rotación externa en otra ciudad? Yo quiero ir unos meses a Barcelona, al Hospital Clínic: son muy buenos en enfermedades autoinmunes.

—Me gustaría aprender más sobre trasplantes y me han hablado muy bien de un hospital de París, pero no sé si me cogerán.

—París, la ciudad del amor —comenta Jaime mientras me guiña un ojo y finjo no darme por aludida.

—Seguro que te cogen. Tus tutores están muy contentos contigo y en los años anteriores has tenido buena media —lo animo. Desde

que intercambiamos los números hemos ido conociéndonos y Guzmán me ha confesado que la parte académica es algo que le importa mucho.

—Gracias. —Me mira y en sus ojos veo que significa mucho para él que confíe en él.

—¿Tú has pensado a qué especialidad te gustaría dedicarte? —me pregunta.

Miro a Sofía, que está sentada a mi lado, antes de responder.

—Me quiero especializar en trastornos de la conducta alimentaria.

Desde que empecé a asistir a la terapia de grupo con Fernando, el psicólogo encargado de esta unidad, supe que era lo que quería hacer. Todavía no se lo había comentado a mi amiga y, cuando la miro, veo que sus ojos brillan por la emoción.

—Te quiero mucho. Paula estará muy orgullosa de ti. —Asiento y también me limpio las lágrimas.

—Lo sé. —Sonrío.

—Paula era mi hermana —informa Sofía mirando a Guzmán y a Andrés—. Sufría un TCA y se suicidó hace dos años.

—Lo siento mucho —responde el cirujano.

Por el gesto de Guzmán, me doy cuenta de que ha atado cabos. Hace unos meses tuvieron un enfrentamiento en Urgencias por una paciente que Sofía pensaba que tenía un TCA y él no estuvo de acuerdo.

—¿Qué vais a hacer esta tarde? —pregunta Andrés—. Yo ya he terminado mi turno y, si las cosas están más calmadas, no creo que me necesiten por aquí.

—A nosotras nos han mandado ya a casa y necesito dormir —confiesa Sofía.

—Yo tengo que hablar con Gloria a ver cómo está la cosa. Ella también termina ahora el turno y se iba a quedar un par de horas para dejarlo todo bien atado —informa Esther.

—Yo tengo guardia localizable, aunque no creo que pise la planta. Me quedaré por Urgencias —comenta Carlos.

Suena el teléfono de Guzmán y contesta rápidamente.

—Sí, estoy en la cafetería. Llego en diez minutos. —Cuelga la llamada.

—¿Una urgencia? —pregunto.

—Sí, una hemorragia interna. Me tengo que ir a quirófano. —Se levanta de la silla—. Chicos, espero que el día mejore y nos veamos pronto.

—Suerte con la cirugía —comenta Jaime.

—Te acompaño. Yo también tengo que volver ya al salón de actos. Luego hablamos —digo mirando a mis amigos.

—Hasta luego, parejita —dice Natalia y yo la miro perdonándole la vida.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te quedas un rato más en el hospital? —pregunta Guzmán mientras nos alejamos de la cafetería.

—Sí, voy a hablar con mi tutora y acompañaré a las familias. —Se detiene en el pasillo y me mira.

—Alma, si te encuentras mal, para y habla con tu adjunta. —Asiento—. ¿Me lo prometes? No quiero estar operando y pensar que puedes estar mal.

Levanto la vista, lo miro a los ojos y tengo que controlar las ganas que tengo de besarlo. Me recuerdo a mí misma que estamos en mitad de un pasillo lleno de pacientes y compañeros, y que no es una buena idea.

Él me mira y también baja la vista hacia mis labios. La tensión sexual es tan evidente que ya nos es imposible hasta disimularla.

—Te lo prometo. ¿Cuando salgas pasas a buscarme?

—Claro. Luego nos vemos. —Él continúa caminando y yo vuelvo al salón de actos.

—¿Cómo vas, Alma? —pregunta Beatriz pasadas las seis de la tarde—. Hoy está siendo un día muy duro y puede ser abrumador.

—Ahora mejor. Esta mañana me ha sobrepasado todo.

—Cuando eso nos pasa tenemos que comunicarnos entre nosotras y tomarnos un descanso. Somos un equipo, ¿vale? —Asiento—. Lo estás haciendo muy bien. Mañana puedes entrar más tarde y venir directamente a las sesiones. Así descansas.

—Gracias.

—Ya hemos acabado por hoy. Puedes irte. —A nuestro alrededor ya no hay más familias y a las pocas que quedan les comunicamos que deben aguardar en la sala de espera a que los avisen para entrar a visitar a sus familiares.

Cuando salgo, me encuentro a Guzmán en una silla frente a la puerta.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Media hora.

—Haberte ido a casa. Estarás cansado.

—Quería verte. Te acompaño a casa. —Lo entiendo. En un día como hoy a mí también me tranquiliza estar a su lado. Signifique lo que signifique eso.

Salimos del hospital y caminamos en silencio. Cada uno pensando en sus cosas: yo en todas esas familias y él posiblemente en las vidas que ha podido salvar y en las que no. Es como si estuviéramos anestesiados y todo el dolor que hemos presenciado hoy se nos hubiera metido bajo la piel, siendo más conscientes que nunca de que la vida puede acabar en cualquier instante y que tenemos que disfrutar cada momento.

De pronto siento una gota caerme en el hombro y luego otra. Miro al cielo y se desata una tormenta. Como si el universo quisiera recordarnos que estamos vivos.

Doy un grito y me río. Me mira, me coge la mano y comenzamos a correr hasta llegar al portal de mi casa. No entramos.

—¡Menuda tormenta! —exclamo sonriendo y lo contemplo.

Al hacerlo me doy cuenta de que él me está observando y continúa con la respiración acelerada.

—No me mires así —le pido mientras me sonrojo.

—¿Cómo te estoy mirando? —Se coloca frente a mí, reduciendo la distancia. Con una de sus manos me retira un mechón de la frente y me lo coloca detrás de la oreja.

—Como se miran las cosas que te gustan.

—¿Por qué no puedo mirarte así si me gustas? —Sonríe.

—Porque entonces voy a querer besarte y no sé si…

Junta su boca con la mía antes de que termine la frase y en nuestros labios desaparecen todas las dudas. Noto la pared de ladrillo contra la espalda y su mano en la nuca para que no me golpee la cabeza.

Abro la boca invitándolo a profundizar el beso y le tiro de la camiseta para que se pegue más y sentir su cuerpo sobre el mío. Nunca me habían besado así, como si el mundo se acabara.

Llevo las manos a su cabeza, le acaricio el pelo con los dedos y un gemido se le escapa de los labios, que me hace sonreír. Me muerde el labio inferior, haciendo que esta vez sea yo la que jadee. Entonces recuerdo que estamos en mitad de la calle y todavía es de día.

Separo nuestras bocas y lo miro.

—Será mejor que paremos si no queremos que nos detengan por escándalo público. —Sonríe y da un paso hacia atrás.

—Tienes razón.

Lo miro de nuevo y soy consciente de lo mucho que me gusta, pero no se trata solo de atracción física; aunque no quiera reconocérmelo a mí misma, sé que en el fondo hay mucho más. Pero no es el momento. Ahora mismo no puedo permitirme este tipo de distracciones cuando tengo la consulta con la doctora en poco más de una semana.

—Guzmán…

En su mirada veo que intuye lo que le voy a decir antes de que lo diga en voz alta. Sabe que voy a terminar con lo que hay entre nosotros antes siquiera de que empiece.

—No te preocupes. No hace falta que digas nada.

—Tengo muchas cosas en mi cabeza ahora mismo y…

—Esto complica más todo.

—No quiero que pienses que no me ha gustado el beso o que tú no me gustas, pero no es el momento. —Bajo la mirada—. Ahora mismo te necesito como amigo si todavía quieres… —Los ojos se me llenan de lágrimas. Me siento muy tonta por haber metido tanto la pata. He besado al chico que me gusta y al que claramente le gusto, y ahora me da miedo que se vaya de mi lado.

—Ey, mírame. —Me levanta la barbilla—. ¿Cómo que si quiero? Eres mi amiga. Por supuesto que quiero estar a tu lado y acompañarte. Eso no va a cambiar, ¿vale? —Asiento y me abraza.

—Siento que en los próximos meses voy a perder mucho y no quiero perderte a ti también.

—Y no lo vas a hacer —responde acariciándome la espalda—. Estaré para ti cuando me necesites y como me necesites.

26
DAMOS BASTANTE PENA

GUZMÁN

Salgo de la ducha y veo que Andrés ha preparado un auténtico festín de desayuno. Normalmente corremos por la tarde durante la semana, pero los findes preferimos madrugar.

—Te diría que es mucha comida, pero después de lo que me has hecho correr… —comento, sentándome frente a él.

—Te estoy poniendo en forma. Seguro que ya duermes mucho mejor. —Coge su taza de café y le da un buen trago.

—Pues la verdad es que sí. También ayuda que mi madre se esté recuperando bien del brote.

—¿Has llamado ya al amigo de Marcelo? —pregunta haciendo referencia al fisioterapeuta neurológico que me recomendó su compañero terapeuta ocupacional.

—Estaba esperando a que remitiera el brote.

—Llama ya, igual tiene lista de espera, y di que vas de su parte.

—El lunes lo llamo sin falta. ¿Tú qué tal todo? ¿Tu hermana ha vuelto a quedar con ese chico?

Nada más mencionar al novio de su hermana, a Andrés le cambia la cara. Se lleva la mano a la cabeza y suspira. Es evidente que este

tema le preocupa bastante.

—No me da buena espina. Vale que solo lo pude conocer unos minutos, pero hubo algo en su actitud que no me gustó. Y hace mucho que ella no me habla de sus amigas y me da miedo que se esté alejando de ellas. Soy un paranoico, ¿verdad?

—Para nada. Es normal que te preocupe, es tu hermana. Además, estáis muy unidos. Confía en que, si ocurre algo, te lo contará y te pedirá consejo como hace siempre.

—Gracias, tío. Eso espero. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Necesitas consejos de chicas? —bromea, pero no puede dar más en el clavo.

—Pues ahora que lo dices…

—Lo sabía, me di cuenta de cómo mirabas a Alma el otro día. Cuéntamelo todo. Bueno, todo… todo no. Tú ya me entiendes…

—No hay ese tipo de *todo* que contar y si lo hubiera, no te lo contaría —respondo riéndome.

—Pues tú dirás.

—Me gusta muchísimo, pero no es el momento.

—Imagino que eso lo ha dicho ella.

Le explico cómo nos conocimos y empezamos a hablar. Aprovecho para detallarle mis enfrentamientos con sus amigos comunes y cómo me comporté como un gilipollas. Cómo pensé que eso podía ser un problema, pero ella no se dejó llevar por otras opiniones y nos acercamos poco a poco.

—La atracción cada vez se hizo más evidente.

—Y que lo digas.

—Y el otro día, cuando lo del accidente del autobús, al salir la acompañé a casa y nos besamos.

—¿Quéééé? —pregunta emocionado.

—¿Seguro que tu hermana es la adolescente de los dos? —respondo. Me saca la lengua y me hace reír—. Nos besamos y,

cuando nos separamos, me dijo que me necesitaba ahora mismo como amigo.

—Qué putada, tío. Te ha mandado a la *friend zone.*

—No pasa nada. Comprendo el motivo. No te puedo decir cuál es, pero es lo suficientemente serio como para que entienda que empezar una relación es lo último que necesita. Me dijo que yo le gustaba, pero que no era el momento.

—Joder, pobrecilla. Vas a ser el mejor amigo que pueda tener porque se ve a la legua que esta chica te importa de verdad. Será una oportunidad de conoceros mejor y ¿quién sabe…? Quizá, cuando todo eso acabe, tengáis una oportunidad.

—Tendré que mantener las distancias. Dentro de lo que se pueda.

—¿A quién se le ocurre pillarse de una compañera de trabajo? —bromea.

—¿Lo dices por mí o por ti? Porque, según tengo entendido, además de compañera, Esther es tu paciente, ¿no?

—¿En qué momento hemos acabado hablando de mí?

—¿Me lo vas a contar o no?

—No hay mucho que contar, no sé ni si se puede decir que somos realmente amigos. Nos conocimos hace unos meses. Sufrió una agresión en Urgencias por parte del familiar de un paciente y se le luxó el hombro. Comencé a tratarla en el hospital y, aunque al principio no estaba muy receptiva y podía sentir que tenía miedo cuando la tocaba, poco a poco confió en mí y comenzamos a hablar. Le he contado cosas que no le he contado a nadie —confiesa—. Cuando estamos juntos en la camilla todo fluye, pero una vez termina el tratamiento, se acaba. Ni siquiera tengo su número.

—Y tú quieres más.

—Sí, y ni yo mismo lo entiendo. Creía que ya había acabado con el rollo de las citas. Llevo sin novia formal desde la universidad. Ahora me limito a relaciones sin compromiso y me va bien. O eso creía.

—¿Por qué no le pides su número? Dile que así te puede avisar cuando esté peor y le buscas un hueco. Así no tiene que ir hasta el

gimnasio. Aprovecha un día que os veáis en el Henry's, que en la camilla igual es más incómodo.

—Me da vergüenza —confiesa—. No me puedo creer que sea capaz de pedirle el número a cualquier desconocida en un bar y con Esther me bloquee.

—La verdad es que damos bastante pena. Los dos.

—Tú no te quejes, que llevas más camino recorrido. —Mira el reloj, se levanta y comienza a recoger la mesa—. Me tengo que ir ya, que luego mis padres dicen que voy a mesa puesta.

Al igual que yo, los fines de semana se junta a comer con su familia.

—Deja los platos, que yo me encargo. Suerte con tu hermana.

—Espero que no se traiga al gilipollas a comer porque se me va a atragantar el cocido —protesta mientras camina hacia la habitación.

Compruebo el móvil y veo que tengo un mensaje de Alma.

Alma:

Qué planes tienes para hoy?
Yo voy a comer a casa de mi padre

Guzmán:

He salido a correr con Andrés y
ahora me iré a casa de mis padres
también. Domingo en familia

Dudo si preguntar, pero al final decido hacerlo. Si me ha escrito posiblemente sea porque algo le preocupa.

Guzmán:

¿Vas a hablar con tu padre?
¿Se lo vas a contar?

Alma:

Todavía no.
Lo hablaré con Rober después
de la consulta y le pediré ayuda
para decírselo juntos.
No puedo evitar sentirme fatal.
Siento que soy una mentirosa

Pulso su contacto y la llamo mientras me dirijo a la habitación y cierro la puerta.

—No eres una mentirosa —le digo en cuanto descuelga.

—Les dije que la mutación era negativa. Les mentí. Y, aunque sé que me perdonarán, me da miedo ver la decepción en sus caras cuando me sincere. Ya bastante culpable me siento por tener el gen.

—¿Te sientes culpable? —Me recuesto en la cama.

—Sí, y sé que no tiene sentido, pero, de alguna manera, voy a ser la portadora de la noticia que va a volver a destruir la tranquilidad de mi familia.

—No vas a destruir nada. Les vas a plantear el problema y la solución al mismo tiempo. Vas a darles la oportunidad de que te apoyen en un momento muy importante.

—No lo había visto así —expresa bajando el tono de voz.

—Solo quedan unos días para la consulta y todo va a salir bien.

—No te entretengo más, que seguro que Mayte ya está haciendo la paella y al final vas a llegar tarde.

—La mejor paella del mundo —digo con orgullo.

—Más quisieras… Mi abuela paterna era de Valencia y nuestra receta de paella es insuperable. En eso no voy a dar mi brazo a torcer.

—Vamos a tener que comprobarlo en algún momento. No sé yo si me puedo quedar con la duda.

—Yo tampoco. —Se ríe—. ¿Hablamos esta noche?

—Claro. Pásalo bien.

—Lo mismo digo.

Pienso en las palabras de Andrés: «Quizá, cuando todo eso acabe, tengáis una oportunidad».

Ojalá.

27
NO SÉ CÓMO DARTE LAS GRACIAS

ALMA

Cuando la doctora Cruz me citó en tres semanas me pareció una fecha inalcanzable y lo vi como una oportunidad de postergar un poco la decisión, que, aunque ya está tomada, no será real hasta que no firme el consentimiento.

Llego a la sala de espera y me siento junto a un matrimonio. Trato de mantenerme calmada, pero la pierna se me mueve sin cesar.

—¿Primera consulta? —pregunta el hombre con una sonrisa que me hace sentir mejor.

—No, pero es una cita importante.

—Tranquila, que estás en buenas manos —responde la mujer muy amablemente.

—Gracias, ¿es paciente de la doctora Cruz?

—No, el paciente soy yo —responde él—. Me llamo Màrius. Tengo cáncer de mama.

—Yo soy Alma. Encantada. —Le tiendo la mano, que acepta—. Disculpa por dar por hecho que tenía que ser ella. Es la costumbre, nunca había conocido…

—Tranquila. No pasa nada. Hasta las doctoras y enfermeras, a veces, creen que es una equivocación y leen María de la lista cuando llegan a mi nombre.

—Debe de ser muy incómodo.

—Ya estoy acostumbrado y me lo tomo con humor. Si estás aquí, imagino que eres paciente…

—Sí y no. Me va a operar la doctora Cruz, pero no tengo cáncer. Tengo una mutación genética que me predispone a desarrollarlo y, como perdí a mi madre muy joven, he decidido operarme. Hoy tengo que firmar el consentimiento y me meten en lista.

—Y estás muy asustada —añade la mujer y asiento.

—No se lo he dicho a mi familia y amigos. No quería preocuparlos. Solo lo sabe una persona y he sido incapaz de pedirle que me acompañe.

En estas últimas semanas mi amistad con Guzmán ha ido consolidándose y afortunadamente nuestro beso no hizo que las cosas fueran raras entre nosotros. Me ha ayudado explicándome en qué consiste la cirugía y respondiendo a todas mis dudas. Gracias a él, me siento preparada para abordar esta consulta, pero no me he atrevido a pedirle que venga conmigo. Pienso que quizá es pedir demasiado…

—Alma Portela —llama una residente desde la puerta de la doctora y me pongo en pie.

—¿Quieres que pasemos contigo? —pregunta la mujer.

Dudo qué responder cuando siento una mano que agarra la mía.

—No será necesario, pero gracias de todos modos —responde Guzmán, apareciendo a mi lado—. Siento llegar tarde.

—Has venido —indico emocionada sin saber qué más decir.

—No pensarías que iba a dejarte sola… Vamos a firmar ese consentimiento y luego te invito a desayunar. —Asiento y paso con

él.

Entramos en la consulta y nos dirigimos hacia las sillas.

Me aferro a su mano como si fuera un bote salvavidas que consigue mantenerme a salvo.

—Buenos días, chicos. Me alegro de veros a los dos.

—Gracias, Teresa —responde Guzmán sentándose a mi lado.

—¿Cómo te encuentras, Alma? ¿Más tranquila?

Si fuera completamente sincera, le diría que, desde que Guzmán me ha tomado la mano en la sala de espera, he olvidado todos mis miedos y he sentido que, con él a mi lado, puedo con todo. Pero me decido por la versión abreviada, que no desvela que estoy empezando a sentir algo por su antiguo residente.

—Sí, mejor. Gracias.

—Imagino que Guzmán te ha explicado en qué consiste la intervención —indica mirando disimuladamente nuestras manos todavía entrelazadas—, pero por protocolo tengo que asegurarme de que lo entiendes todo.

La doctora me explica que me harán dos intervenciones. En la primera me extirparán el tejido mamario y me colocarán dos expansores, que irán llenando de suero salino semanalmente hasta conseguir el espacio necesario del tamaño de la prótesis que quieren colocarme. Pasados esos meses me volverán a intervenir para quitar los expansores y ponerme las prótesis.

—Todavía no se lo he comentado a mi adjunta y me gustaría saber cuánto tiempo voy a necesitar para recuperarme —pregunto cuando termina la explicación.

—En el hospital estarás ingresada dos días. Después te irás a casa con los drenajes, pero la enfermera te explicará muy bien todos los cuidados y curas domiciliarias. Si necesitas ayuda, podrás venir a que te ayudemos.

—Mi mejor amiga es doctora y vivimos juntas.

—Y yo también te puedo ayudar. Si quieres… —añade Guzmán, y yo trato de no parpadear para evitar que las lágrimas de los ojos se

me deslicen por las mejillas. Aprieto su mano dándole las gracias.

—Perfecto, entonces. Y, de cara a estar de baja, todo depende de cuándo te quitemos los drenajes. Suele ser después de una semana, aunque a veces pueden ser dos. Como eres psicóloga y tu trabajo no es físico, si vemos en la revisión de las dos semanas que todo está bien, te daremos el alta siempre y cuando tengas cuidado.

—Lo tendré.

—Pues solo queda que firmes el consentimiento y darte las citas para el preoperatorio.

Se me cae el boli cuando voy a firmar y me doy cuenta de que estoy temblando. Por muy segura que esté, no me resulta fácil.

—Alma, mírame —me pide Guzmán y obedezco—. Voy a estar contigo en todo momento. —Se me escapa una lágrima y él la limpia con uno de sus dedos—. Hasta en el quirófano si Teresa me deja.

—No hay problema.

—No estás sola y todo va a salir bien. Te lo prometo. —Asiento, cojo el boli de nuevo y firmo el papel.

—Ya está —indico, soltando todo el aire que guardaba en los pulmones.

—Te llamaremos con la fecha de la intervención. Suelen ser unos tres meses de media de lista de espera, pero, teniendo las Navidades de por medio, igual es algo más.

—Gracias, doctora.

—Cualquier duda que tengas, ya sabes dónde estoy, aunque estás muy bien acompañada.

—Gracias, Teresa —indica Guzmán antes de salir de la consulta.

Salimos a la sala de espera y camino sin rumbo alejándome de la consulta. No sé cómo enfrentarme ahora mismo a todo lo que siento. Miedo, alivio, gratitud, ¿amor?

Siento cómo las lágrimas me corren por las mejillas y no sé por qué estoy llorando.

Guzmán me sigue sin decir nada. Solo acompañándome. Cuando llego a la salida y piso la calle, siento que puedo volver a respirar.

Cojo aire profundamente y lo expulso. Lo repito tres veces.

—¿Estás bien? —Preocupado, se acerca—. Si quieres espacio, dímelo y te dejo sola.

—Necesito un abrazo —pido, mirándole a los ojos mientras me limpio las lágrimas de los míos.

Deshace en un segundo la distancia que nos separa y me envuelve entre sus brazos.

—No sé cómo darte las gracias —susurro mientras él me acaricia la espalda—. No habría podido sola.

—Sí habrías podido porque eres una mujer muy fuerte, pero no es necesario porque voy a estar contigo siempre que me dejes. —Lo abrazo más fuerte y permanecemos así unos minutos.

—Será mejor que no te quite más tiempo, que tendrás que volver al trabajo y yo a mi consulta en media hora.

—He pedido un par de horas libres. Si quieres, te acompaño hasta tu planta.

—Perfecto.

—¿Te encuentras mejor? Seguro que, si estás mal, y a tu paciente no le importa posponer la cita, tu adjunta lo entenderá.

—Estoy bien. Necesito distraerme un poco y volver a mi trabajo. Y tengo que hablar con Beatriz.

Cuando llegamos a la planta, me despido de Guzmán al salir del ascensor.

—Si necesitas cualquier cosa, me llamas o me escribes. Dejaré el teléfono en silencio, pero estaré pendiente.

—Gracias. —Me tira de la mano, me acerca de nuevo a su cuerpo y me da otro abrazo. Este más breve, pero consigue hacerme sentir a salvo.

—Luego hablamos. Todo va a ir bien con tu adjunta. Ya lo verás.

Llega el ascensor de nuevo y desaparece tras sus puertas.

Lo que queda de mañana se me pasa volando y, cuando me quiero dar cuenta, estoy despidiéndome de la última paciente. Antes

de irme, me acerco al despacho de Beatriz para ver si puedo hablar con ella.

—Te quería comentar una cosa. ¿Es un buen momento?

—Claro, pasa y siéntate. Tú dirás.

—No sé por dónde empezar. ¿Recuerdas que te conté que había perdido a mi madre cuando era niña? —Asiente—. Fue por cáncer de mama y años después nos enteramos de que podía ser genético y…

—¿Estás bien, Alma? —pregunta preocupada.

—Sí, sí, no tengo cáncer, pero tengo la mutación y… —Me emociono y me pasa la caja de pañuelos—. Y, después de mucho pensarlo, he decidido hacerme una doble mastectomía preventiva. Esta mañana he tenido la consulta y estoy en lista de espera.

—Vaya… ¿Y cómo lo llevas?

—Aliviada, asustada, confusa… No sé.

—Es normal, son muchos cambios, pero tienes a mucha gente a tu lado y no te vamos a dejar sola.

—No quiero que afecte a mi trabajo, pero tendré que cogerme la baja después de la intervención.

—Yo te voy a ayudar en lo que necesites y no vas a tener ningún problema con Fátima cuando comiences la rotación en Salud Mental Infanto-Juvenil al terminar esta. Tú solo preocúpate de estar bien. ¿Qué tal lo lleva tu familia? Me comentaste que tenías un hermano, creo recordar, y que vives con tu mejor amiga.

—Todavía no se lo he contado a mi familia y amigos. Me acercaré esta tarde a casa de mi hermano a decírselo. Sé que te aviso con poco tiempo, pero creo que me vendría bien cogerme mañana un día de asuntos propios y asimilarlo todo.

—No hay problema. Mañana no tienes consultas individuales y es tu tarde libre.

—Muchas gracias, de verdad.

—Lo que te he dicho va en serio. Si te puedo ayudar en algo, dímelo.

Me despido de mi adjunta con un abrazo y salgo del hospital de camino a una de las conversaciones más complicadas de mi vida.

28
JODER, PEQUE

ALMA

Mi hermano me abre la puerta y veo en su cara que está muy preocupado. Le he llamado hace una hora y le he dicho que necesitaba hablar con él y su mujer de algo importante. Me abraza y siento que se teme lo peor.

Siempre ha sido muy sobreprotector conmigo desde que mi madre falleció.

—Pasa, Mamen está en la cocina, ahora viene. Cloe está dormida y Astrid, en casa de una amiga.

Llegamos al salón y mi cuñada se une a nosotros. Ellos se sientan en el sofá y yo muevo la butaca del lateral para situarme frente a ellos.

—No sé por dónde empezar. —La voz se me rompe y sé que esto no va a ser fácil.

—Peque, me estás asustando. Dime que estás bien, por favor.

—Os he mentido y no quiero que os enfadéis conmigo. —Me limpio las lágrimas que se me escapan de los ojos.

—Tranquila, Alma. Seguro que tenías una buena razón. ¿En qué nos has mentido? —me anima mi cuñada.

—Tengo la mutación BRCA2.

Observo cómo cambia la cara de mi hermano y puedo leer el miedo en sus ojos.

—¿Cómo? —pregunta incrédulo—. Debe de haber un error…

—Lo siento mucho. Yo…

—Te hiciste el test conmigo, Alma —me interrumpe mi hermano—. Salió negativo. Lo celebramos juntos —insiste.

—No salió negativo. Cuando nos hicimos la prueba, tú abriste tu sobre primero y anunciaste que había salido negativo. Nos pusimos todos tan contentos que, al abrir el mío y ver mi resultado, pensé que, si lo decía, todo iba a volver a ser como cuando mamá murió.

—No entiendo nada. —Se lleva las manos a la cabeza—. Nosotros nunca hemos tenido secretos.

—Lo sé y me he sentido fatal todo este tiempo por ocultártelo, pero no quería volver a ver a papá de nuevo hundido ni que tú volvieras a llorar por las noches como cuando éramos pequeños.

—¿Cómo sabes eso? Eras solo una niña —pregunta mi hermano conmocionado.

—Cuando murió mamá, no quería dormir sola y me metía en tu cama por las noches y, cuando creías que estaba dormida, llorabas. Seguía yendo a tu habitación para estar contigo.

—Joder, peque. Ya desde pequeña te preocupabas más por los demás que por ti misma…

Comienzo a sollozar y mi hermano se acerca y me abraza.

—Tranquila, estamos aquí —dice Mamen aproximándose—. ¿Por qué nos lo cuentas ahora? ¿Ha pasado algo?

A Rober le cambia la cara al ser consciente de que puedo estar enferma.

—Estoy bien, no tengo cáncer, pero he tomado una decisión que quería compartir con vosotros porque voy a necesitaros a mi lado.

—Claro, cariño. Lo que necesites —apunta mi cuñada.

—Voy a hacerme una doble mastectomía preventiva.

—¿Estás hablando de quitarte los dos pechos? —pregunta mi hermano.

—Sí, después de la primera cirugía me harán la reconstrucción.

—Es una decisión muy importante, Alma. ¿No hay más alternativas? —comenta Mamen.

—Podría continuar como hasta ahora: haciéndome las revisiones ginecológicas y las resonancias magnéticas, pero no es lo que quiero —confieso, sincera.

—Si estás segura, nosotros te apoyaremos —dice mi cuñada.

—Estoy segura. No quiero vivir con la incertidumbre de cuándo aparecerá la enfermedad. Ni la angustia cada vez que me noto un bultito que luego resulta no ser nada o un quiste de grasa. Cada revisión es un motivo de ansiedad y me tiro la semana de antes sin dormir pensando que esta vez me van a decir que sí que tengo cáncer.

—Tendrías que habérmelo dicho. Me mata saber que has estado pasando por esto tú sola y no he estado a tu lado —lamenta mi hermano todavía un poco alterado.

—Lo siento y si estás enfadado, lo entiendo. Si fuera al contrario, yo lo estaría.

—No estoy enfadado, solo me siento mal conmigo mismo por no hacerte sentir que me lo podías contar. Se supone que soy tu hermano mayor y tengo que protegerte.

—Y lo haces, Rober. Solo que esto me ha superado. Prometo no guardarte más secretos.

—Está bien. Centrémonos en el presente. Si estás segura de que la cirugía es lo que quieres, como te ha dicho Mamen, nosotros te apoyaremos. —Me coloca una mano sobre la pierna y mi cuñada hace lo mismo.

—Sí, estoy segura. Esta mañana he tenido consulta con la cirujana y he firmado el consentimiento. Me llamarán en unos meses. He querido que fueras el primero en saberlo. Mañana se lo contaré a Sofía y a mis amigos. Y voy a necesitar tu ayuda con papá.

—¿No lo sabe nadie? ¿Has ido a la consulta sola?

Dudo qué responder, pero, puestos a ser sincera, mejor continuar por ese camino.

—Me ha acompañado Guzmán, un compañero de trabajo… —Noto cómo me sonrojo cuando comienzo a hablar y mi cuñada se ríe.

—¿Tú sabías esto? —pregunta mi hermano acusándola.

—Sabía cosas, pero, por lo que veo, ya no es el residente de Cirugía que es amable con ella. Ahora hasta tiene nombre.

—Se enteró por casualidad, la primera consulta fue hace seis semanas y me puse muy nerviosa y me fui. Cuando volví días después y entré en la consulta, él estaba sentado al lado de mi doctora, era su residente. Ya nos habíamos conocido en Urgencias, pero hasta ese momento no descubrió lo que me pasaba. Durante estas semanas nos hemos hecho amigos y hoy se ha presentado en la sala de espera sin que se lo pidiera y ha entrado conmigo. —Sonrío—. Ha pedido a la doctora estar presente en la intervención para que no esté sola. Sé que es una tontería porque me sedarán…

—No es ninguna tontería, sabrás que él está a tu lado y eso te tranquilizará.

—¿Y no ha pasado nada entre vosotros? —pregunta mi hermano.

—Pero mira que eres cotilla —lo regaña su mujer—. Alma, responde a tu hermano. —Suelto una carcajada. Son tal para cual.

—Bueno, pasar pasar… Nos besamos. Pero le dije que, con todo lo que tengo por delante prefiero no tener una relación y centrarme en mí. Hemos quedado como amigos y hablamos todos los días.

—Me alegro de que tengas a alguien que te apoye —comenta mi hermano—. ¿Cuándo dices que me lo presentas?

Suena la alarma del móvil de mi cuñada y la apaga.

—Salvada por la campana —bromea Mamen.

—¿Ya son las siete y media? Tenemos que ir a recoger a Astrid. Puedes venir con nosotros si quieres y luego cenamos todos juntos —comenta mi hermano.

—Prefiero irme a casa. Mañana me he cogido el día libre para contarle todo a Sofía. Y estoy un poco nerviosa.

—Lo entenderá, peque. Lo único que nos importa es que vas a estar bien y nosotros a tu lado.

Me despido de ambos con un abrazo.

De camino a casa, caigo en la cuenta de que, cuando llegue, estaré sola y, después del día de hoy, lo que menos necesito es perderme en mis pensamientos.

Saco el móvil y busco su teléfono entre mis contactos.

29
YO TE VEO

GUZMÁN

Alguien golpea la puerta del baño mientras termino de vestirme. Andrés y yo hemos vuelto hace un rato de correr y acabo de salir de la ducha.

—¿Se puede? —escucho su voz al otro lado y abro la puerta.

—¿Necesitas pasar?

—No, es para avisarte de que te están llamando. Creía que era el mío y al cogerlo he visto que era Alma. Toma. —Me lo pasa y le doy las gracias.

—Ya pensaba que no ibas a llamarme —respondo nada más descolgar—. ¿Ha ido todo bien con tu adjunta?

—Sí, me ha dado mañana el día libre para descansar y aprovecharé para hablar con Sofía, que hoy tiene guardia y mañana estará en casa. Por eso te llamaba… Acabo de contárselo a mi hermano y a mi cuñada, y no quiero ir a casa y estar sola. Igual te pillo en un mal momento; si tienes cosas que hacer, no pasa nada. Puedo ponerme una película o…

—Te paso a buscar en media hora.

—Vale. Ahora nos vemos.

Corto la llamada y salgo del baño.

—¿Está bien Alma? —pregunta Andrés y entonces recuerdo que le conté que estaba lidiando con algo complicado.

—Sí, pero necesita distraerse. —Me dedica una sonrisa traviesa—. No pongas esa cara, que voy en calidad de amigo.

—Cierto. Al ver tu cara de ilusión me olvidé de ese detalle.

—Qué gilipollas eres.

—Sabes que es envidia. Pásatelo bien. Bueno, no demasiado, solo amistosamente —bromea y esta vez sí que me hace reír.

Me termino de vestir en tiempo récord y salgo en dirección a casa de Alma. El GPS me indica que llego en diecisiete minutos.

Llamo al portero y oigo su voz al otro lado.

—Sube.

Cuando llego a su casa veo que la puerta está entreabierta y paso.

—¿Alma?

—Estoy en el salón. —Al entrar, me la encuentro sentada en el sofá con ropa cómoda—. No tengo muchas ganas de salir, ¿te parece bien que cenemos en casa y veamos una peli?

No soy muy consciente de lo que me está preguntando porque no puedo dejar de mirarla. Lleva un moño sobre la cabeza y una sudadera enorme con unos *leggings*.

—Claro que sí —respondo cerrando la puerta a mi espalda—. Mientras no sea un musical.

—Pues debería obligarte a ver uno. No sabes lo que te pierdes. —Sonríe, pero noto que está fingiendo. No lleva maquillaje y resulta evidente que ha estado llorando. No sé si es por verla tan vulnerable o porque ya mi cabeza no funciona adecuadamente cuando se trata de ella, pero solo puedo pensar en abrazarla.

Pedimos la cena y, mientras esperamos, decidimos qué peli ver. Nos cuesta un poco elegir, pero al final ponemos una película de suspense que está en la lista de las más vistas.

Veinte minutos después, llega la comida y me acerco a abrir la puerta mientras Alma va a por la bebida.

—¿Estás bien? —pregunto mientras coloco en la mesa auxiliar las cajas de comida china. Lleva muy pensativa desde que he llegado. La charla con su hermano ha tenido que ser dura.

—Bueno, sabía que no iba a ser fácil. Lo bueno es que no se han enfadado. —Me siento de nuevo a su lado y me giro para estar cara a cara—. Me han regañado por haber enfrentado todo esto sola, pero ya les he dicho que no he estado sola, que tú estabas conmigo —comenta mirándome a los ojos y se sonroja. Yo tengo que contar hasta diez para no romper la poca distancia que nos queda y besarla —. Mi hermano se ha quedado más tranquilo. Es la persona más importante de mi vida y me dolía sentir que le había fallado.

—Me alegro de que haya ido bien. Es imposible enfadarse contigo. Nunca harías daño a nadie a propósito. Ojalá todos fuéramos como tú.

—Tú tampoco lo harías. Te voy conociendo y sé que eres una buena persona. —Se queda pensativa unos instantes—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Pregunta lo que quieras.

—Te he observado mientras trabajas y me he dado cuenta de que siempre estás en tensión incluso cuando la situación no lo requiere. Es como si estuvieras asustado de que algo pase. ¿Hay algo que te preocupa?

—No sabía que era tan evidente —confieso un poco avergonzado.

—No lo es, pero yo te conozco y me preocupas.

—Nunca he hablado de esto con nadie…

—Si no quieres contármelo, no pasa nada.

—Se llamaba Rubén. —Trago saliva antes de continuar—. Yo estaba terminando mi segundo año de residencia y esa noche me tocaba guardia. Estaba al cargo de un residente de último año porque había pocos adjuntos. Ingresó un chico que estaba desesperado porque padecía unas migrañas muy fuertes. Me

comentó que lo único que le funcionaba era el tramadol. Vi en su historial que le habían recetado todo tipo de fármacos y que había estado varias veces en Urgencias por ese mismo motivo. Se lo comenté a mi responsable y me dijo que no le diera más trabajo; que, si decía que le funcionaba el tramadol, se lo recetara y que cogiera cita con el neurólogo. Y lo hice. —Tomo aire antes de seguir con la historia—. A las dos horas ingresó por una sobredosis de opioides y no pudimos salvarlo.

—Lo siento mucho. —Se acerca a mí y me coge la mano.

—Me centré solo en el dolor y no pensé que las náuseas, la ansiedad y la cefalea podían ser por la abstinencia. Solo pensé en que estaba sufriendo. Cuando investigaron el caso, mi adjunto me culpó por no haberme dado cuenta. Había ido a cinco hospitales a que le recetaran opiáceos y yo no sospeché.

—Sí lo hiciste, hablaste con tu responsable y le pediste ayuda. Todos podemos cometer errores, por eso en los primeros años somos tutorizados.

—Todavía le doy vueltas, ¿sabes? Tengo la sensación continua de que puedo cometer un error y otro chico puede morir. Y los meses posteriores ese exceso de control lo trasladaba a todo el mundo. Asegurándome de que todos los carritos de medicación estuvieran llenos, todo el material repuesto…

—Por eso has tenido enfrentamientos con el equipo de Enfermería —afirma atando cabos.

—Sí, imagino que, al ser tan controlador, transmitía que no me fiaba de que hicieran bien su trabajo, pero no era eso.

—Estabas sufriendo y no sabías cómo manejarlo.

—Nunca he sido muy bueno expresando lo que sentía y no tenía a nadie con quien hablar. Me daba vergüenza que mi padre se enterara de lo que había ocurrido y a mi madre le acababan de diagnosticar su enfermedad. Me comporté como un auténtico gilipollas en esa época, sobre todo con Sofía. Veía que era muy buena y la tomaba con ella porque pensaba en qué fácil era tener

solo que preocuparse por el trabajo sin tener nada más que te quitara el sueño. Y ella, mientras, estaba pasando el duelo de su hermana…

—Por Sofía no te preocupes, que ya te ha perdonado.

—Pues no debería. También lo pagué con algún paciente, Alma. ¿Quién hace eso?

—Una persona que es humana y comete errores. Estoy segura de que no has vuelto a juzgar a nadie por su peso y he sido testigo de que tu relación con las técnicas y enfermeras ha mejorado, y no solo laboralmente…

¿Está insinuando lo que creo?

—Explícame eso último, que me he perdido.

—No te hagas el tonto. Has tenido que darte cuenta de cómo te miran tus compañeras.

—No, no me he dado cuenta —confieso divertido por los celos que noto en su voz—. ¿Cómo me miran?

—Como se miran las cosas que te gustan —responde, repitiendo las mismas palabras de hace unos días cuando nos besamos.

—¿Sabes qué pasa? —Nos hemos ido acercando y ahora solo nos separan unos pocos centímetros—. Que a mí me da igual cómo me mire el resto. Solo me interesa cómo me miras tú. ¿Tú cómo me miras, Alma?

Se levanta y se sienta a horcajadas sobre mí. Le coloco mis manos en la cintura, la respiración se me acelera y noto cómo la suya también.

—Yo no te miro, Guzmán. Yo te veo.

Me sujeta la cara con ambas manos, me acerca su boca a la mía y me besa. Me besa como si llevara días queriendo hacerlo, como si me necesitara tanto como yo a ella.

—¿Estás segura de esto? —pregunto separando nuestros labios—. Hoy ha sido un día difícil para ti…

—Estoy cansada de buscar razones por las que esto que pasa entre nosotros no es una buena idea. Créeme, he hecho hasta una

lista de pros y contras —me dice, y yo le sonrío—. Y me he repetido muchas veces que no es el momento, pero no puedo más. Solo quiero tomarme unas vacaciones de mi cabeza hasta que llegue la cirugía. Necesito sentirme bien.

—En eso te puedo ayudar. —Le sujeto el extremo inferior de la sudadera con ambas manos y ella sube los brazos invitándome a que se la quite.

Bajo ella solo lleva una camiseta de tirantes blanca, que está desgastada de tantos usos.

—No esperaba que esto pasara hoy; de haberlo sabido me habría puesto algo…

—Estás preciosa —la interrumpo—. ¿Puedo? —Llevo la mano a su moño y ella asiente. Tiro de la goma de su coleta y el pelo le cae sobre los hombros—. Perfecta.

Mi corazón se acelera mientras soy consciente de la maldita suerte que tengo de estar aquí, con ella. No solo es una mujer preciosa, sino también la mejor persona que he conocido.

Entierro los dedos en su pelo y vuelvo a juntar nuestras bocas. Sus manos me van desabotonando la camisa mientras yo profundizo el beso.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto con una sonrisa separándome a coger aire. Me desabrocho los puños de la camisa y termino de quitármela.

Sus ojos se oscurecen de placer mientras observa mi torso desnudo y me desliza sus manos por los pectorales. Mi piel se eriza ante su contacto. Nunca me había sentido así.

Le acerco la boca a su cuello y voy dejando besos mientras desciendo hacia su escote.

Ella jadea y me sujeta la cabeza con las manos.

—Como sigas haciendo esos ruiditos, esto no va a durar mucho. —La miro y veo su mirada nublada por el placer.

—¿Has traído…? —Se sonroja y entiendo a qué se refiere.

—¡Mierda! No pensé que esto fuera a pasar.

—Seguro que Sofía tiene, espera.

Se levanta y desaparece por el pasillo que lleva a las habitaciones. Se asoma al salón con un preservativo en la mano.

—¿Vienes? —pregunta, extendiendo su mano y tardo dos segundos en levantarme y volver a juntar mi cuerpo con el suyo.

Le pego la espalda a la pared y tiro de su camiseta hacia arriba, dejando su torso al descubierto.

—Eres preciosa. ¿Puedo? —pregunto antes de colocarle las manos en sus pechos. Quiero asegurarme de que está cómoda con ello después de todo lo que está atravesando.

Asiente.

—¿Podemos olvidarnos de todo lo demás? Y ser solo una chica y un chico que se gustan y quieren estar juntos —añade y noto la súplica en su voz.

—Tú no me gustas —comento mientras le acaricio uno de los pechos y me agacho para poder introducirme el otro en la boca sin dejar de mirarla—. Me encantas.

Veo cómo cierra los ojos y juega con mi pelo haciendo que un escalofrío me recorra el cuerpo. Me recreo en sus pechos y a cada minuto que pasa me noto la entrepierna más apretada contra el vaquero.

—Vamos a la cama. Ya estoy lista —me pide.

Niego con la cabeza y tiro de la goma de sus mallas; las bajo muy poco a poco. Alma se impacienta y trata de ayudarme con las piernas y me hace reír.

Me arrodillo, le bajo la ropa interior y le deposito un beso en el centro del pubis. Ella me agarra el pelo invitándome a seguir.

Me tomo mi tiempo lamiendo y chupándole los pliegues. Mientras, le introduzco un dedo en su interior. Gime y se retuerce pidiendo más. Podría llegar al orgasmo solo viéndola disfrutar.

—Guzmán —jadea.

Acelero el ritmo y le dedico especial atención a su clítoris mientras introduzco otro dedo. Quiero asegurarme de que está preparada.

Siento cómo se aprieta alrededor de mis falanges y empieza a temblar. Continúo moviéndome hasta que el orgasmo la alcanza.

Me levanto, la miro y veo que todavía está con los ojos entrecerrados. Sonrío y ella me sonríe de vuelta.

—Ahora sí estás lista.

30
SIN PRESIONES

ALMA

Le sujeto la cara entre mis manos y le doy un beso dulce, que poco a poco sube de intensidad. Necesito estar más cerca de él.

La sensación debe de ser mutua porque me sujeta por las caderas invitándome a abrazarle la cintura con mis piernas. Al hacerlo, junto su centro con el mío y aumenta la fricción.

—¿Dónde está tu habitación? —pregunta desesperado mientras le beso el cuello.

—La puerta del fondo.

—Agárrate fuerte.

Me coloca un brazo debajo del culo para que no me caiga y me lleva en volandas hasta mi dormitorio. Me deja en la cama y yo me siento en el borde.

—Acércate —le pido. Quiero ser yo quien acabe de desnudarlo. Tras desabrocharle los botones de los vaqueros trato de bajarlos, pero se me resisten y él sonríe pícaramente. Adoro esa sonrisa—. Ahora sí que voy a necesitar ayuda.

Niega con la cabeza divertido y termina de desnudarse. Lo hace lentamente; es consciente de que no puedo quitar mis ojos de él.

Sin alejar la vista de su cuerpo, me recuesto en la cama y abro el preservativo.

—Te necesito dentro de mí.

Se sube a la cama y sitúa sus caderas a ambos lados de las mías para facilitarme que se lo coloque.

Cuando lo hago, se tumba encima de mí y vuelve a besarme. No sé qué tienen sus besos que me tiraría todo el día perdida en ellos. Son adictivos.

Me mira y sé lo que me está preguntando. Asiento y poco a poco se introduce en mí sin dejar de mirarme.

Le recorro la espalda con las manos hasta llegar a su nuca y se las coloco a ambos lados de la cara. Junta su frente con la mía y ambos suspiramos cuando entra del todo.

—¿Estás bien? —me susurra. Yo asiento y lo beso mientras empujo mis caderas, invitándolo a moverse.

Poco a poco aumenta el ritmo y ambos jadeamos en la boca del otro.

—Más —susurro, llevando mis manos a sus caderas.

El beso se vuelve más abrasador mientras en la habitación solo se oyen jadeos y el sonido de nuestros cuerpos.

—No voy a aguantar mucho más. —Lleva una de sus manos a mi entrepierna, me acaricia el clítoris y nos dejamos llevar juntos por el orgasmo.

Se tumba con cuidado de no hacerme daño y me deja un dulce beso en la frente.

—Vuelvo enseguida —informa y sale de la habitación unos segundos para deshacerse del preservativo—. Ya estoy aquí.

—Guzmán… —Me siento en la cama y lo llamo sin saber bien cómo decir lo que quiero decir.

—¿Estás bien? —Se pone la ropa interior y se sienta en la cama.

—Sí, es que… —Dudo sin encontrar las palabras. Me siento vulnerable y me da miedo que me rechace.

—¿Quieres que me vaya? ¿Es eso? —Noto el dolor en su rostro.

—No, quería pedirte que te quedaras, pero no sé si tú…

Se acerca y me calla con un beso dulce que disipa todas mis dudas.

Cuando nos separamos, se tumba en la cama y yo lo imito. Tira de mí para pegarme más a su cuerpo y quedamos prácticamente entrelazados.

—Así está mejor. —Sonríe—. Voy a ponerme la alarma a las seis y así paso por mi casa a cambiarme antes de ir al hospital. ¿Te parece bien?

—Sí. —Una radiante sonrisa me cubre el rostro y, al mirarlo, veo en su cara que algo le preocupa—. Aunque si tienes cirugía y no puedes quedarte, no pasa nada, no quiero que…

Igual estoy pidiendo demasiado; a fin de cuentas, solo somos amigos y lo que ha pasado entre nosotros no tiene por qué cambiar nada. Al pensar en ello, siento un pinchazo en el pecho y me llevo la mano a la zona.

—¿Por qué dices eso? —Me coge la mano y entrelaza nuestros dedos.

—Sé cuándo estás dándole vueltas a algo y ahora mismo parece que tu cabeza echa humo.

—No es por dormir aquí. En realidad, es por todo lo contrario. —Lo miro confusa sin entender nada—. No sé cómo explicarme… —Se lleva las manos a la cabeza y se revuelve el pelo nervioso.

—¿Qué te preocupa?

—Que mañana al despertarnos te arrepientas de lo que ha pasado y me pidas que demos un paso atrás. —El corazón se me acelera al escuchar su confesión—. Cuando nos besamos…

—Te dije que te necesitaba como amigo…

—No quiero presionarte para hacer nada que no quieras hacer. Ahora lo único que me importa es que tú estés bien y si para eso necesitas espacio, te lo daré, aunque me duela.

Suspiro soltando todo el aire que tengo en los pulmones. ¿Por qué la vida tiene que ser tan difícil?

—Tengo que ser sincera contigo… No estoy en el mejor momento para tener una relación ahora mismo —confieso, guardándome para mí que realmente no creo ser capaz de enamorarme—. Pero tampoco quiero huir de lo que pasa entre nosotros. Es de las pocas cosas que me hacen sentir bien ahora mismo. Estoy hecha un lío…

—Las cosas no son blancas o negras, psicóloga. ¿No les enseñas eso a tus pacientes? —bromea y consigue hacerme sonreír—. Podemos dejar que las cosas sigan su curso y hacer lo que nos apetezca en cada momento. Sin presiones. Solo tú y yo.

—¿Lo que nos apetezca? —Me acerco más a él—. ¿Alguna idea?

—Muchas, pero para ello tendríamos que robarle más preservativos de su mesilla a tu compañera de piso.

Me levanto y vuelvo un minuto después con la caja en la mano.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto mientras me meto en la cama y me tumbo sobre él.

—Recuérdame que les compremos una caja en agradecimiento —sugiere, divertido.

Suena el despertador a las diez y me desperezo en la cama. Ya que no tengo que ir a trabajar, he aprovechado para recuperar fuerzas. Porque dormir, lo que se dice dormir, no dormí mucho. Con la excusa de que hoy no tenía cirugías programadas y no necesitaba rendir, estuvimos prácticamente toda la noche despiertos.

Han pasado ya cuatro horas desde que se ha ido esta mañana de casa. Al levantarse, ha intentado no despertarme, pero quería acompañarlo a la puerta y darle un beso de despedida antes de que se fuera.

No sé qué me pasa. Imagino que esto es lo que sucede cuando decides dejarte llevar y hacer lo que te apetezca. Sin presiones.

Anoche le mandé un mensaje a Sofía diciéndole que me habían dado hoy el día libre para que no se sorprendiera al verme en casa tras llegar de guardia. Todavía quedan varias horas para que se

levante, así que voy a seguir haciendo uso de mi tiempo libre y darme un baño de burbujas en la bañera. Tanto hablar de autocuidado a mis pacientes, ya va siendo hora de que lo ponga en práctica.

Tras mi mañana de spa casero, decido preparar algo rico de comer antes de que Sofía se despierte y podamos hablar tranquilamente. No he conseguido relajarme del todo en la bañera, ya que la conversación que voy a tener en un rato con ella me preocupa bastante porque siento que le he fallado y hace unos meses era yo la que estaba en su lugar cuando ella se negaba a compartir conmigo cómo se sentía.

Termino de preparar la pasta boloñesa y pongo la mesa. Justo cuando estoy terminando de limpiar la cocina aparece por la puerta.

—¿Has hecho pasta?

—Sí, y ya está la mesa preparada. Vamos.

Comemos mientras me cuenta cómo ha ido la guardia. Al parecer, ha sido una noche tranquila sin muchos sobresaltos. Le ha tocado rotar con Carlos y Natalia, y las horas se han pasado más rápido que otras veces.

—¿Celebramos algo? —pregunta sonriendo mientras recogemos la mesa—. Como has preparado mi comida favorita.

La tristeza me embarga cuando soy consciente de que en unos minutos esa sonrisa va a desaparecer por mi culpa.

—No exactamente —titubeo—. Vamos mejor al salón y hablamos. —Me sigue y ambas tomamos asiento en nuestro sofá.

—Me estás preocupando. ¿Estás mala? ¿Por eso no has ido a trabajar? Al decirme que tenías el día libre, he pensado que era cosa de Beatriz…

—No sé cómo decirte esto…

—Como tú sueles decir: empieza por el principio.

—Hace unos meses, en septiembre, me noté un bulto en el pecho y me entró el pánico. —Veo el miedo en la cara de Sofía—. No era nada, solo otro quiste de grasa.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Fuiste sola a la consulta?

—No quería preocuparte. Acababas de volver de Valencia de pasar unos días con la familia de Marcos… —Me mira y no hace falta que diga nada más—. Lo sé, sé que es justo lo que yo te he echado a ti en cara millones de veces.

—¿Qué es lo que ocurre, Alma?

—Cuando estaba tumbada en la camilla esperando a que la doctora encendiera el ecógrafo y me dijera algo, lo pasé fatal, tan mal como en las anteriores ocasiones, y me di cuenta de que no podía seguir así. A principios de año cogí cita con la doctora Cruz, una cirujana muy buena, para informarme sobre la mastectomía profiláctica. Quería tener toda la información sobre la mesa y, tras lo sucedido, supe que tenía que hacerlo. No quiero seguir viviendo con miedo. —La voz se me rompe y mi amiga me abraza.

—Todo irá bien, yo te acompañaré a la cita cuando la tengas y juntas pasaremos por ello.

El nudo en mi garganta se hace aún más grande y me siento la peor amiga del mundo.

—Ya he tenido las citas y estoy en lista de espera.

—¿Cuándo ha sido eso y por qué no me has dicho nada? No lo entiendo.

—No quería preocuparte…

—¿Rober lo sabe?

—Se lo dije ayer por la tarde. Tuve la consulta preoperatoria con la cirujana por la mañana.

—¿Me estás diciendo que has pasado por todo esto tú sola, Alma? ¿Tan mal me he portado contigo estos meses para que creyeras que no podías confiar en mí? —pregunta y las lágrimas le empapan las mejillas—. Sé que no he sido la mejor amiga del mundo, pero…

—Shhh, no es eso. —Me acerco a ella y la abrazo.

—Entiendo que no quisieras decírselo a tu hermano. Desde pequeña has querido protegerlos a él y a tu padre, pero a mí…

—Mírame. Cuando me noté el bulto en el pecho, no sabía si era bueno o malo. No quise decirte nada hasta averiguarlo. Acababas de empezar a aceptar la muerte de tu hermana y no estabas bien. No quería decirte nada hasta que no estuviera segura. Y con respecto a la consulta, supongo que me dejé llevar. No quería preocupar a nadie y decidí no decir nada hasta que tuviera el consentimiento firmado y fuera algo seguro. Perdóname, por favor. No te enfades. —Una lágrima me recorre la mejilla y me la limpio.

Mi amiga coge aire y lo suelta antes de responder.

—No estoy enfadada. En el fondo lo entiendo y no sé de qué me sorprendo. Siempre intentas proteger a los demás.

—No puedo evitarlo.

—Te perdono, pero con una condición.

—La que quieras.

—Me vas a avisar de todas las citas para que pueda acompañarte. Se me rompe el corazón de imaginarte sola en la consulta muerta de miedo y yo mientras tanto trabajando unas plantas más abajo…

—Vaaale. —Titubeo—. Pero no he estado sola.

—¿Cómo? Me he perdido en esto último.

—En la primera consulta con la doctora Cruz sí fui sola y a los pocos minutos me asusté y salí corriendo, pero a los pocos días volví y Guzmán era su residente. Me ha estado ayudando desde entonces explicándome la cirugía y acompañándome en el preoperatorio.

Le cuento todo lo que ha sucedido entre nosotros en las últimas semanas que ella desconoce hasta el día que nos besamos.

—Y pensar que me caía mal ese chico.

—¿Ya te cae bien? —pregunto confusa.

—¿Te has visto la cara de tonta que tienes? Si te hace sonreír así, le monto hasta un club de fans.

Suelto una carcajada y ella se ríe conmigo.

—Pues verás…

—Ha pasado algo. Lo sabía.

—Anoche vino y una cosa llevó a la otra y pues… digamos que te debo una caja de preservativos. —Suelta una carcajada y yo me tapo la cara muerta de vergüenza.

—¿Una caja?

—En realidad solo tres, pero Guzmán insiste en comprar una caja.

—¿Y cómo llevas el tema de tener pareja? ¿Ya se te ha quitado la tontería esa de no poder enamorarte?

—No es ninguna tontería y no somos pareja, solo amigos. Solo hemos decidido que vamos a dejarnos llevar.

—¡Qué modernos! —bromea y la empujo—. Me alegro de verte feliz, pese a todo. No estás sola y vamos a estar todos ahí para apoyarte.

Mi móvil vibra avisándome de que tengo un mensaje y lo abro.

Guzmán:

Escríbeme cuando se lo cuentes a Sofía si necesitas hablar.

Estoy contigo. No lo olvides

—¿Es tu «amigo»?

—Sí. —Giro el móvil y le enseño el mensaje.

—Qué mono. —Sonrío—. ¿Cuándo vas a querer decírselo a los demás?

—Voy a necesitar tu ayuda. Me gustaría hacerlo cuanto antes.

—Eso lo soluciono yo en un segundo. —Coge su móvil y oigo cómo vibra el mío—. Ya están todos invitados a cenar aquí esta noche. Les he dicho que es importante.

—Gracias.

—Escribe a Guzmán también por si quiere venir.

Alma:

Ya se lo he dicho.
Se lo ha tomado mejor de lo que pensaba.
Esta noche quiero contárselo a los demás.
Vienen a cenar a casa.
Me encantaría que estuvieras conmigo

Me muerdo el labio, nerviosa, mientras espero su respuesta.

Guzmán:

Dime hora y allí estaré

31
TE ELEGIRÍA DE NUEVO

GUZMÁN

Llamo al timbre y me abre la puerta Alma, nerviosa. He venido veinte minutos antes de la hora para poder estar un ratito a solas.

—Ven —pido tras entrar en su casa. Abro los brazos y ella se pierde en ellos. Le acaricio la espalda y le dejo un beso sobre la cabeza—. Todo va a salir bien. Son tus amigos y lo van a entender.

—Gracias. —Da un paso atrás para mirarme.

—¿Estás mejor? —pregunto mientras le acaricio la mejilla.

—Estaría mejor si me besaras, la verdad… —Sonrío y junto mis labios con los suyos. El sonido del portero nos interrumpe.

—Debe de ser Esther, es la más puntual —anuncia Sofía, apareciendo por la puerta y descolgando el interfono—. Bienvenido, Guzmán. Te enseñaría la casa, pero creo que ya la conoces.

Alma le da un empujón y ella se echa a reír antes de volver a desaparecer.

—Supongo que ya está al tanto —comento un poco avergonzado.

—Sí, ¿te molesta? Es mi mejor amiga…

—Claro que no. Seguro que Andrés me interroga en cuanto me vea.

Entramos juntos en el salón y Marcos nos saluda desde el sofá.

—¿Qué tal, Guzmán? —Me tiende la mano y yo se la estrecho.

—Bien, gracias.

Llaman al timbre y Alma se acerca a abrir, dejándonos solos.

—Ya me ha dicho Sofía lo de los preservativos. No hace falta que compres una caja. Nos puede pasar a cualquiera —comenta y yo me muero de vergüenza al instante.

—Gracias, supongo —respondo sin saber muy bien qué decir y él se ríe.

—¿Sabes de qué va todo esto? Sofía no me ha querido decir nada, por lo que sospecho que es algo de Alma.

Esther entra seguida del resto del grupo y nos interrumpe.

—¿Habéis quedado en el portal? —pregunta Marcos sorprendido —. Creo que es la primera vez en su vida que Jaime llega puntual.

—Yo también te quiero, Marquitos —comenta el celador acercándose a darle un empujón.

—¿Vais a explicarnos ya lo que ocurre? —pregunta Esther intrigada y veo cómo Alma se muerde el labio nerviosa.

—Igual es mejor que cenemos primero, ¿no? —propongo mirando a Marcos.

—Buena idea, voy a por las bebidas.

El salón en un momento se convierte en una estación de metro en hora punta, con todos yendo y viniendo hacia la cocina. Las pizzas van saliendo del horno y, mientras tanto, nos acomodamos en el sofá y en sillas alrededor de la mesita del salón.

Yo estoy sentado en el sofá pequeño junto a Alma. Me ha pedido que me siente a su lado.

—Tengo una pregunta, Guzmán —dice Jaime mientras se lleva un trozo de pizza a la boca.

—Espero que no sea difícil —comento porque ya me conozco las preguntas de este.

—¿Has hecho ya una Whipple?

Natalia y Esther comienzan a reírse y yo no entiendo la gracia de la pregunta ni el interés del celador en una cirugía pancreática.

—¿Otra vez viendo *Anatomía de Grey*? —pregunta Sofía.

—Solo quería saber si nuestro nuevo amigo Guzmán está a la altura de Meredith Grey.

—Sabes que es un personaje ficticio, ¿no? —pregunta Alma.

—Mer lleva más tiempo en mi vida que todos vosotros.

—Pues vete al bar de Joe a partir de ahora con tus amigos ficticios en vez de venir al Henry's —propone Marcos.

—Y decías que no veías la serie y te lo conoces todo.

—Mi hermana la ve…

—¿Podemos centrarnos un poquito, chicos? —pide Natalia.

—A tu pregunta, la respuesta es sí. No la he realizado yo solo, pero he ayudado en un par de ocasiones —respondo divertido por el intercambio de pullas de los amigos.

—¿Ya estás contento? —pregunta Carlos divertido.

—Sí. Alma, le doy la aprobación a Guzmán, que lo sepas.

—¿De qué aprobación está hablando? ¿Ha pasado algo y no…? —pregunta Esther.

—Igual no es mala idea que empieces a hablar, Alma. Tus amigos son peores que el CNI —susurro para que solo ella me escuche y asiente dándome la razón.

—Chicos, tengo una cosa que contaros —comenta, pero es tal el ajetreo que nadie la escucha.

—¡Chicos! —exclamo subiendo la voz y todos se callan—. Alma.

—Tengo algo que contaros. —Noto cómo duda y le doy la mano. Todos los ojos se desvían hacia nosotros, pero no dicen nada—. Lo primero de todo es deciros que estoy bien, pero os tengo que poner primero en situación. Creo que la mayoría sabéis que mi madre murió de cáncer de mama cuando yo era pequeña…

Alma les cuenta todo el proceso al que se ha tenido que enfrentar estos años en las revisiones y les desvela que tiene la mutación, dato que solo Sofía conocía. Sus amigos atienden a la explicación y

veo en ellos caras de preocupación. Es indiscutible lo mucho que la quieren.

—Hace unos meses tomé la decisión de hacerme una doble mastectomía preventiva porque ya no podía soportar más la incertidumbre. Ayer tuve la cita preoperatoria y ya he firmado el consentimiento. No quise deciros nada a ninguno para no preocuparos. Sofía se ha enterado esta mañana —confiesa y vuelve a emocionarse. Le aprieto la mano dándole ánimos.

—Ya te he dicho que está todo bien. Lo has contado cuando has estado preparada. Yo con saber que no has estado sola me quedo tranquila —dice mi amiga.

—Guzmán era el residente de la doctora Cruz en mi segunda consulta quirúrgica y desde entonces me ha estado apoyando —explica Alma y se gira para dedicarme una sonrisa.

—Gracias, Guzmán —dice Esther visiblemente emocionada y asiento—. ¿Cómo te sientes, Alma?

—Estoy nerviosa. Me trae muchos recuerdos y me da miedo.

Jaime se levanta y se agacha frente a ella.

—No vas a estar sola ni un segundo, Almita. Te vamos a acompañar en todo momento hasta que llegue la cirugía y después, también. —Ambos se abrazan y el resto del grupo se une.

Me levanto del sofá para dejarles un poco de espacio y aprovecho para recoger la mesa y llevar las cosas a la cocina.

—Va a salir todo bien, ¿verdad? —pregunta Sofía desde la puerta de la cocina mientras termino de fregar los platos.

Me giro y me seco las manos en los pantalones antes de contestar.

—¿Te ha explicado Alma cómo va a ser la cirugía? —pregunto.

—No he querido preguntar…

—Pero necesitas saberlo, eres médico, es lógico —indico comprensivo. Ella me señala a la silla y nos sentamos—. La reconstrucción se va a llevar a cabo mediante expansores…

Le explico la intervención mientras ella me hace preguntas técnicas, que respondo sin problema.

—¿Va a necesitar rehabilitación después?

—Se les entrega una lista de ejercicios domiciliarios como protocolo, pero puede ayudarle mucho tener una fisioterapeuta especializada en estas cirugías.

—¿Te encargas tú?

—Sí, pensaba hablar mañana con Andrés y ponerlo al día. Seguro que conoce a alguien.

—Gracias. Por todo.

—No tienes que dármelas de verdad. Alma… me importa.

—Va a necesitarnos cerca, Guzmán. Puede parecer muy fuerte, pero no está acostumbrada a pedir ayuda.

—Me voy dando cuenta…

—Es la mejor persona que conozco. Tiene un corazón enorme y siempre lo pone en todo lo que hace y lo da todo por todos. Si no estás preparado para…

—Sofía, voy a estar a su lado, siempre. Solo me iré si ella me lo pide.

Alguien golpea la puerta y ambos nos giramos.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta Alma sonriente. Parece que se ha quitado un gran peso de encima.

—Sí, todo bien. Justo íbamos a volver ya al salón —comenta Sofía —. Me voy adelantando yo.

—¿Seguro que está todo bien? Parecíais muy serios.

—Sí —digo tirando de ella para que se siente encima de mí—. Pero ahora mucho mejor.

Me coloca sus manos a ambos lados de la cara y me besa, y yo le abrazo la cintura para pegarla más a mí mientras profundizo el beso.

—Será mejor que volvamos o pronto van a echarnos de menos — comenta mientras se levanta.

Por la mirada de sus amigos cuando entramos al salón, es evidente que todos saben que pasa algo entre nosotros, pero ella parece no ser consciente y prefiero no desvelárselo por si esto la pone nerviosa y se replantea lo que tenemos.

—Mañana me toca guardia. ¿A alguien más? —pregunta Natalia.

—A mí —respondo levantando la mano.

—Espero que tengas más suerte que yo con tu adjunto. A mí me toca el Trajes.

Jaime le da un codazo, como pidiéndole que se calle.

—No te preocupes, Jaime. Por mucho que Saavedra sea mi padrino, soy el primero que sabe que como adjunto es insoportable —indico.

—¿i¿Cómo?!? —exclama Natalia sin dar crédito y los demás tienen la misma cara de sorpresa—. ¿Saavedra es familiar tuyo?

—Es el mejor amigo de mi padre y es primo hermano de mi madre.

—Joder, pues cuando rotamos los tres no habría dicho que teníais algún tipo de relación —comenta Sofía.

—Según él, tengo que ser mejor que los demás, como él y mi padre, y cuando algún residente destacaba un poco me reprendía por ser mediocre —explico mientras Alma me coloca una mano sobre la pierna—. Esa es la razón por la que la tomé contigo, Sofía.

—Estabas sometido a muchísima presión. No sé cómo habría actuado yo en tu lugar, la verdad.

—Si está tan unido a tu padre, has tenido que coincidir con él en bodas o eventos. ¿Cómo es el Trajes borracho? —pregunta Natalia haciéndonos reír a todos y les cuento un par de anécdotas tras hacerles prometer que no saldrán de aquí.

Cuando llegan las once, damos por terminada la cena y los amigos de Alma comienzan a irse a sus casas y nos quedamos solo Sofía, Marcos, Alma y yo.

—Chicos, nosotros nos vamos ya a la cama —anuncia Sofía—. Gracias de nuevo por todo, Guzmán. Que descanséis.

Nos quedamos los dos solos en el salón y nos sentamos en el sofá grande. La abrazo acercándola a mi cuerpo y coloco sobre nosotros la manta que está doblada en un extremo.

—Guzmán. —Se gira para mirarme y hago lo mismo. Por su mirada, sé que lleva tiempo dándole vueltas a algo y pensando en cómo decírmelo. Siempre que está preocupada o concentrada se le forman unas arruguitas entre las cejas.

—Sí.

—Quiero que sepas que, aunque haya pedido perdón a mis amigos y familia por no haberles contado todo lo que ha pasado en los últimos meses, si pudiera volver atrás, elegiría de nuevo que fueras tú quien me acompañara. No cambiaría ninguno de los momentos que hemos pasado juntos. —Se muerde el labio nerviosa. En el tiempo que llevo a su lado, me he dado cuenta de que odia sentirse vulnerable.

—Yo tampoco. —Rompo la poca distancia que nos separa para besarla, lo hago despacio, tomándome mi tiempo mientras le acaricio el rostro. Ella se sienta encima de mí y se separa unos segundos para mirarme, como si viera algo que nadie más ha visto, y sonríe antes de volver a presionar sus labios contra los míos.

No sé cuánto tiempo estamos así: besándonos sin prisa, como si el resto del mundo no importara porque cuando estoy con ella el reloj se para.

—Ya son casi las doce. Si mañana tienes guardia, deberías descansar —comenta Alma levantándose del sofá.

—Tienes razón —respondo. Aunque me gustaría poder contestar que no importa, tengo que estar descansado para las cirugías de por la mañana.

Me acompaña a la puerta y me coloca la bufanda mientras termino de abrocharme el abrigo.

—Por la tarde tengo a un grupo de jóvenes con TCA. Si quieres, puedo pasarme a verte a Urgencias antes de volver a casa —propone tímida, como si temiera que pudiera decirle que no.

—Me encantaría. —La abrazo por la cintura y le doy un último beso antes de salir por la puerta.

Camino hacia mi coche mientras pienso en Alma y una sonrisa me aparece en los labios. No sé si lo que siento por ella es amor, pero diría que se le parece mucho.

32
PÁSALO BIEN

ALMA

Me abrocho el cinturón y compruebo en el bolso que no me he dejado nada en casa de mis abuelos. Hace ya años que murieron y aquí solo vive mi padre, pero para mí siempre será la casa de mis abuelos, a la que veníamos de visita cada fin de semana cuando era una niña y yo me reencontraba con mi mejor amiga.

He venido a Torrijos con Sofía. Marcos ha ido con Carol y Lucía a Valencia para pasar las Navidades con su madre.

—¿Lo tienes todo? —pregunta Sofía sentándose en el asiento del conductor.

—Sí. —Le dedico un amago de sonrisa—. Volvamos a Madrid.

Estas Navidades no han sido fáciles. Tener que contarle a mi padre lo de la intervención y confesarle que les mentí ha sido muy duro. No se lo ha tomado tan bien como los demás y estuvo el primer día sin apenas hablar, perdido en sí mismo y en sus pensamientos. Rober me dijo que le diera tiempo, que necesitaba asimilar la noticia.

—¿Mejor con tu padre?

—Sí, hemos hablado durante la comida y me ha dicho que no estaba enfadado, solo preocupado. Le cuesta mucho expresar sus emociones —le explico.

—Mi padre es igual, creo que es algo que tienen en común los de su generación por cómo los han educado. —Asiento.

—No les enseñaron inteligencia emocional. Lo veo mucho en consulta en pacientes de su edad. Al despedirnos, me ha pedido que lo llame y le vaya informando de todo. Sé que es difícil para él pensar en la cirugía porque, al hacerlo, se acuerda de mi madre. Lo veo en su cara.

—¿Tú cómo estás?

—Ahora tranquila porque ya lo sabéis todos. Pero también nerviosa porque cada día que pasa la intervención está más cerca y es como si sintiera que después todo va a cambiar.

—En cierto modo sí. Dejarás de estar preocupada por las revisiones y vivirás un poco más tranquila.

—Imagino que sí, supongo que son solo los nervios —respondo sin atreverme a confesar que me preocupa mirarme al espejo y no gustarme.

¿Y si después de pasar por todo eso no consigo sentirme cómoda con mi cuerpo?

—Ahora cuéntame, ¿qué tal con Guzmán?, ¿habéis hablado estos días?

—Sí, anoche hablamos por teléfono. Le he invitado a la fiesta de Nochevieja del Henry's, pero no puede porque tiene una cena familiar con su padre y amigos de la familia.

—Te habría gustado que viniera…

—Sí, no sé explicarlo, pero me da tranquilidad y cuando estoy con él me siento…

—… en paz —completa mi amiga. Y recuerdo que es lo mismo que me dijo ella hace unos meses de Marcos.

—No es lo que piensas —me defiendo.

—Llámalo amor o como quieras. Lo importante es que te hace sentir bien y que eres feliz cuando estás con él.

—Sí. —Sonrío pensando en Guzmán—. Lo soy.

Durante la siguiente hora hablamos de un poco de todo y de nuestro grupo de amigos. Carlos tiene el examen MIR en unas semanas y el pobre está atacado, pero no tanto como Jaime al pensar que su chico puede no conseguir plaza en Madrid.

—Le dijo a Marcos que, si Carlos tenía que hacer la residencia en otra ciudad, él se iría con él.

—Sí, a mí también me lo ha dicho —le confieso—. Espero que se queden, que si no los vamos a echar mucho de menos.

—Es un cerebrito, seguro que saca notaza. ¿Qué tal tú en el trabajo?

—El otro día me dijo Beatriz que antes de que termine la rotación debería hacer una guardia de veinticuatro horas en Psiquiatría. Que algunos hospitales permiten que los psicólogos las hagan y así vivo la experiencia.

—Me parece buena idea porque es de madrugada cuando vienen más pacientes psiquiátricos. Avísanos e intentamos trabajar todos esa noche, así estás más acompañada.

Mi móvil me avisa de que tengo un nuevo mensaje y lo saco del bolsillo.

Guzmán:
¿Estás ya en Madrid?
Quiero verte

Automáticamente mi sonrisa se ensancha. Yo también estoy deseando estar con él. Miro la carretera y veo que ya vamos por Alcorcón.

Alma:

Sí, ya no nos queda nada.
En media hora estoy en casa

Guzmán:

Avísame para saber que has llegado bien

Alma:

Qué tal la tarde?
Has avanzado con la exposición?

La semana que viene tiene que presentar una sesión clínica en el hospital y, con las Navidades y las guardias, no ha tenido prácticamente tiempo para hacerlo. Anoche estaba bastante agobiado.

Guzmán:

Llevo todo el día sin parar.
Solo he descansado para comer

—Sofía, ¿puedes dejarme en Pacífico?

—¿Tanto lo echas de menos que no puedes esperar a mañana? —Mi amiga sonríe.

—Está muy agobiado con la sesión clínica y he pensado en llevarle la cena.

—Y el postre. —Sube las cejas de manera sugerente.

—Muy graciosa.

—¿Sabes la dirección?

—No —lamento—. Solo sé que vive cerca de Rober. Menudo desastre soy dando sorpresas.

—Espera. Siri, llama a El chico del ascensor —pide mi amiga y yo me muero de amor porque todavía lo tenga guardado así.

—Dime, cielo —responde Marcos al otro lado de la línea en el manos libres.

—¿Sabes la dirección de Andrés?

—Creo que sí. Lo ayudé con la mudanza, debo de tenerla en nuestra conversación de WhatsApp, ¿por?

—Alma quiere darle una sorpresa a Guzmán. —Marcos se ríe y yo me sonrojo.

—Os la envío en un mensaje.

—Gracias —respondo ilusionada.

—Pásalo bien, Alma, y asegúrate de llevar preservativos. —Sofía suelta una carcajada.

—¿Hasta cuándo os va a durar la bromita? —respondo muerta de vergüenza y mi amigo cuelga.

—Siempre.

—¿Sabes de algún sitio por la zona para pedir la cena para llevar?

—Hay un mexicano que está muy bien —responde y me dicta el nombre para que mire la página web. Hago el pedido mientras ella mete la dirección en el GPS, que nos indica que llegamos en quince minutos.

—¿Necesitas algo para mañana o tienes todo en la maleta? —pregunta cuando salimos del restaurante con las bolsas.

—No tengo ropa limpia, pero me paso por casa antes de ir a trabajar.

—No te preocupes, yo tengo. Mi madre insistió en lavarlo todo anoche para que me lo llevara seco y planchado. —Me río porque no me extraña nada de Sole.

—Tampoco sé si me quedaré a dormir, igual…

—Si estás dudando de que él quiera que te quedes, para. Te aseguro que hará todo lo posible por no dejar que te marches —dice mi amiga y me sonrojo.

—Solo voy a llevarle la cena y ver si necesita ayuda con la exposición.

—Y de paso jugáis a los médicos —bromea y me hace soltar una carcajada. Es inútil negar lo evidente.

Encontramos un sitio para aparcar, abrimos las maletas en el maletero y meto en una bolsa de tela las cosas indispensables. No es plan de aparecer en su casa con una maleta. Ya voy suficientemente cargada con las bolsas de la cena.

—Pásalo bien —se despide Sofía, al igual que su novio hace unos minutos.

¡Menudos graciosillos!

Camino por la calle hasta encontrar su portal y busco su piso en el panel de los interfonos. Antes de que me dé tiempo a llamar se abre la puerta y sale una vecina.

Aprovecho para entrar y subir hasta su puerta. Espero que me abra él y no Andrés.

Llamo a la puerta y tapo la mirilla con la mano.

—¿Quién es? —pregunta desde el otro lado.

—Soy la mensajera que te trae la cena.

Abre la puerta y solo por ver su cara ya ha merecido la pena la sorpresa.

Está guapísimo vestido con un pantalón de deporte y una sudadera. Es la primera vez que lo veo tan informal y no me queda duda de que este hombre estaría guapo hasta con una bolsa de basura.

—Quería asegurarme de que cenabas. —Levanto las bolsas.

—Eres increíble. —Me las coge de la mano y las deja en el suelo antes de tirar de mí y juntar su boca con la mía.

Cierra la puerta y me empuja contra ella. Me quita la bufanda y me desabrocha la chaqueta sin parar de besarme. Sus tripas suenan y me entra la risa.

—Será mejor que cenemos primero. ¿Hace cuánto que no comes nada?

—Me he comido un sándwich a las dos de la tarde —confiesa mientras se lleva una mano a la nuca.

—Pues vamos. ¿Dónde está la cocina?

Coge las bolsas y lo sigo hasta allí.

—Ahora te hago un *tour* por la casa, que estoy siendo un anfitrión horrible.

—¿No están tus compañeros? —pregunto cuando nos sentamos a cenar. La casa está muy silenciosa.

—Estamos solos. —Me mira fijamente y me dedica una mirada llena de segundas intenciones—. César ya no vive con nosotros, se mudó el mes pasado a Sevilla con su chica. Y Andrés tenía planes esta noche.

—¿Está saliendo con alguien? —pregunto curiosa, aprovechando la situación.

—¿Lo preguntas por simple curiosidad o sabes de alguien a quien le interese la información? —Me río al sentirme pillada.

—Digamos que es una pregunta totalmente casual.

—Tiene cena de Navidad con los amigos de la universidad. Y no, no sale con nadie. De hecho, hace meses que no trae a ninguna chica a casa.

—Interesante. —Aunque no lo reconozca, sé que esta información va a alegrar a Esther.

Mientras cenamos sentados en el sofá, hablamos de las Navidades con nuestras familias y me pone al día de cómo lleva la sesión clínica.

—Me arrepiento de haber cogido este caso en concreto porque, aunque es muy interesante, es un paciente derivado de Interna y…

—Saavedra te va a presionar. —Asiente—. ¿Y tu padre?

—Mi padre es muy exigente también, pero puedo manejarlo mejor porque mi madre intercede y le recuerda que soy su hijo por encima de ser médico.

—Lo vas a hacer bien. Estoy segura. —Me coge la mano y deja un beso en ella.

—¿Tú qué tal vas con los *role playing*?

—Ya los tengo casi listos, pero estoy nerviosa. Los residentes de Medicina a veces pueden ser muy chulitos.

—No lo dirás por mí.

—Tú eres el peor. —Le doy un empujón en el hombro y él se ríe.

—Doy gracias de no haberte conocido en mis primeros años de residencia. Seguro que no nos habríamos llevado bien. Aunque quizá sí, porque cuando nos conocimos seguía siendo un gilipollas y de todas formas me diste una oportunidad…

—Porque supe desde el primer momento que era una coraza y tú no eras así. Te veía. —Lo miro a los ojos y él me devuelve la mirada. Una mirada llena de promesas. Hay veces que sobran las palabras.

Acerca su boca a la mía y me besa despacio, como si las prisas de hace un momento en la puerta de su casa hubieran desaparecido y ahora tuviese la certeza de que tiene todo el tiempo del mundo y no hay necesidad de correr.

Gimo en su boca cuando nuestras lenguas se encuentran y le devuelvo el beso, que es deliciosamente lento.

Le paso las manos por los hombros y siento que me sobra toda la ropa, necesito tocarlo. Tiro de su sudadera, se separa y me ayuda subiendo los brazos. Le quito también la camiseta que tiene debajo, dejándole el tórax al descubierto.

—Mi turno —dice y levanto los brazos para que me quite mis prendas de ropa, quedándome en sujetador.

—Creo que es un buen momento para que me enseñes tu cuarto —sugiero y él se muestra de acuerdo.

Nada más entrar cierra la puerta y echa el pestillo. Enciende la lamparita del escritorio, que deja la habitación en penumbra, creando un clima más íntimo.

—Se suponía que venía a ayudarte a estudiar y no a quitarte tiempo —comento desde el centro de la habitación.

—Tenemos toda la noche por delante, pero primero quiero estudiarte a ti. Y voy a tomarme mi tiempo hasta memorizar cada centímetro de tu cuerpo, así que será mejor que empiece cuanto

antes. —Da un paso hacia mí y vuelve a juntar nuestros labios mientras con sus manos me desabrocha el sujetador.

Camina hacia la cama sin dejar de besarme y nos detenemos antes de chocar con ella. Lleva las manos a mis vaqueros y los desabrocha. Me los baja por las caderas y me pide que me siente. Obedezco y veo cómo se arrodilla y me quita las deportivas para finalmente tirar de mis pantalones y de la ropa interior, dejándome completamente desnuda.

—Túmbate —pide mientras termina de desnudarse sin quitarme el ojo de encima.

El modo en que me mira hace que sienta que la temperatura de la habitación ha subido varios grados.

Me coloco en el centro de la cama y él se echa sobre mí.

Trato de juntar mi boca con la suya, pero él se aparta y sonríe. Tiene otros planes.

Me besa el cuello justo debajo de la oreja y luego besa y lame cada centímetro mientras baja por mi cuerpo, nublándome la cabeza.

Me mira buscando mi consentimiento cuando llega a mis pechos y asiento mientras se toma su tiempo al chuparme uno de mis pezones y acaricia el otro con la mano.

—Guzmán —jadeo, frenética por lo que me hace sentir.

Él se lo toma como una invitación a seguir el descenso.

—Joder. Eres preciosa —susurra mientras me besa las costillas y desciende por mi abdomen.

La espalda se me curva de anticipación y mi cuerpo tiembla cuando siento su boca entre las piernas. Lleva ambas manos a mi culo mientras chupa cada centímetro.

—Oh, dios. No puedo… —jadeo y él acelera el ritmo, llevándome a un orgasmo demoledor.

Continúa la bajada como si nada mientras me deja besos en las piernas hasta llegar a los empeines y ponerse de pie.

Se acerca a la mesilla de noche, abre una caja de preservativos y se coloca uno.

—¿Estás bien? —pregunta mientras se tumba encima de mí.

—Mejor que bien. Ponte bocarriba —pido y obedece.

Me siento encima de él y lo introduzco en mi interior muy lentamente.

Me coloca las manos a ambos lados de la cadera y se levanta para besarme mientras nos movemos.

—Dios, esto es demasiado bueno —sisea y sé que se está conteniendo para no dejarse ir.

Acelero el ritmo mientras me llevo una mano al clítoris. Yo también estoy cerca.

Guzmán no puede contenerse más y se deja llevar por el placer. Yo le sigo segundos después.

Permanecemos callados con los ojos cerrados solo escuchando la respiración del otro. Siento cómo entrelaza sus dedos con los míos. Abro los ojos y sonrío.

—¿Nos damos una ducha y estudiamos juntos?

—Buena idea.

Salimos de la ducha y, como no me he traído pijama, me deja una camiseta que me llega por las rodillas. Nos trasladamos al salón, ya que ambos sabemos que en su habitación no nos podremos concentrar.

Así nos encuentra Andrés dos horas más tarde cuando entra en casa.

—Buenas noches —saluda tratando de disimular la sorpresa.

—Buenas, ¿qué tal la cena? —pregunto.

—Bien, ha sido divertida. ¿Vosotros qué tal?

—Estudiando. Alma ha venido a ayudarme con la sesión clínica —responde Guzmán con una sonrisa que no se le ha quitado desde que me vio aparecer en su puerta.

—Ya veo —comenta pícaro sin pasarle desapercibido que llevo el pelo mojado y una camiseta de su amigo.

—Me voy a la cama. Pasadlo bien… estudiando.

Guzmán suelta una carcajada y yo escondo mi cara en su pecho para que nuestro amigo no me vea sonrojarme.

33
NO SABES NADA DE MÍ

GUZMÁN

Estos días con Alma están siendo increíbles.

No solo hablo de la parte física, ya que he de reconocer que, aunque cuando trabajamos juntos conseguimos ser profesionales, a solas no podemos quitarnos las manos de encima. Me refiero a las conversaciones, la complicidad, la sensación de que tienes a otra persona que te respalda y que si el día va mal va a conseguir que mejore.

Hoy es 31 de diciembre y estoy de mal humor porque llevo dos días sin verla y no puedo pasar la última noche del año con ella.

Han invitado a mis padres a la fiesta de Nochevieja que cada año organizan un compañero del hospital de mi padre y su mujer y ha confirmado mi asistencia, teniendo en cuenta que los años anteriores no había hecho planes y siempre he acudido con ellos.

Pero este año es diferente porque tengo una alternativa, un grupo de amigos que han insistido en que me apunte a su fiesta y una morena preciosa que me muero por ver.

—¿Ya te vas? —pregunta Andrés cuando me ve salir todo trajeado de mi cuarto.

—En diez minutos.

—Por la cara que llevas parece que vas a un funeral, en vez de a una fiesta, y que el muerto eres tú.

—Si hubieras ido a una de ellas lo entenderías. Imagínate estar rodeado de doctores y doctoras ilustres hablando solo de trabajo.

—¿Ni en la fiesta de Nochevieja descansan?

—No, es una de las pocas veces que coinciden muchos de ellos y pueden presumir de sus hazañas.

—En plan, ¿quién la tiene más grande? —pregunta Andrés, haciéndome reír.

—No lo habría descrito mejor.

—Pues ánimo, tío. Intenta escaparte un rato y te pasas al Henry's. Seguro que a todos les hace ilusión verte.

Esta afirmación unos meses atrás me habría parecido impensable, pero poco a poco me he ganado el cariño de ese grupo de amigos tan original y ellos se han ganado el mío.

Las bandejas de comida del catering comienzan a llegar y yo suspiro contento porque si estoy comiendo no tengo que hablar.

—¿Cómo estás, Guzmán? —me saluda una señora que conozco muy bien porque va del brazo de su marido: el doctor Saavedra.

—Muy bien, Laura.

—Me ha contado Ignacio que ya eres todo un cirujano. Seguro que estás bordando tu residencia.

—Gracias. Sí, hago lo que puedo.

—Siempre se puede hacer un poco más —apunta su marido, que no puede perder la oportunidad de meter mierda.

—No presiones al chico.

—Solo digo que, si quiere ser el mejor, tiene que ponerse las pilas.

—Me conformo con ser un buen cirujano y ayudar a mis pacientes.

—Tu padre…

—Estáis aquí. Os estaba buscando. —Mi madre aparece detrás de mí y me coloca una mano en la espalda—. Beltrán quiere presentaros a alguien.

Saavedra y su mujer la siguen y, por la mirada que mi madre me dedica, sé que ha sido una excusa para librarme de ellos. Por muy agradecida que esté con su primo por haberle presentado a mi padre, eso no quita que no apruebe la presión que ejerce sobre mí.

Compruebo mi teléfono y veo que tengo una notificación.

> **Alma:**
> Cómo va la noche?
> Nosotros hemos cenado pronto y ahora
> estamos jugando a juegos de mesa.
> Te echo de menos

Salgo a una de las terrazas y marco su número.

—Es Guzmán —escucho que dice cuando descuelga—. Ahora vuelvo.

Oigo cómo camina y una puerta se cierra.

—Yo también te echo de menos. —A través de la línea puedo sentir su sonrisa.

—¿Qué tal está yendo la cena?

—Ignacio ya me ha dejado claro en dos ocasiones que como cirujano soy mejorable.

—¿Otra vez con lo de las publicaciones?

—A saber…, mi madre nos ha interrumpido antes de que la conversación degenerara. Creo que tengo diez minutos antes de que se den cuenta de que no estoy. Cuéntame qué tal tú.

—Muy bien, ¿te conté que en mi casa nos damos hoy los regalos?

—¿No celebráis el día de Reyes?

—No, lo hacemos hoy porque es cuando podemos juntarnos todos. A las niñas les decimos desde pequeñas que los Reyes pasan

unos días antes por nuestra casa que por la de los demás y están encantadas. Más días para jugar.

—¿Qué te han traído a ti?

—Mi hermano y mi cuñada, como saben que me encanta leer, me han comprado dos novelas: una en la que la protagonista se llama como yo: *Un perfumista con Alma,* y la última novela de Ali Hazelwood, una de mis autoras favoritas. Mi padre… —Se le rompe la voz por la emoción.

Permanezco en silencio dándole tiempo para que se recomponga.

—Mi padre me ha regalado un colgante que perteneció a mi madre para que comience el año con ella dándome fuerza.

—Seguro que lo hace —respondo desde el otro lado de la línea mientras pienso que daría lo que fuera por estar ahí con ella y abrazarla.

—Sí, yo también lo creo —susurra bajito.

—¿A qué hora habéis quedado en el Henry's?

—A las once. Queremos tomarnos las uvas todos juntos.

—Guzmán, tu padre te está buscando. Creo que es importante —dice mi madre.

—Vale, voy en cinco minutos.

—Saluda a Alma de mi parte. —Me sonríe y asiento.

—Dale un abrazo de la mía —dice Alma, que ha debido escuchar la conversación—. Yo también me tengo que ir ya. Intenta disfrutar de lo que queda de la fiesta.

—Sabes que me gustaría estar allí contigo, ¿no? —me atrevo a confesar y oigo un suspiro al otro lado de la línea.

—Será como si estuviéramos juntos. Cuando empiece el año piensa en mí y yo pensaré en ti.

—Prometido —respondo antes de colgar.

Vuelvo a la sala y localizo a mi padre enseguida. Está acompañado de Saavedra y de la doctora López, que está dentro de la junta directiva del programa de residencia.

—Perdonad el retraso. Tenía una llamada —me disculpo e Ignacio me perdona la vida con la mirada.

—No te preocupes, Guzmán —me responde la doctora López amablemente—. Les comentaba a tus padres y a Ignacio y Laura que tenía que darte una buena noticia: te han aceptado en la rotación de París. Pero se han adelantado las fechas: en vez de en verano, como solicitaste, será en los próximos meses.

—Enhorabuena, hijo. Estoy muy orgulloso —me felicita mi madre.

Permanezco en silencio sin saber bien qué decir, pero si una cosa tengo clara es que ahora no puedo irme. No puedo dejarla sola.

—Parece que no te hace ilusión —apuntilla Laura.

—No, mujer, es la impresión, ¿verdad? —comenta mi padre.

Miro a mi madre y sé que me entiende. Hace unos días la puse al tanto de la situación de Alma. Me sonríe para darme ánimos porque sabe lo que voy a hacer.

—Si es en los próximos meses no voy a poder asistir, doctora. Tengo otros compromisos y es por eso que elegí la rotación de verano. Lamento mucho…

—No puedes rechazar algo así, Guzmán —me interrumpe Saavedra.

—Si rechazas participar este año, puede que el año que viene no te cojan… —me explica la doctora.

—Lo sé, pero es imposible.

—En París se van a perder a un gran cirujano, pero estoy segura de que te irá bien estés donde estés —comenta la doctora López con una sonrisa.

—Muchas gracias.

—Os dejo, que mi mujer debe de estar buscándome. Luego nos vemos —se despide ella.

—¿Me explicas qué te impide ir a esas prácticas? —pregunta mi padre sin entender nada.

—Papá, es una decisión personal. Ahora no es el mejor momento.

Saavedra suelta una carcajada.

—¿No será por esa chica? No me lo puedo creer. —Lo miro sorprendido. No sé cómo ha podido enterarse.

—¿De qué chica habla? ¿Sabes tú algo, Mayte? —pregunta mi padre confundido.

—Es su carrera y es su decisión, Beltrán.

—Vas a tirar tu futuro a la basura por una chica que conoces de cuántos meses, ¿seis? —pregunta Saavedra con inquina.

Noto cómo la rabia me corre por las venas y trato de respirar para no montar un espectáculo. Me acerco a él y, con una tranquilidad que no siento, lo miro a los ojos y respondo:

—Puedes ser mi padrino, pero no sabes nada de mí. Si tengo que elegir entre acompañar a la mujer que quiero en un momento difícil y tener más éxito en mi carrera, siempre elegiré la primera opción.

—Hijo, Ignacio solo quiere lo mejor para tu futuro —indica mi padre—. Piénsatelo bien. Te has esforzado mucho…

—Pensé que justo tú lo entenderías, pero ya veo que no.

Noto que el nudo de la garganta se vuelve cada vez más grande mientras mi padre permanece en silencio.

—Guzmán, vamos —dice mi madre, agarrándome del brazo, y me aleja del grupo en dirección a la terraza.

Me apoyo en la barandilla y me llevo las manos a la cabeza. Tengo ganas de gritar.

—Mírame —pide mi madre y yo lo hago—. Estoy muy orgullosa de ti, ¿me oyes? —Noto cómo las lágrimas me corren por las mejillas. Ella me las limpia con cariño.

—No puedo dejarla, mamá. La quiero —confieso por primera vez en voz alta y ella sonríe.

—¿Lo sabe ella?

—No, no está preparada para escucharlo. Tampoco quiero que se entere de lo de las prácticas. Trataría de convencerme de que fuera…

—Es una persona muy especial y tú también lo eres. Lo que no entiendo es qué haces todavía aquí y por qué no estás con ella.

—¿Lo dices en serio?

—Sal por la puerta de la izquierda. Yo me ocupo de tu padre y de los demás.

Salgo a la calle, paro el primer taxi que veo y le doy la dirección del Henry's. Son las once y media de la noche. Espero llegar a tiempo.

34
TE QUEREMOS POR QUIEN ERES COMO PERSONA

ALMA

Al igual que adoro los lunes, siempre me ha encantado Nochevieja porque es el comienzo de algo nuevo, de un nuevo año lleno de posibilidades.

Pero este año no me siento así porque lo que se avecina da miedo, mucho miedo.

¿Alguna vez os ha pasado que estáis muy felices y os asustáis porque pensáis que va a pasar algo malo que lo va a estropear todo? Pues así me siento yo. Solo que en mi caso sé lo que va a suceder y temo no ser lo suficientemente fuerte.

—¿Todo bien, psicóloga? —pregunta Natalia, pasándome un brazo por los hombros.

—Sí, solo pensaba.

—¿Por eso estabas tan concentrada? ¿No estás acostumbrada? —bromea, pero no consigue la respuesta esperada—. Perdona, no me

había dado cuenta de que no estabas bien. —Me conduce hasta una de las mesas del Henry's y tomamos asiento.

—No te preocupes, de verdad. No quiero molestarte el día de…

—Para de hablar y escúchame —me interrumpe y yo asiento—. Cuando te dijimos que estábamos aquí para ti no era una forma de hablar. Somos tus amigos, Alma. Puedes hablar conmigo.

—Estaba pensando que me da miedo convertirme en alguien diferente durante los meses que dure el proceso de reconstrucción.

—¿Diferente cómo?

—Más triste, decaída…

—¿Como una persona que está pasando por un proceso duro físicamente, pero también emocionalmente, porque la hace conectar con su madre, que falleció por la enfermedad que ella pretende evitar? ¿A eso te refieres?

—Dicho así… —respondo con un atisbo de sonrisa.

—Alma, te queremos por quién eres como persona. Nos encanta que estés pendiente de nosotros y nos cuides porque eso es una parte de tu personalidad y te hace feliz hacerlo. Pero si tienes que reposar y debemos trasladar las noches del Henry's a tu salón, te querremos igual, ¿vale? También tienes que dejar que nosotros te cuidemos a ti. —Asiento emocionada y ella me abraza.

—Te quiero mucho.

—Y yo os quiero más a las dos —dice Jaime interrumpiéndonos—, pero ya son menos cuarto y seguís ahí sentadas sin vuestras uvas en la mano. ¿A qué esperáis?

Nos levantamos y lo seguimos al centro del bar, donde están los demás, e intercambiamos miradas de complicidad ante los nervios de nuestro amigo.

—Os estoy viendo. No me miréis así, que luego agradeceréis no empezar el año con mala suerte.

—Que nadie meta un anillo en la copa, que mi tía el año pasado por poco se ahoga —comenta Natalia muy seria.

—Corre la voz por el bar, que esta noche no estamos de servicio —comenta Sofía.

—Si alguien pregunta, trabajamos todos en Hacienda —bromea el celador haciéndome reír, aunque todos sabemos que si alguien necesita nuestra ayuda seremos los primeros en correr a socorrerlo.

Está siendo una noche preciosa. Primero, he podido disfrutar de mi familia y ahora tengo al lado a mis mejores amigos. ¿Qué más se puede pedir?

A él. Todo sería mejor si Guzmán estuviera aquí.

En los últimos meses me he acostumbrado a su presencia y me gusta la forma en la que encaja en mi grupo.

Al poco de conocernos, me confesó que no tenía amigos, pero lentamente se ha integrado y sé que en poco tiempo será uno más de nosotros.

—¡Tres minutos! —anuncia Jaime y se coloca al lado de Carlos.

Miro a mi alrededor y veo cómo las parejas se sonríen cómplices con la alegría de despedir juntos este año y recibir el nuevo.

—¿Me buscabas? —pregunta alguien a mi espalda y me giro.

—¿Qué haces aquí? —Guzmán está frente a mí. Vestido de gala con un traje negro y más guapo que nunca.

—A ver si creías que me iba a quedar sin mi beso de Año Nuevo. —Sonríe mientras coge el cucurucho de uvas que Jaime le ofrece.

—¡Los cuartos!

—¿Jaime está bien? —pregunta haciéndome reír.

Empiezan las campanadas y, como cada año, me da la impresión de que van más rápidas que el año anterior, pero, aun así, consigo comérmelas todas.

—Feliz año nuevo, preciosa —susurra acercándose a mí y me mira con tal intensidad que mi corazón se salta un latido.

—Feliz año nuevo —respondo juntando mi boca con la suya.

Soy consciente de que el beso se nos ha ido un poco de las manos cuando oigo que mis amigos nos silban. ¡Menudos payasos!

Nos separamos y nos abrazamos todos deseándonos un nuevo año lleno de cosas bonitas.

—Guzmán, eres el nuevo, así que te toca hacer el primer brindis —le indica Natalia mientras Júnior se pasea por la sala repartiendo copas de sidra.

—Está bien —responde levantando la suya—. Voy a empezar brindando por Alma. El año que viene no va a ser fácil, pero estaremos todos a tu lado. Gracias por entrar en mi vida y hacerla mejor. —Me mira y sonrío emocionada—. Y por Carlos, para que consiga plaza de Ginecología en nuestro hospital.

—Y por Esther, para que la llamen de la bolsa de matronas —añade Carlos—. Vamos a trabajar juntos, estoy seguro.

Chocamos nuestras copas y bebemos.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa? —pregunta mientras me mira de arriba abajo.

Llevo un vestido largo rojo, que se ajusta a mi cuerpo y me deja los hombros al descubierto.

—Tú sí que estás guapo. Pareces salido de un anuncio de colonia.

—Qué específico. —Suelta una carcajada y vuelve a besarme.

—Necesito sentarme, los tacones me están matando. —Me agarra la mano y me conduce a uno de los sillones que hay al final de la sala.

—Quítatelos. —Obedezco y coloca mis piernas encima de las suyas —. Si no estuviéramos delante de tanta gente, te daría un masaje.

—¿Sabes darlos?

—Sí, pero sé que, si te pongo las manos encima, no voy a poder parar —susurra mientras me coloca su mano encima del muslo.

—¿Te quedas a dormir en casa? Sofía se va a casa de Marcos porque su hermana está en Valencia.

—¿Tú y yo solos? ¿Puedo pensármelo y responderte luego?

—Qué tonto eres. —Acerca su boca a la mía y me besa.

—¿Te ha gustado la sorpresa?

—Sí, no me lo esperaba. ¿Cómo es que al final has venido? ¿Ha pasado algo?

—He tenido un pequeño enfrentamiento con Saavedra y mi padre…

—¿Estás bien? —Le cojo la mano en ese gesto ya tan nuestro para demostrarle mi apoyo.

—Ahora que estoy contigo, mejor, pero no ha sido fácil.

—¿Quieres hablar de ello?

—Otro día, mejor. Ahora solo quiero celebrar el nuevo año contigo y con tus amigos.

—Sabes que también son tus amigos, ¿no?

—Sí. —Sonríe y en sus ojos veo lo importante que es para él.

Caminamos de vuelta a la pista de baile y Sofía me abraza mientras Guzmán se acerca a la barra con Natalia y Esther para pedirnos algo de beber.

—¿Cómo estás? Al principio de la noche te he visto un poco preocupada.

—Sí, estaba pensando en todas las cosas que vienen este nuevo año y me he asustado un poco, pero ya estoy mejor.

—Vas a pasar por cosas difíciles, pero también por cosas muy bonitas y yo estaré a tu lado en todas. Y él seguro que también —dice señalando a Guzmán, que nos mira desde la barra.

—Prefiero no pensar en eso y solo vivir el momento.

—Eso es evitación.

—Si eres psicóloga, no cuenta —respondo y ella se ríe.

—¡Qué morro tienes!

Guzmán se acerca con nuestras bebidas acompañado por Andrés.

—Feliz año nuevo, Alma —exclama dándome un abrazo.

—Feliz año nuevo. Qué bien que hayas podido venir.

—¿Dónde está el resto del grupo? —pregunta mirando alrededor.

—El resto no sé, pero Esther creo que estaba en la barra pidiendo —comento y se ríe.

—No sé por qué has dado por hecho que esa información me interesa —responde haciéndose el sorprendido y se marcha hacia allí.

—¿Tú crees que algún día se atreverán a dar el paso? —pregunta Guzmán.

—Si tiene que pasar, pasará, y la verdad es que me gustaría. Andrés parece un buen tipo.

—Lo es.

El resto de la noche bailamos, cantamos, bebemos y brindamos. Nos vamos escalonadamente. Primero Sofía, Marcos y Esther porque estos dos últimos trabajan mañana en Urgencias en el turno de tarde. Carlos y Jaime son los siguientes, ya que el dermatólogo quiere aprovechar la tarde de mañana para estudiar un poco. Solo faltan tres semanas para el examen MIR y está con la última vuelta del temario.

Natalia, Andrés, Guzmán y yo aguantamos hasta el final de la noche y nos despedimos en la puerta.

—No sé por qué me da a mí que me voy a volver solo a casa —dice el fisioterapeuta mientras nos mira.

—Qué suspicaz —responde Natalia y ambos se ríen.

Permanecemos en la calle los cinco minutos que marca la aplicación de sus móviles, que terminan convirtiéndose en diez.

—Escribid cuando lleguéis a casa —les digo.

—Hasta luego, parejita. Sed buenos —se despide Natalia.

—Que descanséis… o no —dice Andrés antes de subir al coche.

—¿Te apetece un chocolate con churros? —pregunta Guzmán mientras caminamos a casa.

—Tú sí que sabes hacerme feliz.

35
NO LA DEJES ESCAPAR

GUZMÁN

Salgo del metro mientras compruebo en el móvil cómo llegar al restaurante. Me calcula que tardo cinco minutos, por lo que llego con tiempo de sobra.

Hoy he quedado a comer con mi padre. Han pasado diez días desde nuestro enfrentamiento en Nochevieja y hasta esta mañana no me he sentido preparado para cogerle el teléfono.

Por mucho que trate de demostrar a mi madre y a los demás que estoy acostumbrado a su manera de ser y a que ponga en el centro siempre mi carrera, me dolió más de lo que esperaba que no saliera en mi defensa cuando discutí con Ignacio y más cuando estaba por medio Alma, la persona de la que estoy enamorado.

No tardó mucho en darse cuenta de que había metido la pata e imagino que mi madre tuvo mucho que ver en ello. Al día siguiente por la tarde, ya me estaba llamando y me escribió un mensaje de disculpa diciendo que quería que habláramos.

No le respondí y, cuando me llamó mi madre, le dije que necesitaba tiempo.

Y ha llegado el día. Esta mañana me escribió preguntándome si quería comer con él en un restaurante que está cerca de su hospital. Sabe que me encanta este sitio y que además siempre lo relaciono con momentos felices de los tres porque es donde siempre celebrábamos mis éxitos: las matrículas en Bachillerato, la entrada en Medicina, la plaza del MIR…

Cuando paso delante de la cristalera veo que él ya está dentro. ¡Mi padre llegando pronto! Sí que debe de estar arrepentido.

Entro y le indico a la camarera que me están esperando. Al llegar, mi padre se levanta y abre los brazos para abrazarme, pero me dirijo a la mesa y me siento.

—Hola, papá —saludo y veo la preocupación en su cara.

—Buenas, hijo. Gracias por venir.

La camarera se acerca para tomarnos nota y ninguno de los dos miramos la carta.

—¿Vas a querer lo de siempre? —pregunta mi padre.

—Claro —respondo, más conciliador.

No me gusta ver a mi padre así, pero necesito que se dé cuenta de que estoy dolido y que nuestra relación tiene que cambiar.

Mi padre le indica a la camarera nuestras comandas y esta se marcha hacia la cocina.

—No sé por dónde empezar, Guzmán. Lamento mucho cómo me comporté la otra noche. Cuando dijiste que por un asunto personal no podías hacer las prácticas no debería haber insistido, sino haberte preguntado después. Y debería haber parado a Ignacio…

—De Ignacio no me sorprendió, pero sí que pensaba que tú lo entenderías y más cuando te explicara el motivo —respondo.

La camarera se acerca y nos sirve nuestros platos y el vino que ha pedido mi padre.

—Tu madre me lo ha contado. No te enfades con ella, que solo lo ha hecho para que me pusiera en tu lugar.

—No pasa nada. Yo mismo tenía intención de decírtelo en algún momento, pero en los últimos años nuestra relación prácticamente

se ha limitado a hablar del hospital y de los pacientes…

—Lo sé. Tienes razón. Tu madre también me ha regañado. Eso no quita que no me interese lo que te pasa, solo que, como ella me lo cuenta, pues olvido preguntártelo yo a ti directamente.

—Yo también tengo parte de culpa —confieso—. Hasta hace poco, yo mismo he limitado mi vida al trabajo queriendo ser el mejor para que estuvierais orgullosos.

—Lo estamos, Guzmán, pero porque te vemos feliz, no por tus resultados. Me gusta presumir de hijo delante de otros médicos, lo reconozco. Ya sabes cómo son los congresos y las cenas en las que todo el mundo habla de sus méritos…

—¿Un rollazo? —pregunto y él también se ríe.

—Son buena gente, pero les gusta…, nos gusta demasiado hablar de nuestro trabajo.

—Desde luego.

—Por lo que me cuenta tu madre, te nota más tranquilo y feliz. Me ha dicho que tienes un grupo de amigos del hospital.

—Sí, son geniales. Siento que es diferente que con los compañeros de la universidad, ¿sabes? Antes tenía siempre la preocupación de si solo hablaban conmigo por mi apellido y es posible que apartara a gente de mi camino por miedo a sentirme utilizado. Pero con este grupo puedo ser yo mismo. Los conocí por Alma y me han aceptado como a uno más.

—Háblame de ella. A tus veintiocho años es la primera vez que nos hablas de una chica. Quitando a Mercedes, la niña de los campamentos de verano.

—¿Te acuerdas de eso? —pregunto divertido.

—Hombre, que si me acuerdo, mira que te ponías pesadito cada vez que volvías. —Suelto una carcajada.

—Ha pasado mucho tiempo de eso. He salido con más chicas durante estos años, pero nada serio. No como con Alma.

Le explico cómo nos conocimos y cómo me comporté como un gilipollas las primeras veces.

—Me gusta. Me recuerda a tu madre cuando era joven.

—¿Tú también fuiste un capullo?

—Por supuesto. Eso lo has heredado de mí.

Continúo hablando y le explico la primera consulta de cirugía y todo lo que ha pasado desde entonces en relación con su intervención. Él me pregunta por la técnica y tiempo de recuperación.

—¿Sabes que ya no puedes participar en la intervención?

—Lo sé. Estoy demasiado implicado, pero voy a pedirle a la doctora Cruz estar en quirófano de todas formas. Le dije que estaría con ella y eso la tranquiliza.

—Seguro que no te pone ningún impedimento.

Asiento, pero él adivina que hay algo más, que algo me preocupa.

—¿Qué ocurre, Guzmán?

—Cuando empezamos lo que sea que hay entre nosotros, ella me dijo que no era un buen momento para tener una relación porque tenía muchas cosas en la cabeza de las que preocuparse. Acordamos que nos dejaríamos llevar por lo que sentíamos y ya iríamos viendo…

—Vamos, lo que viene siendo ser novios.

—A nivel práctico es lo mismo: quedamos solos, dormimos juntos, hablamos a todas horas… Pero me da miedo que, cuando se acerque la intervención, me aleje.

—¿Lo has hablado con ella?

—No, porque temo que si se lo planteo le dé demasiadas vueltas y consiga justo eso. ¿Tú qué harías? —pregunto, siendo consciente de que es la primera vez en muchos años que pido consejo a mi padre.

—Demostrarle que no va a cambiar nada entre vosotros y que estarás ahí para ella. Proponle planes a largo plazo, hablad de las vacaciones de verano. No utilices la palabra si es lo que le asusta, pero déjale claro que todo va a seguir igual.

—Creo que también le preocupa el cambio físico durante la reconstrucción.

—Es normal, va a ser difícil acostumbrarse a su nueva imagen. Estoy seguro de que la doctora Cruz va a hacer un trabajo increíble, pero estamos hablando de que ella no ha querido ponerse unas prótesis, lo ha hecho para huir de una enfermedad.

—Espero estar a la altura. Me da miedo no saber qué decir para que se sienta mejor.

—Es que esa no es tu labor, hijo. Si algo he aprendido con la enfermedad de tu madre es que no tengo que quitarle importancia a lo que le sucede ni intentar que sonría más, solo estar a su lado. Y en unos meses voy a hacer lo que debería haber hecho hace dos años.

—¿Está todo bien entre vosotros?

—Sí, sí, no te preocupes. Te hablaba de trabajar menos. Cuando diagnosticaron a tu madre, quise dejar la docencia y los congresos y limitarme solo al hospital, pero ella no me dejó. Me dijo que tenía que progresar en mi carrera y que no podía dejarlo por ella. Pero no me merece la pena, Guzmán. Sé que puede parecer que me voy y me olvido de todo, pero no es así. No paro de mirar el móvil y de pensar en si estará bien. No lo disfruto.

—Nunca me lo habías contado.

—Lo sé, supongo que quería hacerme el duro y, en vez de eso, he conseguido que parezca que paso de tu madre.

—Vas a tener razón y he heredado de ti lo de ser un poco gilipollas. —Mi padre se ríe y yo con él.

—Con tu permiso, quiero sacar de nuevo el tema de tus prácticas de trasplantes.

—Sí, dime.

—He estado mirando y, además del programa de París, hay otros en España muy buenos que podrías hacer el año que viene o al acabar la residencia —me explica con cautela.

—Muchas gracias, papá.

—Esta tarde te los envío y les echas un vistazo.

—¿Cuando los vea te escribo y los comentamos juntos? —pregunto y él me sonríe.

—Me encantaría. Y ahora cuéntame de qué es esa sesión clínica que dice tu madre que te preocupa. Igual te puedo echar una mano.

Terminamos de comer y pedimos postre y luego café mientras le enseño en mi móvil lo que tengo preparado y anoto en unos folios que me dejan en el restaurante las ideas de mi padre. Por mucho que me moleste a veces el ser hijo de un cirujano de éxito porque sienta que se espera mucho de mí, tengo que reconocer que la fama se la ha ganado con mucho trabajo y que es un médico increíble.

—Gracias por tu ayuda, papá —le digo mientras lo acompaño a su coche.

—¿Te acerco a casa?

—No, no te preocupes. Voy a llamar a Alma, que creo que tiene la tarde libre.

—No la dejes escapar, hijo. Se te ve feliz.

—Gracias, te llamo en unos días y te cuento qué tal la exposición.

Nos despedimos con un abrazo como hacía años que no nos dábamos. Y lo único en lo que puedo pensar es que estoy deseando ver a Alma y contárselo.

36
HAS ESTADO INCREÍBLE, CARIÑO

ALMA

Sabía que este día iba a llegar tarde o temprano desde que lo marqué en mi calendario hace varias semanas. Rodeé con boli rojo el dieciséis de enero y desde entonces me ha estado torturando desde la pared de mi cuarto.

Hoy tengo que dar el taller a los residentes de Medicina y estoy de los nervios.

La idea inicial era que Sofía acudiera porque, aunque puede venir cualquier médico que esté haciendo la residencia, está indicado para los de los primeros años y ella es R2, pero finalmente no ha podido librarse de hacer la ronda de la mañana porque su compañera está enferma y solo está ella con la adjunta.

Natalia también lo ha intentado, pero también le ha sido imposible y Carlos se ha pedido esta semana de vacaciones para estudiar para el examen MIR, que es este sábado.

Así que aquí estoy sola, en el pasillo, delante de la puerta de la sala viendo cómo poco a poco los residentes entran. Tiene capacidad para treinta alumnos y, según parece, se va a llenar.

Cuando son menos diez, paso al interior y me dirijo hacia la parte posterior de la clase mientras preparo la presentación, que he llamado: «Taller de empatía y comunicación: claves para mejorar la relación médico-paciente».

Trato de respirar y recordar, como me ha dicho Guzmán, que yo sé del tema mucho más que cualquiera de los que están aquí sentados y que seguro que han venido muchos médicos a los que les interesa aprender de mí.

Compruebo de nuevo el reloj y veo que ya han pasado cinco minutos de la hora.

—Buenos días, mi nombre es Alma Portela, soy psicóloga, estoy en mi segundo año de PIR en este hospital y os voy a hablar de la empatía y cómo podéis aplicarla en vuestro trabajo.

Comienzo la charla definiendo qué es la empatía y, para que se pongan en el lugar de un paciente, les hablo de una de las mías.

—Imaginaos que sois una mujer de treinta años, lleváis meses y meses con muchísimo dolor. Estáis todo el rato cansadas y eso está afectando a vuestro trabajo por las bajas. —Oigo risitas entre las últimas filas, pero continúo—. El médico de familia primero os receta analgésicos y antiinflamatorios y, tras numerosas visitas porque seguís igual, ya decide pasar a los ansiolíticos; esto es bastante común y más al ser mujer. Os mandan análisis, radiografías y por fin os derivan al especialista.

Miro a los alumnos y veo que algunos están concentrados y que otros miran el móvil y cuchichean.

—Ahora os voy a pedir que cerréis los ojos y os concentréis bien en esa situación, en cómo os sentís: ¿nerviosos?, ¿angustiados?, ¿esperanzados? Solo una puerta os separa de la persona que puede ponerle fin a vuestro sufrimiento, dar con lo que tenéis y poneros un tratamiento. Yo también lo voy a hacer con vosotros.

Cierro los ojos y, mientras, les hago preguntas: ¿cómo te gustaría que te saludara el médico?, ¿qué te gustaría saber?, ¿qué te ayudaría en esa situación?

Abro los ojos antes de pedirles a ellos que los abran y compruebo quiénes están haciendo el ejercicio. Son más de los que imaginaba y al final de la sala veo a Guzmán, que me guiña el ojo y levanta los pulgares. Automáticamente sonrío y los nervios desaparecen.

—Ya podéis abrir los ojos. ¿Alguien quiere compartir cómo se ha sentido?

Una chica de la segunda fila levanta la mano y le doy la palabra.

—Preséntate primero para que todos te conozcamos, por favor.

—Mi nombre es Sonia y soy R3 de Reumatología. Me he sentido muy angustiada, tiene que ser muy difícil pasar por algo así. En mi especialidad vemos a muchos pacientes con dolor crónico y hay veces que no nos paramos a ponernos en su lugar.

—Si quieres le ponemos un café y unas pastas y nos ponemos a charlar mientras se nos llena la sala de espera —comenta el chico que antes cuchicheaba.

—¿Tu nombre?

—Doctor Ramírez.

—¿Tu madre te puso de nombre Doctor? Qué visionaria. —El resto de los asistentes ríen ante mi broma y él permanece serio.

—Me llamo Mateo.

—Muy bien, Mateo. ¿Hay algo que quieras compartir? Como no has pedido el turno de palabra no te he escuchado.

—Decía que esto es una consulta, no un bar, y no podemos ponernos a escuchar toda la vida de los pacientes, para eso ya estáis vosotros.

—¿Los psicólogos, te refieres?

—Exacto.

—Para tratar a un paciente no necesitas saber su signo del zodiaco ni si prefiere Nesquik o Cola Cao, estoy de acuerdo. —Vuelvo a oír risas—. Pero sí que es importante que se sienta apoyado y que empaticemos con su situación. Para vosotros son cinco o diez minutos y es probable que no volváis a verlo en seis meses o un año para la nueva revisión, pero esa persona lleva mucho tiempo

esperando esa consulta. Posiblemente trae un cuaderno en el que se ha anotado todo lo que le preocupa, cómo se encuentra y busca respuestas que solo puede encontrar en vosotros y está en vuestra mano ayudarle.

Mateo no me replica y nuevas manos se vuelven a levantar y les voy dando paso a sus preguntas. Algunos me cuentan casos reales o situaciones que les preocupan y me piden si les puedo dar algún consejo para cuando un paciente se pone a llorar.

Me olvido de la presentación y sobre la marcha recreamos mediante *role playing* los casos que a todos les preocupan más dividiéndolos en grupos para que los vayan interpretando y dándoles pautas.

Guzmán se queda apartado al final de la clase y de vez en cuando se cruzan nuestras miradas y detecto en la suya orgullo. Es lo mismo que sentí yo hace unos días cuando me contó la charla con su padre. Me alegré mucho de que arreglaran lo que se interponía entre los dos.

Las dos horas pasan rapidísimo y doy por terminada la clase.

—Os dejo en la última diapositiva mi email por si tenéis cualquier tipo de consulta u os puedo ayudar en algo. Aunque si me veis por los pasillos, no dudéis en pararme, ¿vale? Muchas gracias.

Los residentes aplauden y yo sonrío tratando de contener la emoción. Ha salido muchísimo mejor de lo que pensaba.

La clase se vacía poco a poco y veo la cara de susto que pone Mateo al cruzarse con Guzmán, que lo mira muy serio.

Cuando la puerta se cierra y nos quedamos a solas corro hacia él para abrazarlo.

—Has estado increíble, cariño. Sabía que lo ibas a hacer genial.

—¿Te ha gustado? —Noto una sensación cálida en mi interior cuando le oigo llamarme cariño.

—¿Que si me ha gustado? Lo has bordado. No solo no te has quedado bloqueada cuando el capullo de Ramírez ha hecho su comentario, sino que le has sabido contestar.

—¿Te ha costado mucho no intervenir? —pregunto con una sonrisita mientras lo cojo de la mano.

—No, porque sabía que tú te las arreglarías. No necesitas mi ayuda para nada. Aunque eso no quita que en la próxima guardia que tenga conmigo lo vaya a hacer sudar.

Me pongo de puntillas cubriendo la distancia que separa mi boca de la suya y lo beso.

—Gracias por venir. Cuando te he visto he sabido que todo iría bien —confieso y me sonrojo. Igual me estoy exponiendo demasiado.

—Yo no tenía ninguna duda de que lo harías genial.

Salimos del aula camino a la cafetería y me suelta la mano. Por una décima de segundo pienso que no quiere que nadie sepa que hay algo entre nosotros, pero me sorprende pasándome un brazo sobre los hombros y me acerca a él.

—¿Estás bien con esto? —pregunta dudando, y yo sonrío y le paso el brazo por detrás de la cintura como respuesta.

Me fijo en un grupo de enfermeras y residentes que no nos quitan ojo. En pocas horas lo sabrá todo el hospital y eso me gusta, pero también me asusta.

Cojo la jarra de agua que me ofrece Natalia y se la paso a Guzmán.

—Entonces ¿hoy estamos todos de guardia? —pregunta el cirujano, divertido.

—Carlos, Natalia, Guzmán y yo estamos de guardia localizable, por lo que no estaremos todo el tiempo en Urgencias, sino yendo y viniendo —me explica Sofía.

—Yo me he cogido el turno de tarde, y Marcos y Jaime, el de noche. Así siempre tendrás a alguien por allí —dice Esther.

—Pensaba que tenías vacaciones. ¿Cuándo son? —pregunto a Carlos.

—Mañana cuando salga de guardia me encerraré a estudiar hasta que llegue el día del examen.

Jaime me comentó hace unos días que el futuro ginecólogo se ha trasladado a su casa estas dos últimas semanas. Sus compañeros de piso son un poco ruidosos y, como él vive solo, así puede estudiar sin problema.

—Hoy no trabajaba, pero lo ha cambiado para estar contigo —me confiesa Jaime y este se sonroja.

—Muchísimas gracias.

Terminamos todos de comer y nos despedimos en la puerta de la cafetería antes de poner rumbo cada uno a su planta.

—Lo vas a hacer genial. Piensa que es como una tarde normal en Urgencias, pero un poco más larga —me dice Guzmán, que ha debido de notar mis nervios.

—Me preocupa que llegue algún caso complicado de Psiquiatría y no sepa qué hacer —confieso bajito para que solo él me oiga.

—Si eso pasara, llamas a tu adjunta y le preguntas las dudas. Para eso están. No eres médico, Alma, pero eres una psicóloga buenísima. Te he visto trabajar y no vas a tener ningún problema —me anima mientras me acaricia la mejilla con la mano y me mira a los ojos de una manera que me hace estremecer.

Sin pensármelo mucho, doy un paso adelante y lo beso. Es un beso breve, de apenas unos segundos, pero con el que consigo demostrarle lo importante que es para mí su confianza.

—Pues parece que ya es oficial —indica Jaime cuando nos separamos—. Hace un rato me ha escrito Rebeca, una compañera, para contarme el rumor y he tenido que disimular. No sabía si queríais que se supiese en el hospital.

—¿Qué opinas? —pregunta Guzmán preocupado.

—Supongo que ya es tarde para planteárselo —respondo con una sonrisa.

Las primeras horas en Urgencias se me pasan volando. Ya son las once de la noche, todavía me quedan nueve horas. En total tengo

que estar diecisiete sumadas a las del turno de esta mañana.

No es solo cansancio físico, lo que más hace mella en mí es el agotamiento mental.

Mucha gente piensa que el trabajo de los psicólogos es fácil. Solo tienen que sentarse en una silla y escuchar a los pacientes hablar e intervenir de vez en cuando, pero no es así.

Tenemos que valorar, analizar y estudiar el comportamiento del paciente, estando pendientes de qué cuentan, cómo lo cuentan, qué esconden y por qué.

Es un trabajo para el que necesitas tus cinco sentidos cuando estás en consulta.

En estas horas que llevo, he atendido pacientes, acompañado a familiares en duelo, realizado valoraciones con ayuda de Beatriz y rellenado papeleo para las altas.

—Alma, te necesitan en el box 2 —me avisa una de las enfermeras.

Parece que la noche va a ser larga.

37
NECESITO TU AYUDA

GUZMÁN

Soy muy bueno para recordar las caras de las personas y, cuando veo a alguien con el que he coincidido anteriormente, mi cerebro hace clic y trata de resolver la incógnita.

Por eso en cuanto he visto a esa mujer llorando en el pasillo he sabido que la conocía de algo y, tras unos segundos, he caído en la cuenta.

Me acerco nervioso al ordenador para buscar por qué ha venido. Igual se ha caído haciendo deporte o está acompañando a su marido.

Recuerda, Guzmán, recuerda. ¿Cómo se llamaba su hija?

Trato de hacer memoria, pero nada.

Veo venir a Natalia por el pasillo y opto por preguntarle a ella.

—Natalia, creo que ha ingresado una chica que fue paciente mía. He visto a su madre en el pasillo, pero no recuerdo su nombre. ¿Hay alguna forma de buscarla?

—¿Sabes en qué sala está? ¿Algún dato más de ella?

—No, pero si leo su nombre, la reconozco seguro.

—Puedes probar filtrando por edad.

—No lo había pensado… —Me pongo a mirar en el programa.

—Acaba de ingresar una chica por intento autolítico. Le están haciendo un lavado gástrico, se ha tomado una caja de antidepresivos —informa Gloria, apareciendo a nuestra espalda.

Me detengo y dejo de buscar. Algo dentro de mí me dice que es ella.

—¿Está en el box vital? —pregunta Natalia y pierdo el hilo de la respuesta. Veo cómo hablan, pero yo no escucho nada.

—¿Cómo se llama la paciente? —interrumpo para que me confirmen lo que ya sé.

—Gema Alarcón.

—¡Mierda! —exclamo sin poder evitarlo.

Siento que todo el aire abandona mi cuerpo y me llevo las manos a la cabeza.

Joder, joder, joder.

—¿Estás bien, Guzmán? —pregunta Natalia, pero no le respondo.

Desaparezco antes de que nadie note que estoy muy lejos de encontrarme bien.

Mi cabeza me trae el recuerdo de Rubén, el chico que murió de una sobredosis de opioides por mi maldito error, y caigo en la cuenta de que puede que Gema muera también y no puedo hacer nada por evitarlo.

Mi respiración se acelera y apuro el paso. Solo hay una persona que puede ayudarme.

Camino de un lado para otro hasta que la veo salir de uno de los boxes. No debo de tener muy buen aspecto ahora mismo porque se acerca a mí preocupada.

—Necesito tu ayuda —suplico.

Noto cómo poco a poco el nudo que se me forma en la garganta es más grande.

—¿Estás bien? —pregunta Alma preocupada.

—No sé cómo arreglarlo —susurro sin poder decir nada más.

Me coge la mano y me aleja de los boxes hacia una zona más apartada donde podamos hablar un poco más tranquilos.

—Cuéntame qué ha pasado. —Nos sentamos en dos sillas de una sala de espera vacía.

—Acaba de ingresar una chica por un intento autolítico —explico mientras cojo aire—. Es Gema, la chica que vi con Sofía hace unos meses, la que ella creía que tenía TCA y yo le hice un comentario sobre su peso… —Agacho la mirada para que no pueda ver lo avergonzado y culpable que me siento—. Joder, esto es culpa mía. —La respiración se me acelera y me llevo la mano al pecho.

—Guzmán, mírame.

—No puedo… —Trato de coger aire sin mucho resultado.

—Todo va a estar bien. Estás teniendo un ataque de ansiedad. Coge aire cuando yo lo haga. —Me coge la mano y se la coloca sobre el esternón—. Ahora suéltalo.

Repetimos la operación varias veces y, aunque mi respiración se calma, mi cabeza no deja de darle vueltas a todas las posibilidades. ¿Y si le quedan secuelas? ¿Y si no despierta?

—¿Te encuentras mejor?

—No soy yo el que importa.

—A mí sí me importas. —Me toma la mano—. Ahora que estás mejor vamos a ver qué podemos hacer. ¿Has visto a la paciente?

—No, la han traído en ambulancia. Según ha comentado Gloria, se ha tomado una caja de antidepresivos. Le están haciendo un lavado gástrico.

—Voy a ir a buscarla y ver cómo está. Imagino que ya la habrán derivado a Psiquiatría. Tú encárgate de la madre. Debe de estar muy asustada.

Se aleja y lleno de nuevo los pulmones de aire y trato de recomponerme. Creo que sé quién es la persona que puede ayudarme a hablar con la madre, pero no estoy seguro de si, dadas las circunstancias, es una buena idea.

Vuelvo al control de Enfermería para preguntar a Gloria, pero no está porque ya han hecho el cambio de turno.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta una de las enfermeras.

—¿Sabes cómo está la chica del intento autolítico?

—Está estable. Creo que han avisado a Psiquiatría.

Noto que la losa que me estaba presionando el pecho ahora es más ligera y puedo respirar con menos dificultad.

—Menos mal —respondo sin saber qué más decir—. ¿Sabes si Sofía, la residente de Interna, está por aquí? Necesito que me ayude con algo.

—Creo que acaban de llamarla para una interconsulta. Espera, que lo miro.

—No hace falta, Luisa —dice Marcos acercándose al mostrador—. Yo lo acompaño.

Caminamos en silencio antes de decidirme a hablar. Me debato entre contarle lo que ocurre o no. Nadie mejor que él puede saber si pedirle ayuda a Sofía es buena idea.

—Marcos, espera. Antes de hablar con ella necesito saber tu opinión.

—¿Va todo bien?

Le cuento la situación y hacerlo por segunda vez no resulta más fácil. Cada vez que recuerdo los comentarios que le hice a la madre de esa chica me gustaría viajar al pasado y darme un puñetazo.

—Joder, qué putada.

—¿Crees que es buena idea que le pida que me acompañe a hablar con la madre?

—Sofía es fuerte, lleva más de seis meses en terapia y está más que preparada. Seguro que le hace bien ayudarla.

La aludida aparece por el pasillo y sonríe cuando nos ve, pero debe de ver mi cara de preocupación porque su gesto muda y se pone seria.

—¿Y esa cara? ¿Alma está bien?

—Sí, sí, tranquila. Es por una paciente.

—Yo os dejo solos —indica Marcos y me da un leve apretón en el hombro—. Luego te veo, amor. Recuerda que puedes con todo, ¿vale? —le dice a Sofía antes de dejarle un beso sobre la frente y desaparecer.

—Tú dirás. ¿En qué puedo ayudarte?

—Es Gema, la paciente que atendimos juntos hace unos meses con TCA.

—¿Está en el hospital?

—Sí, ha intentado suicidarse.

Veo cómo su rostro palidece y realiza una respiración profunda antes de hablar.

—Está estable. Alma ha pasado a verla.

—¿Y su madre?

—Me gustaría que me acompañaras a hablar con ella —pido avergonzado—. Creo que ver una cara conocida le ayudará, aunque igual prefiere que yo no esté. Ojalá te hubiera hecho caso…

—Todos cometemos errores, Guzmán. Ahora tienes la posibilidad de enmendarlo.

Abandonamos la sala en la que hemos estado hablando con la madre y la acompañamos hasta el box donde se encuentra su hija.

Llamamos a la puerta y vemos que dentro está Alma con Gema.

—Gema, voy a salir un momento a hablar con tu madre y ahora vuelvo. —Abandona la habitación y cierra la puerta—. Soy Alma, psicóloga del hospital. —Le tiende la mano y ella la acepta.

—Paloma —responde esta—. ¿Cómo está mi hija? Esta mañana estaba bien, no sé qué ha podido pasar.

—Paloma, tu hija ha estado sufriendo *bullying* en el instituto por su peso. Lleva años pasando, pero estos últimos meses ha ido a más. Tiene un trastorno de la conducta alimentaria.

—Eso no puede ser, no ha adelgazado.

Alma le explica que hay diferentes tipos de TCA y que hay muchos que no conllevan una pérdida de peso. Le da unas pautas antes de pasar a hablar con ella y le informa de que en un rato volverá a verlas.

—Tranquilos, está estable, pero voy a hablar con Beatriz para que la ingrese en Psiquiatría unos días y mañana hablaré con Fernando, el psicólogo de uno de los grupos de TCA, para meterla en él. ¿Estás bien, Sofía?

—Sí, pero necesito desconectar unos minutos. Demasiados recuerdos. Luego os veo.

Nos quedamos a solas Alma y yo, la acerco a mí y la abrazo.

—Sé que es tu trabajo, pero gracias.

—¿Has podido hablar con la madre? —pregunta cuando nos separamos.

—Sí, me he disculpado con ella por mis comentarios de hace unos meses y ha aceptado las disculpas. Me ha agradecido mis palabras y que hubiéramos ido a verla para preocuparnos por su hija. Espero que reciba la ayuda que necesita.

—Me ocuparé personalmente de que así sea. ¿Cómo te encuentras?

—Sobrepasado. Todo esto me ha removido mucho. He pensado en Rubén y en todo lo que podría haber hecho diferente con Gema… —digo mientras ella asiente—. Creía que lo tenía más superado.

—Eres humano y es normal que te afecte, quizá… —se interrumpe. Como si se pensara mejor lo que iba a decir.

—¿Quizá?

—Creo que te vendría bien hablar con alguien. Has pasado por mucho con tu madre, el estrés del hospital… Sé que no crees en la psicología. —Veo en su gesto que le duele esta afirmación.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto confuso.

—Tu madre me lo contó. Se lo dijiste cuando te comentó que iba a empezar terapia.

—Pensaba que ir al psicólogo no la ayudaría porque realmente desconocía la labor que hacéis, Alma. Lo dije por desconocimiento. En estos meses he visto todo el bien que haces y te admiro por ello.

—Gracias —responde abrazándome—. Yo también te admiro a ti.

—Si crees que ir al psicólogo podría ayudarme, estoy dispuesto a intentarlo.

Me dedica una sonrisa que hace que me entren ganas de darle todo lo que me pida solo para que nunca deje de sonreír.

38
ESTÁS PRECIOSA CUANDO TE SONROJAS

ALMA

Hoy es mi último día rotando con Beatriz y mi última sesión grupal con las pacientes con dolor crónico. Estos meses se me han pasado muy deprisa.

De Beatriz ya me he despedido esta mañana. Me ha dado su teléfono personal y me ha dicho que la mantenga informada sobre mi intervención. Ha insistido en que cuente con ella para lo que necesite.

—Mi turno —dice Mayte cuando el resto de las pacientes ha abandonado la sala y solo quedamos ella y yo. Se acerca y me abraza—. Esto quiere decir que ya no eres mi psicóloga, ¿no?

—No, ya no. —Sonrío.

Cuando empecé lo que sea que tengo con Guzmán, me planteé hablar con ella para dejar de tratarla individualmente, no me parecía ético, pero no hizo falta. Cuando tuvimos la siguiente sesión comprobé que, como ya me había adelantado su hijo, estaba mucho mejor. Ya se dejaba ayudar y había aceptado que su marido redujera su jornada para estar más tiempo con ella. Fue Mayte la que me

pidió el alta y estuve de acuerdo en dársela. Aunque dejamos la terapia individual, continuamos viéndonos en las sesiones grupales.

—Entonces ahora solo eres Alma, la chica que sale con mi hijo… —comenta agarrándome del brazo—. ¿Tienes tiempo para un café?

—Sí, me han dado el resto de la mañana libre.

Caminamos juntas hasta la cafetería y me fijo en sus progresos. Ya no lleva la muleta, sino un bastón, con el que dice estar mucho más cómoda.

—¿Qué tal las sesiones de terapia ocupacional? Guzmán me dijo que estabas muy contenta —pregunto mientras disfrutamos en una mesa de nuestro café.

—Sí, estoy en un centro que tiene tanto terapia ocupacional como fisioterapia. He notado mucha mejoría y hemos hecho cambios en casa para facilitarme las cosas.

—Me alegro mucho.

—Y no soy la única que está feliz. Hacía tiempo que no veía a Guzmán sonreír así. —Me sonrojo ante su afirmación—. Ha arreglado las cosas con su padre y está menos estresado. Me da a mí que tienes algo que ver en eso…

—Todo es mérito suyo, aunque, si indirectamente he podido influir positivamente en él, me alegro muchísimo. Él también me está ayudando a mí.

—¿Cómo te encuentras? ¿Tienes noticias de la intervención?

—No, todavía es pronto. Estoy un poco nerviosa y preocupada por cómo afectará a este año de residencia.

—Veo que mi hijo no es el único adicto al trabajo…

—Eso parece. —Sonrío.

—Todo va a salir bien, ya lo verás. Seguro que, hablándolo con tu adjunta llegado el momento, puedes recuperar algunas horas por la tarde o hacer una guardia un fin de semana.

—No lo había pensado. Es una buena opción.

—¿Interrumpo? —pregunta Guzmán a mi espalda, colocándome sus manos sobre los hombros. Solo este contacto me pone la piel de

gallina.

—¿Qué haces aquí, hijo?

—Me han cancelado una operación, he ido a buscar a Alma y al no encontrarla he bajado a tomarme un café.

—Siéntate con nosotras —lo animo.

—Yo me tengo que ir ya. Otro día merendamos los tres juntos en casa, ¿vale? —Me sonríe Mayte, buscando una confirmación.

—Está bien.

La acompañamos hasta la puerta del hospital y la ayudamos a subirse en el taxi.

Volvemos al interior y por inercia nos dirigimos hacia los ascensores.

—¿Tienes que volver ya a planta? —Me retira de la cara el pelo suelto y me lo coloca detrás de las orejas.

—Tengo unos cuarenta minutos antes de la cita con mi nueva adjunta. ¿Y tú?

—Yo llevo el busca encima, así que me puedo escapar. Vamos. —Tira de mi mano y acelera por uno de los pasillos.

—¿Adónde me llevas?

—A mi despacho. Necesito un sitio donde pueda desnudarte y besarte sin que nadie me interrumpa. —La piel se me eriza por la anticipación.

—¿Y si nos pillan?

—Está vacío ahora. Los viernes no tengo consulta y el adjunto titular se ha cogido unos días. Tranquila, que solo yo tengo la llave.

Cuanto más lo conozco, más tiempo quiero pasar a su lado. No es solo algo físico, es la sensación de conexión, de intimidad. Saber que puedo contarle cualquier cosa y no pasará nada. La confianza que solo te da confesar a una persona tus mayores miedos y que no solo se quede, sino que te permita abrazar los suyos.

Abre la puerta y me deja entrar primero antes de pasar y cerrar.

—Ven —exige. En sus ojos puedo leer la misma hambre que yo siento.

Nuestras bocas se unen como si necesitaran el oxígeno del otro para respirar. Me coge en volandas y me sienta en la camilla que hay en uno de los laterales de la consulta. Abro las piernas y se sitúa entre ellas sin dejar de besarme.

—¿Cómo de tarde puedes llegar a esa cita? —pregunta mientras desciende por mi cuello dejando besos en el camino.

—Tengo que ser puntual… —Se me escapa un jadeo—. Solo tenemos veinte minutos.

—Tenemos tiempo de sobra. —Se quita la bata y me quita la mía. Vuelve a colocarse entre mis piernas y tiro de la parte de arriba de su pijama para dejarle el torso al descubierto.

Le paso las manos por los hombros y le acaricio los pectorales. Tiene un cuerpo de infarto. Le coloco la palma de la mano sobre el pecho y noto cómo su corazón está igual de acelerado que el mío.

No pierde el tiempo y me desabrocha la blusa sin llegar a quitármela.

—Creo que así me puedo apañar —comenta, metiendo una mano debajo de la copa de mi sujetador y acariciándome. Jadeo de nuevo y él sonríe—. Pero voy a necesitar que esto se vaya fuera. —Tira de la cintura de mis pantalones y le ayudo a quitármelos.

—Los tuyos también sobran —afirmo, desabrochándoselos, y dejo libre su erección.

Saca un preservativo del bolsillo de su bata y se lo pone.

—¿Siempre llevas eso ahí?

—Lo he cogido antes de ir a buscarte. Llevo queriendo tenerte sobre esta camilla semanas…

Veo el deseo en su mirada y crece la humedad que hay entre mis piernas.

—Ven —pido, como él ha hecho hace unos minutos.

Me cubre la boca con pasión mientras, con una de sus manos, acaricia mi centro y se asegura de que estoy lista.

Le agarro la erección y yo misma la introduzco en mi interior, haciéndonos suspirar a los dos.

—Vamos a tener que ser muy silenciosos —me susurra en el oído y mi excitación aumenta.

Nos miramos y nos acariciamos mientras se mueve lentamente en mi interior como si no tuviéramos prisa, diciéndonos con la mirada mucho más de lo que podríamos decir con palabras.

Nuestras respiraciones se acompasan y no dejamos de mirarnos a los ojos. Me acaricia el rostro al juntar de nuevo sus labios con los míos. Con el beso logramos silenciar nuestros gemidos y poco a poco aumentamos el ritmo.

Separa nuestras bocas y me mira de nuevo mientras lleva una mano entre nuestros cuerpos y me acaricia el clítoris. Siento que no puedo más y me muerdo el labio cuando comienzo a llegar al clímax.

—Guzmán —jadeo en un susurro y él me besa de nuevo cuando acelera las embestidas y llegamos juntos al orgasmo.

Descanso la cabeza sobre su hombro y deposita un dulce beso sobre mi cabeza. Se pega más a mí y me abraza.

—Dios, ha sido… —comenta cuando nos separamos.

—Increíble —respondo y él sonríe.

Y también abrumador. Lo que ha empezado como un polvo rápido llevados por las ganas del momento se ha convertido en nuestro encuentro más íntimo. Nunca había sentido nada así y tampoco sabría decir exactamente qué es lo que estoy sintiendo.

—Será mejor que nos vistamos o llegaremos tarde —propone mientras me pasa los pantalones.

Cuando nos dirigimos a la puerta veo que Guzmán observa la camilla.

—¿Está todo bien?

—Sí, solo pensaba en que no sé cómo voy a hacer ahora para pasar consulta aquí y no tener una erección —confiesa, haciéndome soltar una carcajada.

—Haberlo pensado antes —bromeo.

—No me arrepiento ni un poquito. —Me deja un beso fugaz en los labios.

—Yo tampoco.

Marcos aparece en el salón con varias cervezas seguido por Natalia.

—¿Cómo vais? —pregunta el técnico.

Hemos quedado todos en nuestra casa para hacer carteles de felicitación a Carlos.

Es una tradición que, cuando los estudiantes de Medicina salen de realizar el examen MIR, que dura cuatro horas y media, sus amigos y familiares los esperen a la salida.

Carlos le comentó a Jaime que no hacía falta que fuera, que no era su primera vez y que podían verse en casa directamente. Nuestro amigo fingió que le parecía bien, que mañana va a aprovechar para trabajar por la tarde en el hospital y así no estará nervioso por él. Y, en su lugar, ha organizado todo esto.

—¿Qué es lo que hay en la bolsa? —pregunta Esther. Sofía y yo nos reímos.

—Hemos pensado que, dado que esto se trata de demostrarle que lo queremos y, ya puestos, avergonzarlo un poco, podríamos disfrazarnos. —Mi mejor amiga abre la bolsa y saca del interior gorros con forma de cigüeña.

Nuestros amigos rompen a reír y nos felicitan por la idea.

—Jaime puso el apodo del Cigüeñas a Carlos antes de que empezaran a salir por todas las anécdotas que acumulaba entre embarazos falsos y partos. Ya no lo llamamos así, pero hemos pensado que sería gracioso —le explico a Guzmán.

—Se va a morir de vergüenza —dice Jaime con una sonrisa en la cara—. ¡Es genial!

—¿A qué hora termina el examen? —pregunta Esther.

—Sobre las ocho y media si empiezan puntuales —responde Guzmán—. ¿En qué facultad le ha tocado?

—En Derecho, a tomar por culo —responde Natalia.

—Podemos ir en dos coches si queréis. Yo he traído el mío —indica el cirujano como si tal cosa y ella me guiña un ojo como si no fuera evidente que se va a quedar a dormir.

—Me parece buena idea. Yo mañana puedo recoger a Natalia, Jaime y Esther al salir del hospital y vosotros tres vais desde aquí —propone Marcos.

—Así me gusta, así vosotros a la vuelta aparcáis el coche al lado de casa de las churris y los demás podemos darlo todo en el Henry's —comenta Natalia y Jaime asiente, de acuerdo.

—Esto ya casi está —indica Esther al terminar uno de los carteles —. Ya va siendo hora de que cenemos algo.

—¿Hamburguesas en el Henry's? —propongo.

—Perfecto, voy a avisar a Júnior de que vamos para allá —dice Jaime cogiendo su teléfono móvil.

Sofía termina de guardar los carteles con ayuda de Marcos mientras Natalia y Esther van a mi habitación a por los abrigos.

—¿No me habías dicho que te quedabas a dormir? —pregunto mientras me acerco a Guzmán y, cuando llego a su altura, enlaza sus manos en mi espalda.

—Se me ha hecho corto lo de esta mañana —susurra con su boca en mi oído—. Esta noche quiero tomarme mi tiempo.

—No me digas estas cosas en público, que pueden oírnos —protesto escondiendo la cara en su pecho.

—Estás preciosa cuando te sonrojas —responde y me deja un beso en la cabeza.

Me da la mano y nos unimos a nuestros amigos.

Cuento los minutos para que llegue la hora de acostarse y estar los dos solos.

39
TENDRÉ QUE CORRER ESE RIESGO

GUZMÁN

No necesito abrir los ojos para saber exactamente dónde estoy. Noto su cuerpo pegado al mío mientras oigo su suave respiración. Podría acostumbrarme a esto.

Miro el reloj, que marca las siete de la mañana. Aunque trato de dormir un poco más los fines de semana, mi cerebro debe de pensar que hoy nos toca guardia.

Salgo de la cama lentamente tratando de no despertar a Alma y me dirijo a la cocina.

—Ya pensaba que tenía que desayunar sola —comenta Sofía mientras saca dos tazas del mueble superior.

La primera vez que me quedé aquí a dormir y me desperté antes que Alma, intenté hacer tiempo hasta que ella se levantara porque me daba vergüenza ir al salón y no saber de qué hablar con Sofía. Pero, cuando no pude más y tuve que ir al baño, Sofía me interceptó al salir y me pidió ayuda con un caso de un paciente y desde entonces hemos establecido una rutina como los frikis de la medicina que somos.

—Es horrible; por muy cansado que esté, me despierto siempre a la misma hora.

—Yo ya me he rendido y he dejado de intentar dormir más. ¿Lo tomabas con poca leche, no? —pregunta mientras prepara nuestros cafés.

—Sí, ¿quieres tostadas? —Abro la despensa.

—Hazme dos, porfa. Voy llevando las tazas al salón —responde.

—¿Algo interesante esta semana? —pregunto tras dejar las tostadas entre los dos y pasarle la mantequilla y la mermelada.

—Tengo a un paciente ingresado con colitis ulcerosa que lo más seguro es que tenga que pasar por cirugía —me explica.

—¿Tienes aquí su historial?

—Sí, he pedido permiso para sacar una copia, ya que voy a hacer una exposición sobre él. —Me lo pasa.

Analizo los valores de los análisis y los resultados de las últimas pruebas de imagen.

—La mejor solución parece una ileostomía.

—Sí, lo sé, pero el paciente no está por la labor. Dice que se niega a que le pongan una bolsa.

—¿Has hablado con Alma? Puedes pedir una interconsulta a Psicología y que hablen con él. Quizá le vendría bien conocer a otros pacientes ostomizados. A mi madre la ayudó mucho ir a la asociación de esclerosis múltiple.

—Buena idea, se lo diré a mi adjunto. ¿Cómo está tu madre? Hace mucho que no te pregunto.

—Muy bien, parece que el brote ha pasado y ha mejorado mucho con la rehabilitación y con la terapia. Alma ya le ha dado el alta.

—Entonces ya no es su paciente, ahora es solo su suegra —bromea mientras tantea mi reacción y yo sonrío—. Pensé que te ibas a asustar por la palabra, pero se te ve encantado.

—Fue ella la que me dijo que no era un buen momento para tener una relación…

—¿Y qué se supone que tenéis ahora mismo si no es eso? —pregunta. Me encojo de hombros.

—Lo sé, pero prefiero no sacar el tema. A fin de cuentas, es solo una palabra y, mientras me deje estar a su lado, puede llamarme como quiera.

—Y pensar que antes me caías mal… —comenta. Suelto una carcajada.

—Te quería comentar una cosa —confieso, cambiando de tema sin saber muy bien por dónde empezar.

—Dime.

—¿Tú estás contenta con tu psicóloga? —pregunto sin más miramientos.

—¿Síií? —Arrastra la última letra mientras me mira de manera extraña.

—La pregunta ha sido un poco rara, perdona —reconozco un poco avergonzado—. Es que estoy pensando en empezar a ir a terapia.

—Ah, ok, no sabía por dónde ibas… —responde mientras sonríe—. Estoy muy contenta. Mi psicóloga está especializada en duelo, pero también trata a pacientes de todo tipo. Si quieres te paso su contacto.

—Te lo agradezco.

—Yo también quería preguntarte algo…

—Claro, lo que quieras.

—¿Cómo ves a Alma? —pregunta mientras se muerde el labio. La noto preocupada, como si llevara tiempo postergando hacerme esta pregunta y por fin se hubiera atrevido.

—Demasiado bien, si te soy sincero.

—Opino lo mismo. —Deja salir el aire de los pulmones como si se hubiera librado de un gran peso.

—Ella dice estar bien cuando le pregunto y parece ser cierto, pero hay veces que dudo. Me da miedo no saber cómo ayudarla o no estar haciendo lo que necesita.

—A mí me pasa igual.

—Ella siempre sabe qué decir y cómo apoyarme. Incluso sabe que estoy mal antes de que yo me dé cuenta. —Sonrío.

—Tiene un superpoder para eso. Creo que lo único que podemos hacer es estar a su lado y demostrarle que no tiene que ser fuerte siempre.

—Sí, tienes razón.

Oímos pasos en el pasillo y la vemos aparecer con su pijama rosa y el pelo revuelto.

—¿Otra vez madrugando sin motivo? —Se acerca adonde estamos y se sienta en mis piernas.

—Si tuvieras más guardias seguro que también te despertarías —responde Sofía.

—Paso. Con una fue suficiente. Os dejo a vosotros, que se os da mejor. —Le hago cosquillas y se retuerce encima de mí.

—¿Quieres café y tostadas? —le pregunto.

—No te preocupes, ya me preparo yo el desayuno. —Se levanta y yo con ella.

—No me cuesta nada. —Le dejo un breve beso en los labios—. Siéntate. Ahora vuelvo.

Me alejo hacia la cocina y por el pasillo continúo escuchándolas.

—Rober ha organizado una cena en su casa el jueves que viene y me ha dicho que invite a Guzmán si quiero. No sé qué hacer.

Debería cerrar la puerta, pero necesito saber la respuesta.

—¿Tú quieres que vaya?

—Sí, pero no quiero marearlo. No puedo decirle un día que ahora no es un buen momento para tener una relación y luego invitarlo a que conozca a mi familia.

—Técnicamente tú conoces a su madre. Si le presentas a tu hermano sería algo así como tablas. —Cada vez me cae mejor Sofía.

—No sé…

—Tu hermano quiere conocerlo porque te ha ayudado mucho estos meses, ¿no? —No oigo su respuesta, pero entiendo que

asiente—. Y querría conocerlo tanto si fuera tu pareja como si fuera un amigo o amiga, ¿no?

—Sí, supongo.

—¿Dónde está el problema entonces? Vas, y cuando abra la puerta, dices: «Roberto y Mamen, este es mi amigo Guzmán». Y cuando tus sobrinas pregunten si es tu novio, pues les dices que son cosas de mayores —bromea y oigo cómo las dos se ríen.

—Ahora cuando venga se lo pregunto. A ver qué dice. Igual no le apetece…

—Clarooo, seguro que se niega.

—¿Tú crees?

Sofía suelta una carcajada.

—Parece mentira que, siendo psicóloga, seas tan insegura cuando se trata de ti —comenta.

Llegamos a la Facultad de Derecho media hora antes de que finalice el examen MIR y ya está todo lleno de gente.

—Recuerdo que, cuando tú te examinaste, vinimos Rober y yo a recibirte —le dice Alma a Sofía pasándole un brazo por los hombros.

—Me llevé una gran sorpresa. —Sonríe—. Por la noche Mamen preparó una cena especial.

—Mis compañeras de piso me hicieron carteles —recuerda Natalia —. Menuda fiesta nos pegamos luego, o eso creo, porque no recuerdo nada.

—Borracha, pero buena muchacha —indica Jaime haciéndonos reír.

—¿Y a ti, Guzmán? —me pregunta Esther.

—Mi familia nunca ha sido de estas cosas… Prefirieron retrasar la celebración hasta estar seguros de que conseguía la plaza —confieso un poco avergonzado.

—Pues con nosotros esas cosas se han acabado. Cualquier posibilidad de hacer el mamarracho la utilizamos —me informa el

celador—. Así que, si te presentas a algún examen o prueba importante, prepárate.

Sonrío a modo de agradecimiento. Ni se imagina lo importantes que son sus palabras para mí.

—Ya podrían hacer el examen en mayo, menudo frío hace —protesta Natalia.

—Ya queda menos. Muévete en el sitio y así entras en calor —propone la enfermera.

Todos obedecemos y empezamos a movernos. Jaime hace el tonto y se inventa una coreografía, haciéndonos reír.

—¡Que ya salen! —indica alguien y todos miramos hacia la puerta.

—Los sombreros, tomad. —Sofía nos reparte nuestros gorros de cigüeña y nos pasa los carteles para que los alcemos—. ¿Crees que se esperará que vengamos? —me pregunta, a mi derecha.

—No es por desanimar, pero, ahora que os conozco a todos un poco más, veo poco probable que piense que vais a perder una oportunidad de hacer un poco el ridículo —les digo sonriente—. Pero con los gorros seguro que se sorprende.

Pasados veinte minutos, Marcos lo ve entre la gente y nos avisa.

—¡Doctor Cigüeñas! Acuda a Ginecología —grita Jaime por el megáfono, que hasta ahora no me había fijado que llevaba.

—¿De dónde ha sacado eso? —pregunto mientras Carlos nos divisa y viene hacia nosotros.

—Al parecer, tiene un vecino que es sindicalista y se lo ha prestado —me aclara Alma.

Carlos llega hasta donde estamos; cuando ve los gorros se sonroja y luego se emociona.

—Cari, no llores. —Jaime lo envuelve entre sus brazos—. ¿Tan mal te ha salido? —pregunta mientras limpia las lágrimas de emoción de su pareja—. A ver si después de montar este despliegue me vas a suspender —bromea, ganándose un empujón de Natalia, y consigue hacer reír a Carlos.

—Me ha salido muy bien. Creo que tengo muchas posibilidades —confiesa ya sonriendo.

—Pues ahora a beber, que tienes que olvidar todo lo estudiado para hacer hueco a los nuevos pacientes —dice ella pasándole un brazo por los hombros.

Nos dividimos en dos coches como habíamos planeado, y Marcos y yo aparcamos cerca de casa de las chicas tras dejar al resto en la puerta del bar.

Veinte minutos después caminamos hacia la barra para reunirnos con nuestros amigos. Alma, Sofía y Esther están bailando en la pista con Carlos.

—¡Ya estáis aquí! —exclama Jaime y nos abraza.

—¿Ya habéis empezado con los chupitos? —pregunta el técnico al ver la exaltación de su amigo.

—¿Tú qué crees? —Natalia nos ofrece uno a cada uno.

—Dios, esto está fuerte. ¿Qué es? —pregunto tras dejar el vasito en la barra.

—Jägermeister —responde Natalia.

—Es una bebida que usaban los nazis para hacer hablar a la gente —comenta Jaime y el resto suelta una carcajada y yo no entiendo nada.

—¿En serio, Guzmán? ¿No has visto *Paquita Salas*? —pregunta indignado.

—No, ¿es una película?

—¡Madre mía! Y pensar que me caías bien. Esto hay que solucionarlo. Creo que Alma tiene Netflix, voy a preguntarle. —Se aleja seguido de Marcos, que se acerca a bailar con su chica.

—Llevo toda la tarde esperando a ver si nos quedábamos solos para preguntarte una cosa —comenta Natalia seria.

—¿Está todo bien?

—Sí, sí, perdona, lo he dicho como si fuera algo de vida o muerte y no es tan importante. Ayer por la mañana me confirmaron que me han concedido las prácticas en Barcelona.

—Felicidades, es una muy buena noticia.

—Lo sé, me está costando guardar el secreto, pero prefiero esperar a la semana que viene porque quiero que este finde sea de Carlos.

—Te entiendo. —Sonrío.

—Quería decírtelo porque imaginaba que también tendrías noticias de París, pero igual he metido la pata y no te la han concedido…

—Me la han concedido —respondo taciturno.

—¿Y no estás contento? —pregunta confusa.

—Ha habido un cambio de planes y, en vez de en verano, tendría que incorporarme en unas semanas y eso no es posible…

—Alma.

—Sí, Alma. Quiero estar con ella en la intervención y en la recuperación. He hablado con la encargada del programa y he rechazado la rotación.

—¿Lo sabe ella? —pregunta sorprendida.

—No, y quiero que siga siendo así. No me dejaría quedarme y se sentiría muy culpable. Por favor, guárdame el secreto.

—Sabes que si se entera se va a enfadar por no decirle la verdad.

—Tendré que correr ese riesgo. —Me encojo de hombros.

—Guzmán…

—¿Sí?

—Eres un buen tío. —Se acerca a mí y me abraza. Le devuelvo el gesto y a los pocos segundos se separa—. ¡Hala, ya! Se acabaron los sentimentalismos. Tengo una reputación que mantener. —Sonrío—. Vamos a bailar, que a este paso Jaime va a acabar con todo el alcohol del bar.

Llego hasta Alma y la abrazo por la espalda.

—¿Todo bien? —pregunta mientras se gira para mirarme.

—Ahora sí.

40
CÓMO PUEDE SER TAN GUAPO

ALMA

Llamo a la puerta del despacho y espero a que me den permiso para entrar.

—Adelante.

Entro y veo a Fátima, mi tutora en esta rotación, revisando unos historiales.

—Ah, eres tú, Alma. Pasa y siéntate.

Vine hace unos días a presentarme y contarle mi situación y, tal y como me dijo Beatriz, no me puso ningún problema; todo lo contrario, me propuso organizar mi calendario juntas, una vez supiéramos la fecha de la intervención, para que la incorporación al trabajo tras la cirugía fuera lo más fácil posible para mí.

—¿Llego muy pronto?

—Llegas en el momento exacto. Me gusta la gente puntual. —Sonríe e imito su gesto—. ¿Cómo estás? ¿Nerviosa?

—Un poco, tengo experiencia con adolescentes, pero no he tratado a niños más pequeños.

—No te preocupes por nada. Como te comenté el otro día, esta primera semana estarás como observadora viendo cómo funciona

todo en las sesiones individuales. La terapia de grupo, por lo que me han comentado Beatriz y Fernando, eres más que capaz de llevarla tú sola…

—Sí, con Beatriz llevaba algunas sesiones de *mindfulness* y, desde hace un par de meses, Fernando me deja dirigir también algunas del grupo de TCA en jóvenes adultos.

—Además del de Fernando, tenemos otro grupo de TCA en adolescentes para los que están ingresados. El abordaje es diferente, como ya te explicará Judith, la residente de tercer año que lo dirige. —Asiento—. Ahora acompáñame a la salita y así nos tomamos un café mientras te presento a todo el equipo.

Todos los miembros del equipo son encantadores y me dan la bienvenida. Mientras desayunamos me explican cada uno sus funciones y me informan sobre los diferentes grupos de terapia y programas que desarrollan en la unidad.

—En consulta vemos pacientes con diferente sintomatología, pero tras la pandemia aumentaron exponencialmente la depresión en adolescentes y las autolesiones —explica Fátima.

—También aumentaron los casos de divorcio después del confinamiento, y eso a veces también nos complica nuestro trabajo —indica Judith.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Cuando los niños son menores de dieciséis años necesitamos el consentimiento por escrito de ambos progenitores para poder tratarlos si comparten la patria potestad. Y muchas veces uno de los dos no está de acuerdo.

—Entonces ¿un padre puede llevar a Urgencias a su hijo con dolor de garganta sin necesidad de pedir permiso al otro progenitor, pero si este sufre depresión tiene que autorizarlo?

—Así es. A no ser que pudiéramos demostrar que corre peligro su integridad física, que ahí entrarían los trabajadores sociales —responde mi compañera.

—Sabemos que es surrealista, pero es la legislación y hay que cumplirla, ¿entendido?

—Entendido.

Paso la mañana poniéndome al día de otros protocolos, como los de maltrato y abuso infantil. Al final del turno entro en la consulta de Fátima y observo el caso de una adolescente que sufre *bullying* en su centro escolar.

Cuando me despido de mi tutora, todavía siento la rabia dentro de mí. ¿Cómo puede alguien disfrutar haciendo sufrir a otra persona? Por más que estudie y por más casos que vea, es algo que no consigo entender. Soy consciente de que en muchas ocasiones los niños que ejercen violencia también la sufren y vienen de hogares desestructurados, pero ahora solo puedo pensar en las lágrimas de esa niña y en su intento autolítico hace dos meses. Solo tiene trece años.

Compruebo el móvil de camino al ascensor y veo que tengo un mensaje de Esther.

Esther:

Estás en el hospital?

Alma:

Justo he terminado.

Todo bien?

Esther:

Comemos juntas?

Conozco a Esther y sé que algo le pasa. Últimamente ha estado un poco más alejada y en varias ocasiones se ha descolgado de nuestros planes. Le hemos dejado su espacio porque sabemos que la terapia le está removiendo muchas cosas y hay momentos en los

que prefiere estar sola. Ella sabe que puede contar conmigo para lo que necesite y me alegro de que haya dado ese paso.

Quedamos en la entrada del hospital y, cuando salgo del ascensor, la veo esperándome.

—¡Qué rápida! —exclamo mientras me acerco a abrazarla.

—Cuando te he escrito ya estaba aquí —responde con una sonrisa nerviosa.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—A un sitio donde podamos hablar tranquilas…

—Pues vamos a mi casa entonces. Seguro que podemos apañar algo con lo que hay en la nevera.

La miro mientras comemos sin decir nada. No es un silencio incómodo y sé que está buscando las fuerzas para contarme lo que le preocupa. Lo noto por cómo mueve la pierna nerviosa y me rehúye la mirada.

—Puedes contarme cualquier cosa, lo sabes, ¿no? Nunca saldría de aquí ni te juzgaría —indico, invitándola a hablar.

—Lo sé. —Oigo la duda y la vergüenza en su voz.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a recoger los platos y prepararnos unas infusiones muy ricas que compré el otro día en el supermercado. Y si crees que te puede ayudar contarme eso que te preocupa, lo haces y si no, pues nos ponemos una peli, ¿vale? —Asiente.

Vuelvo diez minutos después con nuestras tazas y las coloco en la mesita frente al sofá donde mi amiga ya está sentada.

—He traído un vaso con hielo porque están muy calientes —informo.

—Quiero contártelo porque necesito tu opinión, pero me da vergüenza… Es que en el fondo sé que es una tontería. Seguro que no tengo motivos para ponerme así y le estoy dando más

importancia de la que tiene. —La voz le tiembla al final de la frase y le cojo la mano.

—Nada que te haga ponerte así es una tontería. No invalides tus emociones. Respira y empieza por donde quieras.

Me quito los zapatos y me cruzo de piernas sobre el sofá, y ella me imita. Cojo una manta que hay en el lateral y la paso por encima de las dos.

—Creo que me gusta Andrés —confiesa y yo sonrío—. Vale, sé que para vosotras no es ninguna sorpresa, pero para mí sí. No pensé que después de lo de mi ex podría sentirme atraída de nuevo por un chico. No he estado con nadie desde entonces. Ni romántica ni físicamente, ya me entiendes. —Se sonroja.

Cuando me pidió ayuda para buscar psicóloga me confesó que su pareja, además de maltrato físico, también la había agredido sexualmente. Desde que pasó ha rechazado cualquier tipo de acercamiento con otros chicos.

—Es una buena noticia que te permitas sentir atracción por un chico. ¿Qué te preocupa?

—Todo. Él no sabe lo que me pasó… Lo que mi ex me hizo —se corrige—. La parte física no es lo que más me preocupa, aunque sé que me costaría confiar… Es que no sé cómo se supone que le dices esto a alguien y pretendes que no salga corriendo.

—¿Has hablado de esto con Marta?

—Sí, estamos trabajando en ello en las sesiones, pero creo que todavía no estoy preparada.

—Pues no tengas prisa. Entiendo que puede ser un poco desesperante, pero es mejor ir poco a poco. Lo que más te va a ayudar es confiar, que esa persona te dé seguridad y que sepas que estando con ella del modo que sea estás a salvo. —Asiente—. ¿Él te ha pedido salir o te ha dicho que siente algo por ti?

—No, igual soy yo, que me estoy montando películas y él ni siquiera…

—No te estás montando películas —la interrumpo—, pero no puedo desvelar mis fuentes.

Sonríe y se sonroja.

—No quiero que él piense que no me interesa, pero tampoco quiero darle pie a que piense que quiero tener algo porque quiero, pero todavía no. Si es que ni yo misma me entiendo.

—Pues lo has explicado muy bien, necesitas ir poco a poco. Empieza por ser su amiga e ir conociéndoos y déjate llevar. Si en algún momento te sientes preparada para compartir con él algo de lo que te pasó, puedes hacerlo.

—Estoy harta, Alma. Pensé que ya lo había superado y mira… —Los ojos se le llenan de lágrimas.

—Habías bloqueado el trauma, pero no te habías enfrentado a él. La agresión en Urgencias hizo que todo volviera de golpe. Sé que es una putada, no pretendo quitarle hierro al asunto, pero también es una oportunidad para sanar y demostrarte que puedes seguir adelante.

—Yo solo quiero superarlo y seguir con mi vida.

La abrazo y poco a poco la respiración se le relaja.

—¿Llevas tiempo dándole vueltas a esto o ha pasado algo hoy?

Se muerde el labio y suspira, haciéndome reír.

—Esta mañana levantando a un paciente me he hecho daño y me ha dado un tirón en el cuello.

—Te veía más rígida, pero pensé que era por los nervios.

—No, es por la contractura que tengo aquí. —Me coge la mano y la coloca en su trapecio, que está como una piedra—. Después de eso he continuado con mi jornada y he aprovechado el descanso para acercarme al gimnasio de fisioterapia para ver si estaba Andrés por si me podía enseñar algún estiramiento o algo. —Se muerde el labio nerviosa y, al ver que sonrío, se tapa la cara con vergüenza—. Tía, cómo puede ser tan guapo.

Suelto una carcajada y ella se ríe conmigo.

—No lo sé, pero coincido.

—Sigo con la historia, que me descentro. Estaba tratando a un paciente, pero al verme me ha sonreído y me ha dicho que me acercara. Le ha mandado hacer unos estiramientos y me ha pedido que me siente y me ha estirado el cuello. Y…

—¿Yyyyyy?

—Y como me ha visto bastante mal, me ha preguntado si tenía la tarde libre y le he dicho que sí. Me ha propuesto venir a casa a tratarme el cuello. Al parecer, tiene una camilla de esas plegables y dice que no le cuesta nada. No he sabido cómo negarme y me ha dado su número de teléfono para que le pase mi dirección. No sé qué excusa ponerle, pero no estoy preparada para estar los dos solos en mi casa. No sabía que se pudiera estar muy feliz y a la vez estar muerta de miedo.

—Tengo una idea. ¿Y si dices de ir tú a la suya? Guzmán estará allí preparando la sesión clínica que presenta mañana y yo pensaba acercarme a cenar y pasar allí la noche. Podemos ir las dos desde aquí y luego cenamos los cuatro juntos.

—¿Seguro? No quiero cortaros el rollo a Guzmán y a ti. Seguro que os apetece estar solos y no…

—Seguro. Escríbele y dile que a las seis estamos allí. Dile que te lo he propuesto yo al decirme lo de tu cuello.

—Muchas gracias, Alma. —Me abraza y ahora sí muestra una sonrisa sincera.

41
SIEMPRE HARÉ LO QUE ESTÉ EN MI MANO PARA AYUDARTE

GUZMÁN

Suena el despertador y lo apago, tratando de no despertarla.

—¿Ya es hora de levantarse?

—No, quédate un ratito más y te despierto cuando salga de la ducha —respondo mientras cojo la ropa del armario.

—Gracias —responde y me acerco a besarla.

Profundiza el beso y acabamos separándonos entre jadeos.

—Eres mala y al final vas a hacer que llegue tarde. —Le hago cosquillas.

—No seas gruñón. Ve a la ducha y yo mientras hago el desayuno.

Disfruto del agua caliente mientras pienso en la tarde de ayer; lo pasamos realmente bien. Alma me ayudó a repasar la sesión clínica de hoy mientras Andrés se ocupaba de la contractura de Esther y, tras finalizar el tratamiento, se unieron a nosotros para cenar todos juntos.

Me hizo mucha gracia ver a mi amigo tan cortado al principio por tener a la enfermera en casa. Es obvio que le gusta, pero quiere tomárselo con calma. Al final me hizo caso y le pidió su número. Solo ha tardado dos meses en decidirse.

Cuando salgo de la ducha, Alma ya tiene preparado el desayuno en la mesa del salón.

—¿Y este despliegue?

—Es un desayuno de buena suerte para que te salga muy bien la sesión clínica. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco nervioso, no te voy a engañar. Es la primera vez que hago una presentación en uno de los salones de actos. No sé en qué momento ha pasado de ser una exposición sobre un caso práctico a convertirse en una sesión pública a la que pueden acudir el resto de los residentes.

—Si tu tutor te ha dado esa oportunidad es porque confía en tu talento y sabe que lo vas a hacer bien.

—Ya, pero son muchos más ojos. Incluyendo los de Saavedra, que no va a dudar en hacer preguntas.

—Para las que estás más que preparado. Es a las doce, ¿verdad?

—No hace falta que vengas. Acabas de empezar en la nueva rotación y me sabe fatal que tengas que pedir favores…

—Tengo derecho a un descanso y a elegir dónde disfrutarlo. —Sonríe y yo le beso la sonrisa.

Nos separamos en la entrada del hospital cuando cada uno pone rumbo a su planta.

—Buenos días, Guzmán. ¿Qué tal van esos nervios? —pregunta la doctora Prieto, mi nueva tutora, ahora que he comenzado la rotación de Cirugía Torácica.

—Se hace lo que se puede —respondo vagamente.

No llevo mucho rotando en esta unidad, pero mi tutora y yo conectamos desde el principio. Según me comentó, se vio reflejada en mí porque era igual de asquerosamente perfeccionista (sus

palabras, no las mías) mientras hacía la residencia y se ha tomado como algo personal hacer que me relaje y disfrute de la experiencia.

—Es solo una sesión clínica. No estás compitiendo contra nadie. Ya trataste a ese paciente, lo operaste y está felizmente recuperado en su casa.

—Visto así…

—Acompáñame a quirófano, que justo me acaban de avisar de que ha llegado un trauma torácico. Iba a encargarte los posoperatorios, pero creo que hoy necesitas despejarte.

—Te lo agradezco.

Al llegar al quirófano vemos que el trauma torácico es más complejo de lo que parecía y, aunque el paciente está estable, será necesario realizar una toracotomía para reparar el pulmón, que ha sufrido numerosas laceraciones por las costillas fracturadas.

La doctora Prieto me explica la técnica y me pide que coloque el drenaje mientras me guía sobre cómo hacerlo.

Cuando cerramos y nos lavamos, miro el reloj y veo que solo quedan quince minutos para que empiece mi ponencia.

—Acabas de reparar un pulmón y has salvado la vida de ese chico. Hablar en público no debe de ser muy complicado… —Sonríe y me doy cuenta de sus intenciones.

—Muchas gracias, doctora Prieto.

—Ángela.

—Gracias, Ángela.

Abandono el quirófano y, tras asegurarme de que llevo el *pendrive* encima, me dirijo hacia el salón de actos, que ya ha comenzado a llenarse.

La sesión sale mucho mejor de lo que pensaba. En el turno de preguntas, otros residentes se animan y puedo responder a sus dudas sin problemas. Algunos adjuntos presentes hacen

sugerencias, que agradezco, sobre el caso y Saavedra permanece en silencio sin saber qué decir. ¿Le he dejado sin palabras?

Las personas van abandonando la sala y yo me quedo hablando con el doctor Hernán, el adjunto con el que operé a este paciente, que me felicita por la exposición.

—Creo que alguien quiere darte la enhorabuena también —señala hacia la grada y veo a mi padre sentado con una sonrisa.

Nos acercamos allí y se levanta a saludarnos.

—Encantado de verte, Beltrán. Tu chico lo ha bordado hoy —dice mi antiguo adjunto, dándome un apretón amistoso en el hombro.

—Desde luego que sí.

Se despiden y vamos juntos hasta la puerta.

—Muchas gracias por venir, papá. Significa mucho.

—Estoy muy orgulloso —me dice mientras sonríe y me abre la puerta del salón de actos.

Fuera está Alma un poco retirada, dándonos espacio. Le hago una señal para que se acerque y obedece.

—Tú debes de ser Alma —dice mi padre, adelantándose a la presentación—. Mi mujer me ha hablado muy bien de ti. Y mi hijo también, aunque seguro que le da vergüenza que lo diga. —Ambos se ríen mientras yo niego con la cabeza.

—Encantada de conocerle —responde ella.

—Tutéame y llámame Beltrán, Alma. Ahora somos… —Me aclaro la garganta y le dedico una mirada asesina a mi padre. Como siga así va a asustarla.

—Encantada, Beltrán —dice Alma sonriendo y me pasa un brazo por la espalda para quedar pegada a mi costado. Me encanta cuando hace eso y la manera en que su cuerpo encaja con el mío.

—¿Cómo estás? Guzmán me lo contó hace unas semanas. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmelo.

Tras la afirmación de mi padre me tenso, no sé cómo se va a tomar que le haya contado lo de su cirugía. Le prometí que

guardaría el secreto, pero necesitaba hablarlo con alguien y quería saber su opinión como cirujano plástico.

—Un poco nerviosa… Con ganas de que pase ya.

—Estás en las mejores manos. Teresa es increíble.

—Sí que lo es.

—No me puedo entretener más, que he quedado con tu madre para acompañarla a rehabilitación. Me alegro de veros, chicos.

Nos quedamos a solas y Alma me abraza.

—Tengo dos cosas que decirte.

—¿Hay una buena y una mala? —pregunto, y ella se ríe.

—No, las dos son buenas. La primera es que estoy muy orgullosa de ti. Has estado increíble ahí dentro, aunque eso ya sabía que ocurriría…

—¿Y la segunda?

Coge aire antes de responder y me mira a los ojos emocionada.

—Gracias.

—¿Gracias? No entiendo.

—Le hablaste a tu padre de lo que me pasaba hace semanas…

—Sí, a principios de año, necesitaba…

—Hablaste con él sobre mi cirugía cuando estabas tan enfadado con él como para no cogerle el teléfono. —Asiento—. Lo hiciste por mí.

—En esos momentos estaba siendo un desastre como padre, pero aún es uno de los mejores cirujanos plásticos y tenía que asegurarme de que…

Me interrumpe acercando su boca a la mía y tengo que recordarme que estamos en el hospital para no dejarme llevar por ese beso.

—No me tienes que dar las gracias —respondo cuando nos separamos mientras le acaricio las mejillas—. Siempre haré lo que esté en mi mano para ayudarte.

—Esta noche mi hermano me ha invitado a cenar a su casa; lleva semanas queriendo conocerte, pero me daba miedo que…

—¿Pensabas que te diría que no o te daba miedo dar ese paso por lo que podría significar?

—Supongo que un poco de todo. No le he contado nada de nosotros, pero sabe que me has ayudado mucho estos meses.

—¿Te recojo a las ocho cuando salgas de la terapia de grupo y vamos en mi coche?

La sonrisa que me dedica podría iluminar todo el hospital. Asiente y ahora soy yo el que la abraza.

Cuando entramos en la vivienda, un pequeño torbellino viene caminando hacia nosotros. Antes de alcanzarnos, la niña se cae de culo y comienza a llorar.

—Cloe, no ha pasado nada —la tranquiliza Alma agachándose y la coge en brazos. Su sobrina le acerca la cabecita al cuello y se calma.

—Tú debes de ser Guzmán —indica el padre de la cría—. Yo soy Rober, encantado.

—Lo mismo digo.

—Pasad y colgad aquí los abrigos. —Nos señala un perchero—. Mamen está con Astrid terminando de repasar matemáticas, que mañana tiene examen.

—Me encantaban las matemáticas —confieso en voz alta.

—No sabes la alegría que se va a llevar mi mujer al oírlo. Ya sabemos quién se va a encargar de las clases particulares a partir de ahora —bromea su hermano.

Alma le da un codazo mal disimulado y yo sonrío internamente ante la idea de formar parte de su familia en un futuro. ¿En serio Alma pensaba que su hermano no se iba a dar cuenta de lo que hay entre nosotros?

42
TODO VA A SALIR BIEN

ALMA

Observo cómo mi sobrina Astrid se sonroja y asiente cuando Guzmán le pregunta si quiere más agua tras llenar su vaso.

Me recuerda a Sofía y a mí cuando teníamos su edad y Rober invitaba a sus amigos a casa. A nosotras nos parecían todos muy guapos, pero ellos no nos miraban porque éramos unas niñas.

Terminamos de cenar y Astrid nos ayuda a recoger la mesa antes de irse a la habitación para repasar un poco para el examen antes de dormir.

—¿Tú eras tan aplicada a su edad? —pregunta Guzmán mientras metemos los platos en el lavavajillas. Los anfitriones han intentado negarse, pero hemos insistido.

—Cuando tenía su edad pasó lo de mi madre y me descentré un poco —confieso avergonzada por mi época rebelde.

—Te esforzaste y, a pesar de todo, conseguiste pasar de curso sin ninguna suspendida —apunta mi hermano entrando en la cocina—. Siempre le gusta quitarse mérito —indica a Guzmán.

—Ya me voy dando cuenta. —Sonríe.

Nos desplazamos al salón y Mamen se sienta en la butaca para que yo pueda sentarme entre mi hermano y Guzmán.

Hablamos relajados y aprovecho el momento para hablarles de la llamada que he recibido esta mañana. Llevo todo el día tratando de no pensar mucho en ello.

—Tengo algo que contaros, estaba esperando a que estuviéramos solos —explico nerviosa.

—¿Está todo bien? —pregunta Guzmán preocupado cogiéndome la mano y coloca ambas encima de mi pierna, que no me había dado cuenta de que la estaba moviendo.

—Esta mañana me han llamado y ya tengo la fecha de la cirugía. Es en seis semanas. El 4 de abril. —Me giro hacia el residente—. Ha sido justo cuando has terminado tu ponencia y no quería estropearte el momento.

Bajo la cabeza y trato de respirar tranquilamente del mismo modo que les enseño a mis pacientes que sufren ansiedad. Pensé que tras compartir la noticia me sentiría mejor, pero no es así. Tengo un nudo en la garganta que cada vez se hace más grande. Evito mirar a mi hermano porque ahora que lo he dicho en voz alta empiezo a darme cuenta de que es real y en muy poco tiempo lo será todavía más.

—¿Cómo te encuentras, peque? —Me levanta la barbilla con la mano forzando a que lo mire. Me conoce demasiado bien. El labio comienza a temblarme y siento cómo las lágrimas me recorren las mejillas. Me encojo de hombros a modo de respuesta—. Ven.

Me abrazo a mi hermano mientras sollozo y él me acaricia la espalda a la vez que me acerca más a su cuerpo.

Mamen le pregunta a Guzmán si puede ayudarla en la cocina y abandonan el salón. Ella sabe que necesito estar a solas con Rober.

—Necesito a mamá. No puedo hacerlo sin ella —confieso rota por el dolor de su ausencia.

—Mírame —me pide mi hermano con voz dulce y, cuando lo hago, me limpia las lágrimas que se me escapan de las mejillas—. Puedes hacerlo. Eres la persona más valiente que conozco. ¿Me oyes? —Su

voz también se rompe y se tapa la cara con las manos. Por cómo le tiembla el cuerpo, sé que está llorando.

—Rober, no llores.

—Me moriría si algo te pasara. —Coge aire antes de continuar.

—No soy valiente. Estoy muerta de miedo.

—Y, aun así, vas a operarte y te vas a enfrentar a ese miedo. —Asiento—. Gracias a eso, a tu valentía, puedo tener la certeza de que no te vas a ir antes de tiempo como mamá.

Nos abrazamos y lloramos en silencio por el pasado que compartimos, el presente que nos asusta y un futuro lleno de esperanza.

—Creo que he asustado a Guzmán —confieso bajito cuando estamos los dos más calmados, y mi hermano suelta una carcajada.

—Vas a necesitar mucho más que esto para que ese chico salga corriendo.

Le doy un empujón y él se ríe de nuevo.

Es la señal que mi cuñada aprovecha para entrar de nuevo al salón seguida de Guzmán llevando ambos en cada mano un cuenco de helado.

Rober se levanta, besa a su mujer y asiente cuando esta, sin palabras, le pregunta si está bien.

Guzmán se sienta a mi lado y me pasa uno de los cuencos.

—¿Estás mejor? —pregunta y yo asiento.

—Perdona por…

—Como se te ocurra disculparte por llorar, me llevo el helado. —Suelto una carcajada al ver que lo dice en serio.

—¿Te quedas esta noche en casa? No quiero dormir sola.

—No se me ocurre un plan mejor. —Posa sus labios sobre mi cabeza y me da un breve beso.

—Como ves, Guzmán, en esta familia somos muy sentimentales —comenta Rober acercando una silla a la butaca donde está sentada su mujer—. Quiero aprovechar para darte las gracias por ayudar a Alma estos meses.

—No tienes que darlas. Tengo intención de seguir haciéndolo siempre que me deje como médico y como… amigo.

Miro a mi hermano y este niega con la cabeza sabiendo que lo de no poder decir que somos pareja es algo mío. Pongo los ojos en blanco y él se ríe.

—La amistad es muy… bonita —responde Rober y se gana una patada, que evita antes de que lo alcance—. Guzmán, me he estado informando en internet sobre la intervención y los cuidados tras la cirugía, y he leído que…

Desconecto de la conversación cuando Guzmán y Rober empiezan a hablar del posoperatorio, de cómo ayudarme y de los días que estaré ingresada.

Mi cuñada coge su cuenco de helado y el de Rober, y yo la imito y la sigo a la cocina.

—Son conscientes de que la paciente soy yo, ¿no? —bromeo cuando nos quedamos a solas.

—Tu hermano lo está pasando bastante mal y necesita sentirse útil. Eres su niña. Está acostumbrado a cuidarte desde que eres pequeña. Déjale que organice lo que quiera, que cuando llegue el momento ya serás tú la que diga lo que necesitas.

Me vienen a la mente recuerdos de cuando yo era pequeña y mi madre estaba enferma. Yo solo quería hacer cualquier cosa para ser útil y que se sintiera mejor. Mi padre lo sabía y me pedía pequeñas cosas, como que le llevara un vaso de agua o le acercara las gafas cuando se las olvidaba en el salón. Eran pequeños gestos que no marcaban una diferencia para ella, pero me daban a mí la oportunidad de hacer algo porque, cuando eres familiar o acompañante de una persona que está enferma, no hay nada peor que la impotencia de no poder hacer nada por ayudar. Y haber estado en el otro lado hace que me cueste mucho asumir que las personas que me quieren tengan que pasar por algo similar. En mi caso no es debido a una enfermedad, pero igualmente voy a necesitar que me acompañen en el proceso.

—Me siento muy culpable por hacerle pasar por esto —confieso.

—Es lógico teniendo en cuenta que tú elegiste tener ese gen y que para ti va a ser un proceso muy sencillo —comenta mientras me mira elevando una ceja.

—Si es que sois igual de tontitos los dos —respondo con una sonrisa.

—Somos tus tontitos y te queremos mucho.

—Y yo. —La abrazo.

—Ahora que estamos tú y yo solas, ¿me puedes explicar por qué ese pedazo de hombre que está ahí fuera sentado, que es tan perfecto que podría ser el muso de cualquier novela romántica, y que además es atento, cariñoso y claramente siente algo por ti, dice ser tu amigo? —pregunta sabiendo muy bien la respuesta—. Por favor, dime que ha pasado algo entre vosotros o te echo de mi casa.

Suelto una carcajada y me pongo roja mientras asiento.

—Han pasado muchas cosas —confieso muerta de vergüenza.

—Entonces o no te gusta nada o es malísimo en la cama —apunta haciéndome reír de nuevo—. Olvida eso último, por la cara que has puesto no creo que tengas queja. Confiesa.

—Me gusta muchísimo. Nunca me había sentido así…

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Que no es el momento. No quiero empezar nada serio justo cuando me voy a enfrentar a una doble mastectomía.

—Sabes que amigo, novio o como lo quieras llamar es solo una palabra…

—Lo sé y soy consciente de que hace mucho que se me fue de las manos, pero necesito sentir que controlo la situación y que esto no me supera.

—Te entiendo. Si alguna vez quieres hablar de ello ya sabes dónde estoy. Y ahora… —Se levanta—. Voy a sacar una botella de champán y vamos a ir al salón a brindar por la familia y por que todo va a salir bien.

43
TE ECHO DE MENOS

GUZMÁN

Desde mi conversación con Rober hace unos días, cuando nos quedamos a solas en el salón, no he podido sacarme de la cabeza lo que me dijo.

—Guzmán, me he estado informando en internet sobre la intervención y los cuidados tras la cirugía, y he leído que va a necesitar ayuda para las curas y vestirse los primeros días… —comentó, esperando una reacción por mi parte.

—Sí, los primeros días estará molesta y no va a poder levantar los brazos…

—¿Cuál es tu plan? —me interrumpió.

—No te entiendo.

—Tu plan para que se dé cuenta de que no sois amigos y te deje ser esa persona que la acompañe y la cuide. ¿Es lo que quieres o me equivoco?

—Nada me gustaría más, pero ella no quiere una relación, Rober…

—Ya tenéis una.

—Lo sé, pero por alguna razón ella prefiere pensar que no.

—Alma piensa que no puede enamorarse.

—¿Cómo?

—Me lo contó mi mujer hace un tiempo. Salió con dos chicos, uno en el instituto y otro en la universidad, si no recuerdo mal, y ambas relaciones se terminaron porque ella no estaba enamorada. Desde entonces cree que no es capaz de enamorarse y evita las relaciones para no hacer sufrir a la otra persona. Pero ese no es el problema.

—¿Cuál es?

—Lo que le cuesta es confiar y bajar sus barreras. No deja que la otra persona llegue a conocerla de verdad. Y si no te muestras vulnerable con tu pareja y le das la oportunidad de que le gusten tus partes feas, además de las bonitas, es muy difícil llegar a tener esa clase de sentimiento. Pero contigo es distinto. Tranquilo. —Sonrió mientras me colocaba una mano en el hombro. Debió de ver mi cara de preocupación.

—¿Tú crees? —pregunté, intranquilo.

—Soy su hermano, nadie la conoce mejor que yo. La conociste en su peor momento y, aun así, te quedaste, primero como amigo y ahora como pareja. —Asentí—. No dejes que te aparte de su lado cuando se asuste. Si hay algo que le da más miedo que querer, es que la gente que la quiere sufra por ella. Prométeme que cuidarás de ella, Guzmán.

—Te lo prometo.

Cuando empezamos a vernos, después de la primera noche que pasamos juntos en su casa, tenía la sensación de estar caminando sobre una cuerda floja conteniendo mis gestos y palabras para que no se asustara, pero en los últimos meses eso ha cambiado.

Ahora ambos compartimos gestos, caricias y besos con el otro tanto en público como en privado, pero cada vez me cuesta más guardarme para mí esas dos palabras que luchan por salir. Aunque no se lo diga, trato de demostrárselo y en sus ojos leo las mismas palabras, aunque no las pronuncie. Sé que debería hablar con ella, pero tengo miedo, así que he optado por dejarme llevar y aceptar lo que ella quiera darme.

—Guzmán —me llama Gloria, interrumpiendo mis pensamientos—, un residente ha preguntado por ti, creo que está a tu cargo. Está en el mostrador de enfermería.

—Gracias, Gloria. Voy para allá. —La jefa de enfermeras me sonríe y me desea una buena guardia.

Cuando llego donde me ha indicado, veo que se trata de Mateo, el residente que se puso chulo con Alma durante su exposición. Algo me dice que el día va a ser movidito.

—Buenas tardes, doctor De la Vega —dice a modo de saludo.

—Puedes llamarme Guzmán cuando no te dirijas a los pacientes, Mateo.

La tarde pasa tranquila sin muchos altibajos, salvo por alguna fractura o virus estacional. Mateo es bastante eficiente y se esfuerza por demostrarme de lo que es capaz. Había pensado en vengarme por lo de Alma, pero al final he decidido ser bueno.

—Guzmán —me llama Natalia—. Échame una mano.

Me acerco y la acompaño dentro del box donde está tumbado un chico de unos veinte años.

—Buenas tardes —saludo al paciente y a la madre.

—Este es mi compañero, el doctor De la Vega. Quiero que valore a Leo conmigo.

Me pasa el ecógrafo y vuelve a echar gel de ultrasonidos sobre el abdomen del paciente.

—¿Apendicitis? —pregunto.

—Blumberg positivo, pero en la ecografía no parece inflamado —me explica mientras paso el ecógrafo por la fosa ilíaca derecha del paciente.

—De primeras parece no ser apendicitis, pero si miras bien —explico mientras me dejo llevar por mi intuición y ella observa la pantalla—, ahí lo tienes. ¿Ves la porción distal?

—Es una apendicitis focal —confirma mi compañera.

—¿Hay que operar? —pregunta la madre preocupada.

—Sí, pero tranquilos, que es una operación muy sencilla y el doctor De la Vega es un gran cirujano —responde Natalia.

—Leo, nos vemos en un rato en el quirófano —tranquilizo al chico —. Voy a avisar para que lo preparen todo. Ahora mi compañera os dará el consentimiento informado y si tenéis cualquier duda nos lo decís.

—Muchas gracias, doctores —dice la madre y ambos salimos del box.

—Gracias, Guzmán —me dice Natalia.

—Para eso estamos. —Sonrío.

—Menos mal que te ha llamado y le ha valorado un residente de Cirugía porque… —comenta Mateo con soberbia cuando nos quedamos a solas.

—Natalia es una internista increíble y no habría dejado que ese chico se fuera a casa teniendo la más mínima duda. No menosprecies otras especialidades —lo interrumpo.

No tardan mucho en preparar el quirófano y la cirugía tiene lugar sin imprevistos. Pido a Mateo que me asista, ya que ha comentado que está rotando en Cirugía Hepatobiliopancreática y ha asistido a varias laparoscopias.

—Vamos a hablar con la familia —comento a Mateo tras salir de la cirugía.

—¿De eso no se encargan las enfermeras?

—Las enfermeras estarán en la sala de reanimación con él mientras se despierta, pero nosotros como cirujanos tenemos que comunicar el estado a los familiares. —Asiente—. A mí también me costaba al principio, pero es parte de nuestro trabajo dar buenas y malas noticias.

Estoy un poco desconcertado con Mateo, no me gusta juzgar a las personas de primeras porque pienso que un mal día lo puede tener cualquiera. Yo soy el primero que se comportó como un gilipollas los primeros años de mi residencia y me habría gustado que alguien me hubiera abierto los ojos.

—Guzmán, acaba de traer la ambulancia a un chico que ha sufrido un accidente con un patinete —me informa Gloria—. ¿Te encargas?

—Sí, nos lo quedamos.

Veo cómo lo sacan de la ambulancia y Jaime lo recoge en la puerta y lo lleva a una de las salas de curas.

—Vamos —animo a Mateo.

—Buenas, Guzmán —saluda Jaime—. Te presento a Miguel.

—Buenas tardes, Miguel. Soy el doctor De la Vega y este es mi compañero, el doctor Ramírez. Voy a echar un vistazo al informe de la ambulancia. —El celador me lo pasa.

—Me ha comentado el personal de la ambulancia que no creen que tenga nada roto, no iba a mucha velocidad… —indica mi amigo.

—¿Eso no lo tiene que valorar mejor un médico? —interrumpe Mateo.

—¿Te ha tocado un listillo? —Jaime suelta una carcajada—. «'Cause karma is my boyfriend, Karma is a god…».

—Vale, vale. Ya nos hemos enterado de que eres *swiftie* —comenta Marcos entrando en la sala—. ¿Necesitáis ayuda?

—El equipo de la ambulancia está completamente cualificado para hacer una primera valoración de los pacientes —respondo a Mateo antes de enfocarme en mis amigos.

—Puedes apartar la gasa —le pido a Miguel y vemos que tiene un corte muy feo en el brazo.

—¿Cómo te has hecho esto, chaval? —pregunta Jaime.

—Había una botella rota donde me he caído.

Le pido a Mateo que le haga un examen neurológico, aunque el paciente asegura no haberse golpeado la cabeza, y lo examino y compruebo que no parece tener más contusiones excepto dos raspones en la rodilla y el corte del brazo.

—No parece que tengas nada roto, Miguel. Mi compañero va a limpiarte y a suturar la herida, y te mandaremos algo para el dolor. Y una enfermera se pasará a ponerte la antitetánica. Más vale prevenir. Luego vengo a verte.

—¿Sabes dónde están las bandejas de suturas? —le pregunto a Mateo y Marcos le acerca una—. Si tienes cualquier duda me avisas o preguntas a las enfermeras. Voy a tomarme el descanso de la cena.

Salgo del box seguido por Marcos y Jaime.

—¿En serio yo era tan gilipollas?

—Sí —responden al unísono y yo me llevo las manos a la cabeza.

—Pero ya no lo eres tanto, tranquilo —bromea Jaime, ganándose un empujón.

—¿Acabáis de entrar?

—Marcos sí, pero yo ya he terminado. He quedado a cenar con Natalia en la cafetería, vente.

Nos despedimos del técnico y ponemos rumbo a la cafetería. Aprovecho para sacar el móvil y mandar un mensaje a Alma.

Guzmán:

Te echo de menos

Llevamos un par de días sin poder vernos porque los dos estamos hasta arriba de trabajo y hemos sido incapaces de compatibilizar nuestras agendas.

Suena el teléfono y contesto. Jaime me indica con la mano que va entrando.

—¿Cómo va la guardia?

—Me ha tocado Mateo de residente.

—Espero que no te hayas pasado mucho con el pobre…

—Tranquila, que he sido bueno, aunque ahora me arrepiento un poco. Podemos decir que es como yo en mis peores momentos. Jaime dice que es el karma.

Alma suelta una carcajada, que me hace sonreír también.

—Puede ser, pero seguro que tú eres capaz de hacerlo espabilar.

—¿Qué haces? ¿Ver alguna serie con Sofía? —pregunto recordando que me contó que estaban muy enganchadas a una.

—¡Qué va! Sofía está en el pueblo, se ha ido nada más salir del trabajo. Es el cumpleaños de su madre. Estaba leyendo un rato.

—Te echo de menos. Necesito verte.

—¿Por qué no vienes a dormir a casa? Voy a quedarme leyendo hasta las tantas y mañana me levantaré tarde.

—¿De verdad? Si lo prefieres, puedo ir a dormir a mi casa y luego acercarme para comer juntos. Así no te despierto…

—Quiero dormir contigo.

—Yo también. Te veo en unas horas, cariño.

—Que vaya bien la noche.

44
ME ASUSTA SER UNA CARGA

ALMA

Me coloco entre Natalia y Jaime rodeando a Carlos, que está frente al ordenador.

Lo han avisado de que ya estaban colgados los números de orden definitivos del examen MIR justo cuando acababa el turno y nos hemos venido todos al despacho de Guzmán, que estaba vacío, para acompañarlo mientras lo consulta. Estoy más nerviosa que cuando tenía que mirar mis notas del PIR. Sé lo importante que es para mi amigo este cambio de especialidad y todo lo que está en juego.

—Tranquilo, que va a salir bien. Con la estimación ya sabes que te da para hacer la especialidad seguro —comenta Sofía.

—Sí, ahora solo falta saber si puedo quedarme en Madrid —responde Carlos.

Según me explicó mi mejor amiga, hay una página web en la que los alumnos que se han presentado introducen sus resultados y estima la posición aproximada en la que te encontrarías. Como no todo el mundo lo hace, puede variar en unos cientos de puestos, por lo que hasta que no salen las listas definitivas no es seguro.

Abre la página web, se descarga el documento y comienza a bajar.

—Pon tu nombre en el buscador —propone Guzmán.

—Mejor el apellido, que Carlos seguro que hay muchos —corrige Esther.

—Buena idea.

Tras escribirlo aparecen veintitrés resultados y le va dando a siguiente. Permanecemos todos en silencio esperando.

—Aquí está… —Mira a Jaime sin poder creérselo y se lleva las manos a la cara.

—Pero di algo —pide Sofía.

Natalia se acerca al ordenador para leerlo ella misma.

—¿¡847!? —grita la internista.

—¿Eso es mucho o poco? —pregunta el celador, que no sabe si su chico está feliz o triste—. ¿Qué significa?

—Que tu novio es un genio —apunta Sofía.

—¿Nos quedamos en Madrid?

—Sí, y tengo muchas posibilidades de poder hacer aquí la residencia —responde el chico, emocionado.

Jaime comienza a llorar y su novio lo abraza. Yo me limpio las lágrimas que se me escapan de los ojos al ver a mis amigos tan felices, y Marcos también se emociona al saber que su mejor amigo se queda en Madrid.

—Habrá que celebrarlo, ¿no? —propone Guzmán mientras abandonamos el despacho y nos dirigimos hacia los ascensores.

—Prefiero esperar a la adjudicación de plaza para no gafarlo.

—¿Tienes plan esta tarde? —me pregunta Sofía.

—No, había quedado con Guzmán, pero al final no va a poder porque lo han invitado a una cirugía supercomplicada.

—¿Supercomplicada? —bromea mi amiga y yo me encojo de hombros.

—Me intentó explicar en qué consistía, pero me perdí a los dos minutos.

—¿Te apetece pasar la tarde las dos solas y vemos una serie mientras nos ponemos al día?

—Perfecto.

—¿Qué tal la rotación de Infanto-Juvenil? —pregunta mi amiga cuando vuelve al salón con la bebida.

—Mejor de lo que pensaba. Estoy contenta. Los adolescentes a veces son complicados porque como mecanismo de defensa tratan de demostrar que nada les afecta y algunos no quieren comunicarse, pero con paciencia puedes hacerte con ellos.

—Es una época muy difícil y si los han derivado a Salud Mental en el hospital, imagino que no son casos fáciles.

—Han aumentado mucho los casos de autolesiones e ideación suicida, especialmente después de la pandemia.

—Tienen mucha suerte de tenerte.

—Ojalá pueda marcar la diferencia para alguno de esos chicos. ¿Tú qué tal todo? —Me llevo un nacho a la boca.

—Bien, mi adjunta de Neumo es muy maja y estoy aprendiendo mucho. Está siendo un buen año.

—Igual ver menos al Trajes también influye, ¿no?

—Sí, sin duda. Y pensar que ese señor está emparentado con Guzmán…

—Ahora te parece un disparate, pero hace unos meses creías que eran tal para cual.

—Hombre, Alma, porque no le conocía. Tampoco es que él hiciera muchos méritos para demostrar que no era un gilipollas. Todos lo pensamos… Bueno, todos no. Tú desde el principio supiste que algo escondía.

—Y mira que era borde —confieso riéndome.

—Creo que es la palabra más dura que te he oído decir de alguien.

—¡Qué tonta eres!

—¿Estás bien con… todo? —pregunta mi amiga poniéndose más seria.

—Sí, aunque tengo mis momentos. Intento ser positiva y pensar que todo va a ser por un bien mayor. Que merece la pena pasar por esto. Y realmente lo creo, pero… —Me encojo de hombros.

—Pero son tus tetas y no es justo que tengas que renunciar a ellas.

—¿Soy superficial?

—Por supuesto que no. Es normal que te preocupe cómo va a cambiar tu cuerpo y, conociéndote, sé que no es lo único que te preocupa que cambie.

—Me asusta ser una carga durante los próximos meses.

—¿Qué tontería es esa? —Me da un empujoncito con su hombro.

—No voy a poder levantar peso ni hacer muchas cosas al principio y voy a necesitar ayuda…

—Pues es una suerte que vayas a estar rodeada de sanitarios y de Rober, porque dudo de que tu hermano no vaya a mudarse al sofá en cuanto te operen —me hace reír— y Guzmán, que seguro que se instala en casa.

Me mantengo en silencio y doy un trago a mi bebida.

—¿Está todo bien con Guzmán? Has puesto una cara rara.

—Han pasado seis meses desde que lo conozco y solo tres desde que nos besamos por primera vez. En cuatro semanas van a quitarme los pechos. Sería muy inocente pensar que tenemos una oportunidad, ¿no?

—¿En serio piensas así? Creía que eras feliz.

—Y lo soy, pero también tengo que ser realista. Está en cuarto de Cirugía y tiene una carrera brillante por delante. En verano se irá a París a la rotación de trasplantes y seguro que en estos meses le salen muchas oportunidades como la de hoy de participar en cirugías complicadas. No quiero ser un bache en el camino ni distraerlo de su objetivo.

—¿Lo quieres?

—Se ha convertido en una persona muy importante en mi vida y me gusta estar con él. Lo pasaría mal si lo que tenemos se termina,

pero sería peor saber que por mi culpa él no cumple sus sueños.

—Eso no va a pasar porque tú no vas a dejar que pase y todos te vamos a ayudar. Y si un día tiene Guzmán una cirugía, un congreso o lo que sea, estará tranquilo porque sabrá que cualquiera de nosotros se queda contigo. Y para mí no eres ninguna carga salvo cuando te olvidas de vaciar el lavavajillas, claro…

—Habló la señorita que tendió la lavadora hace tres días y sigue ahí colgada —bromeo.

—Estamos hechas la una para la otra. Dejemos a los chicos y vivamos felices para siempre. —Me pasa un brazo sobre los hombros.

—Echaría de menos… Ya sabes. —Subo las cejas de manera sugerente haciéndole soltar una carcajada.

—Está visto que el cirujano tiene buenas manos, eh…

—No lo sabes tú bien.

45
QUIÉN TE HA VISTO Y QUIÉN TE VE

GUZMÁN

Llevo unos días raro. Me cuesta concentrarme, no duermo bien, estoy distraído… y sé exactamente cuál es el motivo.

Hace unos días perdí a un chico en quirófano y no puedo evitar repasar una y otra vez cuál pudo ser el motivo. Es como un puzle en mi cabeza que no puedo resolver porque no tengo todas las piezas. No tiene sentido que esto pasara. Era una intervención sencilla y el paciente estaba estable. ¿Por qué demonios se le paró el corazón? ¿Es que algo se me pasó?

Hoy me ha tocado hacer ronda por las habitaciones y, al contrario que hace unos meses, ya no me desagrada tanto. Evidentemente preferiría estar en quirófano porque para mí es mi escenario. El lugar donde mi mente se queda en blanco y sé lo que tengo que hacer. Se me da bien… O eso creía.

Termino la ronda y vuelvo a la sala de médicos para introducir en el ordenador la evolución de los pacientes en sus historiales.

—Doctor De la Vega, han pedido una interconsulta en Neumología —me informa una de las enfermeras.

—Gracias, Marisa. —Me giro para dirigirme a mi residente—. Mateo, encárgate de anotar la evolución de los pacientes y de pedir las pruebas. Después puedes tomarte el descanso.

Asiente y yo me dirijo hacia los ascensores.

Como estoy rotando en Cirugía Torácica ahora mismo, es bastante frecuente que los neumólogos nos pidan interconsultas. Espero que el paciente tenga buen pronóstico.

Se abren las puertas en la primera planta y me encuentro con Esther en el pasillo.

—Buenas, Guzmán —saluda.

—¿Hoy te toca por aquí? —le pregunto.

—Sí, este último mes me he recorrido el hospital.

—Seguro que pronto sabes algo de las dos plazas que van a quedar libres —la animo—. Ya lo verás.

—Eso espero.

Sofía sale de una de las habitaciones y se dirige hacia nosotros.

—¿Me has llamado tú? —pregunto dirigiéndome a ella.

—Ha sido mi adjunta, pero me ha pedido que me encargue yo de hablar con el cirujano.

—Chicos, voy a seguir visitando a los pacientes, que todavía me quedan algunas habitaciones —informa la enfermera.

—Vamos al ordenador primero, te enseño las radiografías y te cuento un poco el caso antes de que veas al paciente —indica Sofía.

—Te lo agradezco, porque he subido directamente y no he podido ver nada.

Entramos en la sala y nos dirigimos a uno de los ordenadores que están vacíos, y Sofía arrastra una silla para que me siente a su lado.

—Acabo de tener un *déjà vu.* La primera vez que te vi estabas en una sala muy parecida a esta sentada frente al ordenador —menciono mientras tomo asiento.

—Por suerte para los dos, tú ya no eres tan estirado y yo ya no estoy tan enfadada con el mundo —responde con una sonrisa.

—Muy cierto.

—Te pongo al día. Ramón, paciente de sesenta y cuatro años, fumador, presenta un absceso en el pulmón derecho, que no mejora con antibióticos.

Me explica los antibióticos que le han estado administrando y compruebo en la radiografía de ayer que sigue presente.

—¿Estado general?

—La fiebre está más o menos controlada con la medicación, pero presenta mucha disnea.

—¿Abuso de antibióticos en el pasado?

—Sí, nos ha reconocido que los toma cuando está acatarrado para curarse antes. —La miro y pongo los ojos en blanco—. Ya, qué me vas a decir…

—Con lo que ya me has contado tiene pinta de necesitar cirugía. Voy a pedirle una TC de tórax y así valoro los resultados con el equipo.

Tras analizar el resto de las pruebas, nos dirigimos a la habitación, donde exploro a Ramón con ayuda de Sofía. Está bastante asustado y lo tranquilizo diciéndole que, aunque los antibióticos no estén dando resultados, todavía hay otras opciones de tratamiento.

—Quién te ha visto y quién te ve —bromea la internista en el ascensor mientras entramos en la cafetería para disfrutar de nuestro descanso—. ¿No decías que te costaba hablar con los pacientes?

—Le estoy cogiendo el tranquillo poco a poco. Bueno, y reconozco que he practicado con Alma en alguna ocasión. Sigo llevando muy mal lo de comunicar los fallecimientos —reconozco.

—¿Cómo llevas lo de tu paciente? ¿Sigues dándole vueltas?

El fin de semana, en uno de nuestros desayunos en los que comentamos casos de pacientes, le conté lo de la cirugía y repasé con ella las posibles causas para que el paciente entrara en parada en la mesa de quirófano.

—Sí, hasta que no vea la autopsia no me quedaré tranquilo. Mi adjunto cree que pudo ser debido a una cardiopatía sin diagnosticar. Pronto lo sabremos.

—¿Lo has hablado con tu psicóloga?

—Sí, tuve sesión con ella el martes y me ha dicho que tengo que evitar adelantarme a los acontecimientos y asumir la culpa que no me corresponde. Que soy humano…

—Lo de la culpa me suena de las sesiones con la mía.

—Menudas dos patas para un banco.

—Menos mal que, además de la terapia, tenemos a una psicóloga que nos cuida. —Me sonríe con dulzura.

—Hay días que todavía no me creo la suerte que tengo —confieso.

—Eres un buen tío, Guzmán. Ella también tiene suerte de tenerte. —Sonrío agradecido.

—¿Qué tal Gema? ¿Sabes cómo le va en el grupo?

Desde que nos reencontramos en Urgencias con nuestra paciente con TCA que había intentado suicidarse, he intentado mantenerme informado de su progreso.

—Estuve hace un par de semanas con Paloma, su madre, en el grupo para familiares de prevención de la conducta suicida del hospital. Asistí para contar mi experiencia con mi hermana y pude hablar con ella al terminar la sesión. Continúa asistiendo al grupo una vez a la semana y al final han tenido que cambiarla de centro escolar.

—¿A ella? ¿Y a las acosadoras?

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Expulsión de tres días con suerte y listo. Parece que en el nuevo instituto tienen protocolo *antibullying* por si volviera a pasar. Pero, según me ha dicho Paloma, en los meses que lleva está mucho mejor y vuelve a ser ella misma.

—Me alegro, aunque me sigue pareciendo injusto.

—Lo es.

Continuamos hablando de pacientes y me comenta los diferentes casos que tiene ahora mismo en planta. Yo le comparto las últimas

cirugías que he realizado y las que tengo programadas.

—Tiene que ser liberador saber a qué quieres dedicarte dentro de la medicina. ¿Siempre tuviste claro que lo tuyo eran los trasplantes?

—Hasta hace un par de años no lo tuve claro. Por tu pregunta detecto que no tienes ni idea de qué hacer —comento con una sonrisa.

—Sé que no tengo que decidirlo ya, pero os veo a ti y a Natalia tan centrados…

—Estamos en cuarto, Sofía. Tienes tiempo de sobra. Seguro que en una de las rotaciones notarás qué es lo tuyo. Ya lo verás.

—¿Estás nervioso por irte a París? ¿Cuándo te vas exactamente? —Dudo antes de responder y decido ser medianamente sincero.

—Al final no voy a ir.

—Ay, no sabía que no te habían cogido. Lo siento —se disculpa—. Hablé con Alma hace unos días y no me comentó nada.

—No lo sabe y prefiero que siga así. Sé que no es justo que te pida que le ocultes nada a tu mejor amiga, pero…

—Te han aceptado y lo has rechazado por ella —me interrumpe—. Joder, Guzmán.

—No podía hacer otra cosa. Adelantaron las fechas.

—Tarde o temprano se va a enterar y se va a enfadar mucho. Odia las mentiras.

—¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Irme mientras ella se somete a la cirugía? ¿Decírselo y que se aleje de mí para que no renuncie a la rotación? En todas las opciones el resultado es que no estamos juntos, Sofía. —Trago saliva para intentar aflojar el nudo que se me ha formado en la garganta.

—No sé si darte una paliza ahora mismo o un abrazo —responde.

—No quería que te enteraras y te vieras obligada a ocultárselo. Lo siento de verdad.

—Has renunciado a una beca en París para cuidar de mi mejor amiga, ni se te ocurra pedirme disculpas —expresa emocionada y me hace sonreír.

—¿Has pensado ya en lo de la paliza?
—Qué gilipollas eres. —Se levanta y me abraza.

46
NO TE PIENSO DEJAR ESCAPAR

ALMA

La enfermera me pasa un trozo de papel para que me limpie el gel del pecho tras hacerme el ecocardiograma, y tengo que pedirle más porque estoy muy pegajosa.

Esta era la última prueba que me faltaba del preoperatorio. Llevo toda la mañana liada entre análisis, electro, radiografía de tórax… y me muero de hambre.

Compruebo el móvil y veo que tengo una llamada perdida de Esther de hace unos minutos. Cuando salgo de la sala se la devuelvo.

—Buenos días, ¿has terminado ya con las pruebas? —saluda mi amiga.

—Sí, justo estoy caminando hacia la salida. Me he cogido el día libre para estar tranquila.

—¿Te apetece que vayamos a desayunar al sitio del que te hablé, el que han abierto cerca de mi casa? Tiene *brunch*.

—Me muero de hambre; pásame la dirección por mensaje y voy para allá.

De camino al sitio aprovecho para responder los mensajes de mis amigos, de Guzmán y de Rober diciéndoles que estoy bien. Les preocupa que, al acercarse la intervención, la ansiedad me juegue una mala pasada.

No voy a negar que no está siendo fácil. Hay noches que me cuesta conciliar el sueño y momentos en los que, cuando pienso lo que va a pasar en cuestión de días, me muero de miedo. He probado con meditación y yoga, pero lo que mejor me sirve es estar con la gente que quiero. Evito estar sola para no darle vueltas. Algunos días ceno en casa; otros, en la de Rober, y otros, con Guzmán; por las tardes, si no tengo que trabajar, trato de mantenerme ocupada.

Así que, cuando Esther me ha propuesto vernos, he confirmado al instante.

Al llegar al restaurante, media hora después, Esther ya me está esperando en una mesa y me indica que ha pedido dos *brunch*.

Comenzamos a hablar y la noto nerviosa, mirando todo el rato hacia el móvil.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—No sé. —Se muerde el labio—. Esta mañana me ha llamado un número largo cuando estaba en la ducha y no me ha dado tiempo a cogerlo. Creo que es de la bolsa y, como está pendiente el puesto de matrona…

—Pero eso es una muy buena noticia. ¿Y no puedes devolver la llamada?

—Lo he intentado y comunica. No quiero hacerme ilusiones, igual no es…

—Verás como sí.

El camarero nos interrumpe y empieza a servirnos la comida, que tiene una pinta increíble.

—¿Y qué tal tú? ¿Cómo lo llevas?

—Día a día —respondo—. A medida que se acerca, me surgen dudas tontas: ¿y si no me gusta cómo me quedan después de la

reconstrucción?, ¿y si el proceso es muy doloroso? Luego me siento culpable por pensar eso porque no me estoy operando por estética, sino por prevenir una enfermedad; peor sería tener que operarme de urgencia porque tengo cáncer.

—Eres humana y es normal que quieras verte bien físicamente, Alma. Con respecto al dolor, no te puedo decir, pero tienes a tu lado a unos médicos buenísimos que, junto con el equipo del hospital, van a hacer que pases todo el proceso de la mejor manera posible.

—Y una enfermera imp…

Nos interrumpe el sonido de su móvil.

—Ay, son ellos —me dice antes de contestar—. Dígame. Sí, soy yo.

Veo cómo mi amiga asiente y los ojos se le llenan de lágrimas, y yo me llevo las manos a la cara porque no sé si es una buena o una mala noticia.

—¿Cuándo empezaría? —pregunta con la voz tomada por la emoción—. Perfecto, la semana que viene me paso a firmar el contrato. Gracias.

Cuelga el teléfono, me mira y comienza a llorar.

—¿Te han cogido de matrona? —pregunto levantando la voz. Asiente y yo corro a abrazarla y también me pongo a llorar.

—Estaré también de correturnos, pero ya como matrona.

—Es una buena oportunidad de conocer las diferentes opciones que te presenta tu profesión mientras encuentras un puesto fijo.

—Lo he conseguido. No me lo puedo creer —dice mi amiga emocionada—. Tengo que decírselo a los chicos.

Como si los hubiéramos invocado, nuestros móviles suenan avisándonos de un mensaje, por lo que tiene que ser de nuestro grupo «Anatomía de Jamie».

Soy la primera en coger el móvil y comenzar a leer.

—¡Carlos tiene plaza en nuestro hospital! —grito sin poder evitarlo.

—¿Quéééééé? —pregunta la enfermera.

—Vais a trabajar juntos. Qué fuerte.

El chat se llena de mensajes y en un momento se organiza una cena para esta noche.

Guzmán propone hacerla en su casa y yo me ofrezco a ayudarlo.

—¿No vas a poner lo de tu nuevo trabajo? —pregunto a Esther.

—Prefiero decirlo esta noche y así veo sus caras.

—Buena idea. No sé a ti, pero a mí la emoción me ha dado más hambre —bromeo, llevándome una tostada a la boca.

—Desde luego que sí.

Aunque teníamos mucha hambre, no hemos podido terminárnoslo todo. Pedimos lo que queda para llevar y nos despedimos en la puerta del restaurante. Esther va a ir a casa de su madre para contarle la buena noticia y yo quiero pasar por la mía a ducharme antes de ir a la de Guzmán a ayudarlo con la cena.

—¿Carlos qué bebía? ¿Coca-Cola? —pregunta Guzmán mientras empuja el carrito por el pasillo de los refrescos.

—Estos últimos meses sí porque estaba estudiando y necesitaba cafeína, pero igual esta noche quiere desfasar —comento mientras cojo botellas de vino.

—En casa tenemos alcohol de sobra por si luego queremos tomarnos una copa. Sobró mucho del cumpleaños de Andrés.

—Entonces vamos a por la comida.

Caminamos por los pasillos y vamos echando cosas al carrito.

—¿Galletas? —sugiero al ver que Guzmán se detiene en ese pasillo.

—Se han acabado las que te gustan para desayunar.

—¿Estás dando por hecho que voy a dormir contigo hoy? —cuestiono, rodeándole la cintura sin dejar de sonreír.

—No te pienso dejar escapar. —Me coloca sus manos a ambos lados de la cara y me besa con dulzura—. ¿Estás bien? —pregunta pasándome los dedos por los pómulos, ya que las ojeras son evidentes pese al corrector.

—No he dormido mucho. Estaba nerviosa por las pruebas y… duermo mejor cuando estoy contigo —confieso sonrojándome.

—¿Me estás pidiendo dormir hoy conmigo? —Sonríe haciéndose el sorprendido—. ¡Qué descaro!

—Pues me voy a mi casa. —Finjo ofenderme y trato de alejarme de él.

—Ni se te ocurra. —Me tira del brazo, me acerca a su cuerpo y vuelve a besarme.

De fondo suena la famosa sintonía de esta cadena de supermercados y nos separamos al darnos cuenta de dónde estamos.

—Será mejor que sigamos comprando antes de que nos echen por escándalo público. —Cojo el carrito para empujarlo yo un rato.

—Todavía faltan dos horas para que lleguen nuestros amigos y Andrés tenía plan con su hermana. Si nos damos prisa podemos echarnos la siesta.

Suelto una carcajada.

—Creo que no es dormir lo que tú quieres.

—Estamos en un supermercado —susurra, pasándome una mano por la cintura—. Si digo en voz alta lo que quiero hacerte cuando llegue a casa, es posible que nos prohíban la entrada.

47
SI ELLA ESTÁ A MI LADO, NO NECESITO MÁS

GUZMÁN

Cuando suena el timbre de la puerta, Alma y yo estamos terminando de vestirnos.

—Abro yo —le digo mientras ella se arregla el pelo y camina hacia la cocina.

—¡Qué buena cara! —exclama Jaime, que viene acompañado de Carlos y Natalia—. Ahora entiendo por qué se ha ofrecido Alma a echarte una mano… Lo que no me ha quedado claro es a dónde…

Natalia suelta una carcajada y los tres pasan al interior.

Minutos después aparecen el resto de nuestros amigos. Andrés es el último en llegar.

Entre todos cogemos las bebidas y las vamos colocando en la mesa del salón.

—Hemos cogido cosas para picar y así no tener que estar liados cocinando y eso —informa Alma mientras saca unas tortillas.

—Liados habéis estado, pero no en la cocina —apunta Natalia.

—No lo voy a negar —responde la psicóloga con una sonrisa antes de girarse y darme un beso.

Veo cómo le hace una señal a Esther y esta asiente.

—Quiero proponer un brindis —anuncia levantándose y alzando su vaso—. Por Carlos, estoy segura de que vas a ser un ginecólogo y obstetra increíble y no se me ocurre un compañero mejor con el que trabajar como matrona.

—¿Cómo? —preguntan varios de nuestros amigos a la vez.

—Me han llamado esta mañana. El puesto es mío.

Marcos la abraza y la hace girar. Todos comienzan a gritar y a saltar, y yo solo puedo sonreír.

—Joder, rubia. Tú sí que sabes hacer de un buen día uno increíble. —Jaime la abraza y Carlos se une.

—Me estáis aplastando —protesta sin dejar de reírse.

Andrés propone hacer las pizzas y lo sigo a la cocina para ayudarlo.

—Parece que hoy el día está lleno de buenas noticias —comenta mi compañero—. Igual podrías aprovechar el buen rollo, echarle huevos y decirle a Alma que la quieres.

—Ya conoces la situación.

Hace unos días, cuando salimos a correr, le confesé a Andrés mis sentimientos hacia Alma y no entiende por qué me estoy frenando. Él es de los que van con la verdad por delante y no ocultan sus sentimientos.

—Te va a explotar en la cara, amigo mío.

—¿Tú qué tal con…?

Esther aparece en la cocina como si la hubiéramos invocado y, al ver que ha interrumpido una conversación, se disculpa.

—Perdonad, chicos. No queda más vino.

—No te disculpes, mujer. Ni que te lo hubieras bebido tú todo —bromea Andrés.

—Enhorabuena por la plaza, Esther. —Le tiendo dos botellas—. ¿Cuándo empiezas?

—No lo sé muy bien porque, como mi contrato es de obra y servicio, no sé si tengo que avisar o me incorporo directamente al nuevo puesto. Cuando vaya a firmar preguntaré.

—Ahora que solo vas a tener que levantar el peso de los bebés, ya no me vas a necesitar para que te trate el hombro —comenta mi compañero de piso y ella sonríe.

—Seguro que se me ocurre alguna excusa para conseguir un masaje gratis —responde ella sonriendo.

—Cuando quieras —contesta, y Esther sale por la puerta.

Suelto una carcajada y Andrés me da un empujón.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Cómo me voy a reír cuando te pilles de Esther y sea yo el que te dé consejos.

—Me gusta pasar tiempo con ella y me cae bien. No hay nada más.

—Y Alma y yo solo somos amigos, ¿no lo sabías?

Cuando el horno nos avisa de que las pizzas están listas, volvemos al salón.

—¿Qué nos hemos perdido? —pregunta mi compañero de piso.

—Estábamos preguntándole a Alma si está nerviosa por la intervención —apunta Carlos y yo me siento en el brazo del sofá junto a ella y le paso un brazo por detrás de la espalda.

—No estoy nerviosa, solo rara. Es como si sintiera que va a haber un antes y un después. Es una sensación.

—Vi en una película o serie, no lo recuerdo bien, que a un chico al que le iban a amputar una pierna le hacía una fiesta de despedida —comenta Natalia cogiendo una porción de pizza.

—Ya sé cuál dices —indica Marcos—. La vi con mi hermana.

—Se despedía de ella bailando con una compañera del hospital.

—¿Y cómo se va a despedir de sus tetas, hija mía? —pregunta Jaime haciéndonos reír—. Aunque igual Guzmán tiene alguna idea.

—Dime que no has dicho eso en voz alta. —Carlos lo regaña.

—Déjalo, hagamos como que no lo escuchamos —responde Marcos.

—Volviendo al tema —pide Natalia—, no se me ocurre nada, pero me ha venido la serie a la cabeza.

—Haciendo *topless* —la interrumpe Sofía y le dedica una mirada a Alma que me hace interpretar que es una broma privada de ellas.

—Sofía, eso es una tontería. Lo dije por decir. —Se sonroja y se lleva las manos a la cara.

—No es verdad. Te conozco y lo dijiste en serio. La última vez que veraneamos juntas comentaste que te gustaría atreverte a hacer *topless*, pero que te daba vergüenza. Prometiste que algún día lo harías.

—El problema es que estamos en marzo en Madrid. Un poquito complicado el tema, ya que solo quedan dos semanas —comenta Esther.

—Ya lo haremos más adelante cuando me recupere —responde Alma—. No pasa nada.

Las chicas no insisten porque deben de intuir que ahora mismo prefiere no hablar más del tema.

Jaime se nombra a sí mismo barman de la fiesta. Va a la cocina a aprovisionarse de alcohol y aparece en el salón con todas las botellas y las coloca sobre la mesa.

Andrés se encarga de poner música y la noche comienza a animarse.

—¿Tenéis vasos de chupito? —pregunta Carlos al ver la botella de Jägermeister.

—Por supuesto. —Andrés abre una puerta del mueble y los saca.

—¿Estáis seguros de esto? —pregunta Sofía—. Yo mañana madrugo.

—Yo igual. Solo uno y nos pasamos al agua —dice Marcos cogiendo uno de los vasitos y dándole otro a su novia.

—Otro para mí —pide Natalia y el resto terminamos imitándolos.

—Lo de solo uno lo dirás por ti. —La enfermera sonríe a su amigo —. Mañana tengo turno de tarde y hay que celebrar que por fin las cosas empiezan a irme bien.

—Por el equipazo de Ginecología —dice Jaime llevando su vaso al centro—. Apoyad, que, si no, ya sabéis…

—Dios, esto está fuertísimo —protesta Alma tras bebérselo.

—¿Qué esperabas, Almita? —bromea él.

—Nada, porque nunca lo había tomado.

Tras el chupito, la mayoría nos pasamos a algo más suave, pero Carlos y Esther lo dan todo y se convierten en los reyes de la fiesta.

—Menudo pedal llevan la matrona y el ginecólogo —bromea Andrés una hora después.

Nuestros amigos se han montado una pista de baile improvisada y están cantando y bailando los grandes éxitos del momento.

Marcos, Andrés y yo estamos sentados en el sofá descansando un rato antes de que nos requieran para bailar el siguiente temazo.

—Creo que nunca la había visto tan borracha y mira que salimos de fiesta juntos, pero, claro, en aquel entonces estaba con… —comenta Marcos y se interrumpe al ver que ha contado demasiado.

—¡Chicos, venid a bailar! —nos pide Esther, y el técnico y yo miramos hacia Andrés, que sonríe negando con la cabeza y se levanta para ir a su encuentro.

—¿Me he perdido algo? —Marcos me observa confuso.

—Lo que ves es lo que hay. Ni más ni menos. Por ahora…

—Será mejor que hablemos de esto cuando estemos sobrios.

—Buena idea.

Sofía se acerca a nosotros y se sienta en las piernas de su chico para descansar un rato. Este la abraza por la cintura y la acerca a su cuerpo.

—Chicos, nosotros ya nos vamos —anuncia Jaime acercándose al sofá para despedirse—. Compartimos taxi con Nat.

—¿Quieres que nos vayamos nosotros también ya? —pregunta Marcos a su novia y esta asiente cansada—. Voy a preguntarle a

Esther si se viene con nosotros.

Los chicos se van a por los abrigos y yo me quedo a solas con Sofía.

—Voy a necesitar tu ayuda para una cosa —le digo a esta sin dar más detalles.

—No tengo ni idea de lo que hablas, pero imagino que será algo de Alma, así que vale a lo que sea.

—También necesitaré que me pases el contacto de Rober.

Saca su móvil y al instante me suena una notificación.

—Ahí tienes. Mañana me cuentas de qué se trata el misterio.

Marcos vuelve solo, por lo que deduzco que la enfermera quiere seguir de fiesta.

—Va a quedarse más rato. Andrés ha comentado que puede dormir en la habitación que tenéis libre y le ha parecido bien.

Veo la preocupación en su rostro y no entiendo el motivo.

—Cariño —dice Sofía cogiéndolo de la cara para que la mire—, está bien, solo está divirtiéndose. Son Andrés y Guzmán. Está a salvo.

—Lo sé, lo sé. Perdona, tío —dice mirándome—. No he querido dar a entender que…

—Está todo bien —lo interrumpo.

—Gracias por la fiesta. —Me da un apretón en el hombro y Sofía me dedica una sonrisa.

Por el comentario de Marcos sobre el pasado de Esther y su preocupación, deduzco que hay detrás una historia complicada.

—¿Estás cansada? —pregunto a Alma cuando camina hacia mí con ojos de sueño y asiente—. ¿Quieres ir a dormir?

—Sí.

Le paso un brazo sobre los hombros y la atraigo hacia mí. Vamos al cuarto de baño, nos cepillamos juntos los dientes y luego miro cómo se desmaquilla. Me saca la lengua cuando nota que la observo y le hago cosquillas.

Sonrío ante sus gritos y pienso que sería feliz haciendo esto cada una de las noches del resto de mi vida. Si ella está a mi lado, no necesito más.

48
ERES INCREÍBLE

ALMA

Oigo cómo alguien sube la persiana de mi habitación y me giro a comprobar que es mi compañera de piso.

—¿Qué haces? Es sábado y son… —Cojo el móvil de la mesilla—. Las ocho y media.

—A quien madruga, Dios le ayuda.

—No somos creyentes, Sofía. ¿Te encuentras bien?

—¿Tiene que pasarme algo para querer disfrutar del día con mi mejor amiga y aprovechar el fin de semana? Date una ducha, que voy a hacer el desayuno.

Obedezco sin saber muy bien qué más decir.

Pasados quince minutos, salgo del baño con una toalla enrollada a mi alrededor, ya que con las prisas no he cogido nada de ropa.

—Alma, ¿te queda mucho? —pregunta desde el salón.

—Pues estoy desnuda, me visto y voy —grito desde mi dormitorio.

Es decir esto y alguien aparece en la puerta.

—Parece que he llegado justo en el mejor momento. —Guzmán se acerca a mí, sonriendo.

—¿Qué haces aquí?

—¡Sorpresa! Nos vamos de fin de semana.

—¿Cómo? ¿Adónde?

Saca unas llaves de su bolsillo que reconozco muy bien.

—A la playa. He hablado con Rober y ellos van a ir en Semana Santa, por lo que ahora está el apartamento vacío.

Trato de asimilar toda la información. ¿En qué momento Guzmán y Rober se han hecho tan amigos?

—¿Y tu guardia? ¿No trabajabas hoy?

—La he cambiado. Si no te apetece ir, no hace falta que vayamos. Vi tu cara el otro día cuando Sofía sacó el tema de hacer *topless*. Te quedaste pensativa después, tenías la mirada triste…

—Al hacer referencia a nuestros veranos, me acordé de mi madre y de cómo me ayuda siempre estar cerca del mar. Me da paz y, de algún modo, me siento más unida a ella porque en esa ciudad guardo algunos de nuestros mejores momentos.

—Entonces ¿he acertado? ¿Quieres que pasemos allí el fin de semana?

Asiento y le rodeo el cuello con los brazos antes de besarlo. Al hacerlo, la toalla cae, dejándome completamente desnuda.

—Del uno al diez, ¿cuánto crees que se enfadará Sofía si la hacemos esperar un poco? —Baja la mirada por mi cuerpo.

—Un diez seguramente. —Me agacho, cojo la toalla y él tira del extremo tratando de quitármela—. No seas malo, tenemos dos días por delante para hacer lo que queramos.

—Está bien.

—Voy a vestirme. Dile que tardo cinco minutos.

Cuando terminamos de desayunar, Sofía me ayuda a hacer la maleta mientras Guzmán se ocupa de recoger el desayuno.

—¿Me prometes una cosa? —pregunta mi amiga mientras busco mis gafas de sol.

—Dime.

—Déjate llevar. No pienses en lo que va a pasar en dos semanas. Solo relájate y disfruta, ¿vale?

—Te lo prometo.

Noto unos golpecitos en el hombro y me despierto.

—Ya hemos llegado —anuncia Guzmán.

—¿Me he dormido?

—Como un tronco.

—Lo siento, te dije que hacía yo la mitad del trayecto —me disculpo mientras bajamos del coche y nos acercamos al maletero.

—No te preocupes. Me encanta verte dormir. —Se detiene y me mira—. En mi cabeza no sonaba tan perturbador como dicho en voz alta.

Suelto una carcajada.

—Te he entendido. —Me acerco y junto nuestros labios brevemente.

—Eso no cuenta ni como beso —protesta, haciéndome reír cuando me separo.

—Entonces te dejo que lo mejores.

Me acerco, me apoya sobre el coche y coloca una pierna entre las mías. Sitúa las manos a ambos lados de mi cara y me besa. Empieza lento, acariciando sus labios con los míos, pero poco a poco profundiza el beso y acerca su cuerpo más al mío.

Jadeo sin poder evitarlo y ambos nos separamos al recordar que estamos en mitad de la calle.

—Te necesito a ti y una cama cuanto antes —me susurra al oído.

—Tenemos que dejar las maletas en el apartamento y buscar un sitio para comer, que son las tres de la tarde.

—Está bien, pero el postre nos lo tomamos en casa.

Llegamos al apartamento en tiempo récord y caminamos por el paseo marítimo para buscar un sitio donde comer. Nos decidimos por uno con vistas al mar y pedimos una mesa.

Y allí sentada, comiendo una paella mientras disfruto del mar y de la tranquilidad, me doy cuenta de que soy feliz y no cambiaría este

momento por nada.

—Estás preciosa —dice Guzmán y me hace una foto.

—¿Nos hacemos una juntos? —Sonríe y se acerca más a mí.

Posamos frente a su dispositivo, después se gira y me besa de nuevo recogiendo en una instantánea este momento de intimidad.

Siento que va a decirme algo, pero se echa para atrás y se lleva el vaso a los labios.

Cuando terminamos el arroz, damos un paseo por la playa antes de ir al apartamento.

—Cuando era pequeña, cada verano subíamos al Santuario de la Virgen del Castillo porque a mi madre le gustaba poner velitas y pedir por la salud de toda la familia —le explico emocionada recordándolo.

—Si quieres podemos subir luego.

—Yo ni siquiera soy creyente…

—No vamos a encender tu vela. Encenderemos la que a tu madre le habría gustado encender antes de tu cirugía. ¿Te parece bien?

Asiento mientras las lágrimas me corren por las mejillas y él me abraza. Nos sentamos en la arena y apoyo la cabeza sobre su hombro.

Cuando empezamos a tener frío volvemos al apartamento.

—Me voy a dar una ducha, ¿quieres ir tú primero?

—Cabemos los dos. —Lo cojo de la mano y lo llevo al baño.

Dejo la luz apagada para que entre solo la luz de la terraza del salón y permanezca en penumbra.

Al entrar, saca su móvil del bolsillo trasero del pantalón, busca el reproductor de música y le da al play.

Suena *Nivel experta*, de Fredi Leis y Álvaro de Luna, mientras comenzamos a desvestirnos el uno al otro.

Me aparta el pelo de la cara y acerca su boca a la mía para besarme dulcemente.

Tiro del bajo de su camiseta y se separa mientras sube los brazos para ayudarme a quitársela, y hace lo mismo con la mía. Me quito el

sujetador y vuelvo a perderme en sus labios, que me recorren el cuello y van bajando por mi pecho. Se arrodilla frente a mí, me quita las zapatillas y me desabrocha el botón de los vaqueros. Los baja lentamente, dejándome solo con la ropa interior.

Tiemblo de excitación y de frío, y se levanta para abrir el agua caliente.

—Llevas mucha ropa —comento cuando se gira de nuevo.

Su erección ya es evidente con el vaquero puesto y lo ayudo a desvestirse mientras no deja de besarme y acariciarme.

—¿Vamos? —Me coge de la mano para entrar en la ducha.

Nos colocamos debajo del agua caliente mientras permanecemos abrazados.

Coge un bote de champú y me lo enseña.

—¿Es el tuyo? —Asiento y se echa un poco en las manos—. Date la vuelta.

El sexo es fácil y lo hemos hecho muchas veces, pero este nivel de intimidad me pone un nudo en el estómago porque, aunque quiero relajarme y bajar todas mis barreras, no puedo evitar sentirme nerviosa ante lo desconocido.

—¿Te gusta? —pregunta mientras me pasa los dedos por el pelo, haciéndome suspirar.

—Mi turno. —Me pasa el bote de champú y se lo extiendo por el cuero cabelludo a la vez que le doy un masaje como él ha hecho antes.

Veo en sus ojos el mismo deseo que debe de haber en los míos.

—¿Qué necesitas?

—Que me toques —le pido, y él me da la vuelta. Me coloca su pecho en la espalda.

—Apóyate en mí.

Se echa jabón en las manos y va deslizándolas por mi cuerpo desde la garganta hasta mis pechos, donde se toma su tiempo.

—Guzmán —jadeo.

Como si fuera una contraseña para continuar, me pasa una mano por el estómago hasta colocarla entre mis piernas.

Me acaricia muy lentamente entre mis pliegues mientras con la otra me acaricia un pecho.

Noto su erección en mi espalda y siento cómo él también está cada vez más excitado.

—Yo también quiero darte placer —le pido y me da la vuelta.

Continúa moviendo una mano mientras con la otra me sujeta la mejilla para besarme de nuevo.

Le deslizo mi mano por la erección y poco a poco aumento el ritmo y profundizo el beso.

—No creo que aguante mucho si me tocas así —susurra sin dejar de acariciarme.

Yo también estoy muy cerca.

Cuando está a punto de llegar al orgasmo, me acaricia el clítoris haciéndome gritar y alcanzamos juntos el clímax.

Cojo aire mientras trato de recuperarme de todo lo que siento en mi interior. En su mirada veo que para él también ha sido diferente. Ha sido más.

Me atrae hacia él y vuelve a abrazarme.

—Eres increíble —susurra, dejando un beso sobre mi cabeza.

49
ERES LO MÁS IMPORTANTE DE MI VIDA

GUZMÁN

Camino por las calles de la ciudad de la mano de Alma. Está deslumbrante y no para de sonreír. Se me llena el corazón al pensar que yo puedo ser el culpable de algunas de esas sonrisas.

Tras visitar el santuario, nos dirigimos a la playa y, al llegar, nos quitamos el calzado para pisar la arena.

—Nosotros siempre vamos a la de San Antonio, que es la más grande y la que queda cerca del apartamento, pero esta es más tranquila.

Hemos venido hasta la cala del Faro para ver juntos el atardecer en la orilla. Solo estamos nosotros, con la playa completamente vacía.

Extiendo la toalla y me siento sobre ella. Alma se deja caer entre mis piernas de tal manera que puedo abrazarla desde atrás mientras me apoya su cuerpo en el pecho.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una almohada increíble? —bromea y le hago cosquillas.

—Puedes tumbarte sobre mí siempre que quieras. No me quejaré.

El sol empieza a ponerse, inundando todo de tonos naranjas.

Alma se levanta y se quita el vestido quedándose solo con la braguita del biquini. Se muerde el labio nerviosa e ilusionada a la vez. Va a hacer *topless* y, aunque pueda parecer una tontería, este gesto para ella encierra mucho más.

—¿Vienes? —Me tiende la mano.

—Claro. —Me levanto y me quito la camiseta.

Nos acercamos al agua y ella da un pequeño grito cuando esta le toca los pies.

—Está congelada. Creo que no ha sido buena idea.

—Ahora no te puedes echar atrás. —La cojo en brazos y me adentro en el agua mientras ella grita y ríe divertida.

—Bájame, voy a morir congelada.

—Moriremos juntos. No es un mal final —respondo mientras continúo avanzando—. Preparados, listos…

Me meto debajo del agua sin dejar de agarrarla.

—¡Qué frío! —exclama cuando salimos a la superficie y se abraza a mí como si fuera un mono.

—No está tan fría, cariño. —Le acaricio la espalda para hacerla entrar en calor y poco a poco nos acostumbramos a la temperatura del agua.

—Verás cuando le cuente a Sofía que he hecho *topless* —comenta risueña—. Pensé que iba a ser más difícil.

—Teniendo en cuenta que solo estaba yo y ya te he visto desnuda, no sé si cuenta…

—Oye, no me quites mérito. —Me golpea el hombro con una mano y yo me río al ver su gesto de enfado.

—Es una broma. Lo que importa es lo que significa para ti. —La atraigo hacia mí y la abrazo de nuevo.

—Gracias por traerme. Lo necesitaba.

—No tienes que darme las gracias. Estoy aquí para ti.

Permanecemos abrazados unos minutos más y salimos del agua antes de que baje más la temperatura.

Cuando estamos un poco más secos, volvemos al apartamento tras parar antes a comprar una pizza.

—Los sábados siempre cenábamos pizza en la terraza —me explica—. No tengo muchos recuerdos de mi madre porque era muy pequeña, pero esto lo recuerdo perfectamente.

—¿Has heredado de ella esa manía horrible de poner fruta en la pizza?

—No puedes criticarlo hasta que no lo pruebes. —Se lleva a la boca su porción de pizza hawaiana.

—Eso es una tontería. Hay cosas que sé que me van a gustar sin haberlas probado y al contrario, igual.

—Ponme un ejemplo.

—Tú. La primera vez que te vi, supe que me gustabas.

—Serás zalamero… Si al principio siempre discutíamos.

—Que no fuéramos amigos no significa que no pensara en ti.

—Tú también me gustaste. Al principio no era consciente, pero las chicas decían que hablaba mucho de ti.

Terminamos de cenar y nos quedamos en silencio escuchando las olas del mar.

—¿Puedes poner la canción que pusiste antes en el baño? —Se sonroja, y sé que se está acordando de lo que hemos hecho.

—¿Te refieres a nuestra canción? —pregunto esperando su reacción.

—Sí. —Sonríe.

—La pongo, pero tienes que bailar conmigo.

Se levanta y camina hacia mí. Cuando me alcanza, le cojo la cara entre mis manos y la beso porque en sus ojos veo que siente lo mismo que yo y eso es más que suficiente, aunque no esté preparada para decirlo.

Al terminar la canción, nos duchamos juntos de nuevo y nos vamos a la cama, donde, entre jadeos y caricias, continuamos declarándonos el uno al otro.

Me despierta la luz que entra por la ventana. Anoche olvidamos bajar la persiana. Me giro y veo que Alma no está en la cama. En ese momento oigo la puerta de casa y me levanto.

—¿Ya estás despierto? He comprado churros. —Me enseña la bolsa—. Otra tradición de la casa de la playa es que se desayunan churros los domingos.

—Me visto y te ayudo.

—Vale, voy dejando las cosas en la terraza.

Cuando salgo, ella ya se ha encargado de todo y me espera mirando el mar. Tiene los ojos cerrados y sonríe. La abrazo por la espalda y dejo un beso en su cabeza.

—Me quedaría aquí para siempre. ¿Seguro que tenemos que volver? —me pregunta mientras desayunamos.

—Eso pone en nuestros contratos de trabajo. —Sonrío.

—No vas a tener problemas por haberte saltado la guardia, ¿no?

—No te preocupes, podemos cambiarnos entre compañeros sin problema siempre que nos aseguremos de que haya algún residente de cursos superiores y no se queden solos sin supervisión los R1 y R2.

—Me alegro. Tu carrera es importante y no quiero perjudicarte.

La noto pensativa y sé que algo le preocupa.

—¿Está todo bien?

—Sí, solo estaba pensando en que voy a echar de menos no venir este verano. Entre la intervención, los expansores y luego las prótesis… —lamenta apenada.

—Haremos más planes este verano y se te pasará volando, ya lo verás. —Le cojo la mano para animarla.

—¿Tienes noticias de las prácticas en París? Eran en julio, ¿no?

Sabía que este momento iba a llegar tarde o temprano, pero no me esperaba que fuera a ser aquí, en nuestra escapada de fin de semana, rompiendo la burbuja de unos días perfectos.

—Sí… —Cojo aire antes de continuar tratando de librarme del nudo que comienza a formarse en mi garganta porque sé que mis siguientes palabras pueden cambiarlo todo—. No voy a ir.

—Cariño, lo siento mucho, estaba segura de que te darían la beca. ¿Cuándo te lo dijeron? Deberías habérmelo contado. —Se levanta y se sienta sobre mis piernas.

Inspiro de nuevo y la voz me tiembla porque estoy muerto de miedo por su reacción.

—Sí me dieron la beca, pero las condiciones cambiaron y adelantaron la rotación…

Ella se levanta y me mira confusa. Veo en sus ojos cómo los engranajes de su cabeza van procesando la información y de pronto lo comprende.

—¡No! —Se levanta y se aleja de mí.

—Alma, no podía irme. —La sigo al interior de la casa—. Estoy donde quiero estar.

—¿Has renunciado a la mejor rotación de trasplantes de toda Europa por mí? —Los ojos se le llenan de lágrimas mientras niega con la cabeza—. ¿Hace cuánto que lo sabes?

—Habrá más rotaciones y mi carrera no lo es todo. Es decisión mía y yo elegí quedarme en Madrid, contigo.

—¿Cuándo te lo dijeron? —insiste.

—En Navidad. En la cena de Nochevieja.

—¿Por eso discutiste con Saavedra? —Asiento—. Llevas tres meses ocultándomelo. —Levanta la voz.

—¿Qué habrías hecho si te lo hubiera contado? Te lo diré yo: obligarme a coger la rotación, pero no es eso lo que yo quería —le explico, intentando mostrar una seguridad que realmente no siento.

—¡Es tu futuro, Guzmán! No puedes tirar todo por la borda por una chica a la que solo conoces desde hace unos meses.

—¿Es eso lo que crees que eres para mí? ¿Una chica cualquiera? —pregunto alterado—. Debo de estar haciéndolo realmente mal si todavía no te has dado cuenta de lo mucho que te quiero.

—No digas eso. —Baja la cabeza y llora.

—Alma, mírame. —Le levanto la cabeza y me contempla—. Llevo meses enamorado de ti y, te guste o no, ahora mismo eres lo más importante de mi vida.

—No puedo seguir con esto. —Da un paso atrás y con esa pequeña distancia el agujero que se está formando en mi pecho se hace más grande—. Sabía que no era una buena idea…

—No puedes estar hablando en serio —respondo enfadado llevándome las manos a la nuca—. Después de todo lo que hemos compartido…

Trato de mantenerme sereno porque sé que quien está hablando es su miedo, pero sus palabras me están destrozando.

—Es lo mejor para los dos ahora mismo. Igual todavía estás a tiempo de coger la beca.

—¡Me importa una mierda la beca, Alma! —Levanto la voz.

—No me puedo creer que por mi culpa no vayas a ir a París —solloza.

—No es el fin del mundo, cariño. He estado mirando con mi padre otras rotaciones que también están muy bien… —Trato de abrazarla, pero se aleja.

—Necesito volver a casa.

—Hablemos primero —suplico, tratando de llegar hasta ella.

—Por favor —susurra y sé que todo se ha acabado.

—Está bien —respondo con la voz rota—. Ponte con tu maleta y yo voy recogiendo el desayuno.

Cuando me quedo solo en la terraza no puedo aguantarlo más y las lágrimas comienzan a correrme por el rostro. Busco el móvil en mi bolsillo y escribo un mensaje.

Guzmán:

Sabe lo de la beca.
Volvemos a casa

Sofía:

Lo siento mucho.
Ten paciencia. Se le pasará

Espero que su mejor amiga tenga razón y que vuelva a darme una oportunidad. Pero, tras ver el dolor de sus ojos, lo dudo mucho.

50
ME HE ENAMORADO

ALMA

Me bajo del coche y Guzmán me ayuda a sacar mi maleta. Prácticamente no hemos hablado durante el viaje.

Nada más subirme al coche, me recosté sobre la ventanilla del copiloto y cerré los ojos con la intención de hacerme la dormida, pero, poco a poco, el traqueteo del vehículo hizo que me durmiera de verdad. Me levanté dos horas después, cuando paró en una estación de servicio. Me preguntó si quería ir al baño, negué con la cabeza y me quedé en el interior del coche. Volvió quince minutos más tarde con un café para llevar de mi marca favorita y el mismo bollo que en el viaje de ida le dije que me encantaba. Le di las gracias mientras trataba de contener la emoción que me embargaba para evitar llorar.

—Alma, habla conmigo, por favor —suplica tras colocar mi maleta en el suelo.

—Ahora mismo no puedo. Necesito estar sola y pensar en… todo.

—Puedo darte espacio, unos días, si es lo que necesitas, pero no me apartes de tu lado y menos ahora.

—Gracias por el viaje —susurro a modo de despedida y entro en el portal.

Un coche empieza a pitar obligando a circular a Guzmán, que seguía ahí parado mirando cómo me iba.

Meto la llave en la cerradura del piso y, antes de terminar de girarla, la puerta se abre. Sofía me mira desde el interior de nuestro hogar y yo rompo a llorar.

—Tranquila. Ya estás en casa —dice, cogiendo mi maleta, y camina conmigo hasta el salón.

Nos sentamos en el sofá y me abraza mientras yo sigo llorando sin poder articular palabra.

—Creía que ibas a pasar el finde en casa de Marcos —comento cuando consigo serenarme.

—Me ha escrito Guzmán para decirme que volvíais a Madrid. ¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

—La he cagado y no sé cómo arreglarlo.

—¿Qué has hecho? —pregunta confusa.

—Me he enamorado y, lo que es peor, he dejado que se enamore de mí —confieso mientras las lágrimas me caen de nuevo por las mejillas.

—Me habías asustado. Pensaba que era algo malo…

—¿Te parece poco?

—Alma, por muy psicóloga que seas, no puedes evitar enamorarte ni controlar los sentimientos de los demás.

—Supongo que no, pero ha sido egoísta por mi parte. No debí aceptar el plan de dejarnos llevar…

—Mírame, Alma —me pide—. Has pasado unos meses preciosos junto a él. Nunca te había visto tan feliz.

—Pero eso ha afectado a su carrera. Ha renunciado a las prácticas de París.

—Lo sé. Me lo contó hace unos días.

—¿Y no me lo dijiste? —pregunto enfadada.

—No te lo conté porque confiaba en que, cuando te enteraras, lo comprenderías.

—¿Qué tengo que comprender, que por mi culpa el hombre al que amo ha perdido la oportunidad de hacer prácticas en un hospital increíble? No puedo hacerle esto. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras me coloca en el centro de su vida y se olvida de él mismo y de su carrera. Vi lo que eso supuso para mi padre cuando mi madre enfermó.

—Alma, no estás enferma y si así fuera, te merecerías que te quisieran lo suficiente como para desear estar a tu lado pese a todo.

—No quiero que se sienta en la obligación de quedarse conmigo ni sentir que lo pasa mal por mi culpa. Si está en mi mano evitarle cualquier tipo de dolor, lo voy a hacer.

—¿Crees que ahora no está sufriendo?

—Mejor ahora que cuando llegue la cirugía. En las próximas semanas, no voy a poder controlar cómo me voy a sentir ni física ni psicológicamente ni protegerme a mí misma del dolor, pero necesito poder seguir cuidando de las personas que me importan.

—Y tienes también que dejar que nosotros te cuidemos.

—Lo sé —respondo con lágrimas en los ojos—. Pero no puedo verlo sufrir, Sofía. A él no. Después de lo que ha pasado con su madre, no puedo convertirme en una carga.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—El viaje a Cullera ha sido increíble. Le hablé de mi madre e incluso hice *topless*. —Sonrío mientras me limpio las lágrimas—. Pero cuando me dijo que me quería y supe que estaba renunciando a cosas por mí me sentí fatal. Ha pasado por mucho en el último año siendo el cuidador de su madre. Yo quiero ser la persona que le haga la vida más sencilla y a la que quiera regresar tras un mal día, como él lo es para mí. Siento que en estos últimos meses él ha mejorado mi vida y yo he complicado la suya.

—Cariño, no sabía que te sentías así. Tienes que hablarlo con él. Estoy segura de que Guzmán hará que te des cuenta de que eso no

es cierto.

—Ahora necesito estar sola y centrarme en la cirugía. Le escribiré mañana y se lo diré. Sé que es horrible decírselo por mensaje, pero si lo veo, cambiaré de opinión y esto es lo mejor para todos. Necesito que respetes mi decisión —pido a mi amiga.

—Lo haré. Aunque creo que estás cometiendo un grave error. ¿Has comido algo? —pregunta cambiando de tema.

—Hace dos horas un café, pero no tengo hambre. Voy a echarme un rato, que me duele la cabeza.

En mi cama, en la oscuridad de mi habitación, me permito llorar y sentir todo mi dolor.

He pasado años lamentándome por no ser capaz de enamorarme y, ahora que lo he logrado, duele demasiado.

51
ME MATA NO PODER ESTAR A SU LADO

GUZMÁN

Han pasado nueve días desde la última vez que vi a Alma, cuando la dejé en el portal de su casa y me pidió tiempo. Pensé que sería cuestión de un par de días, pero al día siguiente me mandó un mensaje, que destruyó toda mi esperanza.

Alma:

No sé cómo hacer esto de la mejor manera
posible sin causarte un mayor sufrimiento
ni provocar que termines odiándome.
Nuestra conversación me hizo darme cuenta
de que no puedo tener una relación ahora
mismo, no sería justo para ti, ya has renunciado
a una gran oportunidad por mi culpa.
Estoy muerta de miedo por la intervención
de la semana que viene y necesito poner
todas mis energías en lo que me espera
y sentirme fuerte.
Ojalá lo entiendas y podamos ser amigos
en un futuro.
Eres una persona increíble y te mereces
toda la felicidad del mundo

Traté de llamarla, pero tenía el móvil apagado, así que le contesté a su mensaje aun sabiendo que no obtendría respuesta.

Guzmán:

Cariño, yo nunca podría odiarte,
ni aunque lo intentara.
Yo solo quiero que seas feliz, aunque no
sea a mi lado y eso me destroce.
Ojalá pudieras verte como yo te veo, te
darías cuenta de que mi vida es mejor
desde que tú estás en ella.
No tengas miedo, todo va a salir bien.
Te quiero

La semana está siendo un infierno, no puedo parar de analizar en mi cabeza si podría haber hecho algo de una manera diferente.

He tratado de centrarme en el trabajo, aunque solo funciona cuando estoy en el hospital porque, cuando salgo por la puerta, por

inercia me descubro sacando el móvil para escribirle y entonces me doy cuenta de que ya no puedo hacerlo y el dolor vuelve de golpe.

Y, para colmo, la mañana en Urgencias ha sido aburridísima. No pretendo que muera alguien o que pase algo grave, pero necesito operar y dejar la mente en blanco, y por el momento solo he atendido casos sencillos, muchos de los cuales no eran realmente una urgencia.

—¿Otra vez de guardia? —pregunta Marcos mientras repone el material del carrito que está a mi lado.

—¿Te ha mandado Gloria? —pregunto.

—Está preocupada, dice que no tienes buen aspecto y que es tu segunda guardia esta semana. Hoy no te tocaba…

—Mejor estar en el hospital que en casa.

—Sí, porque, como Andrés te vea esa cara, te obligará a salir a correr.

—Ese hombre tiene un problema con el deporte. Joder, tengo roto el corazón, no el cruzado anterior —respondo y mi amigo suelta una carcajada.

Tanto él como Andrés están siendo de mucha ayuda estos días. Al día siguiente de volver de Cullera, recibí un mensaje de Marcos preguntándome cómo estaba. Imagino que Sofía se lo contó todo tras hablar con Alma.

Cuando ocurrió di por hecho que, como suele pasar en las rupturas, nuestro grupo de amigos se alejaría de mí y tomaría partido por Alma; a fin de cuentas, ella era su amiga antes, pero no fue así. He seguido en contacto con todos ellos y se han estado preocupando también por cómo me encuentro.

Cuando les confesé esto a Marcos y a Jaime hace unos días en una guardia, el celador me dijo: «Cuidándote a ti, también la estamos cuidando a ella. Ambos sois nuestros amigos y pronto todo se arreglará. Ya lo verás».

—¿Comemos juntos? —Marcos me aprieta el hombro y compruebo en el reloj que ya es la hora.

—Dame quince minutos, que me falta un paciente.

—Te veo abajo. Voy cogiendo mesa.

Cuando llego a la cafetería, encuentro a Marcos en una de las mesas del fondo. Ya ha pedido por los dos.

—Gracias, tío. Perdona el retraso, era un caso complicado.

—No te preocupes. ¿Cómo estás?

Cojo aire y suspiro antes de responder.

—Hecho una mierda.

—Eso me parecía a mí. ¿Y qué vas a hacer?

—Ojalá pudiera hacer algo…

—Siempre se puede hacer algo. Si crees que lo tienes difícil es porque no conoces mi historia con Sofía. ¿Sabes lo que me costó simplemente acercarme a ella? Cuando la conocí estaba muy mal por la muerte de su hermana, se sentía muy culpable y sufría ataques de ansiedad estando en el trabajo.

—Pobrecilla, no tenía ni idea.

—Había veces que me dejaba ayudarla, pero, cuando creía que había dado un paso más en nuestra relación, ella se cerraba en banda y se alejaba de mí. ¿Sabes qué es lo que no hice nunca? Rendirme.

—No quiero presionarla…

Marcos levanta la mano y saluda a alguien. Me giro y veo que se trata de Andrés, que se sienta en la silla a su lado. Lleva puesto el uniforme, por lo que deduzco que acaba de terminar de trabajar y el técnico lo ha avisado de que estamos aquí.

—Veo que estamos de intervención —comenta mientras me roba una de las patatas de mi plato.

—Sí, le decía a Guzmán que no puede rendirse. Tiene que demostrarle a Alma que la quiere de verdad.

—Estoy de acuerdo, siempre y cuando ella no te haya pedido que le dejes espacio. ¿Qué te puso en el mensaje?

Dudo de si enseñárselo o no, no quiero traicionar su confianza.

—¿Acaso crees que no les ha enseñado tu mensaje a las chicas? —pregunta Marcos con conocimiento de causa—. Somos amigos, solo queremos ayudarte.

Les paso el teléfono y permanezco callado mientras lo leen.

—Bien, no está todo perdido. En ningún momento te pide que te alejes de ella ni te dice que no te quiere —comenta Andrés.

—No lo pone, pero si me quiere, ¿por qué no quiere estar conmigo? —pregunto frustrado.

—Porque piensa que estarás mejor sin ella —comenta el técnico muy convencido—. No puedo revelar mis fuentes.

Entonces recuerdo las palabras de Rober: «No dejes que te aparte de su lado cuando se asuste. Si hay algo que le da más miedo que querer, es que la gente que la quiere sufra por ella».

—Está pasando por un momento complicado y se va a tener que enfrentar a muchas cosas los próximos meses. Lo veo mucho en pacientes que pasan por procesos largos de recuperación. Les da miedo ser una carga —indica el fisioterapeuta.

—Y lo de la beca de París no ha ayudado… —añade Marcos.

—Lo sé, cree que está perjudicándome en mi carrera por lo de las prácticas. Es ridículo. Si antes de conocerla era un gilipollas con los pacientes y estar con ella me ha hecho querer ser mejor médico.

—Lo de que eras un gilipollas ya lo sabíamos —bromea el técnico —. Pero lo otro igual deberías decírselo.

—No quiere una relación. Eso sí lo dice claro.

—Pero ¿es que teníais una? —pregunta Andrés—. Hasta donde yo sé, ella nunca lo admitió, puedes jugar con esa baza.

—En su mensaje dice que le gustaría que fuerais amigos en el futuro, ¿no? —Marcos sonríe—. Pues ya estamos en el futuro.

—Nada te impide escribirle. Faltan pocos días para la intervención y a ella le gustará saber que estás a su lado, aunque no te conteste.

—Tenéis razón. No puedo rendirme.

—Ese es mi chico. Esta noche igual te perdono un par de kilómetros —bromea el fisio.

—¿Cómo está ella? —pregunto mirando a Marcos.

—Pues igual que tú, aunque se esfuerza por demostrar que está bien para convencerse de que ha tomado la decisión adecuada. Cuando se levanta por la mañana tiene los ojos rojos y es evidente que ha estado llorando.

—Joder, me mata no poder estar a su lado.

—Pronto estaréis juntos de nuevo.

—Gracias por todo, chicos.

—¿Cómo que gracias? A tu psicóloga le pagas setenta pavos. Nos debes una ronda de cervezas por lo menos —bromea Andrés—. Cuando volváis a estar juntos pienso cobrármelas.

—Eso está hecho.

52
ERES LA MUJER MÁS VALIENTE QUE CONOZCO

ALMA

Me meto en la ducha mientras oigo trastear a mi hermano y a Sofía en el salón, deben de estar desayunando. Rober ha venido pronto para acompañarme al hospital, ya que he insistido en ir dando un paseo.

Anoche vinieron a cenar a casa mis amigos. Desde el fin de semana en que celebramos el examen de Carlos y la plaza de Esther, no habíamos podido coincidir todos juntos. Les conté a los pocos días lo que había pasado con Guzmán y todos me han mostrado su apoyo, aunque sé que la mayoría, por no decir todos, no están de acuerdo con lo que he hecho.

Más de uno se moría por decir algo, pero no lo hicieron, excepto Natalia, que apareció en la cocina cuando el resto ya se había ido.

—Estás siendo muy injusta y, como amiga tuya que soy, te lo tengo que decir —comenzó la conversación.

—¿Injusta? —pregunté ofendida—. Lo estoy haciendo por él. Se merece algo mejor.

—¿Te das cuenta de lo hipócrita que es eso? Él te ha elegido a ti por encima de su carrera profesional y tú lo castigas dándole de lado y argumentas que es por su bien.

Me quedé pensativa ante las palabras de mi amiga.

—Yo…

—¿Si tú lo haces está bien, pero él no? ¿Por qué? ¿Porque tú no te mereces ser feliz tanto como el resto?

—Eres internista, sabes que, al tener la mutación, el riesgo de cáncer no desaparece solo con la mastectomía, luego tendrán que ser los ovarios y…

—Y te puede caer una rama de un árbol mañana en la cabeza. Ese no es el único motivo por el que lo alejas.

—¿A qué te refieres?

—Que te da tanto miedo amar a alguien y que se vaya que prefieres terminar tú con ello porque piensas que así sufrirás menos. —Mis ojos se llenaron de lágrimas y ella me puso una mano sobre el brazo—. Alma, tu madre no eligió irse, habría dado lo que fuera por estar a tu lado. Guzmán te quiere y tú también a él.

—Estoy muy asustada —confesé.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo.

Salgo de la ducha reflexionando sobre la conversación con ella.

Mi teléfono suena avisándome de la llegada de un mensaje mientras camino hacia el salón.

Guzmán:

Todo va a salir bien.

La doctora Cruz es una cirujana increíble.

Un abrazo

—¿Está todo bien, peque? —pregunta mi hermano.

—Sí, Guzmán me ha mandado un mensaje.

—¿Y por qué esa cara? —pregunta Sofía.

—Me ha parecido muy frío. No me hagas caso, ni yo misma me entiendo.

—¿Le has preguntado si va a estar en la intervención?

Cuando se lo conté a Rober hace unos días, se puso de parte de Guzmán y me dijo que le dolía ver cómo me esforzaba por no ser feliz. Sus palabras me dolieron más de lo esperado. Creo que alguna parte de él espera que todo haya sido un malentendido y que en cualquier momento le diga que volvemos a estar juntos.

—No me parece justo preguntárselo. No puedo echarlo de mi lado y llamarlo solo cuando lo necesito —indico con los ojos llorosos—. Eso sería egoísta.

—Nosotros vamos a estar contigo. Mamen y papá seguro que ya están en el hospital. Ya sabes lo pesado que se pone con no llegar tarde —bromea y sonrío dándole la razón.

—Y yo no me voy a separar de ti —informa mi amiga, que se ha pedido un día de asuntos propios—. Y Marcos y los demás se pasarán a verte cuando estés en planta.

—Estoy bien. No os preocupéis.

—¿Tienes todo listo? —pregunta Rober.

—Sí, ya tengo la bolsa con las cosas que voy a necesitar para los días que esté ingresada. Podemos salir.

Las siguientes dos horas pasan a cámara rápida sin que yo sea muy consciente de lo que sucede. Llegamos al hospital, ingreso y, cuando me quiero dar cuenta, estoy tumbada en la camilla esperando a que venga un celador.

—Vengo a llevarme a una princesa, pero por aquí no veo a ninguna —bromea Jaime al entrar a la habitación.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

—Conozco a alguien que me ha hecho el favor, ya sabes.

Puedo decir sin atisbo de duda que Jaime es la persona que más amigos tiene sobre la faz de la Tierra y yo, que tengo la suerte de ser una de ellas, comprendo perfectamente el motivo.

Sofía, que ha salido hace unos minutos de la habitación porque ha recibido una llamada, vuelve vestida con el uniforme.

—Así puedo acompañarte hasta la puerta del quirófano —me explica y sonrío mirándolos a ambos.

Abandonan la estancia dejándome a solas con mi familia.

—Cariño, eres muy fuerte. Estaré aquí esperándote cuando vuelvas —me dice mi padre antes de darme un beso.

Mamen se acerca y me da un abrazo.

—Eres la mujer más valiente que conozco. Ojalá las niñas sean como tú cuando crezcan. —Sus palabras me emocionan—. Ve con ellos, Rober. Yo me espero aquí con tu padre.

Mi hermano nos acompaña por el pasillo mientras me da la mano.

—Vas a estar bien —dice sin mirarme y sé que lo está diciendo para tratar de convencerse a sí mismo.

He estado tan centrada en mis emociones que no me he parado a pensar lo que implica esta intervención para Rober. Viéndolo caminar a mi lado, no veo a mi hermano mayor, sino a un niño que perdió a su madre prematuramente y está muerto de miedo.

Yo era muy pequeña cuando murió y solo tengo recuerdos vagos del hospital, pero él fue plenamente consciente.

—No voy a ir a ninguna parte, ¿me oyes? —pregunto cuando nos detenemos en las puertas dobles tras las que él no puede pasar—. Nos vamos a ver en unas horas y voy a ser la misma hermana molesta de siempre.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Se acerca y me abraza.

Continuamos avanzando y me despido de mis amigos cuando llego al quirófano.

Una vez entro, me pasan de la cama a la mesa de quirófano y la anestesista se presenta.

Mientras me explica cómo me van a poner la anestesia aparece la doctora Cruz.

—¿Cómo estás, Alma?

—Un poco nerviosa —confieso.

—Nosotras no estamos nerviosas porque lo tenemos todo controlado. Tú solo tienes que relajarte, cerrar los ojos y pensar en un recuerdo bonito, como te ha indicado Elisa. —Asiento.

—Allá vamos —indica la anestesista poniéndome una mascarilla—. Cuenta de diez hacia atrás.

—Diez, nueve, ocho…

—Ya casi está dormida —oigo que dice la doctora Cruz y siento cómo alguien me coge de la mano antes de que todo se vuelva negro.

53
ES LO MEJOR DE MI VIDA

GUZMÁN

Hace ya casi dos horas desde que le he enviado a Alma un mensaje de ánimo para la operación y no paro de revisar el móvil por si me ha respondido.

Pregunto en el control de Enfermería de su planta cuál es su habitación y me informan de que van a ir ahora a buscarla. Desde mi posición veo cómo aparece Jaime y, junto a Sofía, la acompañan por el pasillo.

El celador y yo hablamos hace unos días y me dijo que ojalá pudiera acompañarla hoy, así que hablé con algunos compañeros y conseguí que le dejaran llevar la camilla hasta el quirófano. Seguro que al verlo se ha sentido más tranquila.

Contemplándola tan cerca, a solo unos pocos metros, pienso en lo fácil que sería correr hacia ella, abrazarla y decirle lo mucho que la quiero, pero no es lo que ella necesita de mí ahora mismo, así que me mantengo al margen.

Cuando desaparecen de mi vista, avanzo por el pasillo hasta el quirófano a una distancia prudencial.

—¿Guzmán? —oigo a mi espalda y veo que se trata del hermano de Alma, que sale de la sala de espera.

—Buenas, Rober. ¿Cómo estás?

—Nervioso, no me gustan los hospitales.

—Me imagino. Alma me ha hablado de vuestra madre. —Asiente.

—Veo que al final ha entrado en razón y te ha pedido que vengas a la intervención. Lleva toda la mañana nerviosa.

—No me lo ha pedido —confieso—. Pero yo se lo prometí y no voy a romper esa promesa.

—Gracias, tío. —Me da un apretón en el hombro.

—Os mantendré informados yo mismo. Durará entre dos y tres horas, así que, si queréis, podéis ir a la cafetería o a la habitación y yo te llamo cuando salga.

—Gracias de nuevo.

Aparece Sofía y veo en su cara que está nerviosa. La he llamado hace unos minutos para decirle que iba a entrar y me ha respondido que se lo imaginaba, que le habría decepcionado mucho que no lo hiciera.

—Ya la han pasado. Creo que es mejor que esperes a que esté dormida para que no se altere —me pide y asiento.

—Sí, tienes razón.

Me despido de ellos y voy hacia el quirófano. Trato de mantener la mente en calma y pensar que es una intervención más. Yo mismo la he hecho, pero Teresa me da mil vueltas como cirujana.

Me esterilizo y me preparo para entrar. Escucho desde el otro lado de la puerta lo que sucede en el interior y, cuando oigo que le piden a Alma que cuente hacia atrás, paso.

—Ya casi está dormida —me informa Teresa. Me acerco y cojo la mano de Alma—. Te he dejado estar aquí, pero ya sabes cuáles son las condiciones.

—Estaré sentado detrás de ella sin decir nada —indico mientras me siento en la banqueta que está tras su cabeza.

—Es tu novia y, por mucho que creas que estás preparado para verla en la mesa de quirófano, no lo estás. No hagas que me arrepienta. Si necesitas salir, puedes hacerlo.

Durante la intervención permanezco detrás de Alma mientras le coloco mis manos a ambos lados de la cabeza. Necesito tocarla y hacerle saber de algún modo que estoy aquí, aunque ella no sea consciente.

Teresa tenía razón, la mayor parte del tiempo he apartado la vista del campo quirúrgico porque se me hacía muy duro saber que era Alma la que estaba ahí tumbada sin poder moverse.

Ha habido un momento complicado en que la tensión se ha desplomado durante unos segundos debido a una hemorragia, pero la han conseguido revertir en poco tiempo con una trasfusión.

—Esto ya está —informa Teresa—. Ha ido todo bien, iremos revisando la tensión en planta. ¿Informas tú a su familia, Guzmán?

—Sí, yo me encargo.

Miro el reloj y compruebo que han pasado tres horas y media. Rober debe de estar subiéndose por las paredes y el resto del grupo ha debido de salir ya de su turno.

—¿Está bien? —pregunta nada más verme aparecer y, como esperaba, está acompañado por mis amigos.

—Ha salido todo perfecto. Se han retrasado un poco porque ha tenido una pequeña hemorragia, pero nada de lo que preocuparse.

Asiente, pero veo en su cara que está muy preocupado.

—Cariño, está todo bien. Guzmán no te mentiría. ¿Crees que tendría buena cara si tu hermana estuviera mal? —pregunta su mujer y este me mira y asiente.

—En un rato podrás pasar a verla —lo anima Sofía.

—Sí, en cuanto esté despierta, las enfermeras os avisarán y podréis pasar dos personas a verla a la sala de reanimación —les informo.

—Te refieres a dos personas sin uniforme, ¿no? —pregunta Jaime —. El resto estamos trabajando.

—Veré lo que puedo hacer, pero no arméis jaleo. Vuelvo dentro para acompañarla hasta la REA.

—Gracias por cuidarla, Guzmán. —Rober se acerca y me da un abrazo. En su voz noto que está emocionado.

—Es lo mejor de mi vida, aunque ella no lo vea así.

—Lo verá.

Permanezco al lado de la cama de Alma mientras todavía le dura la anestesia. La cojo de la mano y me la llevo a los labios. Dios, cuánto la echo de menos.

Le pregunto a las enfermeras si puede entrar una amiga sanitaria a estar con ella hasta que despierte y entren sus familiares, y me dicen que sin problema.

Ella me pidió que estuviera en la intervención, pero no tengo permiso suyo para estar aquí.

Salgo e informo a Sofía de que puede pasar. Veinte minutos después sale para que la releven Rober y el padre de Alma, y se acerca a mí, que estoy sentado junto al resto del grupo, incluido Andrés, que ha llegado hace un momento.

—No te levantes —me dice cuando me ve moverme, y se sienta a mi lado.

—¿Cómo está?

—Está consciente y un poco dolorida, le han puesto tramadol intravenoso. —Aprieto los labios—. La tensión se la han tomado hace un momento y tiene 90/60, ya sabes que la medicación tampoco ayuda. Ha comenzado a eliminar la anestesia, por lo que no tardarán mucho en llevarla a la habitación.

—¿Te ha dicho algo?

—Lo último que recuerda antes de dormirse es que le cogían la mano. Cree que se lo ha imaginado y yo no le he dicho lo contrario. Ya tendréis tiempo para hablar. —Asiento—. ¿Estás bien, Guzmán?

Niego con la cabeza y noto cómo los ojos se me llenan de lágrimas. Bajo la cabeza avergonzado con los codos en las rodillas.

—Lo siento —digo tratando de recomponerme, pero sin conseguirlo.

—Ey, tío, no pasa nada. Llevas unos días de mucha tensión y estar ahí dentro no ha debido de ser fácil. —Andrés se agacha frente a mí para estar a mi altura.

—Duele mucho verla así y no poder estar a su lado.

—Seguro que ella también quiere verte —me anima Natalia poniéndome una mano en el hombro—. Ahora cuando pasemos se lo decimos y verás…

—Es mejor dejarla descansar. Esta noche me pasaré a verla cuando esté ya en la habitación y se encuentre mejor. ¿Te vas a quedar con ella? —pregunto a Sofía.

—Sí, pasaré yo aquí la primera noche y mañana vendrá Rober. No te preocupes, que no vamos a dejarla sola. Estará bien.

Asiento mientras trato de deshacer el nudo de mi garganta.

—¿Habéis comido ya? —pregunta Andrés.

—Sí. Hemos comprado unos sándwiches de la máquina mientras esperábamos —responde Carlos.

—Idos tú y Guzmán a casa a comer y descansar. Os escribimos en cuanto sepamos algo —propone Sofía, que debe de haber notado mi cara de agotamiento.

Estoy tan cansado que no le llevo la contraria.

—Voy a dejar el móvil en volumen. Por cualquier mínima cosa, me llamas —le pido.

—Prometido. Esta noche nos vemos.

Dudo de que pueda conciliar el sueño, pero no me vendrá mal descansar después de la tensión de las últimas horas.

54
YO NO QUIERO QUE SEA SOLO MI AMIGO

ALMA

Hace ya varias horas que me subieron a planta y estoy en mi habitación.

Cuando me desperté de la anestesia, pude estar un ratito con Sofía y luego pasaron Rober y mi padre. Ambos estaban muy emocionados y felices por verme bien, aunque son conscientes de que todavía queda gran parte del proceso.

Después aparecieron Jaime y Natalia; según me dijo el celador, el amigo que tenía en planta había conseguido que pudieran pasar también.

No estuvieron mucho rato y me dieron besos y abrazos de parte del resto, a los que vería más tarde en planta.

El dolor es agotador, por lo que mi batería social está al mínimo y prácticamente no he podido charlar con mis amigos, que, al ver mi cansancio, se han marchado cuando me han traído la cena para que pudiera descansar.

En cuanto se han llevado la bandeja me he tumbado en la cama y me he quedado completamente dormida.

Abro los ojos y veo a mi mejor amiga distraída con el móvil.

—¿Cómo estás? —me pregunta al darse cuenta de que me he despertado.

—Dolorida —respondo.

—¿Quieres que llame a las enfermeras? Igual te pueden poner algo más…

—No, puedo aguantar un poco. Pero necesito que me hagas un favor…

—Claro, dime.

—Necesito verme. ¿Me acompañas al baño?

—Alma, no creo que sea buena idea. Ahora tienes la zona inflamada y habrá hematomas por la intervención… Es mejor que esperes unos días.

—Mañana voy a verme cuando venga la doctora y prefiero hacerlo contigo al lado. Las dos solas. Cuanto antes lo haga, antes podré asumirlo y seguir adelante.

—Como quieras, tú eres la psicóloga.

Me ayuda a sentarme y, cuando comprobamos que no me mareo, me ayuda a levantarme y a caminar hasta el baño.

—No puedo quitarte el apósito que te han colocado.

—No pasa nada, solo quiero hacerme una idea.

Llevo dándole vueltas a esto desde hace varios días. A cómo sería el momento en que me viera. Me he mentalizado, he visualizado lo que puedo encontrar, ya que Guzmán me explicó hace semanas con todo lujo de detalles cómo estaría porque le dije que necesitaba sentir que controlaba la situación.

Me ayuda a desabrocharme la bata despacio para no tirar de la vía intravenosa y se coloca detrás de mí para que pueda verme bien en el espejo.

Tengo dos gasas enormes, que me cubren la parte inferior de donde estaba mi pecho, y dos tubitos donde terminan las cicatrices

debajo de la axila, que van a los respectivos drenajes. La doctora me ha debido de llenar un poco los expansores en quirófano porque no estoy completamente plana.

Las lágrimas me corren por las mejillas y siento una mezcla de liberación y tristeza. Porque, por mucho que me haya librado del cáncer de mama y me haya quitado ese gran peso, se me forma un nudo en la garganta al ver a lo que he tenido que renunciar. Por mucho que me hayan quitado los pechos por prevención, en cierta manera siento que el cáncer es el culpable porque ha sido mi lucha por ganarle la partida lo que me ha llevado a adelantarme antes de que aparezca.

—¿Quieres volver a la cama? —me pregunta mi amiga y asiento.

Me ayuda a ponerme la bata con cuidado y me pasa un brazo por la cintura para ayudarme a caminar.

—Estoy bien —le digo cuando me tumba en la cama.

—No, no lo estás, pero lo estarás.

—Pasa, está dormida —oigo que dice Sofía.

El dolor no me deja descansar profundamente y a cada rato me despierto. Tener que dormir completamente bocarriba tampoco está ayudando mucho.

—¿Cómo está? —pregunta y reconozco la voz de Guzmán. Siento cómo me coge la mano y me quedo muy quieta.

—A nivel físico todo controlado, pero a nivel psicológico no sé… Ha insistido en verse en el espejo y se ha quedado un poco en shock.

—Alma es fuerte, seguro que en cuanto le quiten los drenajes y los puntos se encontrará mejor. Sabe que ha tomado la mejor decisión.

Sus palabras me emocionan, él nunca me ha cuestionado. Mi familia y amigos me preguntaron si estaba segura, ya que era una decisión muy importante, pero Guzmán siempre me comprendió.

—Tienes razón.

—Me marcho ya, solo quería verla y comprobar que está bien o no podré dormir.

Me deja un beso sobre la cabeza y va hacia la puerta.

—¿Ya estás mejor? —le pregunta Sofía.

—Sí, antes me he venido abajo porque ha sido muy duro verla en el quirófano. Pensé que podría separar lo profesional de lo personal, pero la tensión ha podido conmigo.

—Es normal. No es lo mismo cuando estás enamorado de la persona que está en la mesa.

—No, no lo es.

No era un sueño, era él quien me cogió la mano y, por lo que escucho, estuvo conmigo durante toda la cirugía.

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas y me giro para verlo, pero ya es tarde, ha abandonado la habitación y solo me encuentro con los ojos de mi amiga Sofía.

—¿Has escuchado la conversación? —Asiento mientras me limpio las lágrimas—. Estuvo contigo en todo momento y se fue antes de que te despertaras en la REA. Habló con las enfermeras para que me dejaran entrar antes y él es el amigo que consiguió que Jaime pudiera llevarte a quirófano.

—No sé cómo podré agradecerle todo lo que está haciendo por mí, y encima después de cómo le traté…

—No apartándolo de tu lado. Sé que necesitas tiempo, pero un primer paso es dejarle acompañarte; antes de ser pareja erais amigos. —Asiento.

—Tienes razón. Es un buen paso, pero yo no quiero que sea solo mi amigo…

Sofía suelta una carcajada y su risa me hace reír, lo que resulta supermolesto porque me tiran los drenajes.

—No te rías, que te vas a hacer daño —me dice mi amiga—. Él tampoco quiere ser solo tu amigo, pero estoy segura de que te dará el espacio que necesitas hasta volverte a sentir bien contigo misma y poder retomar la conversación pendiente que tenéis.

—Ojalá tengas razón.

55
CUALQUIER DUDA, TE DECIMOS

GUZMÁN

Acelero en la última recta y alcanzo a Andrés, que ha llegado hace unos pocos segundos.

—Parece que vamos mejorando —me anima mi compañero—. Al final le has cogido el gusto a correr.

—Ahora mismo lo necesito, me ayuda a no pensar y a dormir por las noches.

—Hoy le dan el alta, ¿no? Ayer me pasé a verla y le comenté lo de mi compañera de la uni especializada en linfedema y cirugías de mama. Le di su teléfono para pedirle cita cuando le quiten los drenajes.

—Mil gracias. ¿Cómo la viste?

—¿No has ido a verla?

—Me pasé anteanoche, pero estaba dormida. Ayer iba a estar todo el día acompañada y quería estar con ella un rato a solas. He hablado con Rober y lo he avisado de que me pasaría por la mañana.

—A tu cuñado lo tienes en el bote, seguro que se marcha en cuanto te vea y podéis hablar. —Sonrío porque tiene razón; en estas

últimas semanas, desde que le pedí las llaves del apartamento de Cullera, Rober y yo nos hemos vuelto más cercanos.

Ayer pasó el día con ella y me fue actualizando por mensaje cada pocas horas de su estado sin necesidad de que yo le preguntara. Creo que se ha dado cuenta de lo mucho que quiero a su hermana.

Cuando llegamos a casa, Andrés me permite ducharme primero. Nunca me deja porque dice que es su privilegio por ganarme corriendo, pero hoy está generoso y me cede su puesto en nombre del amor. Siempre me hace reír con sus ocurrencias.

Llego al hospital y me cambio de ropa antes de subir a la habitación de Alma; todavía no me toca entrar, pero así puedo entretenerme más tiempo.

El camino hasta la sexta planta se me hace eterno. Saludo al personal de Enfermería mientras camino por el pasillo que me lleva a su habitación. Cojo aire antes de llamar a la puerta y de pronto retrocedo.

Tengo miedo, miedo de decir algo inadecuado o de que no se alegre de verme. ¿Cómo se supone que tengo que actuar? Recuerdo lo que me dijeron Marcos y Andrés sobre ser su amigo como ella me pidió. Supongo que será lo mejor.

Golpeo la puerta con los nudillos y me dan permiso para entrar. Veo su cara de sorpresa al darse cuenta de que soy yo. Rober se levanta a saludarme mientras ella se tapa con la sábana y trata de ocultar los drenajes.

—¿Cómo estás? —pregunta, saludándome con un apretón de manos y una palmada en la espalda—. Has venido en el mejor momento porque justo iba a bajar a la cafetería a desayunar.

—Gracias —susurro para que solo él me oiga y me dedica un leve asentimiento.

—Os dejo, chicos. Alma, te veo en un rato. —Ella asiente y nos quedamos solos.

—¿Te parece bien que haya venido? —pregunto nervioso al ver que todavía no ha dicho nada y parece incómoda.

—Sí, claro. Gracias por venir. —Me acerco a la cama, pero permanezco de pie.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele?

—Sí, me duele mucho, pero no quiero que me pongan mucho tramadol. Estoy tratando de aguantar con paracetamol…

—Cariño…, digo, Alma —me corrijo rápidamente—, no vas a engancharte a los opiáceos en dos semanas, te lo prometo. En casa puedes tomar paracetamol y Nolotil, pero los primeros días no tienes que estar pasando dolor.

Sé que lo hace porque en su rotación en el Centro de Adicciones le afectó mucho ver cómo algunos adolescentes se habían hecho adictos a los opiáceos tras pasar por lesiones físicas. Me lo contó hace unas semanas al preguntarme si le pondrían opiáceos.

—Puedes avisar a las enfermeras y…

—Claro, ahora mismo vuelvo.

Voy al control de Enfermería y una de ellas me confirma que han insistido en ponerle más medicación, pero es muy cabezona. Se alegran de que la haya convencido.

Permanezco en silencio mientras le conectan los medicamentos a la vía intravenosa y no hablo hasta que desaparecen.

—Seguro que en unas horas estás mejor.

—Gracias —responde dedicándome una sonrisa sincera.

—¿Cómo llevas los drenajes?, ¿te tiran mucho?

—Un poco, pero bien.

—Me ha dicho Andrés que te comentó lo de su amiga fisio, seguro que te ayuda…

—Sí, gracias. Me dijo que fue idea tuya.

—Si necesitas cualquier cosa, sabes que puedes decírmelo. No dudo de que vayas a estar bien con Sofía, ella también es médico. Pero si hay algo en lo que os pueda ayudar…

—Cualquier duda, te decimos —responde y veo en sus ojos que algo ha cambiado.

—¿Interrumpo? —pregunta Rober entrando en la habitación—. Por la hora que es, he imaginado que tendrías que entrar a trabajar ya.

Compruebo el reloj y veo que tiene razón.

—Gracias, se me había pasado.

—Me lo imaginaba… —Sonríe.

—Me voy ya. Encantado de verte, Rober. Alma, cualquier cosa, me escribes. —Asiente.

Salgo de la habitación con la sensación de estar a años luz de ella, como si hubiera una barrera enorme que nos separa y no sé qué hacer.

No sé cómo arreglarlo, pero no me voy a rendir.

—No sé. Igual ha sido sensación mía, pero la he notado muy fría —les cuento a mis padres mientras descansamos en el sofá tras cenar los tres juntos.

—Cuéntanos cómo ha sido toda la conversación desde que has llegado —me pide mi madre y así hago.

—Pues no hay que ser muy listo para darse cuenta de dónde está el problema —indica mi padre, y ella niega con la cabeza.

—Igual ese es el problema: que tenéis un hijo tonto porque no entiendo nada —comento a la defensiva.

—No te enfades, Guzmán, solo queremos ayudarte —me increpa mi madre.

—Lo siento, es que no sé qué hacer.

—Lo primero es dejar de tratar a tu novia como a una paciente. Te lo digo por experiencia…

—¿Cómo?

—Tu padre, cuando me diagnosticaron, también estaba más pendiente de mis pruebas y mis resultados que de cómo me sentía.

—Tuvimos, de hecho, una gran discusión debido a eso —recuerda mi padre y veo en el gesto de su cara que no se siente bien al recordarlo.

—Pero yo me preocupo por ella…

—Sí, pero solo le has preguntado por el dolor y los drenajes, parece que estabas pasando la ronda, hijo. Y te has ofrecido a ayudarla si su amiga tenía dudas médicas. No le has propuesto pasar tiempo juntos, visitarla, hablar con ella… —indica mi madre.

—Joder, soy gilipollas —respondo al darme cuenta de mi error.

—No te fustigues más, tiene fácil solución. Ahora que está en casa, puedes visitarla y, como bien te han indicado tus amigos, empezar ofreciéndole tu amistad.

—La pobre lo debe de estar pasando muy mal y estar hecha un lío. Demuéstrale que estás ahí para ella —añade mi padre.

—Siento que no paro de meter la pata con ella… ¿y si está mejor sin mí? —confieso y me vuelvo a sentir como un niño pequeño que necesita el consuelo de sus padres.

—Esa chica te quiere, Guzmán, y eso no va a cambiar porque metas la pata de vez en cuando.

—¿Estás segura?

—Segurísima porque, si no fuera así, yo no me habría casado con tu padre —bromea y este niega con la cabeza.

—De tal palo, tal astilla… —indica mi progenitor.

—Eso parece.

56
PUEDES LLAMARME SIEMPRE QUE QUIERAS

ALMA

Hace dos días que me dieron el alta y hoy Esther ha venido a pasar la tarde con Sofía y conmigo.

Poco a poco me siento más yo misma, aunque tengo que confesar que se me hace muy duro el momento de la ducha.

El resto del día no soy tan consciente de mi cambio corporal, pero, cuando me meto bajo el agua sin gasas de por medio, solo mi cuerpo, los drenajes y yo, no hay escapatoria.

—Te queda genial tu nueva bata —dice la enfermera, sentándose a mi lado en el sofá mientras Sofía va a la cocina para traernos algo de beber.

Me la regalaron ellos el día anterior a la cirugía. Es una bata postquirúrgica que tiene bolsillos en el interior para meter los drenajes y no tener que sujetarlos con una goma a la cintura.

—Gracias, es muy cómoda.

—¿Cómo estás? La verdad.

—Pues no sabría decirte. Hay ratos que estoy feliz porque me recuerdo que no voy a tener cáncer de mama como mi madre; otros, enfadada con el mundo porque me gustaría no haber tenido que pasar por esto, también triste… —Me encojo de hombros porque el nudo de la garganta me impide hablar.

—Tienes que pasar el duelo —indica Sofía, pasándome un vaso con mi refresco favorito.

—Sí, es justo eso. Pero no me arrepiento de la decisión que tomé y sé que es cuestión de días que me encuentre mejor anímicamente. La semana que viene tengo cita para que me quiten los puntos y los drenajes. Estoy deseándolo.

—Seguro que estarás mucho más cómoda —me anima Sofía.

—¿Sabes algo de Guzmán? —pregunta Esther despacio, con tacto, como si no supiera si es buena idea hacerlo.

—Me escribió ayer para venir a verme y le he dicho que mejor no venga, que estoy muy cansada…

—Eso no me lo habías contado —me recrimina mi mejor amiga.

—Cuando me mandó el mensaje ya estaba dormida. Lo he visto hace unas horas.

—Seguro que sabe que todos estamos viniendo a verte, no creo que la excusa sea la mejor —comenta la enfermera.

—No necesito otro médico, si quiero revisiones voy al hospital —confieso alterada.

—¿Ha pasado algo que no sepamos?

—Vino a verme el día que me dieron el alta y estuvo muy frío. Solo me preguntó por cosas médicas. No quiero ser una paciente para él ni algo que tenga que arreglar.

—Alma, no es así, te lo aseguro —dice Esther cogiéndome de la mano—. Ahora estás muy sensible por todo lo que estás pasando y no piensas con claridad. Ese chico besa el suelo que pisas. Tendrías que haberlo visto, cuando salió de estar contigo en quirófano se vino abajo.

—¿Lloró? —pregunto con un nudo en la garganta buscando la mirada de Sofía.

—Sí, lo está pasando tan mal como tú desde que estáis separados.

—Deberías dejarle venir, Alma —me dice Esther.

—Necesito unos días, no quiero que me vea así. Quiero encontrarme mejor, más estable emocionalmente y con menos dolor para poder tener la conversación que nos debemos.

—Pero nada te impide escribirle o hablar con él, ¿no? Antes que pareja erais amigos y estabais todo el día al teléfono —me recuerda Sofía.

—Tienes razón.

—¿Y tú qué tal, Esther? ¿Contando los días para ser matrona?

—Me muero de ganas. Después de varios años rotando por todos los servicios, por fin puedo trabajar en lo que me gusta de verdad.

—Lo vas a hacer genial —la animo—. Y tu hombro seguro que lo nota para bien.

—Bueno, lo de para bien… Ahora tendrá que ir menos al fisio —bromea Sofía y Esther se sonroja.

—No te preguntamos por la noche que celebramos tu nuevo trabajo. Os quedasteis solos toda la noche —le recuerdo.

—Fue genial. Estuvimos bailando y, cuando nos quedamos a solas, nos pasamos toda la noche hablando mientras bebíamos agua y esperábamos a que se me pasara un poco la borrachera porque le confesé que me daba miedo dormirme, vomitar y morir ahogada.

Sofía y yo soltamos una carcajada.

—Seguro que nadie le ha entrado así nunca —bromeo sin parar de reír—. Ay, perdona, no está bien reírse de los miedos de los demás.

—No te preocupes, él también se rio y, cuando entendió que no era una broma, me dijo que él se ocuparía de mantenerme con vida.

—¡Qué cuqui! —dice Sofía.

—Tampoco bebí tanto, solo que no estoy acostumbrada y después de una hora ya volví a ser yo misma, pero estaba tan a gusto que

seguimos charlando hasta las tres de la mañana. Seguimos en contacto y nos escribimos de vez en cuando.

—Ese es un buen primer paso, que seas capaz de compartir espacio y tiempo a solas con un hombre con el que podías tener algo y sentirte cómoda y segura —la animo—. A Marcos siempre lo has visto como un hermano, a Guzmán lo conociste cuando ya había algo entre nosotros, y Carlos y Jaime no cuentan.

—Sí, mi psicóloga me lo ha dicho también. Ahora mismo estoy disfrutando de conocernos y de que poco a poco nos hagamos amigos, y lo que tenga que pasar pasará. No voy a adelantarme y no quiero asustarme tampoco.

—Estamos muy orgullosas de ti, estás siendo muy valiente —dice Sofía y ella nos da las gracias.

Charlamos un rato más y, después de unas horas, empiezo a notar el cansancio. Anoche no dormí bien por el dolor y llevo todo el día arrastrando la falta de sueño.

Les digo a las chicas que necesito echarme un poco y Esther, al ver la hora que es, nos dice que ella ya tiene que irse a casa.

—Sofía, vete con Esther hasta su barrio y le das una sorpresa a Marcos. —Veo en los ojos de mi amiga que le encanta la idea, pero tiene dudas—. Yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Cenad fuera y luego podéis pasar aquí la noche. Voy a estar descansando en mi habitación. No va a pasarme nada, tranquila.

—Está bien, pero cualquier cosa me llamas.

Me acompaña hasta el cuarto antes de irse y me acerca un vaso de agua por si tengo sed. Este gesto me llena de ternura.

En los días que llevo en casa he sufrido pequeños mareos, pero ya me advirtieron que podía pasar por la medicación y a Sofía no le gusta dejarme sola.

Me meto en la cama y la luz de notificaciones de mi teléfono se enciende. Lo había dejado olvidado en mi mesilla mientras estaba con las chicas.

Guzmán:

No hay prisa. Lo importante es que
tú estés bien.
Descansa

El mensaje es de hace tres horas, cuando le he dicho que estaba muy cansada como respuesta a su petición de venir a verme.

Busco su número en la agenda y lo llamo.

—¿Alma?

—Hola.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya? —pregunta angustiado y siento lo mucho que se preocupa por mi bienestar.

—Estoy bien, solo me apetecía hablar un rato contigo. Si te parece bien…

—Claro que me parece bien, puedes llamarme siempre que quieras. —Sonrío—. ¿Qué tal has pasado el día?

—Regular, no estoy durmiendo nada bien. Me cuesta mucho lo de hacerlo incorporada. Aunque hoy estoy tan cansada que creo que entraré en coma. —Oigo su risa al otro lado de la línea—. ¿Tú qué tal?

—He estado operando bastante últimamente. He podido participar en algunas cirugías después de mi turno. —No me pasa desapercibido que ha eludido mi pregunta hablándome del trabajo, pero no se lo digo porque no estoy preparada para su respuesta.

—Seguro que están muy contentos contigo. ¿Tus padres bien?

—Sí, mi padre ahora trabaja mucho menos y aprovechan para hacer planes juntos los fines de semana. No he vuelto a tener que pasar una noche acompañando a mi madre.

—Me alegro por ellos. Seguro que tu madre está muy contenta.

—Alma… —susurra bajando el volumen y deja pasar unos segundos, como si no supiera si hablar o no.

—Dime.

—Siento mucho lo del otro día cuando fui a visitarte al hospital. Me comporté como si fuera tu médico…

—No pasa nada —digo tratando de quitarle importancia, aunque sí me dolió.

—No, sí pasa. La situación me superó porque tenías dolor, lo veía en tu cara, y no podía ayudarte. Solo pensaba en hacer algo para que estuvieras mejor y…

Los ojos se me llenan de lágrimas al escuchar la angustia de su voz.

—Siento que estés pasándolo mal por mí —lamento.

—Cariño, no pasa nada. No es tu culpa. Solo quiero que estés bien y me duele saber que sufres. No puedo evitarlo.

—Gracias por estar conmigo en la cirugía incluso cuando no me lo merecía…

—Te lo mereces todo. No habría podido mantenerme alejado ni aunque quisiera —confiesa y mi corazón se llena de esperanza.

—Voy a intentar dormir, que estoy muy cansada. ¿Mañana tienes guardia?

—Hasta el sábado nada.

—¿Te puedo llamar a esta hora?

—Claro que sí. Mañana hablamos. Descansa.

—Igualmente —respondo antes de colgar y una sonrisa aparece en mis labios.

57
OJALÁ SE VIERA COMO LA VEO YO

GUZMÁN

Mi relación con Alma avanza poco a poco, la llamada de antes de acostarnos se ha convertido en una tradición y cada noche la espero con emoción. Además de llamarnos, también nos escribimos mensajes durante el día, cuando no estoy trabajando, que últimamente es casi siempre.

Las jornadas en el hospital continúan siendo interminables. Hoy no tenía guardia, pero ha venido una urgencia y, como estamos faltos de médicos, he tenido que quedarme. Han sido cuatro horas de cirugía tratando de estabilizar a un chico que ha tenido un accidente de moto. Han tenido que quitarle el bazo y amputarle una pierna, pero sobrevivirá.

Cuando veo casos como este no puedo evitar recordar a mi madre cuando me decía que las motos las carga el diablo. Siempre le han dado mucho miedo.

Salgo del quirófano, agotado, para informar a la familia de la situación. La madre rompe a llorar cuando le comunico que su hijo va a salir de esta y me da un abrazo, que acepto.

Me despido de la familia y de camino al ascensor me cruzo con la doctora Cruz.

—Guzmán, ¿qué tal? Te veo cansado.

—Buenas, Teresa. Acabo de salir de una cirugía de cuatro horas. He tenido que quedarme por la falta de personal.

—Sí, tenemos varios compañeros de baja. Están siendo unas semanas agotadoras. ¿Qué tal Alma? ¿Los puntos bien?

Tardo en contestar y ella ve mi duda.

—Siento si he metido la pata, pensaba que vosotros…

—Estábamos juntos, pero antes de la intervención me dijo que necesitaba estar sola en ese momento y ahora hablamos todos los días, pero no me deja que la vea —confieso y entonces me doy cuenta de con quién estoy hablando—. Perdona, no pretendía contarte mi vida. Lo siento.

—Te invito a un café. Vamos.

—No quiero entretenerte, Teresa —comento avergonzado.

—Necesitas hablar, y yo, cafeína. Si te sientes mejor, te dejo pagar a ti. —Sonrío y acepto.

Elegimos una mesa apartada de la cafetería para disfrutar de nuestras bebidas.

—¿Te conté por qué me especialicé en mama? —pregunta tras dar el primer sorbo y comprobar que está demasiado caliente.

—No lo hiciste.

—Mi caso es muy similar al de Alma, solo que mi madre no falleció. Consiguió superar el cáncer y, a raíz de su diagnóstico y los antecedentes familiares, me hice las pruebas genéticas y me salió positivo. Tenía treinta años cuando me hice la doble mastectomía y estaba muerta de miedo. Cuando llegué a casa, estuve dos semanas duchándome con la luz apagada. Dejaba la puerta entreabierta para que entrara la luz del pasillo. No quería verme. En ese momento yo ya estaba saliendo con mi marido, aunque no nos habíamos casado todavía. —El gesto de su cara cambia y sonríe—. Yo no quería que él me viera porque, si yo no me gustaba, cómo le iba a gustar a él.

Hasta que un día recuerdo que estaba quitándome el pijama dándole la espalda para que no me viera y me dijo: «¿Sabes por qué me gustaban tus tetas?», me giré, lo miré y me quedé en silencio sin saber qué responder y añadió: «Porque eran tuyas y me gusta todo de ti porque para mí eres perfecta y siempre serás preciosa».

Me limpio las lágrimas que se me escapan de los ojos, y ella me pasa un pañuelo de papel y coge otro para ella.

—Ahí entendí que, independientemente de mi cirugía, seguía siendo yo y ver el amor con el que mi pareja me miraba me ayudó a volver a quererme a mí misma. Alma es una persona fuerte y puede que no tenga tantos complejos como yo entonces, pero es normal que no quiera que la persona de la que está enamorada la vea con drenajes y puntos. Está acostumbrada a que mires esa parte de su anatomía con deseo y no quiere que eso cambie y, en tu caso, al ser médico, la veas como a una paciente —añade.

—No lo había pensado. Ella sabe que la quiero, a mí me da igual la mastectomía. Incluso si decidiera no reconstruirse no me importaría.

—Pero a ella sí le importa y es la que tiene que sentirse cómoda con que la veas. Ten paciencia y espera a que le quiten los drenajes y los puntos, y mientras tanto sigue a su lado, aunque sea en la distancia. Se apartó de tu lado antes de la intervención posiblemente porque tenía miedo. La primera noche tras mi cirugía, cuando nos quedamos a solas mi marido y yo, le dije que entendería si quería dejarme…

—¿Y qué hizo?

—Me dijo que iba a salir a avisar a la enfermera, que creía que se estaban pasando con las drogas que me estaban dando. —Suelto una carcajada. Su marido me caería bien—. No volví a sacar el tema. Alma solo necesita volver a sentirse ella misma. Tienes que recordarle que para ti sigue siendo preciosa y que estarás a su lado, pase lo que pase.

—Gracias, Teresa, de verdad.

—Y ahora que hemos terminado de hablar de Alma, cuéntame: ¿tú cómo estás?

Hablamos del trabajo, de la beca, de nuestras familias y de mi falta de concentración las últimas semanas. Ella me enseña fotos de sus dos hijos y de su marido, que trabaja como celador en el hospital. La historia de cómo se conocieron prefiere guardársela para el próximo café.

La conversación con Teresa me ha ayudado a ponerme en la piel de Alma y a darme cuenta de cómo se está sintiendo. Ahora sé que no me mantiene alejado porque no quiera saber nada de mí, sino porque tiene miedo a que cuando la vea no la vaya a mirar o tratar igual que antes. Ojalá se viera como la veo yo.

Eso es. Eso es lo que tengo que hacer, mostrárselo.

58
NUESTRA HISTORIA TODAVÍA NO HA TERMINADO

ALMA

Salgo de la ducha y mi móvil está iluminado avisándome de que tengo una notificación. Guzmán siempre me mandaba un mensaje de buenos días cuando estábamos juntos y estas últimas semanas lo he echado de menos.

Cojo el móvil de la mesilla y sonrío al comprobar que es de él.

Guzmán:

Recuerdo la primera vez que te vi.
Caminabas por un pasillo del hospital
e ibas muy concentrada.
Al verte pensé que eras preciosa.
En ese momento yo estaba muy enfadado
con el mundo y fuiste como un rayo de luz.
Cuando llegaste a mi altura me miraste
y tuve que disimular y seguir andando.
En aquel entonces no sabía que tendría
la suerte de estar contigo

¿Un pasillo del hospital? ¿Acaso el primer día que lo vi él también se fijó en mí?

«Al verte pensé que eras preciosa».

Sonrío emocionada por el mensaje sin saber muy bien qué contestar.

Alma:

Recuerdo perfectamente ese día.
Cuando te vi pensé que no era posible que
a alguien le sentara tan bien el uniforme.
Tú también estabas guapísimo.
Mucha suerte con la cirugía

Anoche me contó que hoy lo han invitado a participar en un trasplante de riñón y estaba superemocionado, pero también nervioso por si no lo hace bien.

Guzmán:

Muchas gracias. Eso espero.
¿Cómo vas a pasar el día?
¿Vas a aprovechar para disminuir
tu lista de libros pendientes?

Sonrío al ver que se acuerda de lo que le dije hace unas semanas. Me encanta leer novelas románticas, pero con la residencia no tengo casi tiempo de leer ficción porque siempre estoy liada leyendo cosas de trabajo. Le conté que iba a aprovechar las dos semanas de baja para poder leer un poco, pero no contaba con los dolores.

Alma:

Lo he intentado, pero no consigo encontrar la postura. Se me cansan los brazos de sujetar el libro y me tiran los drenajes. Supongo que tendré que esperar hasta estar bien. Esta noche hablamos y me cuentas qué tal ha ido la cirugía

Paso la mañana viendo una serie que me recomendó Carol, la hermana de Marcos, sobre unos vaqueros que viven en un rancho. Cuando me quiero dar cuenta, he terminado la primera temporada. ¡Qué enganche!

Me suena la alarma que me indica que tengo que comer para poder tomarme la medicación para el dolor. Normalmente, cuando trabajo, como más tarde, pero con la intervención estoy cambiando las rutinas y es mi cuerpo el que manda.

Me despierto de la siesta cuando oigo que se abre la puerta de casa. Debe de ser Sofía.

Me levanto y veo que está acompañada de Jaime y Carlos.

—¡Sorpresa! —dice el primero—. Hemos venido para ahorrarnos cocinar en casa. Nos ha dicho Sofía que hay lasaña —bromea mientras se acerca a darme un abrazo.

—Sí, mi cuñada trajo una fuente enorme ayer —informo acercándome a la cocina.

—Tú quieta, que ya nos encargamos nosotros —me dice Carlos—. Dime dónde están los platos mientras Sofía va calentando.

Me siento con ellos mientras disfrutan de la comida.

—¿Qué tal vas, Almita? Te veo mejor cara que hace unos días. ¿Tienes menos dolor?

—Sí, ya estoy descansando mejor.

—Y también influyen los mensajitos y las llamaditas con Guzmán —comenta mi mejor amiga.

—¿Cómo? No me había enterado yo del chisme.

—Acabas de despertar a la cotilla que lleva dentro —bromea Carlos.

—Como si tú no te murieras por saber más. Cuenta, cuenta.

—Hablamos por teléfono hace unos días y ahora nos llamamos todas las noches y nos mandamos mensajes.

—¿Qué tipo de mensajes? ¿Guarros? —pregunta Jaime, haciéndonos reír.

—Pero déjala, que es privado. —Carlos le da un empujón cariñoso a su novio.

—Hablamos de cómo nos ha ido el día y hoy me ha mandado un mensaje precioso… —confieso sonrojándome.

Le paso el teléfono, y Carlos y Sofía se acercan para mirar.

—Madre mía, qué bonito. —Carlos me mira con una sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Sofía.

Suena el portero y se levanta a abrir antes de que pueda responder.

—Es un paquete para ti. ¿Has pedido algo? —me pregunta desde la entrada.

—No, igual es un error.

A los pocos minutos vuelve al salón con dos paquetes grandes envueltos en papel de regalo de unos conocidos grandes almacenes.

—¿Podéis abrirlos? —pido a mis amigos, pues todavía me cuesta bastante mover los brazos.

Cuando los sacan de la caja y veo lo que es, no puedo evitar llorar. Una almohada y una mesa plegable de lectura para que pueda leer en la cama sin necesidad de coger el libro.

—Tiene una nota —me dice Jaime pasándomela.

Espero que disfrutes leyendo tus novelas románticas
y recuerdes que nuestra historia todavía no ha
terminado. Esperaré lo que necesites.
Te quiero
G.

Termino de leer la nota y me limpio las lágrimas que me corren por las mejillas. Mis amigos sonríen imaginándose de quién son los regalos.

Le paso la nota a Jaime, que la coge a toda prisa.

—Gracias a Dios, me iba a dar un infarto de la tensión —bromea, haciéndome soltar una carcajada.

—¿Estás llorando? —le pregunto cuando termina de leer y se lleva las yemas de los dedos a los ojos.

—Es que ha sido muy bonito, los regalos, la nota… Voy a matarlo cuando lo vea por hacerme llorar —comenta y me acerco a abrazarlo —. Te mereces a alguien que te quiera tanto como él lo hace. Estoy muy feliz por ti, Almita.

Nos damos un abrazo grupal con cuidado de no hacerme daño y les pido que me lleven los regalos a la habitación porque estoy deseando probarlos.

Me recuesto sobre la almohada, que me cubre toda la espalda y tiene brazos para que esté más cómoda, y siento como si estuviera dentro de una nube. La mesita es de la altura ideal para leer. Tiene una especie de atril que se eleva para que pueda apoyar el libro. Es perfecto.

Cuando mis amigos me ven sentada y sonriente, me preguntan qué libro de la estantería quiero que me acerquen y se despiden de mí con un abrazo.

Compruebo la hora y veo que son las seis de la tarde. Debe de estar ahora mismo en la cirugía. Me comentó que empezaba a las cuatro y duraba unas cuatro horas.

No sé cuándo ha podido organizar todo. Imagino que ha aprovechado la hora de la comida para escaparse a la tienda y pedir que me lo envíen a casa.

No puedo esperar a la noche para darle las gracias. Quiero que cuando dentro de unas horas coja el móvil, cansado después del trabajo, pueda leer mi mensaje.

Alma:

Gracias por cuidarme.
Gracias por quererme.
Gracias por esperarme.
Por muchas historias que lea,
la nuestra es mi favorita

59
GRACIAS

GUZMÁN

Busco en la galería la foto que le quiero mandar a Alma y la selecciono. No me resulta muy difícil encontrarla porque tengo una carpeta con nuestras imágenes. Algunas son de los dos, otras de ella posando y varias que no sabe que le he hecho. La de hoy es una de ellas.

Guzmán:

Recuerdo perfectamente este día porque
después de mucho tiempo sentí que era
feliz de verdad.
Fue una de las tardes que viniste a casa a
ayudarme con la exposición y se nos hizo
muy tarde. Me dijiste: «Creo que
deberíamos descansar».
Fui a lavarme los dientes y, cuando volví,
te habías puesto una de mis camisetas y
estabas dormida en medio de la cama.
Estabas tan preciosa que quise
inmortalizar el momento.
Te quiero y te echo de menos

Alma:

Es un buen momento para confesar
que te quité esa camiseta y me la
pongo todos los días para dormir?

Suelto una carcajada al leer el mensaje y una sensación cálida me llena el pecho al saber que utiliza mi ropa para irse a la cama.

Guzmán:

Puedes quedártela. Te queda mejor que a mí.
¿A qué hora es la cita con la enfermera?

Alma:

Tengo la cita a primera hora

Marco su número y espero a que conteste.
—Buenos días —saluda.
—Buenos días, cariño. ¿Estás nerviosa?

—Estoy deseando que me quiten los drenajes y los puntos. Para poder sentirme más yo —confiesa bajando el volumen.

—Seguro que después estás menos incómoda. ¿Vas acompañada?

—Sí, Sofía sale ahora de guardia y me espera en la consulta.

—No empiezo el pase hasta las diez. ¿Me escribes cuando salgas y me dices cómo estás? —pregunto, cuando lo que realmente me gustaría es ir a buscarla y estar ahí dándole la mano.

—Guzmán…

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué, amor?

—Por entender que necesito hacer esto sola y respetar mis tiempos.

—Sabes que daría lo que fuera por ir ahora mismo adonde estás y poder abrazarte, ¿no?

—Sí, lo sé.

Estamos unos segundos en silencio y la oigo respirar al otro lado de la línea.

—¿Estás bien?

—Demasiadas emociones —confiesa—. Voy a meterme ya en la ducha, que se me va a hacer tarde. Te escribo en un rato y te cuento.

—Vale, cariño. Todo va a ir bien.

En estos últimos días hemos hablado más y poco a poco siento que recuperamos la relación que teníamos antes.

Sé que Alma tiene miedo y desde la operación se encuentra todavía más vulnerable y no quiero presionarla. Solo deseo demostrarle que estoy a su lado de la manera que ella me necesite y que la estoy esperando.

Llego a la hamburguesería y veo que Marcos y Andrés ya están esperándome. Les he comentado que iba a quedarme a comer cerca

del hospital porque luego tengo una reunión por la tarde y se han apuntado.

—Perdonad la tardanza, me he entretenido —respondo sin poder disimular la sonrisa de mi cara.

Alma me ha escrito hace un momento para contarme qué tal la consulta y hemos estado intercambiando mensajes. Me ha dicho que esta noche me llama y me cuenta más.

—Alguien está muy contento hoy —comenta Marcos.

—Igual tiene que ver con la llamada que ha tenido esta mañana —añade mi compañero de piso.

Se acerca el camarero y pedimos la comida.

—¿Las cosas con Alma ya están bien? ¿Habéis quedado? —pregunta Marcos cuando estamos a solas de nuevo.

—Todavía no, pero tengo la sensación de que va a ser pronto. Hablamos todos los días y siento que somos nosotros de nuevo.

—Después de tu gesto romántico…

—¿Qué has hecho? —pregunta mi compañero de piso—. No me cuentas nada.

Me sonrojo y niego con la cabeza.

—Alma le dijo que no había podido leer porque, por las molestias de la cirugía, le costaba sujetar los libros y le mandó a casa un cojín y una mesa de lectura.

Andrés me mira con una sonrisa. Es el más romántico de los tres.

—Mira —le digo y le enseño la foto que me mandó anoche Sofía de Alma mientras leía.

Ahora que me fijo, me doy cuenta de que lleva mi camiseta y sonrío todavía más.

—Qué detallazo, tío. —Mi compañero de piso me da un apretón en el hombro.

—¿La reunión de esta tarde de qué es? —pregunta Marcos.

—Hay algo que no os he contado. Solo lo sabe mi padre, que me ha ayudado con ello. ¿Os acordáis de que renuncié a la beca de París para quedarme con Alma? —Asienten—. Pues mi padre me ha

estado ayudando a buscar otras estancias clínicas en centros especializados en trasplantes. Por lo visto, el Hospital Vall d'Hebron en Barcelona es el que hace más trasplantes pulmonares. Hace unas semanas me reuní con mi adjunto para ver si era posible rotar el próximo año allí unos meses y hoy me dirán algo.

—¡Pero eso es una noticia genial! —comenta el fisio.

—No quiero hacerme ilusiones. Pensaba que, habiendo rechazado una beca, que me concedieran otra estancia sería imposible. Pero le conté a mi adjunto el motivo y lo entendió. Me dijo que iba a hacer lo que estuviera en su mano. Ahora solo falta que en el otro hospital acepten.

—Estarás deseando contárselo a Alma. Seguro que se pone contentísima —indica Marcos.

—No he querido decirle nada hasta que no sea seguro y prefiero contárselo en persona cuando por fin nos veamos.

—Mejor, así puedes ver su cara de sorpresa.

El camarero nos trae nuestras hamburguesas y comenzamos a comer.

—Yo también quería comentaros algo —dice Marcos.

—¡Qué de noticias hoy! Dispara —pide Andrés.

—Mi hermana y Tomás están afianzando la relación y, aunque no me lo dice, sé que quiere dar un paso más. Creo que es el momento de irme de casa y dejarlas a ella y a Lucía hacer su vida junto a Tomás. He empezado a mirar pisos por el barrio, porque quiero estar cerca de ellas, sin decírselo a nadie. He pensado en pedirle a Sofía que se venga a vivir conmigo, pero quería esperar primero a que Alma esté recuperada.

—Eso es genial. Seguro que te dice que sí en cuanto se lo digas. Prácticamente es como si vivierais juntos ya, ¿no? Os vais turnando entre una casa y otra casi todas las noches —le comento.

—Sí, y como la idea sería mudarnos en septiembre, para entonces Alma ya estará recuperada, por lo que no creo que se sienta mal por dejarla sola.

—¿Sola? Pero si este y Alma en dos días están juntos de nuevo. Y no creo que tengan intención de estar mucho tiempo separados —bromea el fisio—. No le des más vueltas y pídeselo. Seguro que te dice que sí.

—Guardadme el secreto, que tengo que planear cómo se lo digo. Después de los gestos románticos del amigo —me señala—, el listón está muy alto.

Termino mi hamburguesa y me despido de los chicos antes del postre. No quiero llegar tarde a la reunión.

Me suena una notificación cuando estoy llegando al despacho de mi adjunto y compruebo el teléfono. Es del grupo de Familia.

Papá:

Mucha suerte en la reunión de esta
tarde. Seguro que te dan las prácticas
y si no buscaremos otras

Mamá:

Va a ir genial, cariño.
Luego nos llamas

Sonrío y golpeo la puerta. Que sea lo que tenga que ser.

60
¿HARÍAS ESO POR MÍ?

ALMA

Antes de salir de casa compruebo que no me he olvidado nada. Llevo tantos días sin salir a la calle que me da miedo cerrar la puerta y dejarme las llaves dentro.

Se me hace raro ir sin bolso, pero desde la intervención estoy teniendo bastantes dolores de espalda y, hasta que no se solucione, estoy optando por llevarlo todo en los bolsillos de la chaqueta.

Tengo la cita a las once y media, pero he salido con tiempo porque no me gusta llegar tarde.

Cuando entro en el hospital, me suena una notificación y antes de sacarlo ya sé quién es. Abro la conversación con Guzmán y veo que me ha mandado nuestra canción.

Guzmán:

Cuando te conocí te confesé que nunca
había tenido amigos de verdad y tú te
convertiste en la primera.
Me enseñaste que podía confiar en ti
y estuviste a mi lado cuando más lo
necesitaba.
Siempre estaré para ti cuando me
necesites.
Te quiero con todo mi corazón

Los ojos se me llenan de lágrimas. Lo echo tanto de menos.

Vienen a mi mente todos los momentos que hemos compartido desde que lo conocí. Las discusiones en Urgencias, la consulta con la doctora Cruz, cómo me explicó la cirugía en una servilleta, nuestro primer beso, nuestra primera vez…

Busco su número y lo llamo.

—Buenos días, amor —me saluda Guzmán y comienzo a llorar—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Es solo que he leído el mensaje y te echo de menos. Quiero verte, pero ahora tengo la consulta…

—Tranquila, cariño. Respira. ¿Estás en el hospital?

—Sí, tengo cita con la doctora Cruz en unos veinte minutos y estoy nerviosa. Me he escondido en un pasillo porque necesitaba hablar contigo.

—¿Qué te preocupa?

—No sé cuándo me empezarán a llenar los expansores y si tengo que seguir de baja o no. ¿Sabes si duele mucho?

—No debería dolerte mucho porque tu piel está sana, pero puede ser molesto a nivel muscular. Puedes preguntarle a la doctora si puedes ir a fisioterapia durante el proceso. Seguro que no hay problema y la amiga de Andrés te puede enseñar estiramientos. Yo puedo ayudarte.

—¿Harías eso por mí? —pregunto emocionada.

—Es que todavía no te has enterado de que por ti haría cualquier cosa.

Bajo el móvil, me giro y lo veo. Está ahí, frente a mí, con su móvil todavía en la oreja.

Comienzo a llorar y me abraza.

—Ven, mi amor.

Me besa la cabeza y me acaricia la espalda consiguiendo que me relaje poco a poco.

—Lo siento.

—No tienes que pedir perdón por llorar.

—No lo digo por eso, por todo. No te merecías que te apartara de mi lado. Es que…

—Tenías miedo. —Asiento—. No hay nada que perdonar.

Me pasa los pulgares por debajo de los ojos limpiándome los restos de rímel.

—Debo de estar hecha un cuadro —bromeo sonriendo.

—Un cuadro precioso —responde también con una sonrisa y acerco mi boca a la suya.

El beso es breve, pero está lleno de promesas.

—Será mejor que vayamos a la sala de espera, que se nos va a pasar el turno —comenta, dándome la mano, y yo asiento y sonrío agradecida de que utilice el plural.

—¿Hoy no trabajas? —pregunto cuando tomamos asiento.

—Anoche tuve guardia. Acababa de terminar la ronda cuando me has llamado.

—Debes de estar muerto de sueño.

—Fue una guardia tranquila y pude echarme unas horas. Estoy bien.

—Alma Portela —me llama la doctora Cruz y me levanto.

—Te espero aquí si lo prefieres y…

—Quiero que entres conmigo —lo interrumpo, tendiéndole la mano y me regala la sonrisa más bonita del mundo.

—Pues vamos allá, preciosa. —Se levanta y me coge la mano.

No se me escapa la sonrisa que comparte con la doctora Cruz.

—¿Cómo estás, Alma? Ya sin drenajes y sin puntos, mucho mejor, ¿no? —me pregunta la doctora cuando tomamos asiento.

—Sí, ya mejor, aunque tengo bastantes dolores de espalda y me cuesta demasiado subir los brazos y hacer esfuerzos. —Guzmán me coge la mano y la coloca sobre mi rodilla para mostrarme que está ahí.

—Eso es normal. Además de los ejercicios que te entregamos después de la intervención, te puede ayudar la fisioterapia.

—Sí, me han recomendado a una fisioterapeuta especializada en mama y me ve en unos días.

—Ven conmigo detrás del biombo, que vamos a ver las cicatrices y comprobar que todo está bien. Guzmán, ahora volvemos.

La doctora me pide que me tumbe y me explora. Me confirma que las cicatrices están muy bien y que los agujeritos de los drenajes han cerrado con los puntos de aproximación que me pusieron.

Me pongo la parte de arriba y volvemos a la mesa.

—Está todo bien —informa Teresa a Guzmán cuando tomamos asiento—. En dos semanas podemos empezar a llenar los expansores. Voy a darte ese margen para que puedas acudir al fisio y estirar la musculatura para que esté en las mejores condiciones posibles. Te voy a imprimir también una hoja con recomendaciones para antes y después de los llenados.

—¿Cuántas sesiones son necesarias? —pregunta Guzmán.

—Como su piel no está radiada, no tenemos que ir tan poco a poco, pero depende de cada paciente, algunas aguantan más y otras menos. —Se gira hacia Alma—. Como ya has visto, te llenamos los expansores un poco en quirófano, por lo que no partimos de cero. Calculo que serán entre cuatro y seis sesiones lo que necesitemos.

—¿Voy a poder trabajar? No quiero perder muchos días. Justo he empezado la última rotación del año.

—Aunque eres psicóloga, no puedes estar trabajando si tienes mucho dolor. Lo que podemos hacer si quieres es programarte las

citas los viernes a última hora y así puedes descansar los fines de semana. ¿Te parece bien?

—Sería perfecto. Muchas gracias.

—Una semana más sí que deberías estar, Alma. Hasta que vayas al fisio y mejoren tus dolores. —Asiento mostrándome de acuerdo.

—¿Y la siguiente intervención?

—Si todo va según lo previsto, en tres meses podemos ponerte ya las prótesis. No te preocupes por nada, Alma. Podemos programar la cirugía para finales de julio y así te coges las vacaciones seguidas de la baja.

—Muchísimas gracias, doctora —respondo agradecida.

—Sé lo que es estar ahí, Alma. Yo también he pasado por ello y te entiendo perfectamente. Todo lo que esté en mi mano para hacértelo más fácil, lo haré. Cuando te quieras dar cuenta, estarás operada y habrás superado todo esto. Créeme.

—Nos vemos en dos semanas, Teresa —le dice Guzmán.

—Me alegro de verte bien, de veros bien —responde esta cuando salimos del despacho.

Caminamos de la mano hacia la salida del hospital y me lleva hasta su coche.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta.

—Tú tienes que descansar y yo también porque no he dormido nada.

—Te llevo a casa entonces. —Se sube al coche y yo lo imito.

Llegamos a casa en menos de cinco minutos y aparca en doble fila frente a mi portal.

—¿Te quedas a dormir? —pregunto mirándolo y se ilumina su mirada—. Así los dos dormimos mejor y…

Me interrumpe con un beso, que yo le devuelvo encantada.

61
TODO CONTIGO

GUZMÁN

Antes de abrir los ojos, mi cuerpo reconoce dónde está y una sonrisa me inunda la cara.

Estoy solo en la cama, pero la puerta está entreabierta y oigo a Alma trastear en la cocina.

El cojín de lectura está en una silla en el rincón y la mesita apoyada en ella.

Cuando me giro para salir de la cama, nos veo. En la mesita de noche Alma tiene una foto de los dos en un marco y la nota que le envié con los complementos de lectura hace unos días.

Compruebo la hora en el móvil y veo que tengo una notificación. «Anatomía de Jamie: Jaime te añadió». La foto del grupo es un montaje de Jaime como si fuera Meredith Grey. Suelto una carcajada cuando la veo y me dispongo a leer los mensajes.

Jaime:

Bienvenido, cirujano.

Ya eres uno de los nuestros

Natalia:

Trata bien a nuestra chica que
aquí como entras sales ehhh

Sofía:

Dejad de atosigar a mi cuñado
que lo vais a asustar

Guzmán:

Gracias por la bienvenida.
Es curioso entrar en este grupo justo cuando
ayer hice mi primera Whipple solo…

Jaime:

Quéééééééé?
Quiero saberlo todo

Cierro el grupo mientras el resto de mis amigos mandan *stickers* y GIF riéndose por la reacción de Jaime. Me siento como en un grupo de padres cuando alguien pregunta de qué color hay que llevar mañana la cartulina.

Entro en la cocina y la veo de espaldas mientras sirve la comida en dos platos. Cómo he echado de menos estos momentos del día a día.

Estas tres semanas que hemos estado distanciados han sido como una pesadilla, pero en mi interior siempre había algo que me decía que esto no se había acabado, que tendríamos una nueva oportunidad y, ahora que la tengo frente a mí, no puedo dejar de sonreír.

—Buenas tardes, bello durmiente —me saluda—. Ya he visto que te han dado la bienvenida en el grupo. Son muy pesados, van a hacer que te arrepientas…

—¿Arrepentirme de qué? ¿De esto? —pregunto señalándonos y la abrazo por la cintura—. Nunca.

Me coloca su cabeza en el cuello y yo le acerco mi cara al pelo. Permanecemos así unos minutos sin movernos, disfrutando solo de nuestra cercanía.

—Se va a enfriar la pasta —susurro bajito.

—La calentamos de nuevo —responde, abrazándome más fuerte, y me hace reír.

Nuestros estómagos no se muestran muy conformes y eligen ese momento para rugir.

Disfrutamos de la comida mientras charlamos de cosas sin importancia. Ambos sabemos que tenemos una conversación pendiente, pero estamos retrasando el momento.

Terminamos de recoger las cosas y nos trasladamos al sofá.

—Tenemos que hablar —me dice y asiento.

—Lo sé, pero antes quiero contarte algo.

Cruza las piernas, las sube al sofá y me coloco frente a ella. Me coge una mano antes de empezar.

—¿Son buenas noticias? —pregunta nerviosa.

—Sí, muy buenas. ¿Recuerdas que te comenté cuando te enteraste de lo de la beca que estaba mirando otras opciones? —Asiente—. Me han aceptado para hacer prácticas en el Hospital Vall d'Hebron en Barcelona, donde son expertos en trasplantes de pulmón. Todavía no me han dicho las fechas, serán un par de meses.

Alma comienza a llorar y la abrazo.

—No llores, cariño. Está todo bien. —Le acaricio la espalda y poco a poco se relaja—. Igual coinciden las prácticas con Sant Jordi y podemos ir a que te firmen todas las novelas que tienes en tu habitación —comento haciéndola reír.

—Necesitaríamos dos maletas para llevarlas todas…

—Soy un hombre fuerte —bromeo.

Coge aire y su semblante cambia. Se muerde el labio, como hace siempre cuando está nerviosa, y yo se lo acaricio con un dedo transmitiéndole calma.

—Llevo desde esta mañana pensando en cómo pedirte perdón y no sé cómo hacerlo. He sido muy injusta contigo. Necesito que entiendas por qué lo hice…

—Explícamelo, te conozco y sé que tenías una buena razón —la animo.

Se toma unos segundos para ordenar las ideas de su mente mientras juega con mi mano, intranquila.

—Cuando empezamos a conocernos, pensé que no había peligro porque no me iba a enamorar de ti. Si mi corazón estaba a salvo, no me dolería cuando decidieras marcharte. Y tampoco te haría sufrir a ti porque, cuando acabara nuestro pacto, tú seguirías con tu carrera, que era lo más importante para ti en ese momento… Pero todo cambió. —Le aprieto la mano, invitándola a continuar—. Me enamoré de ti y pensé que podía funcionar, que juntos averiguaríamos cómo hacerlo y que a tu lado sería más fácil enfrentarme a todo el proceso de las intervenciones. Pero, cuando supe lo de la beca, me sentí muy egoísta. Me habías puesto por delante de tu trabajo y sabía que te merecías algo mejor.

—¿Por qué dices eso? —pregunto acariciándole la cara—. Tú eres perfecta para mí y siempre serás lo más importante.

—Todavía queda una operación, Guzmán. Y el gen me hace propensa a otros tumores. Tendré que continuar con las revisiones ginecológicas y volver a operarme dentro de unos años para quitarme los ovarios. Vi lo que mi padre pasó con mi madre y me da pánico pensar que el cáncer puede aparecer y cómo afectará a los que estáis a mi alrededor.

—Pero eso es imposible controlarlo, amor. Nunca sabes lo que puede pasarte al día siguiente. Y si eso ocurriera, si el cáncer, o cualquier otra enfermedad, apareciera estaría a tu lado. Te quiero, Alma. Más que a nada. —La miro a los ojos y me devuelve la sonrisa

—. Y no hay nada que pueda suceder que consiga alejarme de ti. ¿Lo entiendes? —Asiente—. Quiero ser el primero al que le cuentes emocionada que hoy una de tus pacientes del grupo te ha dicho cómo se sentía y abrazarte cuando alguna de ellas empeora. Quiero acompañarte a las comidas familiares, ayudar a Astrid con las matemáticas y pelearnos por cuál de nuestras familias hace la mejor paella. Quiero compartir con nuestros amigos noches en el Henry's y escaparnos a casa cuando no podamos aguantarnos las ganas de estar juntos. Quiero ver mil atardeceres contigo frente al mar y ducharnos juntos al volver a casa. Quiero acompañarte a tus consultas y cuidarte cuando lo necesites. Quiero ser el culpable de tus risas y el que te abrace cuando lloras. Quiero todo contigo.

—Yo también quiero todo contigo.

EPÍLOGO
NUEVE AÑOS DESPUÉS

ALMA

Intento abrocharme las zapatillas por tercera vez sin éxito mientras Guzmán me observa divertido.

—No le veo la gracia, la verdad…

—Que seas tan cabezota como para, estando embarazada de treinta y seis semanas, ser incapaz de pedir ayuda, un poco gracioso sí que es.

—Me gusta tratar de hacer las cosas por mí misma, estoy embarazada, no enferma —protesto haciéndome la indignada.

—Pues entonces haremos como que tú no me lo has pedido —comenta, acercándose y se agacha delante de mí—, ya que eres una mujer embarazada independiente —me mira aguantándose la risa— y que yo, como marido tuyo que soy y padre del niño que llevas dentro, he insistido porque me encanta ayudarte —añade mientras comienza a atarme los cordones.

—Qué tonto eres.

Lo observo desde esta posición y sonrío. Cada año que pasa está más guapo y, si a eso le sumas que va vestido de traje, ya es

insuperable. ¿Es cosa mía o en esta habitación hace más calor de repente? ¡Malditas hormonas!

—Hay una cosa en la que sí me podrías ayudar… —propongo con una sonrisa traviesa.

—Dime, amor. —Se levanta y se sienta a mi lado en la cama.

—¿Me das un beso? —pregunto poniendo cara de inocente, pero a él no puedo engañarlo, sabe cómo acaba esto.

—¿Solo uno? —Me acerca su boca a la mía y se detiene a pocos centímetros—. Con ese vestido estás increíble y no sé si podré parar… —Me muerdo el labio mientras me recuerdo que tengo que ser responsable.

—Si me das más de uno, llegaremos tarde a la boda de nuestros amigos y no queremos eso…

—Está bien, seré bueno.

Junta sus labios con los míos y me besa lentamente tratando de provocarme. Le coloco mis manos a ambos lados de la cara y profundizo el beso. Noto cómo sonríe.

Llevamos ya diez años juntos, pero la pasión entre nosotros no ha desaparecido.

Nuestra relación comenzó en uno de los momentos más complicados de mi vida y eso, en vez de separarnos, nos unió.

Tras la cirugía, Sofía se mudó con Marcos. No me duró mucho lo de vivir sola porque Guzmán pasaba prácticamente todas las noches en casa y solo volvía a la suya para coger ropa o algún libro que necesitaba.

Cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos viviendo juntos.

Se podría decir que todo en nuestra relación ha ido fluyendo.

Hace cinco años a Guzmán lo invitaron a París a un congreso de trasplantes para dar una ponencia como cirujano experto en ese campo y me pidió que lo acompañara. Decidimos quedarnos unos días más y así conocer la ciudad.

En una de esas noches, Guzmán me pidió que me casara con él y yo no dudé ni un segundo en decirle que sí.

Pasaron los años, y ambos nos centramos en nuestras carreras. Sabíamos que queríamos formar una familia, pero no nos lo planteábamos a corto plazo y entonces nos enteramos de que estábamos esperando a Pablo.

Al principio fue un shock, no lo voy a negar, pero, pasados los primeros minutos, se convirtió en la mejor noticia del mundo porque tuve claro que no podía haber elegido a un compañero mejor con el que vivir esta aventura.

Salimos de la habitación y nos encontramos a Marcos y a Sofía frente al ascensor besándose. Han dejado a la pequeña Sol en Madrid con su tía y están disfrutando del fin de semana, por lo que veo.

—Si queréis, esperamos al próximo —bromea Guzmán mientras me pasa un brazo por la cintura.

—No es mala idea —responde Marcos sonriente y se gana un empujón de Sofía.

—Estás preciosa —comenta mi amiga llevando una de sus manos a mi tripa cuando los cuatro entramos al ascensor—. Ya estás oficialmente de baja de maternidad, ¿no?

—Sí, el jueves dejé organizados los grupos de terapia de la clínica y derivé a mis pacientes a la psicóloga que he contratado para que cubra mi baja.

Tras terminar la residencia de Psicología, decidí especializarme en trastornos de la conducta alimentaria. Mientras me formaba y continuaba trabajando en el hospital, empezó a crecer dentro de mí una idea: abrir mi propio centro.

Yo lo veía como un sueño lejano que quizá nunca podría cumplir, pero, cuando lo hablé con Guzmán y nuestros amigos, se pusieron manos a la obra.

Tardamos dos años en encontrar el local, arreglarlo y conseguir todos los permisos necesarios. Y ahora, cuatro años después, además de la clínica, tenemos una fundación, a través de la cual recaudamos fondos y pedimos subvenciones para que todos los

pacientes puedan beneficiarse de la atención psicológica. La «Fundación Paula Rodríguez» es todo un éxito.

—Ayer saqué del trastero el cojín de lectura y la mesa plegable para que se ponga al día con sus novelas románticas antes de que llegue el bebé… —comenta Guzmán dejándome un beso sobre la cabeza.

—Sí, porque cuando venga Pablo se acabó el romance de cualquier tipo. —Marcos le da una palmadita en la espalda a mi marido. Siempre se están picando.

—No me preocupa. Seguro que Sol está encantada de pasar unas horas con su primito para que sus tíos puedan «descansar» —responde Guzmán, divertido—. Te sigues acordando de cambiar pañales, ¿no?

—Ni lo sueñes, campeón. —Sofía y yo soltamos una carcajada.

Suena la campanilla del ascensor que nos indica que hemos llegado a la planta baja. Salimos y caminamos hacia la zona de la ceremonia.

—Por cierto… Enhorabuena por tu ascenso, cirujano sénior —comenta Sofía, bajando el volumen porque todavía no es público y en la boda hay varios compañeros del hospital—. ¿Cómo te dieron la noticia?

—Muchas gracias —responde Guzmán—. Fue durante una cirugía. Estaba trasplantando un pulmón mientras el cirujano sénior explicaba a los residentes lo que estaba haciendo cuando el responsable del programa que estaba en el quirófano me dijo: «Toma nota, que cuando vuelvas de la baja de paternidad te toca a ti».

Marcos suelta una carcajada.

—Es un hecho que la comunicación, en los cirujanos, no es vuestro fuerte —comenta el técnico y mi marido se encoge de hombros.

Tras su estancia en el hospital Vall d'Hebron en Barcelona, comenzó a especializarse en este campo y poco a poco ha

progresado en su carrera. Hoy en día, es uno de los mejores cirujanos de trasplante pulmonar y estoy segura de que logrará todo lo que se proponga, aunque ahora su principal objetivo sea «ser un buen padre para Pablo».

Llegamos a la terraza del hotel, donde tendrá lugar la ceremonia; es un sitio precioso al aire libre con vistas al mar.

Camino con Guzmán hasta la barandilla de cristal para disfrutar del paisaje mientras nuestros amigos nos cogen sitio.

Se sitúa a mi espalda y me envuelve con sus brazos, colocando sus manos sobre mi tripa. Le encanta hacerlo porque dice que así nos abraza a ambos.

Permanecemos en silencio mientras la brisa del mar nos refresca el rostro.

Con todo lo que hemos pasado, parece mentira que hoy estemos así.

—¿Recuerdas nuestro primer caso en Urgencias? —pregunto divertida y él se coloca a mi lado para mirarme—. Te pregunté tu nombre y me dijiste «doctor De la Vega».

Suelta una carcajada.

—Lo que sí recuerdo es que días después dijiste que mi apellido era pijo, como de un marqués…

—¿Quién me iba a decir a mí en aquel momento que tendría un marquesito contigo? —bromeo haciéndole reír.

Acerca su cuerpo al mío y me acaricia el rostro con una mano.

—Gracias… —susurra y noto la emoción en su voz.

Coloco mi mano sobre la suya y sonrío al ver el amor con el que me mira. Traga saliva y coge aire antes de continuar hablando.

—Gracias por aparecer en mi vida y cambiarla para siempre. Por enseñarme lo que es la amistad, el amor verdadero y formar conmigo nuestra familia.

Los ojos se me nublan por la emoción y acerco mi boca a la suya para demostrarle con un beso lo mucho que lo quiero.

NOTA DE LA AUTORA

Cuando ejerces la fisioterapia y estás en contacto con pacientes y sus historias, hay algunas que te marcan.

Han pasado ya diez años desde entonces, pero me sigo acordando de ella.

Tenía veinticinco años y se había sometido a una doble mastectomía profiláctica por sus altas probabilidades de padecer un cáncer de mama. Vino a la consulta porque necesitaba drenaje linfático (que era mi especialidad) para reducir la inflamación tras ponerle las prótesis.

Tumbada en la camilla me contó su historia y la de su familia, que estaba marcada por esta enfermedad. Me di cuenta de que no hace falta que algo te ocurra para temerlo. En su caso, el cáncer era una sombra que la perseguía y le impedía seguir adelante.

Tomó esta decisión, que no fue nada fácil, y, aunque no se arrepentía, le esperaba un largo camino por delante, ya que tenía que aprender a querer su nueva imagen.

Quiero aprovechar esta nota para recordar que el cáncer de mama no es rosa ni solo un año malo. Trae consigo mucho más.

Por desgracia, no todos los cánceres de mama se curan. Como es el caso de la madre de Alma.

El cáncer de mama no es solo cosa de mujeres, también hay hombres que lo sufren. Por ello he querido compartir la historia de mi querido Màrius Soler, fundador de la primera asociación de cáncer de mama masculino (INVI).

He intentado tratar esta patología con el máximo respeto posible y he hablado con pacientes y profesionales para que la información se ajustara a la realidad. Si eres paciente de cáncer de mama y has leído esta historia, espero que lo hayas sentido así.

Os comparto estas webs por si queréis informaros más sobre ello y/o queréis colaborar con estas asociaciones:

Asociación Española de Cáncer de Mama Metastásico:
https://www.cancermamametastasico.es/

Asociación Cáncer de Mama Triple Negativo:
https://asociaciontriplenegativo.org/

Asociación de Cáncer de Mama Masculino (INVI):
https://invicancer.org/

Muchas gracias por leerme.
#másinvestigaciónparamásvida

AGRADECIMIENTOS

Esta parte del libro es una de las más difíciles de escribir, pero a la vez una de mis favoritas, ya que este libro no sería lo mismo sin las personas que voy a mencionar a continuación.

Quiero empezar por Nana, mi osita; gracias por acompañarme estos cinco años y ser la mejor compañera de escritura. Me dejaste hace unas semanas, pero estoy segura de que me cuidas desde las nubes.

A Fanny y Alfonso. Cuando leáis esto, faltarán dos semanas para vuestra boda y no se me ha ocurrido mejor regalo que dedicaros este libro.

A mis padres, por ser mis mayores fans y apoyarme siempre. Gracias por estar a mi lado y recordarme lo orgullosos que estáis de mí.

A Mamen. Ya formas parte de la familia y te queremos mucho. Ojalá compartamos lecturas durante muchos años.

Siguiendo con la familia, a Elena, Vero, Almu y Sofía. No compartimos la sangre, pero sabemos que estaremos juntas siempre.

A mis amigas del club de lectura de rosminalibrujas, por ser un refugio cuando más lo necesito. Os quiero mucho.

A Marcos, por ayudarme siempre y darme las mejores frases para Jaime, aun cuando él no es consciente de que estoy tomando notas.

A Mery, porque hay cosas que no las entiendes hasta que las vives y nosotras lo sabemos bien. Gracias por estar siempre ahí.

A Iris. Te adoro de manera crónica.

A mis malas influencias: Cris, Flor, Geysa, Silvia y Tanya. Sois unas mujeres increíbles y estoy muy orgullosa de vosotras.

A Cris y Ainara, que, además de grandes amigas, también son mis lectoras cero. Sois las mejores.

A todos mis amigos y amigas que me han apoyado desde que me embarqué en este mundo literario. Siempre me emociono al firmaros mis libros.

A Marta, mi psicóloga. Gracias por ayudarme y ser inspiración.

A Bea, porque, además de mi fisio, eres una amiga increíble y siempre me ayudas a que pueda seguir escribiendo.

A Lucía. Empezaste siendo solo mi entrenadora y hoy eres una gran amiga. Gracias por ayudarme a conseguir vivir con menos dolor.

A mis compañeros y compañeras escritores con los que tengo el lujo de compartir esta aventura y que se alegran de mis éxitos como si fueran suyos. Ya sabéis quiénes sois.

A Vivi y a Elena, que con sus experiencias me ayudaron a que la historia de Alma fuera veraz.

A todos los sanitarios que me han asesorado y resuelto todas mis dudas en estos meses. Especialmente a Inés Rodrigo, que siempre está a un mensaje de distancia para ayudarme.

A Eli Bescós. Fuiste una de las primeras personas en leer esta novela terminada y, aunque ya no trabajemos juntas, tu opinión siempre será muy importante para mí. Gracias por seguir a mi lado.

También quiero dar las gracias a Claudia, mi agente, con la que es un placer trabajar y siempre me hace sentir muy arropada. Gracias también al resto del equipo de Antonia Kerrigan.

Gracias a mi editora, Belén García. Nos conocimos el Día del Libro y estoy segura de que es una señal de que juntas compartiremos muchas historias. Gracias por escucharme siempre y preocuparte por que disfrute de cada parte del proceso. Y al resto del equipo de la editorial, por cuidarme tanto y hacerme sentir como en casa.

A todos los libreros y libreras que recomendáis mis novelas. Gracias por hacer del mundo del libro un lugar mucho más bonito.

Y, por último, a ti por darme una nueva oportunidad y elegir una de mis historias. Espero que la hayas disfrutado.

Una psicóloga y un residente de medicina… mantener las distancias nunca había sido tan complicado.



Alma es psicóloga, trabaja ayudando a los demás a recomponer sus piezas, aunque las suyas estén tambaleándose poco a poco. No se le da muy bien pedir ayuda, y eso podría complicarse cuando está en juego su salud.

Guzmán es un residente aplicado que se refugia en su trabajo para mantener las distancias. Sabe que no es el más popular entre la plantilla, y nunca le ha importado… hasta que la conoce a ella.

Ninguno imaginó que podrían entenderse tan bien, ni convertirse en un apoyo mutuo. Y, aunque Alma evita implicarse, Guzmán tiene claro que quiere ser más que un amigo. Cuando la conexión que hay entre ellos se vuelve innegable, ambos **tendrán que decidir si vale la pena luchar por tenerlo todo**.

Esmeralda Romero nació en Madrid (1991) donde reside actualmente. Es graduada en Fisioterapia, profesión que ya no puede ejercer por una lesión. Su pasión por la lectura y su deseo por reflejar correctamente la psicología de los personajes la llevaron a crear sus propias historias. Autopublicó su primera novela en 2020 y desde entonces no ha parado de escribir. Adora la música y las series de médicos.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Esmeralda Romero
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Lourdes Bigorra
Ilustración de portada: © Margarita G. García (@margacong)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87741-98-3

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

ÍNDICE

Todo contigo
Aviso de contenido sensible
Queridx compi sanitarix:
1. Nuevos comienzos. Alma
2. Estar bien. Alma
3. Tienes mucho que mejorar. Guzmán
4. Soy psicóloga. Alma
5. Somos humanas. Alma
6. Un día de mierda. Guzmán
7. Encantada de conocerte. Alma
8. ¿Has vuelto a ver al doctor macizo?. Alma
9. Quizá no es tarde para cambiar. Guzmán
10. La salud mental también es importante. Alma
11. Eres demasiado buena. Alma
12. No voy a saltarme las normas. Guzmán
13. No puedo hacer esto. Alma
14. Quiero conocerte de verdad. Guzmán
15. No eliges de quién te enamoras. Alma
16. No te conocen de verdad. Guzmán
17. Me encantaría, amiga. Alma
18. Haces lo que puedes. Guzmán
19. Tu madre era muy sabia. Alma
20. Te mereces que te escuchen y te respeten. Guzmán
21. Necesito que todo esto termine. Alma

22. Que no se te suba a la cabeza. Guzmán
23. Claro que me gusta. Alma
24. Necesito un abrazo. Guzmán
25. No quiero perderte. Alma
26. Damos bastante pena. Guzmán
27. No sé cómo darte las gracias. Alma
28. Joder, peque. Alma
29. Yo te veo. Guzmán
30. Sin presiones. Alma
31. Te elegiría de nuevo. Guzmán
32. Pásalo bien. Alma
33. No sabes nada de mí. Guzmán
34. Te queremos por quién eres como persona. Alma
35. No la dejes escapar. Guzmán
36. Has estado increíble, cariño. Alma
37. Necesito tu ayuda. Guzmán
38. Estás preciosa cuando te sonrojas. Alma
39. Tendré que correr ese riesgo. Guzmán
40. Cómo puede ser tan guapo. Alma
41. Siempre haré lo que esté en mi mano para ayudarte. Guzmán
42. Todo va a salir bien. Alma
43. Te echo de menos. Guzmán
44. Me asusta ser una carga. Alma
45. Quién te ha visto y quién te ve. Guzmán
46. No te pienso dejar escapar. Alma
47. Si ella está a mi lado, no necesito más. Guzmán
48. Eres increíble. Alma
49. Eres lo más importante de mi vida. Guzmán
50. Me he enamorado. Alma
51. Me mata no poder estar a su lado. Guzmán
52. Eres la mujer más valiente que conozco. Alma
53. Es lo mejor de mi vida. Guzmán
54. Yo no quiero que sea solo mi amigo. Alma

55. Cualquier duda, te decimos. Guzmán
56. Puedes llamarme siempre que quieras. Alma
57. Ojalá se viera como la veo yo. Guzmán
58. nuestra historia todavía no ha terminado. Alma
59. Gracias. Guzmán
60. ¿Harías eso por mí? Alma
61. Todo contigo. Guzmán
Epílogo. Nueve años después. Alma
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Esmeralda Romero
Créditos


ESMERALDA ROMERO
TODO CONTIGO
QUIRÓFANO 3
ALFAGUARA